

- LIBRO SEXTO -

LA TORRE DE CIRITH UNGOL

Sam se levantó trabajosamente del suelo. Por un momento no supo dónde se encontraba, pero luego toda la angustia y la desesperación volvieron a él. Estaba en las tinieblas, ante la puerta subterránea de la fortaleza de los orcos; y los batientes de bronce continuaban cerrados. Sin duda había caído aturdido al abalanzarse contra la puerta; pero cuánto tiempo había permanecido allí, tendido en el suelo, no lo sabía. Entonces había sentido un fuego de furia y desesperación; ahora tenía frío y tiritaba. Se escurrió hasta la puerta y apoyó el oído.

Dentro, lejanos e indistintos, oyó los clamores de los orcos; pero pronto callaron o se alejaron y todo quedó en silencio. Le dolía la cabeza y veía luces fantasmales en la oscuridad, pero trató de serenarse y reflexionar. Era evidente, en todo caso, que no tenía ninguna esperanza de entrar en la fortaleza por aquella puerta: quizá tuviera que esperar allí días y días antes que se abriese, y él no podía esperar: el tiempo era desesperadamente precioso. Y ahora ya no dudaba acerca de lo que tenía que hacer: salvar a su amo, o perecer en el intento.

«Que perezca es lo más probable, y además mucho más fácil», se dijo, taciturno, mientras envainaba a Dardo y se alejaba de la puerta de bronce. Lentamente a tientas volvió sobre sus pasos a lo largo de la galería oscura, sin atreverse a usar la luz élfica; y en camino, trató de recordar los hechos del viaje, desde que partiera con Frodo de la Encrucijada. Se preguntó qué hora sería. «Algún momento del tiempo entre un día y otro», pensó, pero hasta de los días había perdido la cuenta. Estaba en un país de tinieblas en que los días del mundo parecían olvidados, y todos quienes entraban en él también eran olvidados.

«Me pregunto si alguna vez se acuerdan de nosotros», dijo, «y qué les estará pasando a todos ellos, allá lejos». Movié la mano señalando vagamente adelante; pero en realidad ahora, al volver al túnel de EllaLaraña, caminaba hacia el sur, no hacia el oeste. En el oeste, en el mundo de fuera, era casi el mediodía del decimocuarto día de marzo, según el calendario de la Comarca, y en aquel momento Aragorn conducía la flota negra desde Pelargir, y Merry cabalgaba con los Rohirrim a lo largo del Pedregal de las Carretas, mientras en Minas Tirith se multiplicaban las llamas, y Pippin veía crecer la locura en los ojos de Denethor. No obstante, en medio de tantas preocupaciones y temores, una y otra vez los pensamientos de los compañeros se volvían a Frodo y a Sam. No los habían olvidado. Pero estaban lejos, más allá de toda posible ayuda, y ningún pensamiento podía socorrer aún a Samsagaz hijo de Hamfast; estaba completamente solo.

Regresó por fin a la puerta de piedra de la galería de los orcos, y al no descubrir tampoco ahora el mecanismo o el cerrojo que la retenía, la escaló como la primera vez, y se dejó caer en el suelo del otro lado. Luego fue furtivamente a la salida del túnel de EllaLaraña, donde aún flotaban los andrajos de la tela enorme, oscilando en el aire frío. Frío le pareció a Sam después de las tinieblas fétidas que acababa de dejar atrás; pero lo respiró y se sintió reanimado. Avanzando con cautela, salió al aire libre.

Todo alrededor la calma era ominosa. La luz brillaba apenas, como en el crepúsculo de un día sombrío. Los grandes vapores que brotaban de Mordor y se alejaban en estelas hacia el oeste flotaban a baja altura, apenas por encima de la cabeza del hobbit, una marejada de nubes y humo iluminada de tanto en tanto desde abajo por un lúgubre resplandor rojizo.

Sam alzó la cabeza hacia la torre, y en las ventanas estrechas vio de pronto unas luces que se asomaban, como pequeños ojos rojos. Se preguntó si se trataría de una señal. El miedo que les tenía a los orcos, olvidado por algún tiempo en la furia y la desesperación, volvió a él. No le quedaba en apariencia sino un solo camino: seguir adelante y tratar de descubrir la entrada principal de la torre terrible, pero las rodillas le flaqueaban, y descubrió que estaba temblando. Apartó la mirada de la torre y de los cuernos del desfiladero que se alzaban ante él, y obligó a los pies a que le obedecieran, y lentamente, aguzando los oídos, escudriñando las sombras negras de las rocas que flanqueaban el sendero, volvió sobre sus pasos, dejó atrás el sitio en que cayera Frodo, y donde aún persistía el hedor de EllaLaraña, y continuó subiendo hasta encontrarse otra vez en la misma hendidura donde se había puesto el Anillo y de donde viera pasar la compañía de Shagrat.

Allí se detuvo y se sentó. Por el momento no contaba con fuerzas para ir más lejos. Sentía que una vez que hubiera dejado atrás la cresta del desfiladero y diera un paso hollando al fin el suelo mismo de Mordor, ese paso sería irrevocable. Nunca más podría regresar. Sin ninguna intención precisa sacó el 98

Anillo y se lo volvió a poner. Al instante sintió el peso abrumador de la carga, y otra vez, y ahora más poderoso y apremiante que nunca, la malicia del Ojo de Mordor, escudriñando, tratando de traspasar las sombras que él mismo había creado para defenderse, pero que ahora sólo le traían inquietud y dudas. Como la primera vez, Sam advirtió que el oído se le había agudizado, pero que las cosas visibles de este mundo eran vagas y borrosas. Las paredes de piedra del sendero le parecían pálidas, como si las viera a través de una bruma, pero en cambio oía a lo lejos el desconsolado burbujeo de EllaLaraña; y ásperos y claros, y al parecer muy próximos, oyó gritos y un fragor de metales. Se levantó de un salto y se aplastó contra el muro que bordeaba el sendero. Se alegró de tener puesto el Anillo, porque otra compañía de orcos se acercaba. O eso le pareció al principio. De pronto cayó en la cuenta de que no era así, que el oído lo había engañado: los gritos de los orcos provenían de la torre, cuyo cuerno más elevado se alzaba ahora en línea recta por encima de él, a la izquierda del desfiladero.

Sam se estremeció y trató de obligarse a avanzar. Era evidente que allá arriba estaba ocurriendo algo diabólico. Tal vez los orcos, pese a todas las órdenes, se habían dejado llevar por la crueldad y estaban torturando a Frodo, o hasta cortándolo en pedazos, como salvajes que eran. Escuchó, y un rayo de esperanza llegó a él. No cabía ninguna duda: había lucha en la torre, los orcos estaban en guerra unos contra otros, la rivalidad entre Shagrat y Gorbag había llegado a los golpes. Por débil que fuera, la esperanza de esta conjetura bastó para reconfortarlo. Quizás había aún una posibilidad. El amor que sentía por Frodo se alzó por encima de todos los otros pensamientos, y olvidando el peligro gritó con voz fuerte: — ¡Ya voy, señor Frodo!

Corrió por el sendero ascendente y pasó la cresta. Allí el camino doblaba a la izquierda y se hundía en una pendiente brusca. Sam había entrado en Mordor.

Se quitó el Anillo del dedo, inspirado quizá por alguna misteriosa premonición de peligro, aunque a sí mismo se dijo solamente que deseaba ver con mayor claridad.

—Más vale que eche una mirada a lo peor —murmuró—. ¡No es prudente andar a tientas en una niebla!

Duro, cruel y áspero era el paisaje que se mostró a los ojos del hobbit. A sus pies, la cresta más alta de Ephel Dúath se precipitaba en riscos enormes y escarpados a un valle sombrío; y del otro lado asomaba una cresta mucho más baja, de bordes mellados y dentados y rocas puntiagudas que a la luz roja del fondo parecían colmillos negros: era el siniestro Morgai, la más interior de las empalizadas naturales que defendían el país. A lo lejos, pero casi en línea recta, más allá de un vasto lago de oscuridad moteado de fuegos diminutos, se veía el resplandor de un gran incendio; y de él se elevaban en remolinos inquietos unas enormes columnas de humo, de color rojo polvoriento en las raíces, y negras donde se fundían con el palio de nubes abultadas que cubría la tierra maldita.

Lo que Sam contemplaba era el Orodruin, la Montaña de Fuego. Una y otra vez los hornos encendidos en el fondo abismal del cono de ceniza se calentaban al rojo, y entonces la montaña se henchía y rugía como una marea tempestuosa, y derramaba por las grietas de los flancos ríos de roca derretida. Algunos corrían incandescentes hacia Baraddûr a lo largo de canales profundos; otros se abrían paso a través de la llanura pedregosa, hasta que se enfriaban y yacían como retorcidas figuras de dragones vomitadas por la tierra atormentada. En esa hora de trabajos, contemplaba Sam el Monte del Destino, y la luz oculta detrás de la mole enorme de los Ephel Dúath para quienes subían desde el oeste, se volcaba ahora resplandeciendo sobre las caras desnudas de las rocas, que parecían tintas en sangre.

En aquella luz terrible, Sam se detuvo horrorizado, pues ahora, mirando a la izquierda, veía en todo su poderío la Torre de Cirith Ungol. El cuerno que había visto desde el otro lado no era sino la atalaya más alta. La fachada oriental tenía tres grandes niveles; el primero se extendía allá abajo en un espolón de la pared rocosa; la cara posterior se apoyaba en un acantilado, del que emergían bastiones puntiagudos y superpuestos, más pequeños a medida que la torre ganaba altura, y los flancos casi verticales de buena albañilería miraban al noreste y al sudeste. Alrededor del nivel inferior, doscientos pies por debajo de Sam, un muro almenado cercaba un patio estrecho. La puerta de la fortaleza, en la pared más cercana, la que miraba al sudeste, se abría a un camino ancho, cuyo parapeto exterior corría al borde de un precipicio, y luego de doblar hacia el sur serpeaba cuesta abajo en la oscuridad y alcanzaba la ruta que llevaba al Paso de Morgul. Y desde allí cruzaba por una grieta del Morgai e iba a desembocar en el valle de Gorgoroth hasta llegar a Baraddûr. La senda en que Sam estaba descendía en algunos trechos

mediante tramos de escalones tallados en la roca, en otros por un sendero empinado, para unirse al camino principal bajo los muros amenazantes próximos a la Puerta.

99

Al observarla Sam comprendió de pronto, casi con un sobresalto, que aquella fortaleza había sido construida no para impedir que los enemigos entrasen en Mordor, sino para retenerlos dentro. Era en verdad una de las antiguas obras de Góndor, un puesto oriental de avanzada de las defensas de Ithilien, edificado luego de la Última Alianza, cuando los hombres del Oosternesse vigilaban el maléfico país de Sauron, donde todavía acechaban muchas criaturas. Pero aquí como en Narchost y Carchost, las Torres de los Dientes, la vigilancia se había debilitado, y la traición había entregado la Torre al Señor de los Espectros del Anillo; y ahora, desde hacía largos años, estaba en manos de seres maléficos. Al retornar a Mordor, Sauron la había considerado útil, pues aunque no tenía muchos servidores, le sobraban en cambio los esclavos sometidos por el terror; y ahora, como antaño, el propósito principal de la Torre era impedir que huyesen de Mordor. Pero si un enemigo era tan temerario como para tratar de introducirse secretamente en el país, entonces la Torre era también una atalaya última y siempre alerta contra cualquiera que lograra burlar la vigilancia de Morgul y de EllaLaraña.

Sam entendía muy bien que deslizarse por debajo de aquellos muros de muchos ojos y evitar la vigilancia de la puerta era del todo imposible. Y aun si entraba, no podría llegar muy lejos: el camino del otro lado de la puerta estaba vigilado, y ni las sombras negras agazapadas en los recovecos donde no llegaba la luz roja lo protegerían durante mucho tiempo de los orcos. Pero por desesperado que fuera aquel camino, la empresa que ahora le aguardaba era mucho peor: no evitar la puerta y escapar, sino trasponerla, a solas.

Pensó por un momento en el Anillo, pero no encontró en él ningún consuelo, sólo peligro y miedo. Tan pronto como viera el Monte del Destino, ardiendo en lontananza, había notado un cambio en el Anillo. A medida que se acercaba a los grandes hornos donde fuera forjado y modelado, en los abismos del tiempo, el poder del Anillo aumentaba, y se volvía cada vez más maligno, indomable excepto quizá para alguien de una voluntad muy poderosa. Y aunque no lo llevaba en el dedo, sino colgado del cuello en una cadena, Sam mismo se sentía como agigantado, como envuelto en una enorme y deformada sombra de sí mismo, una amenaza funesta suspendida sobre los muros de Mordor. Sabía que en adelante no le quedaba sino una alternativa: resistirse a usar el Anillo, por mucho que lo atormentase; o reclamarlo, y desafiar el Poder aposentado en la fortaleza oscura del otro lado del valle de las sombras. El Anillo lo tentaba ya, carcomiéndole la voluntad y la razón. Fantasías descabelladas le invadían la mente; y veía a Samsagaz el Fuerte, el Héroe de la Era, avanzando con una espada flamígera a través de la tierra tenebrosa, y los ejércitos acudían a su llamada mientras corría a derrocar el poder de Baraddûr. Entonces se disipaban todas las nubes, y el sol blanco volvía a brillar, y a una orden de Sam el valle de Gorgoroth se transformaba en un jardín de muchas flores, donde los árboles daban frutos. No tenía más que ponerse el Anillo en el dedo, y reclamarlo, y todo aquello podría convertirse en realidad.

En aquella hora de prueba fue sobre todo el amor a Frodo lo que le ayudó a mantenerse firme; y además conservaba aún, en lo más hondo de sí mismo, el indomable sentido común de los hobbits: bien sabía que no estaba hecho para cargar semejante fardo aun en el caso de que aquellas visiones de grandeza no fueran sólo un señuelo. El pequeño jardín de un jardinero libre era lo único que respondía a los gustos y a las necesidades de Sam; no un jardín agigantado hasta las dimensiones de un reino; el trabajo de sus propias manos, no las manos de otros bajo sus órdenes.

«Y además todas estas fantasías no son más que una trampa», se dijo. «Me descubriría y caería sobre mí, antes que yo pudiera gritar. Si ahora me pusiera el Anillo me descubriría, y muy rápidamente, en Mordor. Y bien, todo cuanto puedo decir es que la situación me parece tan desesperada como una helada en primavera. ¡Justo cuando hacerme invisible podría ser realmente útil, no puedo utilizar el Anillo! Y si encuentro alguna vez un modo de seguir adelante, no será más que un estorbo, y una carga más pesada a cada paso. ¿Qué tengo que hacer, entonces?»

En el fondo, no le quedaba a Sam ninguna duda. Sabía que tenía que bajar hasta la puerta, y sin más dilación. Con un encogimiento de hombros, como para ahuyentar las sombras y alejar a los fantasmas, comenzó lentamente el descenso. A cada paso se sentía más pequeño. No había avanzado mucho, y ya era otra vez un hobbit disminuido y aterrorizado. Ahora pasaba justo por debajo del muro de la Torre, y sus oídos naturales escuchaban claramente los gritos y el fragor de la lucha. En aquel momento los ruidos parecían venir del patio detrás del muro exterior.

Sam había recorrido casi la mitad del camino, cuando dos orcos aparecieron corriendo en el portal oscuro y salieron al resplandor rojo. No se volvieron a mirarlo. Iban hacia el camino principal; pero

en plena carrera se tambalearon y cayeron al suelo, y allí se quedaron tendidos e inmóviles. Sam no había visto flechas, pero supuso que habían sido abatidos por otros orcos apostados en los muros o escondidos a la sombra del portal. Siguió avanzando, pegado al muro de la izquierda. Una sola mirada le había bastado para comprender que no tenía ninguna esperanza de escalarlo. La pared de piedra, sin grietas ni salientes, 100

tenía unos treinta pies de altura, y culminaba en un alero de gradas invertidas. La puerta era el único camino.

Continuó adelante, sigilosamente, preguntándose cuántos orcos vivirían en la Torre junto con Shagrat, y con cuántos contaría Gorbag, y cuál sería el motivo de la pelea, si en verdad era una pelea. Le había parecido que la compañía de Shagrat estaba compuesta de unos cuarenta orcos, y la de Gorbag de más del doble; pero la patrulla de Shagrat no era por supuesto más que una parte de la guarnición. Casi con seguridad estaban disputando a causa de Frodo y del botín. Sam se detuvo un segundo, pues de pronto las cosas le parecieron claras, casi como si las tuviera delante de los ojos. ¡ La cota de malla de mithrill Frodo, como es natural, la llevaba puesta, y los orcos tenían que haberla descubierto. Y por lo que Sam había oído, Gorbag la codiciaba. Pero las órdenes de la Torre Oscura eran por ahora la única protección de Frodo, y en caso de que fueran desacatadas, Frodo podía morir en cualquier momento.

«¡Adelante, miserable holgazán!», se increpó Sam. «¡A la carga!»

Desenvainó a Dardo y se precipitó hacia la puerta. Pero en el preciso momento en que estaba a punto de pasar bajo la gran arcada, sintió un choque: como si hubiese tropezado con una especie de tela parecida a la de EllaLaraña, pero invisible. No veía ningún obstáculo, y sin embargo algo demasiado poderoso le cerraba el camino. Miró alrededor, y entonces, a la sombra de la puerta, vio a los dos Centinelas.

Eran como grandes figuras sentadas en tronos. Cada una de ellas tenía tres cuerpos unidos, coronados por tres cabezas que miraban adentro, afuera, y al portal. Las caras eran de buitre, y las manos que apoyaban sobre las rodillas eran como garras. Parecían esculpidos en enormes bloques de piedra: impasibles, pero a la vez vigilantes: algún espíritu maléfico y alerta habitaba en ellos. Reconocían a un enemigo: visible o invisible, ninguno escapaba. Le impedían la entrada, o la fuga.

Sam tomó aliento y se lanzó una vez más hacia adelante, pero se detuvo en seco, trastabillando como si le hubiesen asestado un golpe en el pecho y en la cabeza. Entonces, en un arranque de audacia, porque no se le ocurría ninguna otra solución, inspirado por una idea repentina, sacó con lentitud el frasco de Galadriel y lo levantó. La luz blanca se avivó rápidamente, dispersando las sombras bajo la arcada oscura. Allí estaban, frías e inmóviles, las figuras monstruosas de los Centinelas. Por un instante vislumbró un centelleo en las piedras negras de los ojos, de una malignidad sobrecogedora, pero poco a poco sintió que la voluntad de los Centinelas empezaba a flaquear y se desmoronaba en miedo.

Pasó de un salto por delante de ellos, pero en ese instante, mientras volvía a guardar el frasco en el pecho, sintió tan claramente como si una barra de acero hubiera descendido de golpe detrás de él, que habían redoblado la vigilancia. Y de las cabezas maléficas brotó un alarido estridente que retumbó en los muros. Y como una señal de respuesta resonó lejos, en lo alto, una campanada única.

—¡Bueno, bueno! —dijo Sam—. ¡Parece que he llamado a la puerta principal! ¡Pues bien, a ver si acude alguien! —gritó—. ¡Anunciadle al Capitán Shagrat que ha llamado el gran guerrero elfo, y que trae consigo la espada élfica!

Ninguna respuesta. Sam se adelantó a grandes pasos. Dardo le centelleaba en la mano con una luz azul. Las sombras eran profundas en el patio, pero alcanzó a ver que el pavimento estaba sembrado de cadáveres. Justo a sus pies yacían dos arqueros orcos apuñalados por la espalda. Un poco más lejos había muchos más, algunos aparte, como abatidos por una estocada o un flechazo, otros en parejas, como sorprendidos en plena lucha, muertos en el acto mismo de apuñalar, estrangular, morder. Los pies resbalaban en las piedras, cubiertas de sangre negra.

Sam notó que había dos uniformes diferentes, uno marcado con la insignia del Ojo Rojo, el otro con una Luna desfigurada en una horrible efigie de la muerte; pero no se detuvo a observarlos más de cerca. Del otro lado del patio, al pie de la torre, vio una puerta grande; estaba entreabierta y por ella salía una luz roja; un orco corpulento yacía sin vida en el umbral. Sam saltó por encima del cadáver y entró; y entonces miró alrededor, desorientado.

Un corredor amplio y resonante conducía otra vez desde la puerta al flanco de la montaña.

Estaba iluminado por la lumbre incierta de unas antorchas en las ménsulas de los muros, y el fondo se perdía en las tinieblas. A uno y otro lado había numerosas puertas y aberturas; pero salvo dos o tres cuerpos más tendidos en el suelo el corredor estaba vacío. Por lo que había oído de la conversación de los

capitanes, Sam sabía que vivo o muerto era probable que Frodo se encontrase en una estancia de la atalaya más alta; pero quizás él tuviera que buscar un día entero antes de encontrar el camino. «Supongo que ha de estar en la parte de atrás», murmuró. «Toda la Torre crece hacia atrás. Y de cualquier modo convendrá que siga esas luces.»

101

Avanzó por el corredor, pero ahora con lentitud; cada paso era más trabajoso que el anterior. El terror volvía a dominarlo. No oía otro ruido que el roce de sus pies, que parecía crecer y resonar como palmadas gigantescas sobre las piedras. Los cuerpos sin vida; el vacío; las paredes negras y húmedas que a la luz de las antorchas parecían rezumar sangre; el temor de que una muerte súbita lo acechase detrás de cada puerta, en cada sombra; y la imagen siempre presente de los Centinelas siniestros que custodiaban la entrada: era casi más de lo que Sam se sentía capaz de afrontar. Una lucha (con no demasiados adversarios a la vez), hubiera sido preferible a aquella incertidumbre espantosa. Hizo un esfuerzo por pensar en Frodo, que en alguna parte de este sitio terrible yacía dolorido o muerto. Continuó avanzando. Había dejado atrás las antorchas, y llegado casi a una gran puerta abovedada en el fondo del corredor (la cara interna de la puerta subterránea, adivinó), cuando desde lo alto se elevó un grito aterrador y sofocado. Sam se detuvo en seco. En seguida oyó pasos que se acercaban. Allí, justo por encima de él, alguien bajaba de prisa una escalera.

La voluntad de Sam, lenta y debilitada, no pudo contener el movimiento de la mano: tironeando de la cadena, aferró el Anillo. Pero no llegó a ponérselo en el dedo, pues en el preciso instante en que lo apretaba contra el pecho, un orco saltó de un vano oscuro a la derecha, y se precipitó hacia él. Cuando estuvo a no más de seis pasos de distancia, levantó la cabeza y descubrió a Sam. Sam oyó la respiración jadeante del orco, y vio el fulgor de los ojos inyectados en sangre. El orco se detuvo, despavorido. Porque lo que vio no fue un hobbit pequeño y asustado tratando de sostener con mano firme una espada: vio una gran forma silenciosa, embozada en una sombra gris, que se erguía ante él a la trémula luz de las antorchas; en una mano esgrimía una espada, cuya sola luz era un dolor lacerante; la otra la tenía apretada contra el pecho, escondiendo alguna amenaza innominada de poder y destrucción.

El orco se agazapó un momento, y en seguida, con un alarido espeluznante dio media vuelta y huyó por donde había venido. Jamás un perro a la vista de la inesperada fuga de un adversario con el rabo entre las piernas se sintió más envalentonado que Sam en aquel momento. Con un grito de triunfo, partió en persecución del fugitivo.

—¡Sí! ¡El guerrero elfo anda suelto! — exclamó. Ya voy y te alcanzo. ¡O me indicas el camino para subir, o te desuello!

Pero el orco estaba en su propia guarida, era ágil, y comía bien. Sam era un extraño, y estaba hambriento y cansado. La escalera subía en espiral, alta y empinada. Sam empezó a respirar con dificultad. Y el orco no tardó en desaparecer, y ya sólo se oía, cada vez más débil, el golpeteo de los pies que corrían y trepaban. De tanto en tanto el orco lanzaba un grito y el eco resonaba en las paredes. Pero poco a poco los pasos se perdieron a lo lejos.

Sam avanzaba pesadamente. Tenía la impresión de estar en el buen camino y esto le daba nuevos ánimos. Soltó el Anillo y se ajustó el cinturón.

«¡Bravo!» dijo. «Si a todos los disgustamos tanto, Dardo y yo, las cosas pueden terminar mejor de lo que yo pensaba. En todo caso, parece que Shagrat, Gorbag y compañía han hecho casi todo mi trabajo. ¡Fuera de esa rata asustada, creo que no queda nadie con vida en este lugar!»

Y entonces se detuvo bruscamente como si se hubiese golpeado la cabeza contra el muro de piedra. De pronto, con la fuerza de un golpe, entendió lo que acababa de decir. ¡No queda nadie con vida! ¿De quién había sido entonces aquel escalofriante grito de agonía?

— ¡Frodo, Frodo! ¡Mi amo! —gritó, casi sollozando—. Si te han matado ¿qué haré? Bueno, estoy llegando al final, a la cúspide, y veré lo que haya que ver.

Subía y subía. Salvo una que otra antorcha encendida en un recodo de la escalera, o junto a una de las entradas que conducían a los niveles superiores de la torre, todo era oscuridad. Sam trató de contar los peldaños, pero después de los doscientos perdió la cuenta. Ahora avanzaba con sigilo, pues creía oír unas voces que hablaban un poco más arriba. Al parecer, quedaba con vida más de una rata.

De pronto, cuando empezaba a sentir que le faltaba el aliento, que las rodillas no le obedecían, la escalera terminó. Sam se quedó muy quieto. Las voces se oían ahora fuertes y cercanas. Miró a su alrededor. Había subido hasta el techo plano del tercer nivel, el más elevado de la Torre: un espacio abierto de unas veinte yardas de lado, rodeado de un parapeto bajo. En el centro mismo de la terraza desembocaba la escalera, cubierta por una cámara pequeña y abovedada, con puertas bajas orientadas al

este y al oeste. Abajo, hacia el este, Sam vio la llanura dilatada y sombría de Mordor, y a lo lejos la montaña incandescente. Una nueva marejada hervía ahora en los cauces profundos, y los ríos de fuego ardían tan vivamente que aún a muchas millas de distancia iluminaban la torre con un resplandor bermejo. La base de la torre de atalaya, cuyo cuerno superaba en altura las crestas de las colmas próximas, ocultaba

102
el oeste. En una de las troneras brillaba una luz. La puerta asomaba a no más de diez yardas de Sam. Estaba en tinieblas pero abierta, y de allí, de la oscuridad, venían las voces.

Al principio Sam no les prestó atención; dio un paso hacia afuera por la puerta del este y miró alrededor. Al instante advirtió que allá arriba la lucha había sido más cruenta. El patio estaba atiborrado de cadáveres, cabezas y miembros de orcos mutilados. Un olor a muerte flotaba en el lugar. Se oyó un gruñido, seguido de un golpe y un grito, y Sam buscó de prisa un escondite. Una voz de orco se elevó, iracunda, y él la reconoció en seguida, áspera, brutal y fría: era Shagrat, Capitán de la Torre.

—¿Así que no volverás? ¡Maldito seas, Snaga, gusano infecto! Te equivocas si crees que estoy tan estropeado como para que puedas burlarte de mí. Ven, y te arrancaré los ojos, como se los acabo de arrancar a Radbug. Y cuando lleguen algunos muchachos de refuerzo, me ocuparé de ti: te mandaré a EllaLaraña.

—No vendrán, no antes de que hayas muerto, en todo caso —respondió Snaga con acritud—. Te dije dos veces que los cerdos de Gorbag fueron los primeros en llegar a la puerta, y que de los nuestros no salió ninguno. Lagduf y Muzgash consiguieron escapar, pero los mataron. Lo vi desde una ventana, te lo aseguro. Y fueron los últimos.

—Entonces tienes que ir. De todos modos yo estoy obligado a quedarme. ¡Que los Pozos Negros se tragan a ese inmundo rebelde de Gorbag! —La voz de Shagrat se perdió en una retahila de insultos y maldiciones.— El se llevó la peor parte, pero consiguió apuñalarme antes que yo lo estrangulase. Irás, o te comeré vivo. Es preciso que las noticias lleguen a Lughbúrz, o los dos iremos a parar a los Pozos Negros. Sí, tú también. No creas que te salvarás escondiéndote aquí.

—No pienso volver a bajar por esa escalera —gruñó Snaga—, seas o no mi capitán. ¡Nooo! Y aparta las manos de tu cuchillo, o te ensartaré una flecha en las tripas. No serás capitán por mucho tiempo cuando ellos se enteren de todo lo que pasó. Combatí por la Torre contra esas pestilentes ratas de Morgul, pero menudo desastre habéis provocado vosotros dos, valientes capitanes, al disputaros el botín.

—Ya has dicho bastante —gruñó Shagrat—. Yo tenía órdenes. Fue Gorbag quien empezó, al tratar de birlarme la bonita camisa.

—Sí, pero tú lo sacaste de sus casillas, con tus aires de superioridad. Y de todos modos, él fue más sensato que tú. Te dijo más de una vez que el más peligroso de estos espías todavía anda suelto, y no quisiste escucharlo. Y ahora tampoco quieres escuchar. Te digo que Gorbag tenía razón. Hay un gran guerrero que anda merodeando por aquí, uno de esos Elfos sanguinarios, o uno de esos tarcos inmundos. Te digo que viene hacia aquí. Has oído la campana. Pudo eludir a los Centinelas, y eso es cosa de tarcos. Está en la escalera. Y hasta que no salga de allí, no pienso bajar. Ni aunque fuera un Nazgûl lo haría.

—Con que esas tenemos ¿eh? —aulló Shagrat—. ¿Harás esto, y no harás aquello? ¿Y cuando llegue, saldrás disparado y me abandonarás? ¡No, no lo harás! ¡Antes te llenaré la panza de agujeros rojos!

Por la puerta de la torre de atalaya salió volando Snaga, el orco más pequeño. Y detrás de él apareció Shagrat, un orco enorme cuyos largos brazos, al correr encorvado, tocaban el suelo. Pero uno de los brazos le colgaba inerte, y parecía estar sangrando; con el otro apretaba un gran bulto negro. Desde detrás de la puerta de la escalera, Sam alcanzó a ver a la luz roja la cara maligna del orco: estaba marcada como por garras afiladas y embadurnada de sangre; de los colmillos salientes le goteaba la baba; la boca gruñía como un animal.

Por lo que Sam pudo ver, Shagrat persiguió a Snaga alrededor del techo hasta que el orco más pequeño se agachó y logró esquivarlo; dando un alarido, corrió hacia la torre y desapareció. Shagrat se detuvo. Desde la puerta que miraba al este, Sam lo veía ahora junto al parapeto, jadeando, abriendo y cerrando débilmente la garra izquierda. Dejó el bulto en el suelo, y con la garra derecha extrajo un gran cuchillo rojo y escupió sobre él. Fue hasta el parapeto, e inclinándose se asomó al lejano patio exterior. Gritó dos veces pero no le respondieron.

De pronto, mientras Shagrat seguía inclinado sobre la almena, de espaldas al techo, Sam vio con asombro que uno de los supuestos cadáveres empezaba a moverse: se arrastraba. Estiró una garra y tomó el bulto. Se levantó, tambaleándose. La otra mano empuñaba una lanza de punta ancha y mango corto y quebrado. La alzó preparándose para asestar una estocada mortal. De pronto, un siseo se le escapó entre

los dientes, un jadeo de dolor o de odio. Rápido como una serpiente Shagrat se hizo a un lado, dio media vuelta y hundió el cuchillo en la garganta del enemigo.

103

—¡Te pesqué, Gorbag! —vociferó—. No estabas muerto del todo ¿eh? Bueno, ahora completaré mi obra. —Saltó sobre el cuerpo caído, pateándolo y pisoteándolo con furia, mientras se agachaba una y otra vez para acuchillarlo. Satisfecho al fin, levantó la cabeza con un horrible y gutural alarido de triunfo. Lamió el puñal, se lo puso entre los dientes, y recogiendo el bulto se encaminó cojeando hacia la puerta más cercana de la escalera.

Sam no tuvo tiempo de reflexionar. Hubiera podido escabullirse por la otra puerta, pero difícilmente sin ser visto; y no hubiera podido jugar mucho tiempo al escondite con aquel orco abominable. Hizo sin duda lo mejor que podía hacer en aquellas circunstancias. Dio un grito, y salió de un salto al encuentro de Shagrat. Aunque ya no lo apretaba contra el pecho, el Anillo estaba presente: un poder oculto, una amenaza para los esclavos de Mordor; y en la mano tenía a Dardo, cuya luz hería los ojos del orco como el centelleo de las estrellas crueles en los temibles países élficos, y que se aparecían a los de su raza en unas pesadillas de terror helado. Y Shagrat no podía pelear y retener al mismo tiempo el tesoro. Se detuvo, gruñendo, mostrando los colmillos. Entonces una vez más, a la manera de los orcos, saltó a un lado, y utilizando el pesado bulto como arma y escudo, en el momento en que Sam se abalanzaba sobre él, se lo arrojó con fuerza a la cara. Sam trastabilló, y antes que pudiera recuperarse, Shagrat corría ya escaleras abajo.

Sam se precipitó detrás maldiciendo, pero no llegó muy lejos. Pronto le volvió a la mente el pensamiento de Frodo, y recordó que el otro orco había entrado en la torre. Se encontraba ante otra terrible disyuntiva, y no era tiempo de ponerse a pensar. Si Shagrat lograba huir, pronto regresaría con refuerzos. Pero si Sam lo perseguía, el otro orco podía cometer entre tanto alguna atrocidad. Y de todos modos, quizá Sam no alcanzara a Shagrat, o quizás él lo matara. Se volvió con presteza y corrió escaleras arriba.

«Me imagino que he vuelto a equivocarme», suspiró. «Pero ante todo tengo que subir a la cúspide pase lo que pase.»

Allá abajo Shagrat descendió saltando las escaleras, cruzó el patio y traspuso la puerta, siempre llevando la preciosa carga. Si Sam hubiera podido verlo e imaginarse las tribulaciones que desencadenaría esta fuga, quizás habría vacilado. Pero ahora estaba resuelto a proseguir la busca hasta el fin. Se acercó con cautela a la puerta de la torre y entró. Dentro, todo era oscuridad. Pero pronto la mirada alerta del hobbit distinguió una luz tenue a la derecha. Venía de una abertura que daba a otra escalera estrecha y oscura: y parecía subir en espiral alrededor de la pared exterior de la torre. Arriba, en algún lugar, brillaba una antorcha.

Sam empezó a trepar en silencio. Llegó hasta la antorcha que vacilaba en lo alto de una puerta a la izquierda, frente a una tronera que miraba al oeste: uno de los ojos rojos que Frodo y él vieran desde abajo a la entrada del túnel. Pasó la puerta rápidamente y subió de prisa hasta la segunda rampa, temiendo a cada momento que lo atacaran o unos dedos lo estrangularan apretándole el cuello desde atrás. Se acercó a una ventana que miraba al este; otra puerta iluminada por una antorcha se abría a un corredor en el centro de la torre. La puerta estaba entornada y el corredor a oscuras, excepto por la lumbre de la antorcha y el resplandor rojo que se filtraba a través de la tronera. Pero aquí la escalera se interrumpía. Sam se deslizó por el corredor. A cada lado había una puerta baja; las dos estaban cerradas y trancadas. No se oía ningún ruido.

«Un callejón sin salida», masculló Sam, «¿después de tanto subir! No es posible que esta sea la cúspide de la torre. ¿Pero qué puedo hacer ahora?»

Volvió a todo correr a la rampa inferior y probó la puerta. No se movió. Subió otra vez corriendo; el sudor empezaba a gotearle por la cara. Sentía que cada minuto era precioso, pero uno a uno se le escapaban; y nada podía hacer. Ya no le preocupaba Shagrat ni Snaga ni ningún orco alguna vez nacido. Sólo quería encontrar a Frodo, volver a verle la cara, tocarle la mano.

Por fin, cansado y sintiéndose vencido, se sentó en un escalón, bajo el nivel del suelo del corredor, y hundió la cabeza entre las manos. El silencio era inquietante. La antorcha ya casi consumida chisporroteó y se extinguió; y las tinieblas lo envolvieron como una marea. De pronto, sorprendido él mismo, impulsado no sabía por qué pensamiento oculto, al término de aquella larga e infructuosa travesía, Sam se puso a cantar en voz baja.

En aquella torre fría y oscura la voz de Sam sonaba débil y temblorosa: la voz de un hobbit desesperanzado y exhausto que un orco nunca podría confundir con el canto claro de un Señor de los

Elfos. Canturreó viejas tonadas infantiles de la Comarca, y fragmentos de los poemas del señor Bilbo que le venían a la memoria como visiones fugitivas del hogar. Y de pronto, como animado por una nueva fuerza, la voz de Sam vibró, improvisando palabras que se ajustaban a aquella tonada sencilla.

104

*En las tierras del Oeste bajo el Sol
las flores crecen en Primavera,
los árboles brotan, las aguas fluyen,
los pinzones cantan.
O quizás es una noche sin nubes
y de las hayas que se mecen,
entre el ramaje del cabello,
las Estrellas Elficas
cuelgan como joyas blancas.
Aquí yazgo, al término de mi viaje,
hundido en una oscuridad profunda:
más allá de todas las torres altas y poderosas,
más allá de todas las montañas escarpadas,
por encima de todas las sombras cabalga el Sol
y eternamente moran las Estrellas.
No diré que el Día ha terminado,
ni he de decir adiós a las Estrellas.*

—Más allá de todas las torres altas y poderosas —recomenzó, y se interrumpió de golpe. Creyó oír una voz lejana que le respondía. Pero ahora no oía nada. Sí, algo oía, pero no una voz: pasos que se acercaban. Arriba en el corredor se abrió una puerta: rechinaban los goznes. Sam se acurrucó, escuchando. La puerta se cerró con un golpe sordo; y la voz gruñona de un orco resonó en el corredor. —¡Eh! ¡Tú ahí arriba, rata de albañal! Acaba con tus chillidos, o iré a arreglar cuentas contigo. ¿Me has oído? No hubo respuesta.

—Está bien —refunfuñó Snaga—. De todos modos iré a echarle un vistazo, a ver en qué andas. Los goznes volvieron a rechinar, y Sam, espionando desde el umbral del pasadizo, vio el parpadeo de una luz en un portal abierto, y la silueta imprecisa de un orco que se aproximaba. Parecía cargar una escalera de mano. Y de pronto comprendió: el acceso a la cámara más alta era una puerta trampa en el techo del corredor. Snaga lanzó la escalerilla hacia arriba, la afirmó, y trepó por ella hasta desaparecer. Sam lo oyó quitar un cerrojo. Luego la voz aborrecible habló de nuevo.

—¡Te quedas quieto, o las pagarás! Sospecho que ya no vivirás mucho; pero si no quieres que el baile empiece ahora mismo, cierra el pico, ¿me has oído? ¡Aquí va una muestra! Y se oyó el restallido de un látigo.

Una furia repentina se encendió entonces en el corazón de Sam. Se levantó de un salto, corrió y trepó como un gato por la escalerilla. Asomó la cabeza en el suelo de una amplia cámara redonda. Una lámpara roja colgaba del techo; la tronera que miraba al este era alta y estaba oscura. En el suelo junto a la pared y bajo la ventana yacía una forma, y sobre ella, a horcadas, se veía la figura negra de un orco. Levantó el látigo por segunda vez, pero el golpe nunca cayó.

Sam, Dardo en mano, lanzó un grito y entró en la habitación. El orco giró en redondo, pero antes que pudiera hacer un solo movimiento, Sam le cortó la mano que empuñaba el látigo. Auullando de dolor y de miedo, en un intento desesperado, el orco se arrojó de cabeza contra Sam. La estocada siguiente no dio en el blanco; Sam perdió el equilibrio y al caer hacia atrás se aferró al orco que se derrumbaba sobre él. Antes que pudiera incorporarse oyó un alarido y un golpe sordo. Mientras huía, el orco había chocado con el cabezal de la escalerilla, precipitándose por la abertura de la puerta trampa. Sam no se ocupó más de él. Corrió hacia la figura encogida en el suelo. Era Frodo.

Estaba desnudo, y yacía como desvanecido sobre un montón de trapos mugrientos; tenía el brazo levantado, protegiéndose la cabeza, y la huella cárdena de un latigazo le marcaba el flanco.

— ¡Frodo! ¡Querido señor Frodo! —gritó Sam, casi cegado por las lágrimas—. ¡Soy Sam, he llegado! Levantó a medias a su amo y lo estrechó contra el pecho. Frodo abrió los ojos.

—¿Todavía estoy soñando? —musitó—. Pero los otros sueños eran pavorosos.

—No, mi amo, no está soñando dijo Sam. Es real. Soy yo. He llegado.

105

—Casi no puedo creerlo —dijo Frodo, aferrándose a él—. ¡Había un orco con un látigo, y de

pronto se transforma en Sam! Entonces, después de todo, no estaba soñando cuando oí cantar ahí abajo, y traté de responder. ¿Eras tú?

—Sí, señor Frodo, era yo. Casi había perdido las esperanzas. No podía encontrarlo a usted.

—Bueno, ahora me has encontrado, querido Sam —dijo Frodo, y se reclinó en los brazos afectuosos de Sam, y cerró los ojos como un niño que descansa tranquilo cuando una mano o una voz amada han ahuyentado los miedos de la noche.

Sam hubiera deseado permanecer así, eternamente feliz, hasta el fin del mundo: pero no le estaba permitido. No bastaba que hubiera encontrado a Frodo, todavía tenía que tratar de salvarlo. Le besó la frente.

— ¡Vamos! ¡Despierte, señor Frodo! dijo, procurando parecer tan animado como cuando en Bolsón Cerrado abría las cortinas de la alcoba en las mañanas de estío.

Frodo suspiró y se incorporó.

— ¿Dónde estamos? ¿Cómo llegué aquí? —preguntó.

—No hay tiempo para historias hasta que lleguemos a alguna otra parte, señor Frodo —dijo Sam—. Pero estamos en la cúspide de la torre que usted y yo vimos allá abajo, cerca del túnel, antes que los orcos lo capturasen. Cuánto tiempo hace de esto, no lo sé. Más de un día, sospecho.

— ¿Nada más? —dijo Frodo—. Parece que fueran semanas. Si hay una oportunidad, tendrás que contármelo todo. Algo me golpeó ¿no es así? Y me hundí en las tinieblas y en sueños horripilantes, y al despertar descubrí que la realidad era peor aún. Estaba rodeado de orcos. Creo que me habían estado echando por la garganta algún brebaje inmundito y ardiente. La cabeza se me iba despejando, pero me sentía dolorido y agotado. Me desnudaron por completo, y luego vinieron dos bestias gigantescas y me interrogaron, me interrogaron hasta que creí volverme loco; y me acosaban, y se regodeaban viéndome sufrir, y mientras tanto acariciaban los cuchillos. Nunca podré olvidar aquellas garras, aquellos ojos.

—No los olvidaré, si sigue hablando de ellos, señor Frodo —dijo Sam—. Si no queremos verlos otra vez, cuanto antes salgamos de aquí, mejor que mejor. ¿Puede caminar?

—Sí, puedo —dijo Frodo, mientras se ponía de pie con lentitud—. No estoy herido, Sam. Sólo que me siento muy fatigado, y me duele aquí. —Se tocó la nuca por encima del hombro izquierdo. Y cuando se irguió, Sam tuvo la impresión de que estaba envuelto en llamas: a la luz de la lámpara que pendía del techo la piel desnuda de Frodo tenía un tinte escarlata. Dos veces recorrió Frodo la habitación de extremo a extremo.

— ¡Me siento mejor! dijo, un tanto reanimado—. No me atrevía ni a moverme cuando me dejaban solo, pues en seguida venía uno de los guardias. Hasta que comenzó la pelea y el griterío. Los dos brutos grandes: se peleaban, creo. Por mí o por mis cosas. Y yo yacía allí, aterrorizado. Y luego siguió un silencio de muerte, lo que era aún peor.

—Sí, se pelearon, evidentemente —dijo Sam—. Creo que había aquí más de se mataron todos entre ellos. Fue una suerte, pero es un tema demasiado largo para inventar una canción, hasta que hayamos salido de aquí. ¿Qué haremos ahora? Usted no puede pasearse en cueros por la Tierra Tenebrosa, señor Frodo.

—Se han llevado todo, Sam —dijo Frodo. Todo lo que tenía. ¿Entiendes? ¡Todo! —Se acurrucó otra vez en el suelo con la cabeza gacha, abrumado por la desesperación, al comprender, a medida que hablaba, la magnitud del desastre.— La misión ha fracasado, Sam. Aunque logremos salir de aquí, no podremos escapar. Sólo quizá los elfos. Lejos, lejos de la Tierra Media, allá del otro lado del Mar. Si es bastante ancho para escapar a la mano de la Sombra.

—No, no todo, señor Frodo. Y no ha fracasado, aún no. Yo lo tomé, señor Frodo, con el perdón de usted. Y lo he guardado bien. Ahora lo tengo colgado del cuello, y por cierto que es una carga terrible.

—Sam buscó a tientas el Anillo en la cadena.— Pero supongo que tendré que devolvérselo. Ahora que había llegado el momento, Sam se resistía a dejar el Anillo y cargar nuevamente a su amo con aquel fardo.

— ¿Lo tienes? jadeó Frodo. ¿Lo tienes aquí? ¡Sam, eres una maravilla! —De improviso, la voz de Frodo cambió extrañamente.— ¡Dámelo! —gritó, poniéndose de pie, y extendiendo una mano trémula—. ¡Dámelo ahora mismo! ¡No es para ti!

106

—Está bien, señor Frodo —dijo Sam, un tanto sorprendido—. ¡Aquí lo tiene! Sacó lentamente el Anillo y se pasó la cadena por encima de la cabeza.— Pero usted está ahora en el país de Mordor, señor; y cuando salga, verá la Montaña de Fuego, y todo lo demás. Ahora el Anillo le parecerá muy peligroso, y una carga muy pesada de soportar. Si es una faena demasiado ardua, yo quizá podría compartirla con

usted.

—¡No, no! gritó Frodo, arrancando el Anillo y la cadena de las manos de Sam. ¡No, no lo harás, ladrón! Jadeaba, mirando a Sam con los ojos grandes de miedo y hostilidad. Entonces, de pronto, cerrando el puño con fuerza alrededor del Anillo, se interrumpió, espantado. Se pasó una mano por la frente dolorida, como disipando una niebla que le empañaba los ojos. La visión abominable le había parecido tan real, atontado como estaba aún a causa de la herida y el miedo. Había visto cómo Sam se transformaba otra vez en un orco, una pequeña criatura infecta de boca babeante, que pretendía arrebatarle un codiciado tesoro. Pero la visión ya había desaparecido. Ahí estaba Sam de rodillas, la cara contraída de pena, como si le hubieran clavado un puñal en el corazón, los ojos arrasados en lágrimas. —¡Oh, Sam! —gritó Frodo—. ¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? ¡Perdóname! Hiciste tantas cosas por mí. Es el horrible poder del Anillo. Ojalá nunca, nunca lo hubiese encontrado. Pero no te preocupes por mí, Sam. Tengo que llevar esta carga hasta el final. Nada puede cambiar. Tú no puedes interponerte entre mí y este malhadado destino.

—Está bien, señor Frodo —dijo Sam, mientras se restregaba los ojos con la manga—. Lo entiendo. Pero todavía puedo ayudarlo ¿no? Tengo que sacarlo de aquí. En seguida, ¿comprende? Pero primero necesita algunas ropas y avíos, y luego algo de comer. Las ropas serán lo más fácil. Como estamos en Mordor, lo mejor será vestirnos a la usanza de Mordor; de todos modos no hay otra opción. Me temo que tendrán que ser ropas oreas para usted, señor Frodo. Y para mí también. Si tenemos que ir juntos, convendrá que estemos vestidos de la misma manera. ¡Ahora envuélvase en esto!

Sam se desabrochó la capa gris y la echó sobre los hombros de Frodo. Luego, desatándose la mochila, la depositó en el suelo. Sacó a Dardo de la vaina. La hoja de la espada apenas centelleaba.

—Me olvidaba de esto, señor Frodo —dijo—. ¡No, no se llevaron todo! No sé si usted recuerda que me prestó a Dardo, y el frasco de la Dama. Todavía los tengo conmigo. Pero préstelos un rato más, señor Frodo. Iré a ver qué puedo encontrar. Usted quédese aquí. Camine un poco y estire las piernas. Yo no tardaré. No tendré que alejarme mucho.

— ¡Cuidado, Sam! —gritó Frodo—. ¡Y date prisa! Puede haber orcos vivos todavía, esperando en acecho.

—Tengo que correr el riesgo —dijo Sam. Fue hacia la puerta trampa y se deslizó por la escalerilla. Un momento después volvió a asomar la cabeza. Arrojó al suelo un cuchillo largo.

—Ahí tiene algo que puede serle útil dijo. Está muerto: el que le dio el latigazo. La prisa le quebró el pescuezo, parece. Ahora, si puede, señor Frodo, levante la escalerilla; y no la vuelva a bajar hasta que me oiga gritar la contra seña. Elbereth, gritaré. Es lo que dicen los elfos. Ningún orco lo diría. Frodo permaneció sentado un rato, temblando, asaltado por una sucesión de imágenes aterradoras. Luego se levantó, se ciñó la capa élfica, y para mantener la mente ocupada, comenzó a pasearse de un lado a otro, escudriñando y espiando cada recoveco de la prisión.

No había pasado mucho tiempo, aunque a Frodo le pareció por lo menos una hora, cuando oyó la voz de Sam que llamaba quedamente desde abajo: Elbereth, Elbereth. Frodo soltó la escalerilla. Sam subió, resoplando; llevaba un bulto grande sobre la cabeza. Lo dejó caer en el suelo con un golpe sordo.

— ¡De prisa ahora, señor Frodo! —dijo—. Tuve que buscar un buen rato hasta encontrar algo pequeño como para nosotros. Tendremos que arreglarnos, pero de prisa. No he tropezado con nadie, ni he visto nada, pero no estoy tranquilo. Creo que este lugar está siendo vigilado. No lo puedo explicar, pero tengo la impresión de que uno de esos horribles jinetes anda por aquí, volando en la oscuridad donde no se le puede ver.

Abrió el atado. Frodo miró con repugnancia el contenido, pero no había otro remedio: tenía que ponerse esas prendas, o salir desnudo. Había un par de pantalones de montar largos y peludos confeccionados con el pellejo de alguna bestia inmundada, y una túnica sucia de cuero. Se los puso. Sobre la túnica iba una cota de malla redonda, corta para un orco adulto, pero demasiado larga para Frodo, y pesada por añadidura. Se la ajustó con un cinturón, del que pendía una vaina corta con una espada de hoja ancha y afilada. Sam había traído varios yelmos de orcos. Uno de ellos le quedaba bastante bien a Frodo:

107

un capacete negro con guarnición de hierro, y argollas de hierro revestidas de cuero; sobre el cubrenariz en forma de pico brillaba pintado en rojo el Ojo Maléfico.

—Las prendas de Morgul, las de los hombres de Gorbag, nos habrían sentado mejor y eran de más calidad —dijo Sam—; pero hubiera sido peligroso andar por Mordor con las insignias de esa gente, después de los problemas que hubo aquí. Bien, ahí tiene, señor Frodo. Un perfecto orco pequeño, si me permite el atrevimiento, o lo parecería de verdad si pudiésemos cubrirle la cara con una máscara, estirarle

los brazos y hacerlo patizambo. Con esto disimulará algunas fallas del disfraz. —Le puso sobre los hombros un amplio capote negro.— ¡Ya está pronto! A la salida podrá escoger un escudo.

—¿Y tú, Sam? ¿No dijiste que iríamos vestidos los dos iguales?

—Bueno, señor Frodo, he estado reflexionando —dijo Sam—. No es conveniente que deje mis cosas aquí, pero tampoco podemos destruirlas. Y no me puedo poner una malla de orco encima de todas mis ropas ¿no? Tendré que encapucharme de la cabeza a los pies.

Se arrodilló, y doblando con cuidado la capa élfica, la convirtió en un rollo asombrosamente pequeño. Lo guardó en la mochila que estaba en el suelo, e irguiéndose se la cargó a la espalda; se puso en la cabeza un casco orco y se echó otro capote negro sobre los hombros.

— ¡Listo! —dijo—. Ahora estamos iguales, casi. ¡Y es hora de partir!

—No podré hacer todo el trayecto en una sola etapa, Sam —dijo Frodo con una sonrisa forzada—. Me imagino que habrás averiguado si hay posadas en el camino. ¿O has olvidado que necesitaremos comer y beber?

— ¡Córcholis, sí, lo olvidé! —dijo Sam. Silbó, desanimado—. ¡Ay, señor Frodo, me ha dado usted un hambre y una sed! No recuerdo cuándo fue la última vez que una gota o un bocado me pasó por los labios. Tratando de encontrarlo a usted, no lo he pensado más. ¡Pero espere! La última vez que miré todavía me quedaba bastante de ese pan del camino, y lo que nos dio el capitán Faramir, como para mantenernos en pie un par de semanas. Pero si en mi botella queda algo, no ha de ser más que una gota. De ninguna manera va a alcanzar para dos. ¿Acaso los orcos no comen, no beben? ¿O sólo viven de aire rancio y de veneno?

—No, comen y beben, Sam. La Sombra que los engendró sólo puede remedar, no crear: no seres verdaderos, con vida propia. No creo que haya dado vida a los orcos, pero los malogró y los pervirtió; y si están vivos, tienen que vivir como los otros seres vivos. Se alimentarán de aguas estancadas y carnes putrefactas, si no consiguen otra cosa, pero no de veneno. A mí me han dado de comer, y estoy en mejores condiciones que tú. Por aquí, en alguna parte, tiene que haber agua y víveres.

—Pero no hay tiempo para buscarlos —dijo Sam.

—Bueno, las cosas no pintan tan mal como piensas —dijo Frodo—. En tu ausencia tuve un golpe de suerte. En realidad, no se llevaron todo. Encontré mi saco de provisiones entre algunos trapos tirados en el suelo. Lo revisaron, naturalmente. Pero supongo que el aspecto y el olor de las lembas les repugnó tanto o más que a Gollum. Las encontré desparramadas por el suelo y algunas estaban rotas y pisoteadas, pero pude recogerlas. No es mucho más de lo que tú tienes. En cambio se llevaron las provisiones de Faramir, y acuchillaron la cantimplora.

—Bueno, no hay nada más que hablar —dijo Sam—. Tenemos lo suficiente para ahora. Pero lo del agua va a ser un problema. No importa, señor Frodo, ¡coraje! En marcha, o de nada nos servirá todo un lago.

—No, no me moveré de aquí hasta que hayas comido, Sam —dijo Frodo—. Aquí tienes, come esta galleta élfica, y bébete la última gota de tu botella. Esta aventura es un desatino y no vale la pena preocuparse por el mañana. Lo más probable es que no llegue.

Al fin se pusieron en marcha. Bajaron por la escalera de mano, y Sam la descolgó y la dejó en el pasadizo junto al cuerpo encogido del orco. La escalera estaba en tinieblas, pero en el tejado se veía aún el resplandor de la Montaña, ahora de un rojo mortecino. Recogieron dos escudos para completar el disfraz, y siguieron caminando.

Bajaron pesadamente la larga escalera. La cámara de la torre donde se habían reencontrado parecía casi acogedora ahora que estaban otra vez al aire libre, y el terror corría a lo largo de los muros. Aunque todo hubiera muerto en Cirith Ungol, la Torre se alzaba aún envuelta en miedo y maldad. Llegaron por fin a la puerta del patio exterior y se detuvieron. Ya allí podían sentir sobre ellos la malicia de los Centinelas. Formas negras y silenciosas apostadas a cada lado de la puerta, por la que alcanzaban a

verse los fulgores de Mordor. Los pies les pesaban cada vez más a medida que avanzaban entre los cadáveres repugnantes de los orcos. Y aún no habían llegado a la arcada cuando algo los paralizó. Intentar dar un paso más era doloroso y agotador para la voluntad y para los miembros.

Frodo no se sentía con fuerzas para semejante batalla. Se dejó caer en el suelo.

—No puedo seguir, Sam —murmuró—. Me voy a desmayar. No sé qué me pasa.

—Yo lo sé, señor Frodo. ¡Manténgase en pie! Es la puerta. Está embrujada. Pero si pude entrar, también podré salir. No es posible que ahora sea más peligrosa que antes. ¡Adelante!

Volvió a sacar el frasco élfico de Galadriel. Como para rendir homenaje al temple del hobbit, y

agraciar con esplendor la mano fiel y morena que había llevado a cabo tantas proezas, el frasco brilló súbitamente iluminando el patio en sombras con una luz deslumbradora, como un relámpago; pero era una luz firme, y que no se extinguía.

—Gilthorniel, A Elbereth! —gritó Sam. Sin saber por qué, su pensamiento se había vuelto de pronto a los elfos de la Comarca, y al canto que había ahuyentado al Jinete Negro oculto entre los árboles.

—Aiya elenion ancalima! —gritó Frodo, detrás de Sam.

La voluntad de los Centinelas se quebró de repente como una cuerda demasiado tensa, y Frodo y Sam trastabillaron. Pero en seguida echaron a correr. Traspusieron la puerta y dejaron atrás las grandes figuras sentadas de ojos fulgurantes. Se oyó un estallido. La dovela de la arcada se derrumbó casi sobre los talones de los fugitivos, y el muro superior se desmoronó, cayendo en ruinas. Habían escapado.

Repicó una campana; y un gemido agudo y horripilante se elevó de los Centinelas. Desde muy arriba, desde la oscuridad, llegó una respuesta. Del cielo tenebroso descendió como un rayo una figura alada, desgarrando las nubes con un grito siniestro.

2

EL PAÍS DE LA SOMBRA

Sam apenas alcanzó a esconder el frasco en el pecho.

—¡Corra, señor Frodo! —gritó—. ¡No, por ahí no! Del otro lado del muro hay un precipicio. ¡Sígame!

Huyeron camino abajo y se alejaron de la puerta. Unos cincuenta pasos más adelante, la senda contorneó uno de los bastiones del risco, y los ocultó a los ojos de la Torre. Por el momento estaban a salvo. Se agazaparon contra las rocas y respiraron llevándose las manos al pecho. Posado ahora en lo alto del muro junto a la puerta en ruinas, el Nazgûl lanzaba sus gritos funestos. Los ecos retumbaban entre los riscos.

Avanzaron tropezando, aterrorizados. Pronto el camino dobló bruscamente hacia el este, y por un momento los expuso a la mirada pavorosa de la Torre. Echaron a correr, y al volver la cabeza vieron la gran forma negra encaramada en la muralla, y se internaron en una garganta que descendía en rápida pendiente al camino de Morgul. Así llegaron a la encrucijada. No había aún señales de los orcos, ni había habido respuesta al grito del Nazgûl; pero sabían que aquel silencio no podía durar mucho, que de un momento a otro comenzaría la persecución.

—Todo esto es inútil —dijo Frodo—. Si fuésemos orcos de verdad, estaríamos corriendo hacia la Torre en vez de huir. El primer enemigo con que nos topemos nos reconocerá. De alguna manera tenemos que salir de este camino.

—Pero es imposible —dijo Sam—. No sin alas.

Las laderas orientales de Ephel Dúath caían a pique en una sucesión de riscos y precipicios hacia la cañada negra que se abría entre ellos y la cadena interior. No lejos del cruce, luego de trepar otra cuesta empinada, el camino se prolongaba en un puente volante de piedra, cruzaba el abismo, y se internaba por fin en faldas desmoronadas y en los valles del Morgai. En una carrera desesperada, Frodo y Sam llegaron al puente, pero ya antes de cruzar comenzaron a oír los gritos y la algarabía. A lo lejos, a espaldas de ellos, asomaba en la cresta la Torre de Cirith Ungol, y las piedras centelleaban ahora con un fulgor mortecino. De improviso la campana discordante tañó otra vez. Sonaron los cuernos. Y del otro lado de la

cabecera del puente llegaron los clamores de respuesta. Allá abajo, en la hondonada sombría, oculta a los fulgores moribundos del Orodruin, no veían nada, pero oían ya las pisadas de unas botas de hierro, y allá arriba en el camino resonaba el repiqueteo de unos cascos.

— ¡Pronto, Sam! ¡Saltemos! —gritó Frodo. Se arrastraron hasta el parapeto debajo del puente.

Por fortuna, ya no había peligro de que se despeñaran, pues las laderas del Morgai se elevaban casi hasta el nivel del camino; pero había demasiada oscuridad para que pudieran estimar la profundidad del precipicio.

—Bueno, allá voy, señor Frodo —dijo Sam—. ¡Hasta la vista!

Se dejó caer. Frodo lo siguió. Y mientras caían oyeron el galope de los jinetes que pasaban por el puente, y el golpeteo de los pies de los orcos. Sin embargo, de haberse atrevido, Sam se habría reído a carcajadas. Temiendo una caída casi violenta entre rocas invisibles, los hobbits, luego de un descenso de apenas una docena de pies, aterrizaron con un golpe sordo y un crujido en el lugar más inesperado: una maraña de arbustos espinosos. Allí Sam se quedó quieto, chupándose en silencio una mano rasguñada.

Cuando el ruido de los cascos se alejó, se aventuró a susurrar:

— ¡ Por mi alma, señor Frodo, creía que en Mordor no crecía nada! De haberlo sabido, esto sería precisamente lo que me habría imaginado. A juzgar por los pinchazos, estas espinas han de tener un pie de largo; han atravesado todo lo que llevo encima. ¡ Por qué no me habré puesto esa cota de malla!

—Las cotas de malla de los orcos no te protegerían de estas espinas —dijo Frodo—. Ni siquiera un justillo de cuero te serviría.

No les fue fácil salir del matorral. Los espinos y las zarzas eran duros como alambres y se les prendían como garras. Cuando al fin consiguieron librarse, tenían las capas desgarradas y en jirones.

—Ahora bajemos, Sam —murmuró Frodo—. Rápido al valle, luego doblaremos al norte tan pronto como sea posible.

Afuera, en el resto del mundo, nacía un nuevo día, y mu y lejos, más allá de las tinieblas de Mordor, el sol despuntaba en el horizonte, al este de la Tierra Media; pero aquí todo estaba oscuro, como si aún fuera de noche. En la montaña las llamas se habían extinguido y los rescoldos humeaban bajo las cenizas. El resplandor desapareció poco a poco de los riscos. El viento del este, que no había dejado de soplar desde que partieran de Ithilien, ahora parecía muerto. Lenta y penosamente bajaron gateando en las sombras, a tientas, tropezando, arrastrándose entre peñascos y matorrales y ramas secas, bajando y bajando hasta que ya no pudieron continuar.

Se detuvieron al fin, y se sentaron uno al lado del otro, recostándose contra una roca, sudando los dos.

—Si Shagrat en persona viniera a ofrecirme un vaso de agua, le estrecharía la mano —dijo Sam.

—¡No digas eso! —replicó Frodo—. ¡Sólo consigues empeorar las cosas! —Luego se tendió en el suelo, mareado y exhausto, y no volvió a hablar durante un largo rato. Por fin, se incorporó otra vez, trabajosamente. Descubrió con asombro que Sam se había quedado dormido.— ¡Despierta, Sam! —dijo—. ¡Vamos! Es hora de hacer otro esfuerzo.

Sam se levantó a duras penas.

—¡Bueno, nunca lo hubiera imaginado! —dijo—. Supongo que el sueño me venció. Hace mucho tiempo, señor Frodo, que no duermo como es debido, y los ojos se me cerraron solos.

Ahora Frodo encabezaba la marcha, yendo todo lo posible hacia el norte, entre las piedras y los peñascos amontonados en el fondo de la gran hondonada. Pero a poco de andar se detuvieron de nuevo.

—No hay nada que hacerle, Sam —dijo—. No puedo soportarla. Esta cota de malla, quiero decir. No hoy, al menos. Aun la cota de mithril me pesaba a veces. Esta pesa muchísimo más. ¿Y de qué me sirve? De todos modos no será peleando como nos abriremos paso.

—Sin embargo, quizá nos esperen algunos encuentros. Y puede haber cuchillos y flechas perdidas. Para empezar, ese tal Gollum no está muerto. No me gusta pensar que sólo un trozo de cuero lo protege de una puñalada en la oscuridad.

—Escúchame, Sam, hijo querido —dijo Frodo—: estoy cansado, exhausto. No me queda ninguna esperanza. Pero mientras pueda caminar, tengo que tratar de llegar a la montaña. El Anillo ya es bastante. Esta carga excesiva me está matando. Tengo que deshacerme de ella. Pero no creas que soy

110

desagradecido. Me repugna pensar en ese trabajo que tuviste que hacer entre los cadáveres para encontrarla.

—Ni lo mencione, señor Frodo. ¡Por lo que más quiera! ¡Lo llevaría sobre mis espaldas, si pudiese! ¡Quítesela, entonces!

Frodo se sacó la capa, se despojó de la cota de malla oreá y la tiró lejos. Se estremeció ligeramente.

—Lo que en realidad necesito es algún abrigo —dijo—. O ha refrescado, o he tomado frío.

—Puede ponerse mi capa, señor Frodo —dijo Sam. Se descolgó la mochila de la espalda y sacó la capa élfica—. ¿Qué le parece, señor Frodo? Se envuelve en ese trapo orco, y se ajusta el cinturón por fuera. Y encima de todo se pone la capa. No es exactamente a la usanza oreá, pero estará más abrigado; y hasta diría que lo protegerá mejor que cualquier otra vestimenta. Fue hecha por la Dama.

Frodo tomó la capa y cerró el broche.

— ¡Así me siento mejor! —dijo—. Y mucho más liviano. Ahora puedo continuar. Pero esta oscuridad ciega invade de algún modo el corazón. Cuando estaba preso, Sam, trataba de pensar en el Brandivino, en el Bosque Cerrado, y en El Agua corriendo por el molino en Hobbiton. Pero ahora no puedo recordarlos.

— ¡Vamos, señor Frodo, ahora es usted el que habla de agua! —dijo Sam—. Si la Dama pudiera vernos u oírnos, yo le diría: «Señora, todo cuanto necesitamos es luz y agua: sólo un poco de agua pura y

la clara luz del día, mejor que cualquier joya, con el perdón de usted.» Pero estamos muy lejos de Lorien. —Suspiró y movió una mano señalando las cumbres de Ephel Dúath, ahora apenas visibles como una oscuridad más profunda contra el cielo en tinieblas.

Reanudaron la marcha. No habían avanzado mucho cuando Frodo se detuvo.

—Hay un Jinete Negro volando sobre nosotros —dijo—. Siento su presencia. Será mejor que nos quedemos quietos por un tiempo.

Se acurrucaron debajo de un gran peñasco, de cara al oeste, y durante un rato permanecieron callados. Al fin Frodo dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ya pasó —dijo.

Se levantaron, y lo que vieron los dejó mudos de asombro. A la izquierda y hacia el sur, contra un cielo que ya casi era gris, comenzaban a asomar oscuros y negros los picos y las crestas de la gran cordillera. Por detrás de ella crecía la luz. Trepaba lentamente hacia el norte. En las alturas lejanas, en los ámbitos del cielo, se estaba librando una batalla. Las turbulentas nubes de Mordor se alejaban, como rechazadas, con los bordes hechos jirones, mientras un viento que soplaba desde el mundo de los vivos barría las emanaciones y las humaredas hacia la tierra tenebrosa de donde habían venido. Bajo las orlas del palio lúgubre, una luz tenue se filtraba en Mordor como un amanecer pálido a través de las ventanas sucias de una prisión.

—¡Mire, señor Frodo! —dijo Sam. ¡Mire! El viento ha cambiado. Algo ocurre. No se va a salir del todo con la suya. Allá en el mundo la oscuridad se desvanece. ¡Me gustaría saber qué está pasando! Era la mañana del decimoquinto día de marzo, y en el Valle del Anduin el sol asomaba por encima de las sombras del este, y soplaba un viento del sudoeste. En los Campos del Pelennor, Théoden yacía moribundo.

Mientras Frodo y Sam observaban inmóviles el horizonte, la cinta de luz se extendió a lo largo de las crestas de los Ephel Dúath; y de pronto una forma rápida apareció en el oeste, al principio apenas una mancha negra en la franja luminosa de las cumbres, pero en seguida creció, y atravesando como una flecha el manto de oscuridad, pasó muy alto por encima de ellos. Al alejarse lanzó un chillido agudo y penetrante: la voz de un Nazgûl; pero este grito ya no los asustaba: era un grito de dolor y de espanto, malas nuevas para la Torre Oscura. La suerte del Señor de los Espectros del Anillo estaba echada.

—¿Qué le dije? ¡Algo está ocurriendo! —gritó Sam—. «La guerra marcha bien», dijo Shagrat; pero Gorbag no estaba tan seguro. Y también en eso tenía razón. Parece que las cosas mejoran, señor Frodo. ¿No se siente más esperanzado ahora?

—Bueno, no, no mucho, Sam —suspiró Frodo—. Eso está ocurriendo muy lejos más allá de las montañas. Nosotros vamos hacia el Este, no hacia el Oeste. Y estoy tan cansado. Y el Anillo pesa tanto, Sam. Y empiezo a verlo en mi mente todo el tiempo, una gran rueda de fuego.

111

El optimismo de Sam decayó rápidamente. Miró ansioso a su amo, y le tomó la mano.

—¡Vamos, señor Frodo! —dijo—. Conseguí una de las cosas que quería: un poco de luz. La suficiente para ayudarnos, y sin embargo sospecho que también es peligrosa. Trate de avanzar un poco más, y luego nos echaremos juntos a descansar. Pero ahora coma un bocado, un trocito del pan de los elfos; le reconfortará.

Compartiendo una oblea de lembas, y masticándola lo mejor que pudieron con las bocas resacas, Frodo y Sam continuaron adelante. La luz, aunque apenas un crepúsculo gris, bastaba para que vieran alrededor: estaban ahora en lo más profundo del valle entre las montañas. Descendía en una suave pendiente hacia el norte, y por el fondo corría el lecho seco y calcinado de un arroyo. Más allá del curso pedregoso vieron un sendero trillado que serpeaba al pie de los riscos occidentales. Si lo hubieran sabido, habrían podido llegar a él más rápidamente, pues era una senda que se desprendía de la ruta principal a Morgul en la cabecera occidental del puente y descendía por una larga escalera tallada en la roca hasta el fondo mismo del valle; y la utilizaban las patrullas o los mensajeros que viajaban a los puestos y fortalezas menores del lejano Norte, entre Cirith Ungol y los desfiladeros de la Garganta de Hierro, las mandíbulas férreas de Carach Angren.

Era un sendero peligroso para los hobbits, pero el tiempo apremiaba, y Frodo no se sentía capaz de trepar y gatear entre los peñascos o en las hondonadas del Morgai. Y suponía además que el del norte era el camino en que sus perseguidores menos esperarían encontrarlos. Sin duda comenzarían la búsqueda por el camino al este de la llanura, o por el paso que volvía hacia el oeste. Sólo cuando estuvieran bien al norte de la Torre se proponía cambiar de rumbo y buscar una salida hacia el este: hacia la última y desesperada etapa de aquel viaje. Cruzaron pues el lecho de piedras, y tomaron el sendero orco, y

avanzaron por él durante un tiempo. Los riscos altos y salientes de la izquierda impedían que pudieran verlos desde arriba; pero el sendero tenía muchas curvas, y en cada recodo aferraban la empuñadura de la espada y avanzaban con cautela.

La luz no aumentaba, porque el Orodruin continuaba vomitando una espesa humareda que subía cada vez más arriba, empujada por corrientes antagónicas, y al llegar a una región por encima de los vientos, se desplegaba en una bóveda inconmensurable, cuya columna central emergía de las sombras fuera de la vista de los hobbits. Habían caminado penosamente durante más de una hora, cuando un rumor hizo que se detuvieran: increíble, pero a la vez inconfundible. El susurro del agua. A la izquierda de una cañada tan pronunciada y estrecha que se hubiera dicho que el risco negro había sido hendido por un hacha enorme, corría un hilo de agua: acaso los últimos vestigios de alguna lluvia dulce recogida en mares soleados, pero con la triste suerte de ir a caer sobre los muros del País Tenebroso, y perderse luego en el polvo. Aquí brotaba de la roca en una pequeña cascada, y fluía a lo largo del camino, y girando hacia el sur huía entre las piedras muertas.

Sam saltó hacia la cascada.

—¡Si alguna vez vuelvo a ver a la Dama, se lo diré! —gritó—. ¡Luz, y ahora agua! —Se detuvo.— ¡Déjeme beber primero, señor Frodo! —dijo.

—Está bien, pero hay sitio suficiente para dos.

—No es eso —dijo Sam—. Quiero decir: si es venenosa, o si hay en ella algo malo que se manifieste en seguida; bueno, es preferible que sea yo y no usted, mi amo, si me entiende.

—Te entiendo. Pero me parece que tendremos que confiar juntos en nuestra suerte, Sam, mala o buena. ¡De todos modos, ten cuidado, si está muy fría!

El agua estaba fresca pero no helada, y tenía un sabor desagradable, a la vez amargo y untuoso, o por lo menos eso habrían opinado en la Comarca. Aquí, les pareció maravillosa, y la bebieron sin temor ni prudencia. Bebieron hasta saciarse, y Sam llenó la cantimplora. Después de esto Frodo se sintió mejor, y prosiguieron la marcha durante varias millas, hasta que un ensanchamiento del camino y la aparición de un muro tosco que lo flanqueaba, les advirtió que se estaban acercando a otra fortaleza orea.

—Aquí es donde cambiamos de rumbo, Sam —dijo Frodo—. Y ahora tenemos que marchar hacia el este. —Miró las crestas sombrías del otro lado del valle, y suspiró.— Apenas me quedan fuerzas para buscar algún agujero allá arriba. Y luego necesito descansar un poco.

El lecho del río corría un poco más abajo del sendero. Descendieron hasta él gateando, y comenzaron a atravesarlo. Sorprendidos, encontraron charcos oscuros alimentados por hilos de agua que bajaban de algún manantial en lo alto del valle. Las cercanías de Mordor al pie de las montañas occidentales eran una tierra moribunda, pero aún no estaba muerta. Y aquí crecía alguna vegetación,

112

áspera, retorcida, amarga, que trataba de sobrevivir. En las cañadas del Morgai, del otro lado del valle, se aferraban al suelo unos árboles bajos y achaparrados, matorrales de hierba grises luchaban con las piedras, y líquenes resecos se enroscaban en los matorrales, y grandes marañas de zarzas retorcidas crecían por doquier. Algunas tenían largas espinas punzantes, otras púas ganchudas y afiladas como cuchillos. Las hojas marchitas y arrugadas del último verano colgaban crujiendo y crepitando en el aire triste, pero los brotes infestados de larvas todavía estaban abriéndose. Moscas, pardas, grises o negras, marcadas como los orcos con una mancha roja que parecía un ojo, zumbaban y picaban; y sobre los brezales danzaban y giraban nubes de mosquitos hambrientos.

—Los atavíos orcos no sirven —dijo Sam, agitando los brazos—. ¡Ojalá tuviera el pellejo de un orco!

Por último Frodo no pudo continuar. Habían trepado a una barranca empinada y angosta, pero aún les quedaba un largo trecho antes que pudieran ver la última cresta escarpada.

—Ahora necesito descansar, Sam, y dormir si puedo —dijo Frodo. Miró alrededor, pero en aquel paraje lúgubre no parecía haber un sitio donde al menos un animal salvaje pudiera guarecerse. Al cabo, exhaustos, se escondieron debajo de una cortina de zarzas que colgaba como una estera de una pared de roca.

Allí se sentaron y comieron como mejor pudieron. Conservando las preciosas lembas para los malos días del futuro, tomaron la mitad de lo que quedaba en la bolsa de Sam de las provisiones de Faramir: algunas frutas secas y una pequeña lonja de carne ahumada, y bebieron unos sorbos de agua. Habían vuelto a beber en los charcos del valle, pero otra vez tenían mucha sed. Había un dejo amargo en el aire de Mordor que secaba la boca. Cada vez que Sam pensaba en el agua, hasta él mismo se sentía desanimado. Más allá del Morgai les quedaba aún por atravesar la temible llanura de Gorgoroth.

—Ahora usted dormirá primero, señor Frodo —dijo—. Ya oscurece otra vez. Me parece que este día está por acabar.

Frodo suspiró y se durmió casi antes que Sam hubiese dicho esto. Luchando con su propio cansancio, Sam tomó la mano de Frodo; y así permaneció, en silencio, hasta que cayó la noche. Luego, para mantenerse despierto, se deslizó fuera del escondite y miró en torno. El lugar parecía poblado de crujidos y crepitaciones y ruidos furtivos, pero no se oían voces ni rumores de pasos. A lo lejos, sobre los Ephel Dúath en el oeste, el cielo nocturno era aún pálido y lívido. Allí, asomando entre las nubes por encima de un peñasco sombrío en lo alto de los montes, Sam vio de pronto una estrella blanca que titilaba. Tanta belleza, contemplada desde aquella tierra desolada e inhóspita, le llegó al corazón, y la esperanza renació en él. Porque frío y nítido como una saeta lo traspasó el pensamiento de que la Sombra era al fin y al cabo una cosa pequeña y transitoria, y que había algo que ella nunca alcanzaría: la luz, y una belleza muy alta. Más que una esperanza, la canción que había improvisado en la Torre era un reto, pues en aquel momento pensaba en sí mismo. Ahora, por un momento, su propio destino, y aun el de su amo, lo tuvieron sin cuidado. Se escabulló otra vez entre las zarzas y se acostó junto a Frodo, y olvidando todos los temores se entregó a un sueño profundo y apacible.

Se despertaron al mismo tiempo, tomados de la mano. Sam se sentía casi restaurado, listo para afrontar un nuevo día; pero Frodo suspiró. Había dormido mal, acosado por sueños de fuego, y no despertaba de buen ánimo. Aun así, el descanso no había dejado de tener un efecto curativo. Se sentía más fuerte, más dispuesto a soportar la carga durante una nueva jornada. No sabían qué hora era ni cuánto tiempo habían dormido; pero luego de comer un bocado y beber un sorbo de agua continuaron escalando el barranco, que terminaba en un despeñadero. Allí las últimas cosas vivas renunciaban a la lucha: las cumbres del Morgai eran yermas, melladas, desnudas y negras como un techo de pizarra.

Después de errar durante largo rato en busca de un camino, descubrieron uno por el que podían trepar. Subieron penosamente un centenar de pies, y al fin llegaron a la cresta. Atravesaron una hendidura entre dos riscos oscuros, y se encontraron en el borde mismo de la última empalizada de Mordor. Abajo, en el fondo de una depresión de unos mil quinientos pies, la llanura interior se dilataba hasta perderse de vista en una tiniebla informe. El viento del mundo soplaba ahora desde el oeste levantando las nubes espesas, que se alejaban flotando hacia el este; pero a los temibles campos de Gorgoroth sólo llegaba una luz grisácea. Allí los humos reptaban a ras del suelo y se agazapaban en los huecos, y los vapores escapaban por las grietas de la tierra.

Todavía lejano, a unas cuarenta millas por lo menos, divisaron el Monte del Destino, la base sepultada en ruinas de cenizas, el cono elevándose, gigantesco, con la cabeza humeante envuelta en nubes. Ahora aletargado, los fuegos momentáneamente aplacados, se erguía, peligroso y hostil, como una bestia adormecida. Y por detrás asomaba una sombra vasta, siniestra como una nube de tormenta: los

113

velos distantes de Baraddûr, que se alzaba a lo lejos sobre un espolón largo, una de las estribaciones septentrionales de los Montes de Ceniza. El Poder Oscuro cavilaba, con el Ojo vuelto hacia adentro, sopesando las noticias de peligro e incertidumbre; veía una espada refulgente y un rostro majestuoso y severo, y por el momento había dejado de lado los otros problemas; y la poderosa fortaleza, puerta tras puerta, y torre sobre torre, estaba envuelta en una tiniebla de preocupación.

Frodo y Sam contemplaban el país abominable con una mezcla de repugnancia y asombro. Entre ellos y la montaña humeante, y alrededor de ella al norte y al sur, todo parecía muerto y destruido, un desierto calcinado y convulso. Se preguntaron cómo haría el Señor de aquel reino para mantener y alimentar a los esclavos y los ejércitos. Porque ejércitos tenía, sin duda. Hasta perderse de vista, a lo largo de las laderas del Morgai y a lo lejos hacia el sur, se sucedían los campamentos, algunos de tiendas, otros ordenados como pequeñas ciudades. Uno de los mayores se extendía justo abajo de donde se encontraban los hobbits: semejante a un apiñado nido de insectos, y entrecruzado por callejuelas rectas y lóbregas de chozas y barracas grises, ocupaba casi una milla de llanura. Alrededor, la gente iba y venía; un camino ancho partía del caserío hacia el sudeste y se unía a la carretera de Morgul, por la que se apresuraban filas y filas de pequeñas formas negras.

—No me gusta nada cómo pinta esto —dijo Sam—. No es muy alentador... excepto que donde vive tanta gente tiene que haber pozos, o agua; y comida, ni que hablar. Y éstos no son orcos sino hombres, si la vista no me engaña.

Ni él ni Frodo sabían nada de los extensos campos cultivados por esclavos en el extremo Sur del reino, más allá de las emanaciones de la montaña y en las cercanías de las aguas sombrías y tristes del Lago Núrnen; ni de las grandes carreteras que corrían hacia el este y el sur a los países tributarios, de

donde los soldados de la Torre venían con largas caravanas de víveres y botines y nuevas legiones de esclavos. Allí, en las regiones septentrionales, se encontraban las fraguas y las minas, allí se acantonaban las reservas humanas para una guerra largamente premeditada; y allí también el Poder Oscuro reunía sus ejércitos, moviéndolos como peones sobre el tablero. Las primeras movidas, con las que había probado fuerzas, habían puesto las piezas en jaque en el frente occidental, en el Sur y en el Norte. Y ahora las había retirado, y engrosándolas con nuevos refuerzos, las había apostado en las cercanías de Cirith Gorgor en espera del momento propicio para tomarse la revancha. Y si lo que se proponía era defender a la vez la montaña de una probable tentativa de asalto, no podía haberlo hecho mejor.

—¡Y bien! —prosiguió Sam—. No sé qué tienen de comer y de beber, pero no está a nuestro alcance. No veo ningún camino que nos permita llegar allá abajo. Y aunque lográsemos descender, jamás podríamos atravesar ese territorio plagado de enemigos.

—No obstante tendremos que intentarlo —replicó Frodo—. No es peor de lo que yo me imaginaba. Nunca tuve la esperanza de llegar; tampoco la tengo ahora. Pero aun así, he de hacer lo que esté a mi alcance. Por el momento impedir que me capturen, tanto tiempo como sea posible. Me parece pues, que tendremos que continuar hacia el norte, y ver cómo se presentan las cosas allí donde la llanura comienza a estrecharse.

—Creo adivinar cómo se presentarán —dijo Sam—. En la parte más estrecha de la llanura los orcos y los hombres estarán más apiñados que nunca. Ya lo verá, señor Frodo.

—Supongo que lo verá, si alguna vez llegamos —dijo Frodo, y dio media vuelta.

No tardaron en descubrir que no podían continuar avanzando a lo largo de la cresta del Morgai, ni por los niveles más altos, donde no había senderos y abundaban las hondonadas profundas. Por último tuvieron que regresar por el barranco que habían escalado, en busca de una salida desde el valle. Fue una caminata ardua, pues no se atrevían a cruzar hasta el sendero que corría del lado occidental. Al cabo de una milla o más, oculto en una cavidad al pie del risco, vieron el bastión orco que estaban esperando encontrar: un muro y un apretado grupo de construcciones de piedra dispuestas a los lados de una caverna sombría. No se advertía ningún movimiento, pero los hobbits avanzaron con cautela, manteniéndose lo más cerca posible de los zarzales que a esta altura crecían en abundancia a ambos lados del lecho seco del arroyo.

Continuaron por espacio de dos o tres millas, y el bastión orco desapareció detrás de ellos; pero cuando empezaban a sentirse más tranquilos, oyeron unas voces de orcos, ásperas y estridentes. Se escondieron detrás de un arbusto pardusco y achaparrado. Las voces se acercaban. De pronto dos orcos aparecieron a la vista. Uno vestía harapos pardos e iba armado con un arco de cuerno; era de una raza más bien pequeña, negro de tez, y la nariz, de orificios muy dilatados, husmeaba el aire sin cesar: sin duda una especie de rastreador. El otro era un orco corpulento y aguerrido, como los de la compañía de Shagrat, y lucía la insignia del Ojo. También él llevaba un arco a la espalda y una lanza corta de punta ancha. Como

114

de costumbre se estaban peleando, y por pertenecer a razas diferentes empleaban a su manera la Lengua Común.

A sólo veinte pasos de donde estaban escondidos los hobbits, el orco pequeño se detuvo.

—¡Nar! —gruñó—. Yo me vuelvo a casa. —Señaló a través del valle en dirección al fuerte orco.— No vale la pena que me siga gastando la nariz olfateando piedras. No queda ni un rastro, te digo. Por hacerte caso a ti les perdí la pista. Subía por las colinas, no a lo largo del valle, te digo.

—¿No servís de mucho, eh, vosotros, pequeños husmeadores? —dijo el orco grande—. Creo que los ojos son más útiles que vuestras narices mocosas.

—¿Qué has visto con ellos, entonces? —gruñó el otro—. ¡Garn! ¡Si ni siquiera sabes lo que andas buscando!

—¿Y quién tiene la culpa? —replicó el soldado—. Yo no. Eso viene de arriba. Primero dicen que es un gran elfo con una armadura brillante, luego que es una especie de hombrecito enano, y luego que puede tratarse de una horda de Urukhai rebeldes; o quizá son todos ellos juntos.

— ¡Ar! —dijo el rastreador—. Han perdido el seso, eso es lo que les pasa. Y algunos de los jefes también van a perder el pellejo, sospecho, si lo que he oído es verdad: que han invadido la Torre, que centenares de tus compañeros han sido liquidados, y que el prisionero ha huido. Si así es como os comportáis vosotros, los combatientes, no es de extrañar que haya malas noticias desde los campos de batalla.

—¿Quién dice que hay malas noticias? —vociferó el soldado.

— ¡Ar! ¿Quién dice que no las hay?

—Así es como hablan los malditos rebeldes, y si no callas te ensarto. ¿Me has oído?

—¡Está bien, está bien! —dijo el rastreador—. No diré más y seguiré pensando. Pero ¿qué tiene que ver en todo esto ese monstruo negro y escurridizo? Ese de las manos como paletas y que habla en gorgoteos.

—No lo sé. Nada, quizá. Pero apuesto que no anda en nada bueno, siempre husmeando por ahí.

¡Maldito sea! Ni bien se nos escabulló y huyó, llegó la orden de que lo querían vivo, y cuanto antes.

—Bueno, espero que lo encuentren y le den su merecido —masculló el rastreador—. Nos confundió el rastro allá atrás, cuando se apropió de esa cota de malla, y anduvo palmeteoando por todas partes antes que yo consiguiera llegar.

—En todo casóle salvóla vida —dijo el soldado—. Antes de saber que lo buscaban, yo le disparé, a cincuenta pasos y por la espalda; pero siguió corriendo.

—¡Garn! Le erraste —dijo el rastreador—. Para empezar, disparas a tontas y a locas, luego corres con demasiada lentitud, y por último mandas buscar a los pobres rastreadores. Estoy harto de ti. — Se alejó rápidamente a grandes trancos.

—¡Vuelve! —vociferó el soldado—, ¡vuelve o te denunciaré!

—¿A quién? No a tu precioso Shagrat. Ya no será más el capitán.

—Daré tu nombre y tu número a los Nazgûl —dijo el soldado bajando la voz hasta un siseo—. Uno de ellos está ahora a cargo de la Torre. El otro se detuvo, la voz cargada de miedo y de furia.

—¡Soplón, maldito! —aulló—. No sabes hacer tu trabajo, y ni siquiera defiendes a los tuyos.

¡Vete con tus inmundos gritones y ojalá te arranquen el pellejo! Si el enemigo no se les adelanta. ¡ He oído decir que han liquidado al Número Uno, y espero que sea cierto!

El orco grande, lanza en mano, echó a correr detrás de él. Pero el rastreador, brincando por detrás de una piedra, le disparó una flecha en el ojo, y el otro se desplomó con estrépito en plena carrera. El rastreador huyó a valle traviesa y desapareció.

Durante un rato los hobbits permanecieron en silencio. Por fin Sam se movió.

Bueno, esto es lo que yo llamo las cosas claras dijo. Si esta simpática cordialidad se extendiera por Mordor, la mitad de nuestros problemas estarían ya resueltos.

En voz baja, Sam —susurró Frodo—. Puede haber otros por aquí. Es evidente que escapamos por un pelo, y que los cazadores no estaban tan descaminados como pensábamos. Pero ese es el espíritu

115

de Mordor, Sam; y ha llegado a todos los rincones. Los orcos siempre se han comportado de esa manera o así lo cuentan las leyendas, cuando están solos. Pero no puedes confiar demasiado. A nosotros nos odian mucho más, de todas formas y en todo tiempo. Si estos dos nos hubiesen visto, habrían interrumpido la pelea hasta terminar con nosotros.

Hubo otro silencio prolongado. Sam volvió a interrumpirlo, esta vez en un murmullo.

¿Oyó lo que decían del que habla en gorgoteos, señor Frodo? Le dije que Gollum no estaba muerto ¿no?

Sí, recuerdo. Y me preguntaba cómo lo sabrías —dijo Frodo—. Bueno. Creo que es mejor que no salgamos de aquí hasta que haya oscurecido por completo. Así podrás decirme cómo lo sabes, y contarme todo lo sucedido. Si puedes hablar en voz baja.

Trataré —dijo Sam—, pero cada vez que pienso en ese apestoso, me pongo tan frenético que me dan ganas de gritar.

Allí permanecieron los hobbits, al amparo del arbusto espinoso, mientras la luz lúgubre de Mordor se extinguía lentamente para dar paso a una noche profunda y sin estrellas; y Sam, hablándole a Frodo al oído, le contó todo cuanto pudo poner en palabras del ataque traicionero de Gollum, el horror de EllaLaraña, y sus propias aventuras con los orcos. Cuando hubo terminado, Frodo no dijo nada, pero tomó la mano de Sam y se la apretó. Al cabo de un rato se sacudió y dijo:

Bueno, supongo que hemos de reanudar la marcha. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes que seamos realmente capturados, y acaben al fin estas penurias y escapadas, y todo haya sido inútil. —Se puso de pie.— Está oscuro, y no podemos usar el frasco de la Dama. Quédate con él por ahora, Sam, y cuidalo bien. Yo no tengo dónde guardarlo, excepto las manos, y necesitaré de las dos en esta noche ciega. Pero a Dardo, te lo doy. Ahora tengo una espada oreá, aunque no creo que me toque asestar algún otro golpe.

Era difícil y peligroso caminar de noche por aquella región sin senderos; pero poco apoco, tropezando con frecuencia, los dos hobbits avanzaron hacia el norte a lo largo de la orilla oriental del valle pedregoso. Y cuando una tímida luz gris volvió a asomar por encima de las cumbres occidentales,

mucho después de que naciera el día en las tierras lejanas, se escondieron otra vez y durmieron un poco, por turno. En los ratos de vigilia a Sam lo obsesionaba el problema de la comida. Por fin, cuando Frodo despertó y habló de comer y de prepararse para otro nuevo esfuerzo, Sam le hizo la pregunta que más lo preocupaba.

Con el perdón de usted, señor Frodo —dijo, pero ¿tiene alguna idea de cuánto nos falta por recorrer?

No, ninguna idea demasiado precisa, Sam —respondió Frodo—. En Rivendel, antes de partir, me mostraron un mapa de Mordor anterior al retorno del enemigo; pero lo recuerdo vagamente. Lo que recuerdo con más precisión es que en un determinado lugar de las cadenas del oeste y el norte se desprendían unas estribaciones que casi llegaban a unirse. Estimo que se encontraban a no menos de veinte leguas del puente próximo a la Torre. Podría ser un buen paso. Pero por supuesto, si llegamos allí, estaremos aún más lejos de la montaña, a unas sesenta millas diría yo. Sospecho que nos hemos alejado unas doce leguas al norte del puente. Aunque todo marchara bien, no creo que llegáramos a la montaña en menos de una semana. Me temo, Sam, que la carga se hará muy pesada, y que avanzaré con mayor lentitud a medida que nos vayamos acercando.

Sam suspiró.

Eso es justamente lo que yo temía —dijo—. Y bien, por no mencionar el agua, tendremos que comer menos, señor Frodo, o de lo contrario movernos un poco más rápido, al menos mientras continuemos en este valle. Un bocado más, y se nos habrán acabado todas las provisiones, excepto el pan del camino de los elfos.

Trataré de caminar un poco más rápido, Sam dijo Frodo respirando hondo—. ¡Adelante! ¡En marcha otra vez!

Aún no había oscurecido por completo. Avanzaban penosamente, adentrándose en la noche. Las horas pasaban, y los hobbits caminaban fatigados dando traspies, con uno que otro breve descanso. Al primer atisbo de luz gris bajo las orlas del palio de sombra se escondieron otra vez en una cavidad oscura al pie de una pared de roca. La luz aumentó poco a poco, en un cielo cada vez más límpido. Un viento fuerte del oeste arrastraba los vapores de Mordor en las capas altas del aire. Al poco tiempo los hobbits pudieron ver el territorio que se extendía alrededor. La hondonada entre las montañas y el Morgai se

116

había ido estrechando paulatinamente a medida que ascendían, y el borde interior no era más que una cornisa en las caras escarpadas de los Ephel Dúath; pero en el este se precipitaba tan a pique como siempre hacia Gorgoroth. Delante de ellos, el lecho del arroyo se interrumpía en escalones de roca resquebrajada; pues de la cadena principal emergía bruscamente un espolón alto y árido, que se adelantaba hacia el este como un muro. La cadena septentrional gris y brumosa de los Ered Lithui extendía allí un largo brazo sobresaliente que se unía al espolón, y entre uno y otro extremo corría un valle estrecho: Carach Angren, la Garganta de Hierro, que más allá se abría en el valle profundo de Udün. En esa llanura detrás del Morannos se escondían los túneles y arsenales subterráneos construidos por los servidores de Mordor como defensas de la Puerta Negra; y allí el Señor Oscuro estaba reuniendo de prisa unos ejércitos poderosos para enfrentar a los Capitanes del Oeste. Sobre los espolones habían construido fuertes y torres, y ardían los fuegos de guardia; y a todo lo largo de la garganta habían erigido una pared de adobe, y cavado una profunda trinchera atravesada por un solo puente.

Algunas millas más al norte, en el ángulo en que el espolón del oeste se desprendía de la cadena principal, se levantaba el viejo castillo de Durthang, convertido ahora en una de las numerosas fortalezas oreas que se apiñaban alrededor del valle de Udün. Y desde él, visible ya a la luz creciente de la mañana, un camino descendía serpenteando, hasta que a sólo una milla o dos de donde estaban los hobbits, doblaba al este y corría a lo largo de una cornisa cortada en el flanco del espolón, y continuaba en descenso hacia la llanura, para desembocar en la Garganta de Hierro.

Mirando esta escena, a los hobbits les pareció de pronto que el largo viaje al norte había sido inútil. En la llanura que se extendía a la derecha envuelta en brumas y humos, no se veían campamentos ni tropas en marcha; pero toda aquella región estaba bajo la vigilancia de los fuertes de Carach Angren.

—Hemos llegado a un punto muerto, Sam —dijo Frodo—. Si continuamos, sólo llegaremos a esa torre orea; pero el único camino que podemos tomar es el que baja de la torre... a menos que volvamos por donde vinimos. No podemos trepar hacia el oeste, ni descender hacia el este.

—En ese caso tendremos que seguir por el camino, señor Frodo —dijo Sam—. Tendremos que seguirlo y tentar fortuna. Si hay fortuna en Mordor. Ahora da igual que nos rindamos o que intentemos volver. La comida no nos alcanzará. ¡Tendremos que darnos prisa!

—Está bien, Sam —dijo Frodo—. ¡Guíame! Mientras te quede una esperanza. A mí no me queda ninguna. Pero no puedo darme prisa, Sam. A duras penas podré arrastrarme detrás de ti. —Antes de seguir arrastrándose, necesita dormir y comer, señor Frodo. Vamos, aproveche lo que pueda.

Le dio a Frodo agua y una oblea de pan del camino, y quitándose la capa improvisó una almohada para la cabeza de su amo. Frodo estaba demasiado agotado para discutir, y Sam no le dijo que había bebido la última gota de agua, y que había comido la otra ración además de la propia. Cuando Frodo se durmió, Sam se inclinó sobre él y lo oyó respirar y le examinó el rostro. Estaba ajado y enflaquecido, y sin embargo, ahora mientras dormía parecía tranquilo y sin temores.

— ¡Bueno, amo, no hay más remedio! —murmuró Sam—. Tendré que abandonarlo un rato y confiar en la suerte. Agua vamos a necesitar, o no podremos seguir adelante.

Sam salió con sigilo del escondite, y saltando de piedra en piedra con más cautela de la habitual en los hobbits, descendió hasta el lecho seco del arroyo y lo siguió por un trecho en su ascenso hacia el norte, hasta que llegó a los escalones de roca donde antaño el manantial se precipitaba sin duda en una pequeña cascada. Ahora todo parecía seco y silencioso; pero Sam no se dio por vencido: inclinó la cabeza y escuchó deleitado un susurro cristalino. Trepando algunos escalones descubrió un arroyuelo de agua oscura que brotaba del flanco de la colina y llenaba un pequeño estanque desnudo, del que volvía a derramarse, y desaparecía luego bajo las piedras áridas.

Sam probó el agua, y le pareció suficientemente buena. Entonces bebió hasta saciarse, llenó la botella y dio media vuelta para regresar. En aquel momento vislumbró una forma o una sombra negra que saltaba entre las rocas un poco más lejos, cerca del escondite de Frodo. Reprimiendo un grito, bajó de un brinco del manantial y corrió saltando de piedra en piedra. Era una criatura astuta, difícil de ver, pero Sam tenía pocas dudas: no pensaba en otra cosa que en retorcerle el pescuezo. Pero la criatura lo oyó acercarse, y se escabulló alejándose de prisa. Sam creyó ver por último que la forma se asomaba al borde del precipicio oriental, antes de esconder la cabeza y desaparecer.

—¡Bueno, la suerte no me abandonó —murmuró Sam—, pero por un pelo! ¡Como si no bastara que haya orcos por millares, tenía que venir a meter la nariz ese bribón maloliente! ¡Ojalá lo hubieran liquidado!

117

Se sentó junto a Frodo y no lo despertó; pero no se atrevió a echarse a dormir. Por fin, cuando sintió que se le cerraban los ojos y supo que no podía seguir luchando por mantenerse despierto mucho tiempo más, despertó a Frodo tocándolo apenas.

—Me temo que ese Gollum anda rondando otra vez, señor Frodo —dijo—. O al menos, si no era él, quiere decir que tiene un doble. Salí a buscar un poco de agua y lo descubrí husmeando por los alrededores justo cuando volvía. Me parece que no es prudente que ambos durmamos al mismo tiempo, y con el perdón de usted, no puedo tener los ojos abiertos un minuto más.

—¡Bendito seas, Sam! —le dijo Frodo—. ¡Acuéstate y duerme cuanto necesites! Pero yo prefiero a Gollum antes que a los orcos. En todo caso no nos entregará... a menos que lo capturen.

—Pero podría tratar de robar y asesinar por cuenta propia —gruñó Sam—. ¡Mantenga los ojos bien abiertos, señor Frodo! Hay una botella llena de agua. Beba usted. Podemos volverla a llenar cuando nos vayamos. —Y con esto Sam se hundió en el sueño.

La luz se extinguía cuando despertó. Frodo estaba sentado contra una roca, pero se había quedado dormido. La botella de agua estaba vacía. No había señales de Gollum.

Había vuelto la oscuridad de Mordor; y cuando los hobbits se pusieron nuevamente en marcha en la etapa más peligrosa del viaje, los fuegos de los vivaques ardían en las alturas feroces y rojos. Fueron primero al pequeño manantial, y luego, trepando con cautela llegaron al camino en el punto en que doblaba hacia el este y la Garganta de Hierro, ahora a veinte millas de distancia. No era un camino ancho, y no tenía ni muro ni parapeto, y a medida que avanzaba, la caída a pique a lo largo del borde era cada vez más profunda. No oían que nada se moviera, y luego de escuchar un rato partieron con paso firme rumbo al este.

Después de unas doce millas de marcha, se detuvieron. Detrás, el camino describía una ligera curva hacia el norte, y las tierras que acababan de dejar atrás ya no se veían. Esta circunstancia resultó desastrosa. Descansaron algunos minutos y otra vez se pusieron en camino; pero habían avanzado unos pocos pasos cuando en el silencio de la noche oyeron de pronto el ruido que habían estado temiendo en secreto: un rumor de pasos en marcha. Parecían no estar muy cerca todavía, pero al volver la cabeza Frodo y Sam vieron el chisporroteo de las antorchas, que ya habían pasado la curva a menos de una milla,

y se acercaban con rapidez: con demasiada rapidez para que Frodo escapara a todo correr por el camino. —Me lo temía, Sam —dijo Frodo—. Hemos confiado en nuestra buena suerte y nos ha traicionado. Estamos atrapados. —Miró con desesperación el muro amenazante; los constructores de caminos de antaño habían cortado la roca a pique a muchas brazas de altura. Corrió al otro lado y se asomó a un precipicio de tinieblas. — ¡ Nos han atrapado al fin! —dijo. Se dejó caer en el suelo al pie de la pared rocosa y hundió la cabeza entre los hombros.

—Así parece —dijo Sam—. Bueno, no nos queda más remedio que esperar y ver.

Y se sentó junto a Frodo a la sombra del acantilado.

No tuvieron que esperar mucho. Los orcos avanzaban a grandes trancos. Los de las primeras filas llevaban antorchas. Y se acercaban: llamas rojas que crecían rápidamente en la oscuridad. Ahora también Sam inclinó la cabeza, con la esperanza de que no se le viera la cara cuando llegasen las antorchas; y apoyó los escudos contra las rodillas de ambos, para que les ocultasen los pies.

«¡Ojalá lleven prisa y pasen de largo, dejando en paz a un par de soldados fatigados!», pensó.

Y al parecer iban a pasar de largo. La vanguardia oreá llegó trotando, jadeante, con las cabezas gachas. Era una banda de la raza más pequeña, arrastrados a pelear en las guerras del Señor Oscuro: no querían otra cosa que terminar de una vez con aquella marcha forzada y esquivar los latigazos. Con ellos, corriendo de arriba abajo a lo largo de la fila, iban dos de los corpulentos y feroces uruks, blandiendo los látigos y vociferando órdenes. Marchaban, fila tras fila; la delatadora luz de las antorchas empezaba a alejarse. Sam contuvo el aliento. Ya más de la mitad de la compañía había pasado. De pronto uno de los uruks descubrió las dos figuras acurrucadas a la vera del camino. Hizo chasquear el látigo y los increpó: — ¡ Eh, vosotros! ¡ Arriba! No le respondieron y detuvo con un grito a toda la compañía.

—¡Arriba, zánganos! —aulló—. No es ahora momento de dormir. Dio un paso hacia los hobbits, y aún en la oscuridad reconoció las insignias de los escudos.

—Con que desertando, ¿eh? gritó. ¿O conspirando para desertar? Todos vosotros tenáis que haber llegado a Udün ayer antes de la noche. Bien lo sabéis. De pie y a la fila, o tomaré vuestros números y os denunciaré.

118

Los hobbits se levantaron con dificultad, y caminaron encorvados, cojeando como soldados con los pies doloridos, se pusieron en la última fila.

—¡No, en la última no! —vociferó el guardián de los esclavos. ¡Tres filas más adelante! ¡Y quedaos allí, o en mi próxima recorrida sabréis lo que es bueno!

La larga correa chasqueó no muy lejos de las cabezas de los hobbits; en seguida, tras otro latigazo en el aire y un nuevo alarido, la compañía reanudó la marcha con un trote rápido.

Era duro para el pobre Sam, cansado como estaba; pero para Frodo era una tortura, y no tardó en convertirse en una pesadilla. Apretó los dientes y tratando de no pensar, continuó avanzando. El hedor de los orcos sudorosos lo sofocaba; jadeaba y tenía sed. Y seguían trotando y trotando, y Frodo empeñándose en respirar y en obligar a sus piernas a que se flexionaran; no se atrevía ni a imaginar cuál podía ser el término nefasto de tantas fatigas y tantos padecimientos. No tenía la más remota esperanza de salir de la fila sin ser descubierto. Y el guardián de los orcos volvía a la retaguardia una y otra vez y se mofaba de ellos con ferocidad.

— ¡ A ver! reía, amenazando azotarles las piernas—. ¡Donde hay un látigo hay una voluntad, zánganos míos! ¡Fuerza! Ahora mismo os daría una buena zurra, aunque cuando lleguéis con retraso a vuestro campamento recibiréis tantos latigazos como os quepan en el pellejo. Os sentarán bien. ¿No sabéis que estamos en guerra?

Habían recorrido algunas millas, y el camino comenzaba por fin a descender hacia la llanura en una larga pendiente, cuando las fuerzas empezaron a flaquearle a Frodo. Se tambaleaba y tropezaba. Sam trató de ayudarlo, de sostenerlo, aunque tampoco él se sentía capaz de soportar mucho tiempo más aquella marcha. Sabía que el final llegaría de un momento a otro: Frodo acabaría por desvanecerse o por caer rendido, y entonces los descubrirían, y todos los esfuerzos y sufrimientos habrían sido en vano.

—De todas maneras, antes le daré su merecido a ese gigante endiablado que arrea las tropas.

Entonces, en el preciso momento en que llevaba la mano a la empuñadura de la espada, hubo un alivio inesperado. Ahora estaban en plena llanura y se acercaban a la entrada de Udün. No lejos de ella, delante de la puerta próxima a la cabecera del puente, el camino del oeste convergía con otros que venían del sur y de Baraddür, y en todos ellos se veía un agitado movimiento de tropas; pues los Capitanes del Oeste estaban avanzando, y el Señor Oscuro se apresuraba a acantonar en el norte todos sus ejércitos. Así ocurrió que a la encrucijada envuelta en tinieblas, inaccesible a la luz de las hogueras que ardían en lo alto

de los muros, llegaron simultáneamente varias compañías. Hubo encontronazos violentos y una gran confusión, y gritos y maldiciones, porque cada compañía trataba de ser la primera en llegar a la puerta y al final de la marcha. A pesar de los gritos de los cabecillas y del chasquido de los látigos, hubo escaramuzas, y algunas espadas se desenvainaron. Una tropa de ttruks de Baraddûr armados hasta los dientes atacó a los Durthang, desordenando las filas.

Aturdido como estaba por el dolor y el cansancio, Sam se despabiló de golpe, y aprovechando en seguida la ocasión se arrojó al suelo, arrastrando a Frodo. Lentamente, a cuatro patas y a la rastra, los hobbits se alejaron del tumulto, hasta que por fin y sin que nadie los viera llegaron a la orilla opuesta del camino y trepándose a una especie de parapeto bajo destinado a orientar a los guías de las tropas en las noches oscuras o brumosas, se dejaron caer al otro lado.

Durante un rato permanecieron inmóviles. La oscuridad era demasiado impenetrable para buscar un refugio, si había alguno en aquel lugar; pero Sam tenía la impresión de que les convenía en todo caso alejarse un poco más de las carreteras principales y de la luz de las antorchas.

—¡Vamos, señor Frodo! —murmuró—. Arrástrese usted un poquito más, y en seguida podrá descansar.

Con un último esfuerzo desesperado, Frodo se apoyó sobre las manos y avanzó unas veinte yardas. Y entonces cayó en un pozo poco profundo que inesperadamente se abrió delante de ellos, y allí permaneció inmóvil como un cuerpo sin vida.

119

3

EL MONTE DEL DESTINO

Sam se quitó la andrajosa capa de orco y la deslizó debajo de la cabeza de su amo; luego abrigó su cuerpo y el de Frodo con el manto gris de Lorien; y mientras lo hacía recordó de nuevo aquella tierra maravillosa y a la hermosa gente, confiando contra toda esperanza que el paño tejido por las manos élficas tendría la virtud de esconderlos en ese páramo aterrador. Los gritos y rumores de la refriega se fueron alejando a medida que las tropas se internaban en la Garganta de Hierro. Al parecer, en medio de la confusión y el tumulto la desaparición de los hobbits había pasado inadvertida, al menos por el momento.

Sam tomó un sorbo de agua, pero consiguió que Frodo también bebiera, y no bien lo vio algo recobrado le dio una oblea entera del precioso pan del camino y lo obligó a comerla. Entonces, demasiado rendidos hasta para sentir miedo, se echaron a descansar. Durmieron durante un rato, pero con un sueño intranquilo y entrecortado; el sudor se les helaba contra la piel, y las piedras duras les mordían la carne; y tiritaban de frío. Desde la Puerta Negra en el norte y a través de Cirith Ungol corría susurrando a ras del suelo un sopro cortante y glacial.

Con la mañana volvió la luz gris; pues en las regiones altas soplaba aún el viento del oeste, pero abajo, sobre las piedras y en los recintos de la Tierra Tenebrosa, el aire parecía muerto, helado, y a la vez sofocante. Sam se asomó a mirar. Todo alrededor el paisaje era chato, pardo y tétrico. En los caminos próximos nada se movía; pero Sam temía los ojos avizores del muro de la Garganta de Hierro, a apenas unas doscientas yardas de distancia hacia el norte. Al sudeste, lejana como una sombra oscura y vertical, se erguía la Montaña. Y de ella brotaban humaredas espesas, y aunque las que trepaban a las capas superiores del aire se alejaban a la deriva rumbo al este, alrededor de los flancos rodaban unos nubarrones que se extendían por toda la región. Algunas millas más al noreste se elevaban como fantasmas grises y sombríos los contrafuertes de los Montes de Ceniza, y por detrás de ellos, como nubes lejanas apenas más oscuras que el cielo sombrío, asomaban envueltas en brumas las cumbres septentrionales.

Sam trató de medir las distancias y de decidir qué camino les convendría tomar.

—Yo diría que hay por lo menos unas cincuenta millas —murmuró, preocupado, mientras contemplaba la montaña amenazadora—, y si es un trecho que en condiciones normales se recorre en un día, a nosotros, en el estado en que se encuentra el señor Frodo, nos llevará una semana. —Movié la cabeza, y mientras reflexionaba, un nuevo pensamiento sombrío creció poco a poco en él. La esperanza nunca se había extinguido por completo en el corazón animoso y optimista de Sam, y hasta entonces siempre había confiado en el retorno. Pero ahora, de pronto, veía a todas luces la amarga verdad: en el mejor de los casos las provisiones podrían alcanzar hasta el final del viaje, pero una vez cumplida la misión, no habría nada más: se encontrarían solos, sin un hogar, sin alimentos en medio de un pavoroso desierto. No había ninguna esperanza de retorno.

«¿Así que era esta la tarea que yo me sentía llamado a cumplir, cuando partimos?», pensó Sam.

«¿Ayudar al señor Frodo hasta el final, y morir con él? Y bien, si esta es la tarea, tendré que llevarla a cabo. Pero desearía con toda el alma volver a ver Delagua, y a Rosita Coto y sus hermanos, y al Tío, y a Maravilla y a todos. Me cuesta creer que Gandalf le encomendara al señor Frodo esta misión, si se trataba de un viaje sin esperanza de retorno. Fue en Moria donde las cosas empezaron a andar atravesadas, cuando Gandalf cayó al abismo. ¡Qué mala suerte! El habría hecho algo.»

Pero la esperanza que moría, o parecía morir en el corazón de Sam, se transformó de pronto en una fuerza nueva. El rostro franco del hobbit se puso serio, casi adusto; la voluntad se le fortaleció de súbito, un estremecimiento lo recorrió de arriba abajo, y se sintió como transmutado en una criatura de piedra y acero, inmune a la desesperación y la fatiga, a quien ni las incontables millas del desierto podían amilanar.

Sintiéndose de algún modo más responsable, volvió los ojos al mundo, y pensó en la próxima movida. Y cuando la claridad aumentó, notó con sorpresa que lo que a la distancia le habían parecido bajíos desnudos e informes era en realidad una llanura anfractuosa y resquebrajada. La altiplanicie de Gorgoroth estaba surcada en toda su extensión por grandes cavidades, como si en los tiempos en que era aún un desierto de lodo hubiera sido azotada por una lluvia de rayos y peñascos. Los bordes de los fosos más grandes eran de roca triturada y de ellos partían largas fisuras en todas direcciones. Un terreno de esa naturaleza se habría prestado para que alguien fuerte y que no tuviese prisa alguna pudiera arrastrarse de

120
un escondite a otro sin ser visto, excepto por ojos especialmente avizores. Para los hambrientos y cansados, y que todavía tenían por delante un largo camino antes de morir, era de un aspecto siniestro.

Reflexionando en todas estas cosas, Sam volvió junto a su amo. No tuvo necesidad de despertarlo. Frodo estaba acostado boca arriba con los ojos abiertos y observaba el cielo nublado.

—Bueno, señor Frodo —dijo Sam—, fui a echar un vistazo y estuve pensando un poquito. No se ve un alma en los caminos, y convendría que nos alejáramos de aquí cuanto antes. ¿Le parece que podrá?

—Podré —dijo Frodo—. Tengo que poder.

Una vez más emprendieron la marcha, arrastrándose de hueco en hueco, escondiéndose detrás de cada reparo, pero avanzando siempre en una línea sesgada hacia los contrafuertes de la cadena septentrional. Al principio, el camino que corría más al este iba en la misma dirección, pero luego se desvió y bordeando las faldas de las montañas se perdió a lo lejos en un muro de sombra negra. En las extensiones chatas y grises no se veían señales de vida, ni de hombres ni de orcos, pues el Señor Oscuro casi había puesto fin a los movimientos de tropas, y hasta en la fortaleza donde reinaba, buscaba el amparo de la noche, temeroso de los vientos del mundo que se habían vuelto contra él quitándole los velos, desazonado por la noticia de que espías temerarios habían logrado atravesar las defensas.

Al cabo de unas pocas millas agotadoras, los hobbits se detuvieron. Frodo parecía casi exhausto.

Sam comprendió que de esa manera, a la rastra, o doblado en dos, o trastabillando en precipitada carrera, o internándose con lentitud en un camino desconocido, no podrían llegar mucho más lejos.

—Yo volveré al camino mientras haya luz, señor Frodo —dijo—. ¡Probemos de nuevo la suerte!

Casi nos falló la última vez, pero no del todo. Una caminata de algunas millas a buen paso, y luego un descanso.

Se arriesgaba a un peligro mucho mayor de lo que imaginaba, pero Frodo, demasiado ocupado con el peso del fardo y la lucha que se libraba dentro de él, no pensó en discutir; además, se sentía tan desesperanzado que casi no valía la pena preocuparse. Treparon al terraplén y continuaron avanzando penosamente por el camino duro y cruel que conducía a la Torre Oscura. Pero la suerte los acompañó, y durante el resto de aquel día no se toparon con ningún ser viviente ni observaron movimiento alguno; y cuando cayó la noche desaparecieron de la vista, engullidos por las tinieblas de Mordor. Todo el país parecía recogido, como en espera de una tempestad: pues los Capitanes del Oeste habían pasado la Encrucijada e incendiado los campos ponzoñosos de Imlad Morgul.

Así prosiguió el viaje sin esperanzas, mientras el Anillo se encaminaba al sur y los estandartes de los reyes cabalgaban rumbo al norte. Para los hobbits, cada jornada de marcha, cada milla era más ardua que la anterior, a medida que las fuerzas los abandonaban y se internaban en regiones más siniestras.

Durante el día no encontraban enemigos. A veces, por la noche, mientras dormitaban acurrucados e inquietos en algún escondite a la vera del camino, oían clamores y el rumor de numerosos pies o el galope rápido de algún caballo espoleado con crueldad. Pero mucho peor que todos aquellos peligros era la amenaza cada vez más inminente que se cernía sobre ellos: la terrible amenaza del Poder que aguardaba, abismado en profundas cavilaciones y en una malicia insomne detrás del velo oscuro que ocultaba el Trono. Se acercaba, se acercaba cada vez más, negro y espectral, alzándose como un muro de tinieblas en

el confín último del mundo.

Llegó por fin una noche, una noche terrible; y mientras los Capitanes del Oeste se acercaban a los lindes de las tierras vivas, los dos viajeros llegaron a una hora de desesperación ciega. Hacía cuatro días que habían escapado de las filas de los orcos, pero el tiempo los perseguía como un sueño cada vez más oscuro. Durante todo aquel día Frodo no había hablado ni una sola vez, y caminaba encorvado, tropezando a cada rato, como si ya no distinguiera el camino. Sam adivinaba que de todas las penurias que compartían, a Frodo le tocaba la peor: soportar el peso siempre creciente del Anillo, una carga para el cuerpo y un tormento para la mente. Y veía con desesperación que la mano de Frodo se alzaba de tanto en tanto como para esquivar un golpe, o para proteger los ojos contraídos de la mirada inquisitiva de un ojo abominable. Y que la mano derecha subía de vez en cuando al pecho para aferrarse a algo; y que luego como dominándose, lo soltaba lentamente.

La noche retornaba, y Frodo se sentó con la cabeza entre las rodillas; los brazos colgantes tocaban el suelo y las manos le temblaban ligeramente. Sam no dejó de observarlo hasta que la oscuridad los envolvió, y no pudieron verse. Entonces, no encontrando más que decir, se volvió a sus propios y sombríos pensamientos. Pero a él, aunque exhausto y bajo una sombra de temor, aún le quedaban fuerzas. En verdad, las lembas tenían una virtud sin la cual hacía tiempo se habrían acostado a morir. Pero no saciaban el hambre, y por momentos Sam soñaba despierto con comida, y suspiraba por el pan y las

121

viandas sencillas de la Comarca. Y sin embargo este pan del camino de los elfos tenía una potencia que se acrecentaba a medida que los viajeros dependían sólo de él para sobrevivir, y lo comían sin mezclarlo con otros alimentos. Nutría la voluntad, y daba fuerza y resistencia, permitiendo dominar los músculos y los miembros más allá de toda medida humana. Ahora, sin embargo, era menester tomar una determinación. Por aquel camino ya no podían continuar, pues llevaba al este, hacia la gran Sombra, mientras que la montaña se erguía ahora a la derecha, casi en línea recta al sur, y hacia allí tenían que ir. Pero ante ella se extendía una vasta región de tierra humeante, yerma, cubierta de cenizas.

— ¡Agua, agua! —murmuró Sam. Había evitado beber y ahora tenía la boca reseca y la lengua pastosa e hinchada; aun así les quedaba bien poca, tal vez una media botella, y para quién sabe cuántos días de marcha. Y se les habría agotado hacía tiempo, si no se hubieran atrevido a tomar por el camino de los orcos. Porque a lo largo del camino, a grandes intervalos, habían construido cisternas para las tropas que enviaban con urgencia a las regiones sin agua. En una de aquellas cisternas Sam había encontrado un fondo de agua, enlodada por los orcos, pero suficiente en este caso desesperado. Sin embargo, de eso hacía ya un día entero. Y no tenía esperanzas de encontrar más.

Al fin, abrumado por las preocupaciones, Sam se adormeció; quizá la mañana, cuando llegase, traería algo nuevo; por el momento no podía hacer más. Los sueños se le confundían con la vigilia en un duermevela desasosegado. Veía luces semejantes a ojos voraces y malévolos, y formas oscuras y rastreras, y oía ruidos como de bestias salvajes o los gritos escalofriantes de criaturas torturadas; y cuando se despertaba sobresaltado, se encontraba en un mundo oscuro, perdido en un vacío de tinieblas. Una vez, al incorporarse y mirar en torno con ojos desprovistos de miedo, creyó ver unas luces pálidas que parecían ojos, pero que al instante parpadearon y se desvanecieron.

Lenta, como con desgana, transcurrió aquella noche espantosa. La mañana que siguió fue lívida y apagada: pues allí, ya cerca de la montaña, el aire era eternamente lóbrego, y los velos de la Sombra que Sauron tejía alrededor salían arrastrándose desde la Torre Oscura. Tendido de espaldas en el suelo, Frodo continuaba inmóvil, y Sam de pie junto a él, no se decidía a hablar, aunque sabía que era él ahora quien tenía la palabra: era menester que convenciera a Frodo de la necesidad de un nuevo esfuerzo. Por fin se agachó, y acariciando la frente de Frodo, le habló al oído.

—¡Despiértese, mi amo! —dijo—. Es hora de volver a partir.

Como arrancado del sueño por el sonido repentino de una campanilla, Frodo se levantó rápidamente y miró en lontananza, hacia el sur; pero cuando sus ojos tropezaron con la montaña y el desierto, volvió a desanimarse.

—No puedo, Sam —dijo—. Es tan pesado, tan pesado.

Sam sabía aún antes de hablar que sus palabras serían inútiles, y que hasta podían causar más mal que bien, pero movido por la compasión no pudo contenerse.

—Entonces, deje usted que lo lleve yo un rato, mi amo —dijo—. Usted sabe que lo haría de buen grado, mientras me queden fuerzas. Un resplandor feroz apareció en los ojos de Frodo.

—¡Atrás! ¡No me toques! —gritó—. Es mío, te he dicho. ¡Vete! —La mano buscó a tientas la empuñadura de la espada. Pero al instante habló con otra voz.— No, no, Sam —dijo con tristeza—. Pero

tienes que entenderlo. Es mi fardo, y sólo a mí me toca soportarlo. Ya es demasiado tarde, Sam querido. Ya no puedes volver a ayudarme de esa forma. Ahora me tiene casi en su poder. No podría confiártelo, y si tú intentaras arrebatármelo, me volvería loco. Sam asintió.

—Comprendo —dijo—. Pero he estado reflexionando, señor Frodo, y creo que hay otras cosas de las que podríamos prescindir. ¿Por qué no aligerar un poco la carga? Ahora tenemos que ir derecho hacia allá. —Señaló la montaña.— Es inútil cargar con cosas que quizá no necesitemos.

Frodo miró de nuevo la montaña.

—No —dijo—, en ese camino no necesitaremos muchas cosas. Y cuando lleguemos al final, no necesitaremos nada.

Recogió el escudo orco y lo arrojó a lo lejos, y con el yelmo hizo lo mismo. Luego, abriéndose el manto élfico, desabrochó el pesado cinturón y lo dejó caer, y junto con él la espada y la vaina. Rasgó los jirones de la capa negra y los desparramó por el suelo.

—Listo, ya no seré más un orco —gritó—, ni llevaré arma alguna, hermosa o aborrecible. ¡Que me capturen, si quieren!

122

Sam lo imitó, dejando a un lado los atavíos orcos; luego vació la mochila. De algún modo, les había tomado apego a todas las cosas que llevaba, acaso por la simple razón de que lo habían acompañado en un viaje tan largo y penoso. De lo que más le costó desprenderse fue de los enseres de cocina. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Se acuerda de aquella presa de conejo, señor Frodo? —dijo—. ¿Y de nuestro refugio abrigado en el país del Capitán Faramir, el día que vi el olifante?

—No, Sam, temo que no —dijo Frodo—. Sé que esas cosas ocurrieron, pero no puedo verlas. Ya no me queda nada, Sam: ni el sabor de la comida, ni la frescura del agua, ni el susurro del viento, ni el recuerdo de los árboles, la hierba y las flores, ni la imagen de la luna y las estrellas. Estoy desnudo en la oscuridad, Sam, y entre mis ojos y la rueda de fuego no queda ningún velo. Hasta con los ojos abiertos empiezo a verlo ahora, mientras todo lo demás se desvanece.

Sam se acercó y le besó la mano.

—Entonces, cuanto antes nos libremos de él, más pronto descansaremos —dijo con la voz entrecortada, no encontrando palabras mejores—. Con hablar no remediamos nada —murmuró para sus adentros, mientras recogía todos los objetos que habían decidido abandonar. No le entusiasmaba la idea de dejarlos allí, en medio de aquel páramo, expuestos a la vista de vaya a saber quién—. Por lo que oí decir, el hediondo se birló una cota de orco, y ahora sólo falta que complete sus avíos con una espada. Como si sus manos no fueran ya bastante peligrosas cuando están vacías. ¡Y no permitiré que ande toqueteando mis cacerolas!

Llevó entonces todos los utensilios a una de las muchas fisuras que surcaban el terreno y los echó allí. El ruido que hicieron las preciosas marmitas al caer en la oscuridad resonó en el corazón del hobbit como una campanada fúnebre.

Regresó, y cortó un trozo de la cuerda élfica para que Frodo se ciñera la capa gris alrededor del talle. Enrolló con cuidado lo que quedaba y lo volvió a guardar en la mochila. Aparte de la cuerda, sólo conservó los restos del pan del camino y la cantimplora; y también a Dardo, que aún le pendía del cinturón; y ocultos en un bolsillo de la túnica, junto a su pecho, el frasco de Galadriel y la cajita que le había regalado la Dama.

Y ahora por fin emprendieron la marcha de cara a la montaña, ya sin pensar en ocultarse, empeñados, a pesar de la fatiga y la voluntad vacilante, en el esfuerzo único de seguir y seguir. En la penumbra de aquel día lóbrego, aun en aquella tierra siempre alerta, pocos hubieran sido capaces de descubrir la presencia de los hobbits, salvo a corta distancia. Entre todos los esclavos del Señor Oscuro, sólo los Nazgûl hubieran podido ponerlo en guardia contra el peligro que se arrastraba, pequeño pero indomable, hacia el corazón mismo del bien resguardado territorio. Pero los Nazgûl y sus alas negras estaban ausentes del reino, cumpliendo la misión que les había sido encomendada: la de acechar, muy lejos de allí, la marcha de los Capitanes del Oeste, y hacia ellos se volvía el pensamiento de la Torre Oscura.

Aquel día Sam creyó ver en su amo una nueva fuerza, más de lo que podía justificar el aligeramiento casi insignificante de la carga. Durante las primeras etapas progresaron más rápidamente de lo que Sam se había atrevido a esperar. Aunque el terreno era escabroso y hostil, avanzaron mucho, y la montaña se veía cada vez más próxima. Pero con el correr del día, cuando la escasa luz empezó a declinar, Frodo volvió a encorvarse, y a tropezar, como si el reiterado esfuerzo hubiese consumido todas

las energías que le quedaban.

En el último alto se dejó caer y dijo:

—Tengo sed, Sam. —Y no volvió a pronunciar palabra.

Sam le hizo beber un largo sorbo de agua; ahora en la botella quedaba sólo otro trago. Sam no bebió, pero más tarde, cuando de nuevo cayó sobre ellos la noche de Mordor, el recuerdo del agua se le apareció una y otra vez; y cada arroyuelo, cada río, cada manantial que había visto en su vida, a la sombra verde de los sauces o centelleante al sol, danzaba y se rizaba en la oscuridad, atormentándolo. Sentía en los dedos de los pies la caricia refrescante del barro cuando chapoteaba en el Lago de Delágua con Alegre Coto y Tom y Ñipo, y con la hermana de ellos, Rosita. «Pero hace añares de esto», suspiró, «y tan lejos de aquí. El camino de regreso, si lo hay pasa por la montaña».

No podía dormir, y discutió consigo mismo. «Y bien, veamos, nos ha ido mejor de lo que esperabas», dijo con firmeza. «En todo caso, fue un buen comienzo. Me parece que hemos recorrido la mitad del camino, antes de detenernos. Un día más, y asunto terminado.» Hizo una pausa.

123

«No seas tonto, Sam Gamyi», se respondió con su propia voz. «El no podrá continuar como hasta ahora un día más, y eso si puede moverse. Y tampoco tú podrás seguir así mucho tiempo, si le das a él toda el agua, y casi todo lo que queda para comer.»

«Todavía puedo seguir un largo trecho, y lo haré.»

«¿Hasta dónde?»

«Hasta la montaña, naturalmente.»

«¿Pero entonces, Sam Gamyi, entonces qué? Cuando llegues allí ¿qué vas a hacer? El solo no podrá conseguir nada.»

Sam comprendió desconsolado que para esa pregunta no tenía respuesta. Frodo nunca le había hablado mucho de la misión, y Sam sabía vagamente que de algún modo había que arrojar el Anillo al fuego. «Las Grietas del Destino», murmuró, mientras el viejo nombre le volvía a la memoria. «Pues bien, si el Amo sabe cómo encontrarlas, yo no lo sé.»

«¡Ahí lo tienes!», llegó la respuesta. «Todo es completamente inútil. El mismo lo dijo. Tú eres el tonto, tú que sigues afanándote, siempre con esperanzas. Hace días que podías haberte echado a dormir junto a él, si no estuvieras tan empujado. De todos modos te espera la muerte, o algo peor aún. Tanto da que te acuestes ahora y te des por vencido. Nunca llegarás a la cima.»

«Llegaré, aunque deje todo menos los huesos por el camino. Y llevaré al señor Frodo a cuestras, aunque me rompa el lomo y el corazón. ¡Así que basta de discutir!»

En aquel momento Sam sintió temblar la tierra bajo sus pies y oyó o sintió un rumor prolongado, profundo y remoto, como de un trueno prisionero en las entrañas de la tierra. Una llama roja centelleó un instante por debajo de las nubes, y se extinguió. También la montaña dormía intranquila.

Llegó la última etapa del viaje al Orodruin, y fue un tormento mucho mayor que todo cuanto Sam se había creído capaz de soportar. Se sentía enfermo y tenía la garganta tan reseca que no podía tragar un solo bocado. La oscuridad no cambiaba, no sólo a causa de los humos de la montaña: una tormenta parecía a punto de estallar, y a lo lejos, en el sudeste, los relámpagos estriaban el cielo encapotado. Para colmo de males el aire estaba impregnado de vapores; respirar era doloroso y difícil, y aturridos como estaban, tropezaban y caían con frecuencia. Aun así, no cedían, y proseguían la penosa marcha.

La montaña crecía y crecía, cada vez más cercana, tan cercana que cuando levantaban las pesadas cabezas, no veían otra cosa que una enorme mole de ceniza y escoria y roca calcinada, y en el centro un cono de flancos empinados que trepaba hasta las nubes. Antes que la luz crepuscular de todo aquel día se extinguiera para dar paso a una noche real, los hobbits habían llegado arrastrándose y tropezando a la base misma de la montaña.

Frodo jadeó y se dejó caer. Sam se sentó junto a él. Descubrió sorprendido que se sentía cansado pero ligero, y la cabeza parecía habersele despejado. Ya no le turbaban la mente nuevas discusiones. Conocía todas las argucias de la desesperación, y no les prestaba oídos. Estaba decidido, y sólo la muerte podría detenerlo. Ya no sentía ni el deseo ni la necesidad de dormir, sino la de mantenerse alerta. Sabía que ahora todos los azares y peligros convergían hacia un punto: el día siguiente sería un día decisivo, el día del esfuerzo final o del desastre, el último aliento.

Pero ¿cuándo llegaría? La noche parecía interminable e intemporal; los minutos morían uno tras otro para formar una hora que no traía ningún cambio. Sam se preguntó si aquello no sería el comienzo de una nueva oscuridad, si la luz del día no reaparecería nunca. Al fin buscó a tientas la mano de Frodo.

Estaba fría y trémula. Frodo tiritaba.

—Hice mal en abandonar mi manta —murmuró Sam. Y acostándose en el suelo trató de abrigar y reconfortar a Frodo con los brazos y el cuerpo. Luego el sueño lo venció, y la débil luz del último día de la misión los encontró lado a lado. El viento había cesado el día anterior, cuando empezaba a soplar del oeste, y ahora se levantaba otra vez, no ya desde el oeste sino del norte; la luz de un sol invisible se filtró en la sombra en que yacían los hobbits.

— ¡Fuerza ahora! ¡El último aliento! —dijo Sam mientras se incorporaba con dificultad.

Se inclinó sobre Frodo y lo despertó. Frodo gimió, pero con un gran esfuerzo logró ponerse en pie; vaciló, y en seguida cayó de rodillas. Alzó los ojos a los flancos oscuros del Monte del Destino, y apoyándose sobre las manos empezó a arrastrarse.

124

Sam, que lo observaba, lloró por dentro, pero ni una sola lágrima le asomó a los ojos secos y arrasados.

—Dije que lo llevaría a cuestras aunque me rompiese el lomo —murmuró— ¡y lo haré!

»¡ Venga, señor Frodo! —llamó—. No puedo llevarlo por usted, pero puedo llevarlo a usted junto con él. ¡Vamos, querido señor Frodo! Sam lo llevará a babuchas. Usted le dice por dónde, y él irá. Frodo se le colgó a la espalda, echándole los brazos alrededor del cuello y apretando firmemente las piernas; y Sam se enderezó, tambaleándose; y entonces notó sorprendido que la carga era ligera. Había temido que las fuerzas le alcanzaran a duras penas para alzar al amo, y que por añadidura tendrían que compartir el peso terrible y abrumador del Anillo maldito. Pero no fue así. O Frodo estaba consumido por los largos sufrimientos, la herida del puñal, la mordedura venenosa, las penas, y el miedo y las largas caminatas a la intemperie, o él, Sam, era capaz aún de un último esfuerzo: lo cierto es que levantó a Frodo con la misma facilidad con que llevaba a horcajadas a algún hobbit niño cuando retozaba en los prados o los henares de la Comarca. Respiró hondo y se puso en camino.

Habían llegado al pie de la cara septentrional de la montaña, un poco hacia el oeste; allí los largos flancos grises, aunque anfractuosos, no eran escarpados. Frodo no hablaba y Sam avanzó como pudo, sin otro guía que la resolución inquebrantable de trepar lo más alto posible antes que le flaquearan las fuerzas y la voluntad. Trepaba y trepaba, doblando el cuerpo hacia uno u otro lado para atenuar la subida, trastabillando con frecuencia, y ya al final arrastrándose como un caracol que lleva a cuestras una pesada carga. Cuando la voluntad se negó a obedecerle, y las piernas cedieron, se detuvo, y bajó con cuidado a su amo.

Frodo abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire. Aquí, lejos de los vapores que allá abajo flotaban a la deriva y se retorcían en espirales, respirar era mucho más fácil.

—Gracias, Sam —dijo en un susurro entrecortado—. ¿Cuánto falta aún para llegar?

—No lo sé —respondió Sam—, pues no sé en verdad a dónde vamos.

Volvió la cabeza, y luego miró para arriba, y al ver el largo trecho que acababa de recorrer quedó estupefacto. Vista desde abajo, solitaria y siniestra, la montaña le había parecido más alta. Ahora veía que era menos elevada que las gargantas que él y Frodo habían escalado en los Ephel Dúath. Los contrafuertes informes y dilapidados de la enorme base se elevaban hasta unos tres mil pies por encima de la llanura, y sobre ellos, en el centro, se erguía el cono central, que sólo tenía la mitad de aquella altura, y que parecía un horno o una chimenea gigantesca coronada por un cráter mellado. Pero ya Sam había subido hasta la mitad, y la llanura de Gorgoroth apenas se veía, envuelta en humos y sombras. Y si la garganta reseca se lo hubiese permitido, Sam habría dado un grito de triunfo al mirar hacia la altura; porque allá arriba, entre las jibas y las estribaciones escabrosas, acababa de ver claramente un sendero o camino. Trepaba como una cinta desde el oeste, y serpeando alrededor de la montaña, y antes de desaparecer en un recodo, llegaba a la base del cono en la cara occidental.

Sam no alcanzaba a ver por dónde pasaba el camino directamente encima, pues una cuesta empinada lo ocultaba a lo lejos; pero adivinaba que lo encontraría si era capaz de hacer un último esfuerzo, y la esperanza volvió a él. Quizá pudiera aún conquistar la montaña.

«¡Hasta diría que lo han puesto a propósito!», se dijo. «Si esesendero no estuviera allí, ahora tendría que aceptar que he sido derrotado.»

El camino no había sido construido a propósito para Sam. El no lo sabía, pero aquel era el Camino de Sauron, el que iba desde Baraddûr hasta los Sammath Naur, los Recintos del Fuego. Partía de la gran puerta occidental de la Torre Oscura, atravesaba por un largo puente de hierro un abismo profundo, y se internaba luego en los llanos; durante una legua corría entre dos precipicios humeantes y llegaba a un extenso terraplén empinado en el flanco oriental. Desde allí, girando y enroscándose en la

ancha cintura de la montaña de norte a sur, trepaba por fin alrededor del cono, pero lejos aún de la cima humeante, hasta una entrada oscura que miraba al este, a la ventana del Ojo en la fortaleza envuelta en sombras de Sauron. La vorágine de los hornos de la montaña obstruía o destruía el camino con frecuencia, y una tropa de orcos trabajaba día y noche reparándolo y limpiándolo.

Sam respiró con fuerza. Había un sendero, pero no sabía cómo escalaría la ladera que llevaba a él. Ante todo necesitaba aliviar la espalda dolorida. Se acostó un rato junto a Frodo. Ninguno de los dos hablaba. La claridad crecía lentamente. De pronto lo asaltó un sentimiento inexplicable de apremio, como si alguien le hubiese gritado: ¡Ahora, ahora, o será demasiado tarde! Se incorporó. También Frodo parecía haber sentido la llamada. Trató de ponerse de rodillas. —Me arrastraré, Sam —jadeó.

125

Y así, palmo a palmo, como pequeños insectos grises, reptaron cuesta arriba. Cuando llegaron al sendero notaron que era ancho y que estaba pavimentado con cascajo y ceniza apisonada. Frodo gateó hasta él, y luego, como de mala gana, giró con lentitud sobre sí mismo para mirar al Este. Las sombras de Sauron flotaban a lo lejos; pero desgarradas por una ráfaga de algún viento del mundo, o movidas quizá por una profunda desazón interior, las nubes envolventes ondularon y se abrieron un instante; y entonces Frodo vio, negros, más negros y más tenebrosos que las vastas sombras de alrededor, los pináculos crueles y la corona de hierro de la torre más alta de Baraddûr: espió un segundo apenas, pero fue como si desde una ventana enorme e inconmensurablemente alta brotara una llama roja, un puñal de fuego que apuntaba hacia el Norte: el parpadeo de un Ojo escrutador y penetrante; en seguida las sombras se replegaron y la terrible visión desapareció. El Ojo no apuntaba hacia ellos: tenía la mirada fija en el norte, donde se encontraban acorralados los Capitanes del Oeste; y en ellos concentraba ahora el Poder toda su malicia, mientras se preparaba a asestar el golpe mortal; pero Frodo, ante aquella visión pavorosa, cayó como herido mortalmente. La mano buscó a tientas la cadena alrededor del cuello.

Sam se arrodilló junto a él. Débil, casi inaudible, escuchó la voz susurrante de Frodo:

— ¡Ayúdame, Sam! ¡Ayúdame! ¡Deténme la mano! Yo no puedo hacerlo.

Sam le tomó las dos manos y juntándolas, palma contra palma, las besó; y las retuvo entre las suyas. De pronto, tuvo miedo. «¡Nos han descubierto!», se dijo

«Todo ha terminado, o terminará muy pronto. Sam Gamgy, este es el fin del fin.»

Levantó de nuevo a Frodo, y sosteniéndole las manos apretadas contra su propio pecho, lo cargó una vez más, con las piernas colgantes. Luego inclinó la cabeza, y echó a andar cuesta arriba. El camino no era tan fácil de recorrer como le había parecido a primera vista. Por fortuna, los torrentes de fuego que la montaña había vomitado cuando Sam se encontraba en Cirith Ungol, se habían precipitado sobre todo a lo largo de las laderas meridional y occidental, y de este lado el camino no estaba obstruido, aunque sí desmoronado en muchos sitios, o atravesado por largas y profundas fisuras. Luego de trepar hacia el este durante un trecho, se replegaba sobre sí mismo en un ángulo cerrado, y continuaba avanzando hacia el oeste. Allí, en la curva, lo cortaba un risco de vieja piedra carcomida por la intemperie, vomitada en días remotos por los hornos de la montaña. Jadeando bajo su carga, Sam volvió el recodo; y en el momento mismo en que doblaba alcanzó a ver de soslayo algo que caía desde el risco, algo que parecía ser un pedacito de roca negra que se hubiera desprendido mientras él pasaba.

Sintió el golpe de un peso repentino, y cayó de bruces, lastimándose el dorso de las manos, que aún sujetaban las de Frodo. Entonces comprendió lo que había pasado, porque por encima de él, mientras yacía en el suelo, oyó una voz que odiaba.

— ¡Amo malvado! —siseó la voz—, ¡Amo malvado que nos traiciona; traiciona a Sméagol, gollum. No tiene que ir en esta dirección. No tiene que dañar el Tesoro. ¡Dáselo a Sméagol, dáselo a nosotros! ¡Dáselo a nosotros!

De un tirón violento, Sam se levantó y desenvainó a Dardo; pero no pudo hacer nada. Gollum y Frodo estaban en el suelo, trabados en lucha. De bruces sobre Frodo, Gollum manoteaba, tratando de aferrar la cadena y el Anillo. Aquello, un ataque, una tentativa de arrebatarle por la fuerza el tesoro, era quizá lo único que podía avivar las ascuas moribundas en el corazón y en la voluntad de Frodo. Se debatía con una furia repentina que dejó atónito a Sam, y también a Gollum. Sin embargo, el desenlace habría sido quizá muy diferente, si Gollum hubiera sido la criatura de antes; pero los senderos tormentosos que había transitado, solo, hambriento y sin agua, impulsado por una codicia devoradora y un miedo aterrador, habían dejado en él huellas lastimosas. Estaba flaco, consumido y macilento, todo piel y huesos. Una luz salvaje le ardía en los ojos pero ya la fuerza de los pies y las manos no respondía como antes a la malicia de la criatura. Frodo se desembarazó de él de un empujón, y se levantó temblando.

— ¡Al suelo, al suelo! —jadeó, mientras apretaba la mano contra el pecho para aferrar el Anillo

bajo el justillo de cuero—. ¡Al suelo, criatura rastrera, apártate de mi camino! Tus días están contados. Ya no puedes traicionarme ni matarme.

Entonces, como le sucediera ya una vez a la sombra de los Eryn Muil, Sam vio de improviso con otros ojos a aquellos dos adversarios. Una figura acurrucada, la sombra pálida de un ser viviente, una criatura destruida y derrotada, y poseída a la vez por una codicia y una furia monstruosa; y ante ella, severa, insensible ahora a la piedad, una figura vestida de blanco, que lucía en el pecho una rueda de fuego. Y del fuego brotó imperiosa una voz.

— ¡Vete, no me atormentes más! ¡Si me vuelves a tocar, también tú serás arrojado al Fuego del Destino!

126

La forma acurrucada retrocedió; los ojos contraídos reflejaban terror, pero también un deseo insaciable.

Entonces la visión se desvaneció, y Sam vio a Frodo de pie, la mano sobre el pecho, respirando afanoso, y a Gollum de rodillas a los pies de su amo, las palmas abiertas apoyadas en el suelo.

— ¡Cuidado! —gritó Sam—. ¡Va a saltar! —Dio un paso adelante, blandiendo la espada.—

¡Pronto, Señor! —jadeó—. ¡Siga adelante! ¡Adelante! No hay tiempo que perder. Yo me encargo de él. ¡Adelante!

—Sí, tengo que seguir adelante —dijo Frodo—. ¡Adiós, Sam! Este es el fin. En el Monte del Destino se cumplirá el destino. ¡Adiós!

Dio media vuelta, y lento pero erguido echó a andar por el sendero ascendente.

— ¡Ahora! —dijo Sam—. ¡Por fin puedo arreglar cuentas contigo! —Saltó hacia delante, con la espada pronta para la batalla. Pero Gollum no reaccionó. Se dejó caer en el suelo cuan largo era, y se puso a lloriquear.

—No mates a nosotros —gimió—. No lastimes a nosotros con el horrible y cruel acero.

¡Déjanos vivir, sssí, déjanos vivir sólo un poquito más! ¡Perdidos perdidos! Estamos perdidos. Y cuando el Tessoro desaparezca, nosotros moriremos, sssí, moriremos en el polvo. —Con los largos dedos descarnados manoteó un puñado de cenizas.— ¡Sssí! —siseó—, ¡en el polvo!

La mano de Sam titubeó. Ardía de cólera, recordando pasadas felonías. Matar a aquella criatura pérfida y asesina sería justo: se lo había merecido mil veces; y además, parecía ser la única solución segura. Pero en lo profundo del corazón, algo retenía a Sam: no podía herir de muerte a aquel ser desvalido, deshecho, miserable que yacía en el polvo. El, Sam, había llevado el Anillo, sólo por poco tiempo, pero ahora imaginaba oscuramente la agonía del desdichado Gollum, esclavizado al Anillo en cuerpo y alma, abatido, incapaz de volver a conocer en la vida paz y sosiego. Pero Sam no tenía palabras para expresar lo que sentía.

—¡Maldita criatura pestilente! —dijo—. ¡Vete de aquí! ¡Lárgate! No me fío de ti, no, mientras te tenga lo bastante cerca como para darte un puntapié; pero lárgate. De lo contrario te lastimaré, sí, con el horrible y cruel acero.

Gollum se levantó en cuatro patas y retrocedió varios pasos, y de improviso, en el momento en que Sam amenazaba un puntapié, dio media vuelta y echó a correr sendero abajo. Sam no se ocupó más de él. De pronto se había acordado de Frodo. Escudriñó la cuesta y no alcanzó a verlo. Corrió arriba, trepando. Si hubiera mirado para atrás, habría visto a Gollum que un poco más abajo daba otra vez media vuelta, y con una luz de locura salvaje en los ojos, se arrastraba veloz pero cauto, detrás de Sam: una sombra furtiva entre las piedras.

El sendero continuaba en ascenso. Un poco más adelante describía una nueva curva, y luego de un último tramo hacia el este, entraba en un saliente tallado en la cara del cono, y llegaba a una puerta sombría en el flanco de la montaña, la Puerta de los Sammath Naur. Subiendo ahora hacia el sur a través de la bruma y la humareda, el sol ardía amenazante, un disco borroso de un rojo casi lívido; y Mordor yacía como una tierra muerta alrededor de la Montaña, silencioso, envuelto en sombras, a la espera de algún golpe terrible.

Sam fue hasta la boca de la cavidad y se asomó a escudriñar. Estaba a oscuras y exhalaba calor, y un rumor profundo vibraba en el aire.

— ¡Frodo! ¡Mi amo! —llamó. No hubo respuesta. Sintiendo que el miedo le encogía el corazón, aguardó un momento, y luego se precipitó a la cavidad. Una sombra se escurrió detrás de él.

Al principio no vio nada. Sacó una vez más el frasco de Galadriel, pero estaba pálido y frío en la mano temblorosa, y en aquella oscuridad asfixiante no emitía ninguna luz. Sam había penetrado en el corazón del reino de Sauron y en las fraguas de su antiguo poderío, el más omnipotente de la Tierra

Media, que subyugara a todos los otros poderes. Había avanzado unos pasos temerosos e inciertos en la oscuridad, cuando un relámpago rojo saltó de improviso, y se estrelló contra el techo negro y abovedado. Sam vio entonces que se encontraba en una caverna larga o en una galería perforada en el cono humeante de la montaña. Un poco más adelante el pavimento y las dos paredes laterales estaban atravesados por una profunda fisura, y de ella brotaba el resplandor rojo, que de pronto trepaba en una súbita llamarada, de pronto se extinguía abajo, en la oscuridad; desde los abismos subía un rumor y una conmoción, como de máquinas enormes que golpearan y trabajaran.

127

La luz volvió a saltar, y allí, al borde del abismo de pie delante de la Grieta del Destino, vio a Frodo, negro contra el resplandor, tenso, erguido pero inmóvil, como si fuera de piedra.

— ¡Amo! —gritó Sam.

Entonces Frodo pareció despertar, y habló con una voz clara, una voz límpida y potente que Sam no le conocía, y que se alzó sobre el tumulto y los golpes del Monte del Destino, y retumbó en el techo y las paredes de la caverna.

—He llegado —dijo—. Pero ahora he decidido no hacer lo que he venido a hacer. No lo haré.

¡El Anillo es mío! Y de pronto se lo puso en el dedo, y desapareció de la vista de Sam. Sam abrió la boca y jadeó, pero no llegó a gritar, porque en aquel instante ocurrieron muchas cosas.

Algo le asestó un violento golpe en la espalda, que lo hizo volar piernas arriba y caer a un costado, de cabeza contra el pavimento de piedra, mientras una forma oscura saltaba por encima de él. Se quedó tendido allí un momento, y luego todo fue oscuridad.

Y allá lejos, mientras Frodo se ponía el Anillo y lo reclamaba para él, hasta en los Sammath Naur, el corazón mismo del reino de Sauron, el Poder de Baraddûr se estremecía, y la Torre temblaba desde los cimientos hasta la cresta fiera y orgullosa. El Señor Oscuro comprendió de pronto que Frodo estaba allí, y el Ojo, capaz de penetrar en todas las sombras, escrutó a través de la llanura hasta la puerta que él había construido; y la magnitud de su propia locura le fue revelada en un relámpago enceguecedor, y todos los ardides del enemigo quedaron por fin al desnudo. Y la ira ardió en él con una llama devoradora, y el miedo creció como un inmenso humo negro, sofocándolo. Pues conocía ahora qué peligro mortal lo amenazaba, y el hilo del que pendía su destino.

Y al abandonar de pronto todos los planes y designios, las redes de miedo y perfidia, las estrategias y las guerras, un estremecimiento sacudió al reino entero, de uno a otro confín; y los esclavos se encogieron, y los ejércitos suspendieron la lucha, y los capitanes, de pronto sin guía, privados de voluntad, temblaron y desesperaron. Porque habían sido olvidados. La mente y los afanes del poder que los conducía se concentraban ahora con una fuerza irresistible en la montaña. Convocados por él, remontándose con un grito horripilante, en una última carrera desesperada, más raudos que los vientos volaron los Nazgûl, los Espectros del Anillo, y en medio de una tempestad de alas se precipitaron al sur, hacia el Monte del Destino.

Sam se levantó. Se sentía aturdido, y la sangre que le manaba de la cabeza le oscurecía la vista.

Avanzó a tientas, y de pronto se encontró con una escena terrible y extraña. Gollum en el borde del abismo luchaba frenéticamente con un adversario invisible. Se balanceaba de un lado a otro, tan cerca del borde que por momentos parecía que iba a despenarse; retrocedía, se caía, se levantaba y volvía a caer. Y siseaba sin cesar, pero no decía nada.

Los fuegos del abismo despertaron iracundos, la luz roja se encendió en grandes llamaradas, y un resplandor incandescente llenó la caverna. Y de pronto Sam vio que las largas manos de Gollum subían hasta la boca; los blancos colmillos relucieron y se cerraron con un golpe seco al morder. Frodo lanzó un grito, y apareció, de rodillas en el borde del abismo. Pero Gollum bailaba desenfrenado, y levantaba en alto el Anillo, con un dedo todavía ensartado en el aro. Y ahora brillaba como si en verdad lo hubiesen forjado en fuego vivo.

—¡Tessoro, tessoro, tessoro! —gritaba Gollum—. ¡Mi tessoro! ¡Oh mi Tessoro! —Y entonces, mientras alzaba los ojos para deleitarse en el botín, dio un paso de más, se tambaleó un instante en el borde, y luego, con un alarido, se precipitó en el vacío. Desde los abismos llegó su último lamento ¡Tessoro! y desapareció para siempre.

Hubo un rugido y una gran confusión de ruidos. Las llamas brincaron lamieron el techo. Los golpes aumentaron y se convirtieron en un tumulto, y la montaña tembló. Sam corrió hacia Frodo, lo levantó y lo llevó en brazos hasta la puerta. Y allí, en el oscuro umbral de los Sammath Naur, allá arriba, lejos, muy lejos de las llanuras de Mordor, quedó de pronto inmóvil de asombro y de terror, y olvidándose de todo miró en torno, como petrificado.

Tuvo una visión fugaz de nubes turbulentas, en medio de las cuales se erguían torres y murallas altas como colinas, levantadas sobre el poderoso trono de la montaña por encima de fosos insondables; vastos patios y mazmorras, y prisiones de muros ciegos y verticales como acantilados, y puertas entreabiertas de acero y adamantino; y de pronto todo desapareció. Se desmoronaron las torres y se hundieron las montañas; los muros se resquebrajaron, derrumbándose en escombros; trepó el humo en espirales, y unos grandes chorros de vapor se encrespaban, estrellándose como la cresta impetuosa de una ola, para volcarse en espuma sobre la tierra. Y entonces, por fin, llegó un rumor sordo y prolongado que

128
creció y creció hasta transformarse en un estruendo y en un estrépito ensordecedor; tembló la tierra, la llanura se hinchó y se agrietó, y el Orodruin vaciló. Y por la cresta hendida vomitó ríos de fuego. Estriados de relámpagos, atronaron los cielos. Restallando como furiosos latigazos, cayó un torrente de lluvia negra. Y al corazón mismo de la tempestad, con un grito que traspasó todos los otros ruidos, desgarrando las nubes, llegaron los Nazgûl; y atrapados como dardos incandescentes en la vorágine de fuego de las montañas y los cielos, crepitaron, se consumieron, y desaparecieron.
—Y bien, éste es el fin, Sam Gamji —dijo una voz junto a Sam. Y allí estaba Frodo, pálido y consumido, pero otra vez él, y ahora había paz en sus ojos: no más locura, ni lucha interior, ni miedos. Ya no llevaba la carga consigo. Era ahora el querido amo de los dulces días de la Comarca.
—¡Mi amo! —gritó Sam, y cayó de rodillas. En medio de todo aquel mundo en ruinas, por el momento sólo sentía júbilo, un gran júbilo. El fardo ya no existía. El amo se había salvado y era otra vez Frodo, el Frodo de siempre, y estaba libre. De pronto Sam reparó en la mano mutilada y sangrante.
—¡Oh, esa mano de usted! —exclamó—. Y no tengo nada con que aliviarla o vendarla. Con gusto le habría cedido a cambio una de las mías. Pero ahora se ha ido, se ha ido para siempre.
—Sí —dijo Frodo—. Pero ¿recuerdas las palabras de Gandalf? Hasta Gollum puede tener aún algo que hacer. Si no hubiera sido por él, Sam, yo no habría podido destruir el Anillo. Y el amargo viaje habría sido en vano, justo al fin. ¡Entonces, perdonémoslo! Pues la misión ha sido cumplida, y todo ha terminado. Me hace feliz que estés aquí conmigo. Aquí al final de todas las cosas, Sam.

4

EL CAMPO DE CORMALLEN

El océano embravecido de los ejércitos de Mordor inundaba las colinas. Los Capitanes del Oeste empezaban a zozobrar bajo la creciente marejada. El sol rojo, ardía, y bajo las alas de los Nazgûl las sombras negras de la muerte se proyectaban sobre la tierra. Aragorn, erguido al pie de su estandarte, silencioso y severo, parecía abismado en el recuerdo de cosas remotas; pero los ojos le resplandecían, como las estrellas que brillan más cuanto más profunda y oscura es la noche. En lo alto de la colina estaba Gandalf, blanco y frío, y sobre él no caía sombra alguna. El asalto de Mordor rompió como una ola sobre los montes asediados, y las voces rugieron como una marea tempestuosa en medio de la zozobra y el fragor de las armas.

De pronto, como despertado por una visión súbita, Gandalf se estremeció; y volviendo la cabeza miró hacia el norte, donde el cielo estaba pálido y luminoso. Entonces levantó las manos y gritó con una voz poderosa que resonó por encima del estrépito:

—¡Llegan las Águilas!

Y muchas voces respondieron, gritando:

—¡Llegan las Águilas! ¡Llegan las Águilas!

Los de Mordor levantaron la vista, preguntándose qué podía significar aquella señal.

Y vieron venir a Gwaihir el Señor de los Vientos, y a su hermano Landroval, las más grandes de todas las Águilas del Norte, los descendientes más poderosos del viejo Thorondor, aquel que en los tiempos en que la Tierra Media era joven, construía sus nidos en los picos inaccesibles de las Montañas Circundantes. Detrás de las águilas, rápidas como un viento creciente, llegaban en largas hileras todos los vasallos de las montañas del Norte. Y desplomándose desde las altas regiones del aire, se lanzaron sobre los Nazgûl, y el batir de las grandes alas era como el rugido de un huracán.

Pero los Nazgûl, respondiendo a la súbita llamada de un grito terrible en la Torre Oscura, dieron media vuelta, y huyeron, desvaneciéndose en las tinieblas de Mordor; y en el mismo instante todos los ejércitos de Mordor se estremecieron, la duda oprimió los corazones; enmudecieron las risas, las manos temblaron,

los miembros flaquearon. El Poder que los conducía, que los alimentaba de odio y de furia, vacilaba; ya su voluntad no estaba con ellos; y al mirar a los ojos a los enemigos, vieron allí una luz de

muerte, y tuvieron miedo.

129

Entonces todos los Capitanes del Oeste prorrumpieron en gritos, porque en medio de tanta oscuridad una nueva esperanza henchía los corazones. Y desde las colinas sitiadas los Caballeros de Góndor, los Jinetes de Rohan, los Dúnedain del Norte, compañías compactas de valientes guerreros, se precipitaron sobre los adversarios vacilantes, abriéndose paso con el filo implacable de las lanzas. Pero Gandalf alzó los brazos y una vez más los exhortó con voz clara.

— ¡Deteneos, Hombres del Oeste! ¡Deteneos y esperad! Ha sonado la hora del destino.

Y aun mientras pronunciaba estas palabras, la tierra se estremeció bajo los pies de los hombres, una vasta oscuridad llameante invadió el cielo, y se elevó por encima de las Torres de la Puerta Negra, más alta que las montañas. Tembló y gimió la tierra. Las Torres de los Dientes se inclinaron, vacilaron un instante y se desmoronaron; en escombros se desplomó la poderosa muralla; la Puerta Negra saltó en ruinas, y desde muy lejos, ora apagado, ora creciente, trepando hasta las nubes, se oyó un tamborileo sordo y prolongado, un estruendo, los largos ecos de un redoble de destrucción y ruina.

— ¡El reino de Sauron ha sucumbido! —dijo Gandalf—. El Portador del Anillo ha cumplido la Misión. —Y al volver la mirada hacia el sur, hacia el país de Mordor, los Capitanes creyeron ver, negra contra el palio de las nubes, una inmensa forma de sombra impenetrable, coronada de relámpagos, que invadía toda la bóveda del cielo; se desplegó gigantesca sobre el mundo, y tendió hacia ellos una gran mano amenazadora, terrible pero impotente: porque en el momento mismo en que empezaba a descender, un viento fuerte la arrastró y la disipó; y siguió un silencio profundo.

Los Capitanes del Oeste bajaron entonces las cabezas; y cuando las volvieron a alzar he aquí que los enemigos se dispersaban en fuga y el poder de Mordor se deshacía como polvo en el viento. Así como las hormigas que cuando ven morir a la criatura despótica y malévola que las tiene sometidas en la colina pululante, echan a andar sin meta ni propósito, y se dejan morir, así también las criaturas de Sauron, orcos y trolls, y bestias hechizadas, corrían despavoridas de un lado a otro; y algunas se dejaban morir o se mataban entre ellas, otras se arrojaban a los fosos, o huían gimiendo a esconderse en agujeros oscuros, lejos de toda esperanza. Pero los hombres de Rhün y de Harad, los del Este y los Sureños, viendo la gran majestad de los Capitanes del Oeste, daban ya por perdida la guerra. Y los que por más largo tiempo habían estado al servicio de Mordor, los que más se habían sometido a aquella servidumbre, aquellos que odiaban al Oeste, y eran aún arrogantes y temerarios, se unieron decididos a dar una última batalla desesperada. Pero los demás huían hacia el este; y algunos arrojaban las armas e imploraban clemencia. Entonces Gandalf, dejando la conducción de la batalla en manos de Aragorn y de los otros capitanes, llamó desde la colina; y la gran águila Gwaihir, el Señor de los Vientos, descendió y se posó a los pies del mago.

— Dos veces me has llevado ya en tus alas, Gwaihir, amigo mío —dijo Gandalf—. Esta será la tercera y la última, si tú quieres. No seré una carga mucho más pesada que cuando me recogiste en Zirakzigil, donde ardió y se consumió mi vieja vida.

— A donde tú me pidieras te llevaría —respondió Gwaihir—, aunque fueses de piedra.

— Vamos, pues, y que tu hermano nos acompañe, junto con otro de tus vasallos más veloces. Es menester que volemos más raudos que todos los vientos, superando a las alas de los Nazgûl.

— Sopla el Viento del Norte —dijo Gwaihir—, pero lo venceremos. —Y levantó a Gandalf y voló rumbo al sur, seguido por Landroval, y por el joven y veloz Meneldor. Y volando pasaron sobre Udün y Gorgoroth, y vieron toda la tierra destruida y en ruinas, y ante ellos el Monte del Destino, que humeaba y vomitaba fuego.

— Me hace feliz que estés aquí conmigo —dijo Frodo—. Aquí al final de todas las cosas, Sam.

— Sí, estoy con usted, mi amo —dijo Sam, con la mano herida de Frodo suavemente apretada contra el pecho—. Y usted está conmigo. Y el viaje ha terminado. Pero después de haber andado tanto, no quiero aún darme por vencido. No sería yo, si entiendo lo que le quiero decir.

— Tal vez no, Sam —dijo Frodo—, pero así son las cosas en el mundo. La esperanza se desvanece. Se acerca el fin. Ahora sólo nos queda una corta espera. Estamos perdidos en medio de la ruina y de la destrucción, y no tenemos escapatoria.

— Bueno, mi amo, de todos modos podríamos alejarnos un poco de este lugar tan peligroso, de esta Grieta del Destino, si así se llama. ¿No le parece? Venga, señor Frodo, bajemos al menos al pie de este sendero.

130

— Está bien, Sam, si ése es tu deseo, yo te acompañaré —dijo Frodo; y se levantaron y

lentamente bajaron la cuesta sinuosa; y cuando llegaban al vacilante pie de la montaña, los Sammath Naur escupieron un chorro de vapor y humo y el flanco del cono se resquebrajó, y un vómito enorme e incandescente rodó en una cascada lenta y atronadora por la ladera oriental de la montaña.

Frodo y Sam no pudieron seguir avanzando. Las últimas energías del cuerpo y de la mente los abandonaban con rapidez. Se habían detenido en un montículo de cenizas al pie de la montaña; y desde allí no había ninguna vía de escape. Ahora era como una isla, pero no resistiría mucho tiempo más, en medio de los estertores del Orodruin. La tierra se agrietaba por doquier, y de las fisuras y de los pozos insondables saltaban cataratas de humo y de vapores. Detrás, la montaña se contraía atormentada. Grandes heridas rojas se abrían en los flancos, mientras ríos de fuego descendían lentos hacia ellos. No tardarían mucho en sepultarlos. Caía una lluvia de ceniza incandescente.

Ahora estaban de pie, inmóviles; Sam, que aún sostenía la mano de Frodo, se la acarició. Luego suspiró.

—Qué cuento hemos vivido, señor Frodo, ¿no le parece? —dijo—. ¡ Me gustaría tanto oírlo! ¿ Cree que dirán: Y aquí empieza la historia de Frodo Nuevededos y el Anillo del Destino? Y entonces se hará un gran silencio, como cuando en Rivendel nos relataban la historia de Beren el Manco y las Tres Joyas. ¡Cuánto me gustaría escucharla! Y cómo seguirá, me pregunto, después de nuestra parte. Pero mientras hablaba así, para alejar el miedo hasta el final, la mirada de Sam se perdía en el norte, y el ojo del huracán, allí donde el cielo distante aparecía límpido, pues un viento frío, que ahora soplaba como un vendaval, disipaba la oscuridad y la ruina de las nubes.

Y así fue como los vio desde lejos la mirada de largo alcance de Gwaihir, cuando llevada por el viento huracanado, y desafiando el peligro de los cielos, volaba en círculos altos: dos figuras diminutas y oscuras, desamparadas, de pie sobre una pequeña colina, y tomadas de la mano mientras alrededor el mundo agonizaba jadeando y estremeciéndose, y rodeadas por torrentes de fuego que se les acercaban. Y en el momento en que los descubrió y bajaba hacia ellos, los vio caer, exhaustos, o asfixiados por el calor y las exhalaciones, o vencidos al fin por la desesperación, tapándose los ojos para no ver llegar la muerte. Yacían en el suelo, lado a lado; y Gwaihir descendió y se posó junto a ellos; y detrás de él llegaron Landroval y el veloz Meneldor; y como en un sueño, sin saber qué destino les había tocado, los viajeros fueron recogidos y llevados fuera, lejos de las tinieblas y los fuegos.

Cuando despertó, Sam notó que estaba acostado en un lecho mullido, pero sobre él se mecían levemente grandes ramas de abedul, y la luz verde y dorada del sol se filtraba a través del follaje. Todo el aire era una mezcla de fragancias dulces.

Recordaba aquel perfume: los aromas de Ithilien.

«¡Corcholis!», murmuró. «¿Por cuánto tiempo habré dormido?»

Pues aquella fragancia lo había transportado al día que encendiera la pequeña fogata al pie del barranco soleado, y por un instante todo lo que ocurrió después se le había borrado de la memoria. Se desperezó. «¡Qué sueño he tenido!» murmuró. «¡Qué alegría haberme despertado!» Se sentó y vio junto a él a Frodo, que dormía apaciblemente, una mano bajo la cabeza, la otra apoyada en la manta: la derecha, y le faltaba el dedo mayor de la mano derecha. Recordó todo de pronto, y gritó:

— ¡No era un sueño! ¿Entonces, dónde estamos? Y una voz suave respondió detrás de él:

— En la tierra de Ithilien, al cuidado del rey, que os espera. —Y al decir eso, Gandalf apareció ante él vestido de blanco, y la barba le resplandecía como nieve al centelleo del sol en el follaje.— Y bien, señor Samsagaz, ¿cómo se siente usted? —dijo.

Pero Sam se volvió a acostar y lo miró boquiabierto, con los ojos agrandados por el asombro, y por un instante, entre el estupor y la alegría, no pudo responder. Al fin exclamó:

— ¡Gandalf! ¡Creía que estaba muerto! Pero yo mismo creía estar muerto. ¿Acaso todo lo triste era irreal? ¿Qué ha pasado en el mundo?

—Una gran Sombra ha desaparecido —dijo Gandalf, y rompió a reír, y aquella risa sonaba como una música, o como agua que corre por una tierra reseca; y al escucharla Sam se dio cuenta de que hacía muchos días que no oía una risa verdadera, el puro sonido de la alegría. Le llegaba a los oídos como un eco de todas las alegrías que había conocido. Pero él, Sam, se echó a llorar. Luego, como una dulce llovizna que se aleja llevada por un viento de primavera, las lágrimas cesaron, y se rió, y riendo saltó del lecho.

131

— ¿Que cómo me siento? —exclamó—. Bueno, no tengo palabras. Me siento, me siento... —agitó los brazos en el aire—... me siento como la primavera después del invierno y el sol sobre el follaje; ¡y como todas las trompetas y las arpas y todas las canciones que he escuchado en mi vida! —Calló y

miró a su amo.— Pero, ¿cómo está el señor Frodo? —dijo—. ¿No es terrible lo que le ha sucedido en la mano? Aunque espero que por lo demás se encuentre bien. Ha pasado momentos muy crueles.

—Sí, por lo demás estoy muy bien —dijo Frodo, mientras se sentaba y se echaba a reír también él—. Me dormí de nuevo mientras esperaba a que tú despertaras, dormilón. Yo desperté temprano, y ahora ha de ser casi el mediodía.

—¿Mediodía? —dijo Sam, tratando de echar cuentas—. ¿De qué día?

— El decimocuarto del Año Nuevo —dijo Gandalf—, o si lo prefieres, el octavo día de abril según el Calendario de la Comarca. Pero en adelante el Año Nuevo siempre comenzará en Gondor el veinticinco de marzo, el día en que cayó Sauron, el mismo en que fuisteis rescatados del fuego y traídos aquí, a que el rey os curara. Porque es él quien os ha curado y ahora os espera. Comeréis y beberéis con él. Cuando estéis prontos os llevaré a verlo.

—¿El rey? dijo Sam. ¿Qué rey? ¿Y quién es?

—El Rey de Gondor y Soberano de las Tierras Occidentales —dijo Gandalf—, que ha recuperado todo su antiguo reino. Pronto irá a su coronación, pero os espera a vosotros.

—¿Qué nos pondremos? —dijo Sam, porque no veía más que las ropas viejas y andrajosas con que habían viajado, dobladas en el suelo al pie de los lechos.

—Las ropas que habéis usado durante el viaje a Mordor —dijo Gandalf—.

Hasta los harapos de orcos con que te disfrazaste en la tierra tenebrosa serán conservados, Frodo.

No puede haber sedas ni linos ni armaduras ni blasones dignos de más altos honores. Luego quizás os consiga otros atavíos.

Y extendió hacia ellos las manos y vieron que una le resplandecía, envuelta en luz.

—¿Qué tienes ahí? —exclamó Frodo—. ¿Es posible que sea...?

—Sí, os he traído vuestros dos tesoros. Los tenía Sam, cuando fuisteis rescatados. Los regalos de la Dama Galadriel: el frasco, Frodo, y la cajita, Sam. Os alegrará tenerlos de nuevo.

Una vez lavados y vestidos, y después de un ligero refrigerio, los hobbits siguieron a Gandalf.

Salieron del bosquecillo de abedules donde habían dormido, y cruzaron un largo prado verde que relucía al sol, flanqueado de árboles majestuosos de oscuro follaje y cargados de flores rojas. A espaldas de ellos canturreaba una cascada, y un arroyo corría adelante, entre riberas florecidas, y en el linde del prado se internaba en un bosque frondoso y pasaba luego bajo una arcada de árboles, y entre ellos y a lo lejos centelleaba el agua.

Al llegar al claro del bosque les sorprendió ver unos caballeros de armadura brillante y unos guardias altos engalanados de negro y de plata que los saludaban con respetuosas y profundas reverencias. Se oyó un largo toque de trompeta, y siguieron avanzando por la alameda, a la vera de las aguas cantarinas. Y llegaron a un amplio campo verde, y más allá corría un río ancho en cuyo centro asomaba un islote boscoso con numerosas naves ancladas en las costas. Pero en ese campo se había congregado un gran ejército, en filas y compañías que resplandecían al sol. Y al ver llegar a los hobbits desenvainaron las espadas y agitaron las lanzas; y resonaron las trompetas y los cuernos, y muchas voces gritaron en muchas lenguas:

¡Vivan los Medianos! ¡Alabados sean con grandes alabanzas!

Cuio y Pheriain anann! Aglar ni Pheriannath!

¡Alabados sean con grandes alabanzas, Frodo y Samsagaz!

Daur a Berhael, Conin en Annün! Eglerio!

¡Alabados sean!

Eglerio!

A laita te, laita te! Andave laituvalmet!

¡Alabados sean!

Cormacolindor, a laite tárienna!

¡Alabados sean! ¡Alabados sean con grandes alabanzas los Portadores

[del Anillo!]

132

Y así, arreboladas las mejillas por la sangre roja, con los ojos brillantes de asombro, Frodo y Sam continuaron avanzando y vieron, en medio de la hueste clamorosa, tres altos sitiales de hierba verde. Sobre el sitial de la derecha, blanco sobre verde, flameando al viento, un gran corcel galopaba en libertad; sobre el de la izquierda se alzaba un estandarte, y en él una nave de plata con la proa en forma de cisne surcaba un mar azul. Pero sobre el trono del centro, el más elevado, flotaba un gran estandarte, y en él, sobre un campo de sable, nimbado por una corona resplandeciente de siete estrellas, florecía un árbol

blanco. Y en el trono estaba sentado un hombre vestido con una cota de malla; no usaba yelmo, pero en sus rodillas descansaba una espada larga. Y al ver que llegaban los hobbits se puso en seguida de pie. Y entonces lo reconocieron, cambiado como estaba, tan alto y alegre de semblante, majestuoso, soberano de los hombres, oscuro el cabello, grises los ojos.

Frodo le corrió al encuentro, y Sam lo siguió.

—Bueno, si esto parece de veras el colmo de los colmos —exclamó—. ¡Trancos! ¿O acaso estoy soñando todavía?

—Sí, Sam, Trancos —dijo Aragorn—. Qué lejana está Bree, ¿no es verdad?, donde dijiste que no te gustaba mi aspecto. Largo ha sido el camino para todos, pero a vosotros os ha tocado recorrer el más oscuro.

Y entonces, ante la profunda sorpresa y turbación de Sam, hincó ante ellos la rodilla; y tomándolos de la mano, a Frodo con la diestra y a Sam con la siniestra, los condujo hasta el trono, y luego de hacerlos sentar en él, se volvió a los hombres y a los capitanes que estaban cerca, y habló con voz fuerte para que la hueste entera pudiese escucharlo: —¡Alabados sean con grandes alabanzas! "Y cuando una vez más se acallaron los clamores de júbilo, un juglar de Gondor se adelantó, y arrodillándose, pidió permiso para cantar. Y oh maravilla, como para dar a Sam una satisfacción total y colmarlo de pura alegría, he aquí lo que dijo:

— ¡Escuchad, señores y caballeros y hombres de valor sin tacha, reyes y príncipes, y leal pueblo de Gondor; y Jinetes de Rohan, y vosotros, hijos de Elrond, y los Dúnedain del Norte, y Elfo y Enano, y nobles corazones de la Comarca, y de todos los pueblos libres del Oeste!

Escuchad ahora mi lay. Porque he venido a cantar para vosotros la balada de Frodo Nuevededos y el Anillo del Destino.

Y Sam al oírlo estalló en una carcajada de puro regocijo, y se levantó y gritó:

—¡Oh gloria y esplendor! ¡Todos mis deseos se ven realizados! Y lloró.

Y el ejército en pleno reía y lloraba, y en medio del júbilo y de las lágrimas se elevó la voz límpida de oro y plata del juglar, y todos enmudecieron. Y cantó para ellos, en lengua élfica y en las lenguas del Oeste, hasta que los corazones, traspasados por la dulzura de las palabras, se desbordaron; y la alegría de todos centelleó como espadas, y los pensamientos se elevaron hasta las regiones donde el dolor y la felicidad fluyen juntos y las lágrimas son el vino de la ventura.

Y por fin, cuando el sol descendía del cénil y alargaba las sombras de los árboles, el juglar terminó su canción:

— ¡Alabados sean con grandes alabanzas! —dijo, y se hincó de rodillas. Y entonces Aragorn se puso de pie, y el ejército entero lo siguió, y todos se encaminaron a los pabellones que habían sido preparados para comer y beber y festejar hasta el final del día.

A Frodo y a Sam los condujeron a una tienda, donde luego de quitarles los viejos ropajes, que sin embargo doblaron y guardaron con honores, los vistieron con lino limpio. Y entonces llegó Gandalf, y ante el asombro de Frodo, traía en los brazos la espada y la capa élficas y la cota de malla de mithril que le fueran robadas en Mordor. Y para Sam traía una cota de malla dorada, y la capa élfica, limpia ahora de todas las manchas y daños; y depositó dos espadas a los pies de los hobbits.

—Yo no deseo llevar una espada —dijo Frodo.

—Tendrás que llevarla al menos esta noche —dijo Gandalf. Frodo tomó entonces la espada pequeña, la que fuera de Sam y que había quedado junto a él en Cirith Ungol.

—Dardo es tuya, Sam —dijo—. Yo mismo te la di.

133

—¡ No, mi amo! El señor Bilbo se la regaló a usted, y hace juego con la cota de plata; a él no le gustaría que otro la usara ahora.

Frodo cedió; y Gandalf, como si fuera el escudero de los dos, se arrodilló y les ciñó las hojas; y luego les puso sobre las cabezas unas pequeñas diademas de plata. Y así ataviados se encaminaron al festín; y se sentaron a la mesa del Rey con Gandalf, y el Rey Eomer de Rohan, y el Príncipe Imrahil y todos los grandes capitanes; y también Gimli y Lególas estaban con ellos.

Y cuando después del Silencio Ritual trajeron el vino, dos escuderos entraron para servir a los reyes; o escuderos parecían al menos: uno vestía la librea negra y plateada de los Guardias de Minas Tirith, y el otro de verde y de blanco. Y Sam se preguntó qué harían dos mozalbetes como aquellos en un ejército de hombres fuertes y poderosos. Y entonces, cuando se acercaron, los vio de pronto más claramente, y exclamó:

— ¡ Mire, señor Frodo! ¡ Mire! ¿ No es Pippin ? ¡ El señor Peregrin Tuk, tendría que decir, y el

señor Merry! ¡Cuánto han crecido! ¡Córcholis! Veo que además de la nuestra hay otras historias para contar.

—Claro que las hay —dijo Pippin volviéndose hacia él—. Y empezaremos no bien termine este festín. Mientras tanto, puedes probar suerte con Gandalf. Ya no es tan misterioso como antes, aunque ahora se ríe más de lo que habla. Por el momento, Merry y yo estamos ocupados. Somos caballeros de la Ciudad y de la Marca, como espero habrás notado.

Concluyó al fin el día de júbilo; y cuando el sol desapareció y la luna subió redonda y lenta sobre las brumas del Anduin, y centelleó a través del follaje inquieto, Frodo y Sam se sentaron bajo los árboles susurrantes, allí en la hermosa y perfumada tierra de Ithilien; y hasta muy avanzada la noche conversaron con Merry y Pippin y Gandalf, y pronto se unieron a ellos Lególas y Gimli. Allí fue donde Frodo y Sam oyeron buena parte de cuanto le había ocurrido a la Compañía, desde el día infausto en que se habían separado en Parth Galen, cerca de las Cascadas del Rauros; y siempre tenían otras cosas que preguntarse, nuevas aventuras que narrar.

Los orcos, los árboles parlantes, las praderas de leguas interminables, los jinetes al galope, las cavernas relucientes, las torres blancas y los palacios de oro, las batallas y los altos navios surcando las aguas, todo desfiló ante los ojos maravillados de Sam. Sin embargo, entre tantos y tantos prodigios, lo que más le asombraba era la estatura de Merry y de Pippin; y los medía, comparándolos con Frodo y con él mismo, y se rascaba la cabeza.

—¡Esto sí que no lo entiendo, a la edad de ustedes! —dijo—. Pero lo que es cierto es cierto, y ahora miden tres pulgadas más de lo normal. O yo soy un enano.

—Eso sí que no —dijo Gimli—. Pero ¿no os lo previne? Los mortales no pueden beber los brebajes de los ents y pensar que no les hará más efecto que un jarro de cerveza.

—¿Brebajes de los ents? —dijo Sam—. Ahora vuelve a mencionar a los ents. Pero ¿qué son? No alcanzo a comprenderlo. Pasarán semanas y semanas antes que hayamos aclarado todo esto.

—Semanas por cierto —dijo Pippin—. Y luego habrá que encerrar a Frodo en una torre de Minas Tirith para que lo ponga todo por escrito. De lo contrario se olvidará de la mitad, y el pobre viejo Bilbo tendrá una tremenda decepción.

Al cabo Gandalf se levantó.

—Las manos del Rey son las de un curador, mis queridos amigos —dijo—. Pero antes que él os llamara, recurriendo a todo su poder para llevaros al dulce olvido del sueño, estuvisteis al borde de la muerte. Y aunque sin duda habéis dormido largamente y en paz, ya es hora de ir a dormir de nuevo.

—Y no sólo Sam y Frodo —dijo Gimli, sino también tú, Pippin. Te quiero mucho, aunque sólo sea por las penurias que me has causado, y que no olvidaré jamás. Tampoco me olvidaré de cuando te encontré en la cresta de la colina en la última batalla. Sin Gimli el enano, te habrías perdido. Pero ahora al menos sé reconocer el pie de un hobbit, aunque sea la única cosa visible en medio de un montón de cadáveres. Y cuando libré tu cuerpo de aquella carroña enorme, creí que estabas muerto. Poco faltó para que me arrancara las barbas. Y hace apenas un día que estás levantado y que saliste por primera vez. Así que ahora te irás a la cama. Y yo también.

—Y yo —dijo Lególas— iré a caminar por los bosques de esta tierra hermosa, que para mí es descanso suficiente. En días por venir, si el señor de los elfos lo permite, algunos de nosotros vendremos a morar aquí, y cuando lleguemos estos lugares serán bienaventurados, por algún tiempo. Por algún

134
tiempo: un mes, una vida, un siglo de los hombres. Pero el Anduin está cerca, y el Anduin conduce al Mar. ¡Al Mar!

¡Al Mar, al Mar! Claman las gaviotas blancas.

El viento sopla y la espuma blanca vuela.

Lejos al Oeste se pone el Sol redondo.

*Navio gris, navio gris ¿no escuchas la llamada,
las voces de los míos que antes que yo partieron?*

Partiré, dejaré los bosques donde vi la luz;

nuestros días se acaban, nuestros años declinan.

Surcaré siempre solo las grandes aguas.

*Largas son las olas que se estrellan en la playa última,
dulces son las voces que me llaman desde la Isla Perdida.*

En Eresséa, el Hogar de los Elfos que los Hombres nunca descubrirán.

Donde las hojas no caen: la tierra de los míos para siempre.

Y así, cantando, Lególas se alejó colina abajo.

Entonces también los otros se separaron, y Frodo y Sam volvieron a sus lechos y durmieron. Y por la mañana se levantaron, tranquilos y esperanzados, y se quedaron muchos días en Ithilien. Y desde el campamento, instalado ahora en el Campo de Cormallen, en las cercanías de Henneth Annûn, oían por la noche el agua que caía impetuosa por las cascadas y corría susurrando a través de la puerta de roca para fluir por las praderas en flor y derramarse en las tumultuosas aguas del Anduin, cerca de la isla de Cair Andros. Los hobbits paseaban por aquí y por allá, visitando de nuevo los lugares donde ya habían estado; y Sam no perdía la esperanza de ver aparecer, entre la fronda de algún bosque o en un claro secreto, el gran olifante. Y cuando supo que muchas de aquellas bestias habían participado en la batalla de Góndor, y que todas habían sido exterminadas, lo lamentó de veras.

—Y bueno, uno no puede estar en todas partes al mismo tiempo —dijo—. Pero por lo que parece, me he perdido de ver un montón de cosas.

Entretanto el ejército se preparaba a regresar a Minas Tirith. Los fatigados descansaban y los heridos eran curados. Porque algunos habían tenido que luchar con denuedo antes de desbaratar la resistencia postrera de los Hombres del Este y del Sur. Y los últimos en regresar fueron los hombres que habían entrado en Mordor, y destruido las fortalezas en el norte del país.

Pero por fin, cuando se aproximaba el mes de mayo, los Capitanes del Oeste se pusieron nuevamente en camino: levaron anclas en Cair Andros, y fueron por el Anduin aguas abajo hasta Osgiliath; allí se detuvieron un día; y al siguiente llegaron a los campos verdes del Pelennor, y volvieron a ver las torres blancas al pie del imponente Mindolluin, la Ciudad de los Hombres de Góndor, el último recuerdo del Oesternesse, que salvado del fuego y de la oscuridad había despertado a un nuevo día. Y allí en medio de los campos levantaron las tiendas en espera de la mañana: pues era la Víspera de Mayo, y el Rey entraría por las puertas a la salida del sol.

5

EL SENESCAL Y EL REY

La Ciudad de Góndor había vivido en la incertidumbre y un gran miedo. El buen tiempo y el sol límpido parecían burlarse de los hombres que ya casi no tenían ninguna esperanza, y sólo aguardaban cada mañana noticias de perdición. El Senescal había muerto abrasado por las llamas, muerto yacía el Rey de Rohan en la Ciudadela, y el nuevo rey, que había entrado en la noche, había vuelto a partir a una guerra contra potestades demasiado oscuras y terribles para esperar poder doblegarlas sólo con el valor y la entereza. Y no se recibían noticias. Desde que el ejército partiera del Valle de Morgul por el camino del norte, a la sombra de las montañas, ningún mensajero había regresado, ni habían llegado rumores de lo que acontecía en el Este amenazante. Cuando hacía apenas dos días que habían partido, la Dama Eowyn

135

rogó a las mujeres que la cuidaban que le trajesen sus ropas, y nadie pudo disuadirla: se levantó, y cuando la vistieron, con el brazo sostenido en un cabestrillo de lienzo, se presentó ante el Mayoral de las Casas de Curación.

—Señor —dijo—, siento una profunda inquietud y no puedo seguir ociosa por más tiempo.

—Señora —respondió el Mayoral—, aún no estáis curada, y se me encomendó que os atendiera con especial cuidado. No tendríais que haberos levantado hasta dentro de siete días, o esa fue en todo caso la orden que recibí. Os ruego que volváis a vuestra estancia.

—Estoy curada —dijo ella—, curada de cuerpo al menos, excepto el brazo izquierdo, que también mejora. Y si no tengo nada que hacer, volveré a enfermar. ¿No hay noticias de la guerra? Las mujeres no saben decirme nada.

—No tenemos noticias —dijo el Mayoral—, excepto que los Señores han llegado al Valle de Morgul; y dicen que el nuevo capitán venido del Norte es ahora el jefe. Es un gran señor, y un curador; extraño me parece que la mano que cura sea también la que empuña la espada. No ocurren cosas así hoy en Góndor, aunque fueran comunes antaño, si las antiguas leyendas dicen la verdad. Pero ahora, y desde hace largos años, nosotros los curanderos no hacemos otra cosa que reparar las desgarraduras causadas por los hombres de armas. Aunque sin ellos tendríamos ya trabajo suficiente: bastantes miserias y dolores hay en el mundo sin que las guerras vengan a multiplicarlos.

—Para que haya guerra, señor Mayoral, basta con un enemigo, no dos —respondió Eowyn—. Y aun aquellos que no tienen espada pueden morir bajo una espada. ¿Querríais acaso que la gente de Góndor juntara sólo hierbas, mientras el Señor Oscuro junta ejércitos? Y no siempre lo bueno es estar curado del cuerpo. Ni tampoco es siempre lo malo morir en la batalla, aun con grandes sufrimientos. Si

me fuera permitido, en esta hora oscura yo no vacilaría en elegir lo segundo.

El Mayoral la miró. Eowyn estaba muy erguida, con los ojos brillantes en el rostro pálido, y el puño crispado cuando miraba a la ventana del este. El Mayoral suspiró y movió la cabeza. Al cabo de un silencio, Eowyn volvió a hablar.

—¿No queda ya ninguna tarea que cumplir? —dijo—. ¿Quién manda en esta ciudad?

—No lo sé bien —respondió el Mayoral—. No son asuntos de mi incumbencia. Hay un mariscal que capitanea a los Jinetes de Rohan; y el Señor Húrin, por lo que me han dicho, está al mando de los hombres de Góndor. Pero el Señor Faramir es por derecho el Senescal de la Ciudad.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En esta misma casa, señora. Fue gravemente herido, pero ahora ya está recobrándose. Sin embargo no sé...

—¿No me conduciríais ante él? Entonces sabréis.

El Señor Faramir se paseaba a solas por el jardín de las Casas de Curación, y el sol lo calentaba y sentía que la vida le corría de nuevo por las venas; pero le pesaba el corazón, y miraba a lo lejos, en dirección al este, por encima de los muros. Acercándose a él, el Mayoral lo llamó, y Faramir se volvió y vio a la Dama Eowyn de Rohan; y se sintió conmovido y apenado, porque advirtió que estaba herida, y que había en ella tristeza e inquietud.

—Señor —dijo el Mayoral—. Esta es la Dama Eowyn de Rohan. Cabalgó junto con el rey y fue malherida, y ahora se encuentra bajo mi custodia. Pero no está contenta y desea hablar con el Senescal de la Ciudad.

—No interpretéis mal estas palabras, señor —dijo Eowyn—. No me quejo porque no me atiendan. Ninguna casa podría brindar mejores cuidados a quienes buscan la curación. Pero no puedo continuar así, ociosa, indolente, enjaulada. Quise morir en la batalla. Pero no he muerto, y la batalla continúa.

A una señal de Faramir, el Mayoral se retiró con una reverencia.

—¿Qué querríais que hiciera, señora? —preguntó Faramir—. Yo también soy un prisionero en esta casa. —La miró, y como era hombre inclinado a la piedad sintió que la hermosura y la tristeza de Eowyn le traspasarían el corazón. Y ella lo miró, y vio en los ojos de él una grave ternura, y supo sin embargo, porque había crecido entre hombres de guerra, que se encontraba ante un guerrero a quien ninguno de los Jinetes de la Marca podría igualar en la batalla.

—¿Qué deseáis? —le repitió Faramir—. Si está en mis manos, lo haré.

136

—Quisiera que le ordenaseis a este Mayoral que me deje partir —respondió Eowyn; y si bien las palabras eran todavía arrogantes, el corazón le vaciló, y por primera vez dudó de sí misma. Temió que aquel hombre alto, a la vez severo y bondadoso, pudiese juzgarla caprichosa, como un niño que no tiene bastante entereza para llevar a cabo una tarea aburrida.

—Yo mismo dependo del Mayoral dijo Faramir—. Y todavía no he tomado mi cargo en la ciudad. No obstante, aun cuando lo hubiese hecho, escucharía los consejos del Mayoral, y en cuestiones que atañen a su arte no me opondría a él, salvo en un caso de necesidad extrema.

—Pero yo no deseo curar —dijo ella—. Deseo partir a la guerra como mi hermano Eomer, o mejor aún como Théoden el rey, porque él ha muerto y ha conquistado a la vez honores y paz.

—Es demasiado tarde, señora, para seguir a los Capitanes, aunque tuvierais las fuerzas necesarias —dijo Faramir—. Pero la muerte en la batalla aún puede alcanzarnos a todos, la deseemos o no. Y estaríais más preparada para afrontarla como mejor os parezca si mientras aún queda tiempo hicierais lo que ordena el Mayoral. Vos y yo hemos de soportar con paciencia las horas de espera. Eowyn no respondió, pero a Faramir le pareció que algo en ella se ablandaba, como si una escarcha dura comenzara a ceder al primer anuncio de la primavera. Una lágrima le resbaló por la mejilla como una gota de lluvia centelleante. La orgullosa cabeza se inclinó ligeramente. Luego dijo en voz muy queda, más como si hablara consigo misma que con él:

—Pero los Curadores pretenden que permanezca acostada siete días más —dijo. Y mi ventana no mira al este. La voz de Eowyn era ahora la de una muchacha joven y triste.

Faramir sonrió, aunque compadecido.

—¿Vuestra ventana no mira al este? —dijo—. Eso tiene arreglo. Por cierto que daré órdenes al Mayoral. Si os quedáis a nuestro cuidado en esta casa, señora, y descansáis el tiempo necesario, podréis caminar al sol en este jardín como y cuando queráis; y miraréis al este, donde ahora están todas nuestras esperanzas. Y aquí me encontraréis a mí, que camino y espero, también mirando al este. Aliviaríais mis

penas si me hablarais, o si caminarais conmigo alguna vez.

Ella levantó entonces la cabeza y de nuevo lo miró a los ojos; y un ligero rubor le coloreó el rostro pálido.

—¿Cómo podría yo aliviar vuestras penas, señor? —dijo—. No deseo la compañía de los vivos.

—¿Queréis una respuesta sincera? —dijo él.

—La quiero.

—Entonces, Eowyn de Rohan, os digo que sois hermosa. En los valles de nuestras colinas crecen flores bellas y brillantes, y muchachas aún más encantadoras; pero hasta ahora no había visto en Gondor ni una flor ni una dama tan hermosa, ni tan triste. Tal vez nos queden pocos días antes que la oscuridad se desplome sobre el mundo, y cuando llegue espero enfrentarla con entereza; pero si pudiera veros mientras el sol brilla aún, me aliviaríais el corazón. Porque los dos hemos pasado bajo las alas de la Sombra, y la misma mano nos ha salvado.

—¡Ay, no a mí, señor! dijo ella. Sobre mí pesa todavía la Sombra. ¡No soy yo quien podría ayudaros a curar! Soy una doncella guerrera y mi mano no es suave. Pero os agradezco que me permitáis al menos no permanecer encerrada en mi estancia. Por la gracia del Senescal de la Ciudad podré caminar al aire libre.

Y con una reverencia dio media vuelta y regresó a la casa. Pero Faramir continuó caminando a solas por el jardín durante largo rato, y ahora volvía los ojos más a menudo a la casa que a los muros del este.

Cuando estuvo de nuevo en su habitación, Faramir mandó llamar al Mayoral e hizo que le contase todo cuanto sabía acerca de la Dama de Rohan.

—Sin embargo, señor —dijo el Mayoral—, mucho más podría deciros sin duda el mediano que está con nosotros; porque él era pane de la comitiva del Rey, y según dicen estuvo con la Dama al final de la batalla.

Y Merry fue entonces enviado a Faramir, y mientras duró aquel día conversaron largamente, y Faramir se enteró de muchas cosas, más de las que Merry dijo con palabras; y le pareció comprender en parte la tristeza y la inquietud de Eowyn de Rohan. Y en el atardecer luminoso Faramir y Merry pasearon juntos por el jardín, pero no vieron a la Dama aquella noche.

137

Pero a la mañana siguiente, cuando Faramir salió de las casas, la vio, de pie en lo alto de las murallas; estaba toda vestida de blanco y resplandecía al sol. La llamó, y ella descendió, y juntos pasearon por la hierba, y se sentaron a la sombra de un árbol verde, a ratos silenciosos, a ratos hablando. Y desde entonces volvieron a reunirse cada día. Y al Mayoral, que los miraba desde la ventana, y que era un Curador, se le alegró el corazón; verlos juntos aligeraba sus preocupaciones; y tenía la certeza de que en medio de los temores y presagios sombríos que en aquellos días oprimían a todos, ellos, entre los muchos que él cuidaba, mejoraban y ganaban fuerza hora tras hora.

Y llegó así el quinto día desde aquel en que la Dama Eowyn fuera por primera vez a ver a Faramir; y de nuevo subieron juntos a las murallas de la ciudad y miraron en lontananza. Todavía no se habían recibido noticias y los corazones de todos estaban ensombrecidos. Ahora tampoco el tiempo se mostraba apacible. Hacía frío. Un viento que se había levantado durante la noche soplaba inclemente desde el norte, y aumentaba, y las tierras de alrededor estaban lóbregas y grises.

Se habían vestido con prendas de abrigo y mantos pesados, y la Dama Eowyn estaba envuelta en un amplio manto azul, como una noche profunda de estío, adornado en el cuello y el ruedo con estrellas de plata. Faramir había mandado que trajeran el manto y se lo había puesto a ella sobre los hombros; y la vio hermosa y una verdadera reina allí de pie junto a él. Lo habían tejido para Findullas de Amroth, la madre de Faramir, muerta en la flor de la edad, y era para él como un recuerdo de una dulce belleza lejana, y de su primer dolor. Y el manto le parecía adecuado a la hermosura y la tristeza de Eowyn. Pero ella se estremeció de pronto bajo el manto estrellado, y miró al norte, más allá de las tierras grises, hacia el ojo del viento frío, donde el cielo era límpido y yerto.

—¿Qué buscáis, Eowyn? —preguntó Faramir.

—¿No queda acaso en esa dirección la Puerta Negra? —dijo ella—. ¿Y no estará él por llegar allí? Siete días hace que partió.

—Siete días —dijo Faramir—. No penséis mal de mí si os digo: a mí me han traído a la vez una alegría y una pena que ya no esperaba conocer. La alegría de veros; pero pena, porque los temores y las dudas de estos tiempos funestos se han vuelto más sombríos que nunca. Eowyn, no quisiera que este mundo terminase ahora, y perder tan pronto lo que he encontrado.

— ¿Perder lo que habéis encontrado, señor? —respondió ella; y clavó en él una mirada grave pero bondadosa.— Ignoro qué habéis encontrado en estos días, y qué podríais perder. Pero os lo ruego, no hablemos de eso, amigo mío. ¡No hablemos más! Estoy al borde de un terrible precipicio y en el abismo que se abre a mis pies, la oscuridad es profunda, y no sé si a mis espaldas hay alguna luz. Porque aún no puedo volverme. Espero un golpe del destino.

—Sí, esperemos el golpe del destino —dijo Faramir. Y no hablaron más; y mientras permanecían allí, de pie sobre el muro, les pareció que el viento moría, que la luz se debilitaba y se oscurecía el sol; que cesaban todos los rumores de la ciudad y las tierras cercanas: el viento, las voces, los reclamos de los pájaros, los susurros de las hojas; ni respirar se oían; hasta los corazones habían dejado de latir. El tiempo se había detenido.

Y mientras esperaban, las manos de los dos se encontraron y se unieron, aunque ellos no lo sabían. Y así siguieron, esperando sin saber qué esperaban. Entonces, de improviso, les pareció que por encima de las crestas de las montañas distantes se alzaba otra enorme montaña de oscuridad envuelta en relámpagos, se agigantaba y ondulaba como una marea que quisiera devorar el mundo. Un temblor estremeció la tierra y los muros de la ciudad trepidaron. Un sonido semejante a un suspiro se elevó desde los campos de alrededor, y de pronto los corazones les latieron de nuevo.

—Esto me recuerda a Númenor dijo Faramir, y le asombró oírse hablar.

—¿Númenor? —repitió Eowyn.

—Sí —dijo Faramir, el país del Oesternesse que se hundió en los abismos, y la enorme ola oscura que inundó todos los prados verdes y todas las colinas, y que avanzaba como una oscuridad inexorable. A menudo sueño con ella.

—¿Entonces creéis que ha llegado la Oscuridad? —dijo Eowyn—. ¿La Oscuridad Inexorable?

—Y en un impulso repentino se acercó a él.

—No —dijo Faramir mirándola a la cara—. Fue una imagen que tuve. No sé qué está pasando.

La razón y la mente me dicen que ha ocurrido una terrible catástrofe y que se aproxima el fin de los tiempos. Pero el corazón me dice lo contrario; y siento los miembros ligeros, y una esperanza y una
138

alegría que la razón no puede negar. ¡Eowyn, Eowyn, Blanca Dama de Rohan!, no creo en esta hora que ninguna oscuridad dure mucho. —Y se inclinó y le besó la frente.

Y así permanecieron sobre los muros de la Ciudad de Góndor, mientras se levantaba y soplaba un fuerte viento, que les agitó los cabellos mezclándolos en el aire, azabache y oro. Y la Sombra se desvaneció y el velo que cubría el sol desapareció, y se hizo la luz; y las aguas del Anduin brillaron como la plata, y en todas las casas de la ciudad los hombres cantaban con una alegría cada vez mayor, aunque nadie sabía por qué.

Y antes que el sol se hubiera alejado mucho del cenit, una gran águila llegó volando desde el este, portadora de nuevas inesperadas de los Señores del Oeste, gritando:

*¡Cantad ahora, oh gente de la Torre de Anor,
porque el Reino de Sauron ha sucumbido para siempre,
y la Torre Oscura ha sido derruida!*

*¡Cantad y regocijaos, oh gente de la Torre de Guardia,
pues no habéis vigilado en vano,
y la Puerta Negra ha sido destruida,
y vuestro Rey ha entrado por ella
trayendo la victoria!*

*Cantad y alegraos, todos los hijos del Oeste,
porque vuestro Rey retornará,
y todos los días de vuestra vida
habitará entre vosotros.*

*Y el Árbol marchito volverá a florecer,
y él lo plantará en sitios elevados,
y bienaventurada será la Ciudad.
¡Cantad, oh todos!*

Y la gente cantaba en todos los caminos de la ciudad.

Los días que siguieron fueron dorados, y la primavera y el verano se unieron en los festejos de los campos de Góndor. Y desde Cair Andros llegaron jinetes veloces trayendo las nuevas de todo lo acontecido, y la ciudad se preparó a recibir al Rey. Merry fue convocado y tuvo que partir con los

carretones que llevaban víveres a Osgiliath, y de allí por agua hasta Cair Andros; pero Faramir no partió, pues como ya estaba curado había reclamado el mando y ahora era el Senescal de la ciudad, aunque por poco tiempo; y tenía que ordenar todas las cosas para aquel que pronto vendría a reemplazarlo.

Tampoco partió Eowyn, a pesar del mensaje que le enviara su hermano rogándole que se reuniese con él en el Campo de Cormallen. Y a Faramir le sorprendió que se quedara, si bien ahora, atareado como estaba con tantos menesteres, tenía poco tiempo para verla; y ella seguía viviendo en las Casas de Curación, y caminaba sola por el jardín, y de nuevo tenía el rostro pálido, y parecía ser la única persona triste y dolorida en toda la ciudad. Y el Mayoral de las Casas estaba preocupado, y habló con Faramir.

Entonces Faramir fue a buscarla, y de nuevo fueron juntos a los muros; y él le dijo:

—Eowyn ¿por qué os habéis quedado aquí en vez de ir a los festejos de Cormallen del otro lado de Cair Andros, donde vuestro hermano os espera?

Y ella dijo:

—¿No lo sabéis? Pero él respondió:

—Hay dos motivos posibles, pero cuál es el verdadero, no lo sé. Y dijo ella:

—No quiero jugar a las adivinanzas. ¡Hablad claro!

—Entonces, si eso es lo que queréis, señora —dijo él—, no vais porque sólo vuestro hermano mandó por vos, y ahora, admirar en su triunfo al Señor Aragorn, el heredero de Elendil, no os causará ninguna alegría. O porque no voy yo, y deseáis permanecer cerca de mí. O quizá por los dos motivos, y vos misma no podéis elegir entre uno y otro. Eowyn ¿no me amáis, o no queréis amarme?

139

—Quería el amor de otro hombre —respondió ella—. Mas no quiero la piedad de ninguno.

—Lo sé —dijo Faramir—. Deseabais el amor del Señor Aragorn. Pues era noble y poderoso, y queríais la fama y la gloria: elevaros por encima de las cosas mezquinas que se arrastran sobre la tierra. Y como un gran capitán a un joven soldado, os pareció admirable. Porque lo es, un Señor entre los hombres, y el más grande de los que hoy existen. Pero cuando sólo recibis teis de él comprensión y piedad, entonces ya no quisisteis ninguna otra cosa, salvo una muerte gloriosa en el combate. ¡Miradme, Eowyn!

Y Eowyn miró a Faramir largamente y sin pestañear; y Faramir dijo:

— ¡No desdeñéis la piedad, que es el don de un corazón generoso, Eowyn! Pero yo no os ofrezco mi piedad. Pues sois una dama noble y valiente y habéis conquistado sin ayuda una gloria que no será olvidada; y sois tan hermosa que ni las palabras de la lengua de los elfos podrían describiros, y yo os amo. En un tiempo tuve piedad por vuestra tristeza. Pero ahora, aunque no tuvierais pena alguna, ningún temor, aunque nada os faltase y fuerais la bienaventurada Reina de Góndor, lo mismo os amaría. Eowyn ¿no me amáis?

Entonces algo cambió en el corazón de Eowyn, o acaso ella comprendió al fin lo que ocurría en él. Y desapareció el invierno que la habitaba, y el sol brilló en ella.

—Esta es Minas Anor, la Torre del Sol —dijo—, y ¡mirad! ¡La Sombra ha desaparecido! ¡Ya nunca más volveré a ser una doncella guerrera, ni rivalizaré con los grandes caballeros, ni gozaré tan sólo con cantos de matanza! Seré una Curadora, y amaré todo cuanto crece, todo lo que no es árido. —Y miró de nuevo a Faramir.— Ya no deseo ser una reina —dijo.

Entonces Faramir rió, feliz.

—Eso me parece bien —dijo—, porque yo no soy un rey. Y me casaré con la Dama Blanca de Rohan, si ella consiente. Y si ella consiente, cruzaremos el río y en días más venturosos viviremos en la bella Ithilien y cultivaremos un jardín. Y en él todas las cosas crecerán con alegría, si la Dama Blanca consiente.

—¿Habré entonces de abandonar a mi propio pueblo, hombre de Góndor? —dijo ella—. ¿Y querríais que vuestro orgulloso pueblo dijera de vos: «¡Allá va un Señor que ha domado a una doncella guerrera del Norte! ¿No había acaso ninguna mujer de la raza de los Númenor que pudiera elegir?»

—Lo querría, sí —dijo Faramir. Y la tomó en los brazos y la besó a la luz del sol, y no le preocupó que estuvieran en lo alto de los muros y a la vista de muchos. Y muchos los vieron por cierto, y vieron la luz que brillaba sobre ellos cuando descendían de los muros tomados de la mano y se encaminaban a las Casas de Curación.

Y Faramir dijo al Mayoral de las Casas:

—Aquí veis a la Dama Eowyn de Rohan, y ahora está curada. Y el Mayoral dijo:

—Entonces la libro de mi custodia y le digo adiós, y ojalá nunca más sufra heridas ni enfermedades. La confío a los cuidados del Senescal de la Ciudad, hasta el regreso de su hermano.

Pero Eowyn dijo:

—Sin embargo, ahora que me han autorizado a partir, quisiera quedarme. Porque de todas las moradas, ésta se ha convertido para mí en la más venturosa. Y allí permaneció hasta el regreso del Rey Eomer.

Ya todo estaba pronto en la ciudad; y había un gran concurso de gente, pues la noticia había llegado a todos los ámbitos del Reino de Gondor, desde el MinRimmon hasta los Pinnath Gelin y las lejanas costas del mar; y todos aquellos que pudieron hacerlo se apresuraron a encaminarse a la ciudad. Y la ciudad se llenó una vez más de mujeres y de niños hermosos que volvían a sus hogares cubiertos de flores, y de Dol Amroth acudieron los tocadores de arpa más virtuosos de todo el país; y hubo tocadores de viola y de flauta y de cuernos de plata; y cantores de voces claras venidos de los valles de Lebennin. Por fin un día, al caer de la tarde pudieron verse desde lo alto de las murallas los pabellones levantados en el campo, y las luces nocturnas ardieron durante toda aquella noche mientras los hombres esperaban en vela la llegada del alba. Y cuando el sol despuntó sobre las montañas del este, ya no más envueltas en sombras, todas las campanas repicaron al unísono, y todos los estandartes se desplegaron y flamearon al viento; y en lo alto de la Torre Blanca de la Ciudadela, de argén resplandeciente como nieve al sol, sin insignias ni lemas, el Estandarte de los Senescales fue izado por última vez sobre Gondor.

140

Los Capitanes del Oeste condujeron entonces el ejército hacia la ciudad, y la gente los veía pasar, fila tras fila, como plata rutilante a la luz del amanecer. Y llegaron así al Atrio, y allí, a unas doscientas yardas de la muralla, se detuvieron. Todavía no habían vuelto a colocar las puertas, pero una barrera atravesada cerraba la entrada a la ciudad, custodiada por hombres de armas engalanados con las libreas de color plata y negro, las largas espadas desenvainadas. Delante de aquella barrera aguardaban Faramir el Senescal, y Húrin el Guardián de las Llaves, y otros capitanes de Gondor, y la Dama Eowyn de Rohan con Elfhelm el Mariscal y numerosos caballeros de la Marca; y a ambos lados de la Puerta se había congregado una gran multitud ataviada con ropajes multicolores y adornada con guirnaldas de flores. Ante las murallas de Minas Tirith quedaba pues un ancho espacio abierto, flanqueado en todos los costados por los caballeros y los soldados de Gondor y de Rohan, y por la gente de la ciudad y de todos los confines del país. Hubo un silencio en la multitud cuando de entre las huestes se adelantaron los Dúnedain, de gris y plata; y al frente de ellos avanzó lentamente el Señor Aragorn. Vestía cota de malla negra, cinturón de plata y un largo manto blanquísimo sujeto al cuello por una gema verde que centelleaba desde lejos; pero llevaba la cabeza descubierta, salvo una estrella en la frente sujeta por una fina banda de plata. Con él estaban Eomer de Rohan, y el Príncipe Imrahil, y Gandalf, todo vestido de blanco, y cuatro figuras pequeñas que a muchos dejaron mudos de asombro.

—No, mujer, no son niños —le dijo loreth a su prima de Imloth Melui—. Son Periaín, del lejano país de los Medianos, y príncipes de gran fama, dicen. Si lo sabré yo, que tuve que atender en las Casas a uno de ellos. Son pequeños, sí, pero valientes. Figúrate, prima: uno de ellos, acompañado sólo por su escudero, entró en la Tierra Tenebrosa, y allí luchó con el Señor Oscuro, y le prendió fuego a la Torre ¿puedes creerlo? O al menos ésa es la voz que corre por la ciudad. Ha de ser aquél, el que camina con nuestro Rey, el Señor Piedra de Elfo. Son amigos entrañables, por lo que he oído. Y el Señor Piedra de Elfo es una maravilla: un poco duro cuando de hablar se trata, es cierto, pero tiene lo que se dice un corazón de oro; y manos de Curador. «Las manos del rey son manos que curan», eso dije yo; y así fue como se descubrió todo. Y Mithrandir me dijo: «loreth, los hombres recordarán largo tiempo tus palabras, y...»

Pero loreth no pudo seguir instruyendo a su prima del campo, porque de pronto, a un solo toque de trompeta, hubo un silencio de muerte. Desde la Puerta se adelantaron entonces Faramir y Húrin de las Llaves, y sólo ellos, aunque cuatro hombres iban detrás luciendo el yelmo de cimera alta y la armadura de la ciudadela, y transportaban un gran cofre de lehethron negro con guarniciones de plata.

Al encontrarse con Aragorn en el centro del círculo, Faramir se arrodilló ante él y dijo:

—El último Senescal de Gondor solicita licencia para renunciar a su mandato. —Y le tendió una vara blanca; pero Aragorn tomó la vara y se la devolvió, diciendo:

—Tu mandato no ha terminado, y tuyo será y de tus herederos mientras mi estirpe no se haya extinguido. ¡Cumple ahora tus obligaciones! Entonces Faramir se levantó y habló con voz clara:

—¡Hombres de Gondor, escuchad ahora al Senescal del Reino! He aquí que alguien ha venido por fin a reivindicar derechos de realeza. Ved aquí a Aragorn hijo de Arathorn, jefe de los Dúnedain de Arnor, Capitán del Ejército del Oeste, portador de la Estrella del Norte, el que empuña la Espada que fue forjada de nuevo, aquel cuyas manos traen la curación, Piedra de Elfo, Elessar de la estirpe de Valandil,

hijo de Isildur, hijo de Elendil de Númenor. ¿Lo queréis por Rey y deseáis que entre en la ciudad y habite entre vosotros?

Y el Ejército todo y el pueblo entero gritaron sí con una sola voz.

Y Ioreth le dijo a su prima:

—Esto no es más que una de las ceremonias de la ciudad, prima; porque como te iba diciendo, él ya había entrado; y me dijo... —Y en seguida tuvo que callar, porque Faramir hablaba de nuevo.

—Hombres de Gondor, los sabios versados en las tradiciones dicen que la costumbre de antaño era que el Rey recibiese la corona de manos de su padre, antes que él muriera; y si esto no era posible, él mismo iba a buscarla a la tumba del padre; no obstante, puesto que en este caso el ceremonial ha de ser diferente, e invocando mi autoridad de Senescal, he traído hoy aquí de Rath Dínen la corona de Earnur, el último Rey, que vivió en la época de nuestros antepasados remotos.

Entonces los guardias se adelantaron, y Faramir abrió el cofre, y levantó una corona antigua.

Tenía la forma de los yelmos de los Guardias de la Ciudadela, pero era más espléndida y enteramente blanca, y las alas laterales de perlas y de plata imitaban las alas de un ave marina, pues aquél era el

141

emblema de los Reyes venidos de los Mares; y tenía engarzadas siete gemas de diamante, y alta en el centro brillaba una sola gema cuya luz se alzaba como una llama.

Aragorn tomó la corona en sus manos, y levantándola en alto, dijo:

—Et Earello Endorenná utúlien. Sinome maruvan ar Hildinyar tenn'Ambarmetta!

Eran las palabras que había pronunciado Elendil al llegar a los Mares en alas del viento: «Del Gran Mar he llegado a la Tierra Media. Y ésta será mi morada, y la de mis descendientes, hasta el fin del mundo.»

Entonces, ante el asombro de casi todos, en lugar de ponerse la corona en la cabeza, Aragorn se la devolvió a Faramir, diciendo:

—Gracias a los esfuerzos y al valor de muchos entraré ahora en posesión de mi heredad. En prueba de gratitud quisiera que fuese el Portador del Anillo quien me trajera la corona, y Mithrandir quien me la pusiera, si lo desea: porque él ha sido el alma de todo cuanto hemos realizado, y esta victoria es en verdad su victoria.

Entonces Frodo se adelantó y tomó la corona de manos de Faramir y se la llevó a Gandalf; y

Aragorn se arrodilló en el suelo y Gandalf le puso en la cabeza la Corona Blanca, y dijo:

— ¡En este instante se inician los días del Rey, y ojalá sean venturosos mientras perduren los tronos de los Valar!

Y cuando Aragorn volvió a levantarse, todos lo contemplaron en profundo silencio, porque era como si se revelara ante ellos por primera vez. Alto como los Reyes de los Mares de la antigüedad, se alzaba por encima de todos los de alrededor; entrado en años parecía, y al mismo tiempo en la flor de la virilidad; y la frente era asiento de sabiduría, y las manos fuertes tenían el poder de curar; y estaba envuelto en una luz. Entonces Faramir gritó:

— ¡He aquí el Rey!

Y de pronto sonaron al unísono todas las trompetas; y el Rey Elessar avanzó hasta la barrera, y Húrin de las Llaves la levantó; y en medio de la música de las arpas y las violas y las flautas y el canto de las voces claras, el Rey atravesó las calles cubiertas de flores, y llegó a la ciudadela y entró; y el estandarte del Árbol y las Estrellas fue desplegado en la torre más alta, y así comenzó el reinado del Rey Elessar, que inspiró tantas canciones.

Durante su reinado la ciudad llegó a ser más bella que nunca, más aún que en los días de su primitiva gloria; y hubo árboles y fuentes por doquier, y las puertas fueron de acero y de mithril, y las calles pavimentadas con mármol blanco; allí iba a trabajar la Gente de la Montaña, y para los Habitantes de los Bosques visitarla era una alegría; y todo fue saneado y mejorado, y las casas se llenaron de hombres y de mujeres y de risas de niños, y no hubo más ventanas ciegas ni patios vacíos; y luego del fin de la Tercera Edad del Mundo, el esplendor y los recuerdos de los años idos perduraron en la memoria de la nueva edad.

En los días que siguieron a la coronación, el Rey se sentó en el trono del Palacio de los Reyes y dictó sentencias. Y llegaron embajadas de numerosos pueblos y países, del Este y del Sur, y desde los lindes del Bosque Negro, y desde las Tierras Oscuras del Oeste. Y el Rey perdonó a los Hombres del Este que se habían rendido, y los dejó partir en libertad, e hizo la paz con las gentes de Harad; y liberó a los esclavos de Mordor y les dio en posesión todas las tierras que se extendían alrededor del Lago Núrn. Y numerosos soldados fueron conducidos ante él, a recibir alabanzas y recompensas, y finalmente el

Capitán de la Guardia llevó a Beregond a presencia del Rey, para que fuese juzgado. Y el Rey dijo a Beregond:

—Por tu espada, Beregond, hubo sangre vertida en los Recintos Sagrados, donde eso está prohibido. Además, abandonaste tu puesto sin la licencia del Señor o del Capitán. Por estas culpas, el castigo en el pasado era la muerte. Por lo tanto he de pronunciar ahora tu sentencia.
»Quedas absuelto de todo castigo por tu valor en la batalla, y más aún porque todo cuanto hicis te fue por amor al Señor Faramir. No obstante, tendrás que dejar la Guardia de la Ciudadela y marcharte de la Ciudad de Minas Tirith.
La sangre abandonó el semblante de Beregond, y con el corazón traspasado, inclinó la cabeza. Pero el Rey continuó.

142

—Y así ha de ser, porque has sido destinado a la Compañía Blanca, la Guardia de Faramir, Príncipe de Ithilien, y serás su Capitán, y en paz y con honores residirás en Emyr Arnem, al servicio de aquel por quien todo lo arriesgaste, para salvarlo de la muerte.

Y entonces Beregond, comprendiendo la clemencia y la justicia del Rey, se sintió feliz, e hincándose le besó la mano, y partió alegre y satisfecho. Y Aragorn le dio a Faramir el principado de Ithilien, y le rogó que viviese en las colinas de Emyr Arnem, a la vista de la ciudad.

—Porque Minas Ithil —dijo—, en el Valle de Morgul, será destruida hasta los cimientos, y aunque quizás un día sea saneada, ningún hombre podrá habitar allí hasta que pasen muchos años.

Por último Aragorn dio la bienvenida a Eomer de Rohan; y se abrazaron, y Aragorn dijo:

—Entre nosotros no hablaremos de dar o recibir, ni de recompensas; porque somos hermanos. En buena hora partió Eorl cabalgando desde el Norte, y nunca hubo entre pueblos una alianza más venturosa, en la que ni uno ni otro dejó ni dejará jamás de cumplir lo pactado. Ahora, como sabes, hemos puesto a Théoden el Glorioso en una tumba de los Recintos Sagrados, y allí podrá reposar para siempre entre los Reyes de Gondor, si así lo deseas. O si prefieres, lo llevaremos a Rohan para que descanse entre su gente.

Y Eomer respondió:

—Desde el día en que apareciste ante mí en las lomas, como brotado de la hierba verde, te he amado, y ese amor no se extinguirá. Mas ahora es menester que parta por algún tiempo, pues también en mi reino hay muchas cosas que sanear y ordenar. Y en cuanto al Caído, cuando todo esté preparado, volveremos por él; mientras tanto dejémosle reposar aquí.

Y Eowyn le dijo a Faramir:

—Ahora he de regresar a mi tierra, a contemplarla por última vez, y ayudar a mi hermano; pero cuando aquel a quien por largo tiempo amé como a un padre descansa al fin entre los suyos, volveré. Así fueron pasando los días de regocijo; y en el octavo día de mayo los Jinetes de Rohan se alistaron y partieron galopando por el camino del norte, y con ellos iban los hijos de Elrond. Apiñada a ambos lados de la carretera desde la Puerta de la Ciudad hasta los muros del Pelennor, la gente los aclamaba al pasar, rindiéndoles honores y alabanzas. Más tarde, todos los que habitaban lejos volvieron felices a sus hogares; pero en la ciudad había muchas manos dispuestas a construir y a reparar, y a borrar todas las cicatrices y rastros de la guerra y todos los recuerdos de la sombra.

Los hobbits aún permanecían en Minas Tirith, y con ellos Lególas y Gimli, porque Aragorn no se resignaba a que la Comunidad se disolviera.

—Todo esto tendrá que terminar alguna vez —dijo—, pero me gustaría que os quedarais un tiempo más; la culminación de todo cuanto hemos hecho juntos no ha llegado aún. El día que he esperado durante todos los años de mi madurez se aproxima, y cuando llegue quiero tener a todos mis amigos junto a mí.

Pero nada más quiso decirles acerca de ese día.

Los Compañeros del Anillo vivían en una casa hermosa junto con Gandalf, e iban y venían a su antojo por la ciudad. Y Frodo le dijo a Gandalf:

—¿Sabes qué día es ése del que habla Aragorn? Porque aquí somos felices; y no deseo marcharme; pero pasan los días, y Bilbo está esperando; y mi hogar es la Comarca.

—En cuanto a Bilbo —dijo Gandalf—, también él está esperando ese día, y sabe qué te retiene aquí. Y en cuanto al correr de los días, todavía estamos en mayo y aún falta para el solsticio de verano; y aunque todo parece distinto, como si hubiera transcurrido una edad del mundo, para los árboles y las hierbas no ha pasado un año desde que partisteis.

—Pippin —dijo Frodo— ¿no decías que Gandalf estaba menos misterioso que antes?

Seguramente estaría fatigado después de tanto esfuerzo. Ahora se está reponiendo.

Y Gandalf dijo:

—A mucha gente le gusta saber de antemano qué se va a servir en la mesa; pero los que han trabajado en la preparación del festín prefieren mantener el secreto; pues la sorpresa hace más sonoras las palabras de elogio. Aragorn espera una señal.

143

Y hubo un día en el que los Compañeros no pudieron encontrar a Gandalf, y se preguntaron qué se estaría preparando. Pero en la oscuridad de la noche Gandalf salió con Aragorn de la ciudad, y lo condujo a la falda meridional del Monte Mindolluin; y allí encontraron un sendero abierto en tiempos remotos que ahora pocos se atrevían a transitar. Pues subía hasta un paraje elevado de la montaña, un refugio que sólo los Reyes visitaban. Y trepando por sendas escarpadas, llegaron a un altiplano bajo las nieves que coronaban los picos, y que dominaba el precipicio que se abría a espaldas de la ciudad. Y contemplaron las tierras, porque ya había despuntado el alba; y abajo en lontananza, semejantes a pinces blancos tocados por los rayos del sol, vieron las torres de la ciudad, y el Valle del Anduin se extendía como un huerto, y una bruma dorada velaba las Montañas de la Sombra. De un lado alcanzaban a ver el color gris de los Emyrn Muil, y los reflejos del Rauros eran como el centelleo de una estrella lejana; y del otro lado veían el río, que se extendía como una cinta hasta Pelargir, y más allá una luminosidad en el filo del horizonte que hablaba del mar. Y Gandalf dijo:

—He aquí tu reino, y el corazón del reino más grande de los tiempos futuros. La Tercera Edad del Mundo ha terminado y se ha iniciado una nueva; y a ti te toca ordenar los comienzos y preservar todo cuanto sea posible. Pues aunque muchas cosas se han salvado, muchas otras habrán de perecer; también el Poder de los Tres Anillos ha terminado. Y en todas las tierras que aquí ves, y en las de alrededor, habitarán los hombres. Pues se acercan los tiempos de la Dominación de los Hombres, y la Antigua Estirpe tendrá que partir o desaparecer.

—Eso lo sé muy bien, querido amigo —dijo Aragorn—, pero todavía necesito tu consejo.

—No por mucho tiempo ya —dijo Gandalf—. Mi tiempo era la Tercera Edad. Yo era el Enemigo de Sauron; y mi tarea ha concluido. Pronto habré de partir. En adelante, el peso recaerá sobre ti y los tuyos.

—Pero yo moriré —dijo Aragorn—. Porque soy un mortal, y aunque siendo quien soy y de la pura estirpe del Oeste tendré una vida mucho más larga que los demás mortales, esto es sólo un breve momento; y cuando aquellos que ahora están en los vientres de las madres hayan nacido y envejecido, también a mí me llegará la vejez. ¿Y quién gobernará entonces a Gondor y a quienes aman a esta ciudad como a una reina, si mi deseo no se cumple? En el Patio del Manantial el Árbol está aún marchito y estéril. ¿Cuándo veré la señal de que algún día cambiarán las cosas?

—Aparta la mirada del mundo verde, y vuélvela hacia todo cuanto parece yermo y frío —dijo Gandalf.

Y Aragorn volvió la cabeza, y vio a sus espaldas una pendiente rocosa que descendía desde la orilla de la nieve; y mientras miraba advirtió que algo crecía en medio del desierto; y bajó hasta allí, y vio que en el borde mismo de la nieve despuntaba el retoño de un árbol de apenas tres pies de altura. Ya tenía hojas jóvenes largas y delicadas, oscuras en la faz, plateadas en el dorso, y la copa esbelta estaba coronada por un pequeño racimo de flores, cuyos pétalos blancos resplandecían como la nieve al sol.

Aragorn exclamó entonces:

— ¡Ye! titúvienst! ¡Lo he encontrado! ¡Mira! Un retoño del más anciano de los Árboles. Mas ¿cómo ha crecido aquí? Porque no ha de tener ni siete años.

Y Gandalf se acercó, y lo miró, y dijo:

—Es en verdad un retoño de la estirpe de Nimioth el hermoso; semilla de Galathilion, fruto de Telperion, el más anciano de los Árboles, el de los muchos nombres. ¿Quién puede decir cómo ha llegado aquí, a la hora señalada? Pero este lugar es un antiguo sagrario, y antes de la extinción de los Reyes, antes que el Árbol se agostara en el Patio, uno de sus frutos fue sin duda depositado aquí. Porque aunque se ha dicho que el fruto del Árbol rara vez madura, la vida que late en él puede permanecer aletargada largos años, y nadie puede prever el momento en que habrá de despertar. Recuerda mis palabras. Porque si alguna vez un fruto del Árbol entra en sazón, tendrás que plantarlo, para que la estirpe no desaparezca del mundo para siempre. Aquí sobrevivió, escondido en la montaña, mientras la estirpe de Elendil sobrevivía oculta en los desiertos del Norte. Pero la de Nimloth es más antigua que la tuya, Rey Elessar.

Entonces Aragorn posó suavemente la mano en el retoño, y he aquí que parecía estar apenas hundido en la tierra, y lo levantó sin dañarlo, y lo llevó consigo a la ciudadela. Y el Árbol marchito fue

arrancado de raíz, pero con reverencia; y no lo quemaron: lo llevaron a Rath Dínen, y allí lo depositaron, para que reposara en el silencio. Y Aragorn plantó el árbol nuevo en el patio al pie del Manantial, y pronto empezó a crecer, vigoroso y lozano, y cuando llegó el mes de junio estaba cubierto de flores. —La señal ha llegado —dijo Aragorn, y el día ya no está lejos.

144

Y apostó centinelas en las murallas.

Era la víspera del Solsticio de Verano, y unos mensajeros llegaron desde Amon Din a la ciudad, anunciando que una espléndida cabalgata venía del norte, y se acercaba a los muros del Pelennor. Y el Rey dijo:

—Han llegado al fin. Que toda la ciudad se prepare.

Y esa misma noche, víspera del Día de Pleno Verano, cuando el cielo era azul como el zafiro y las estrellas blancas aparecían en el este, y el oeste era todavía dorado, y el aire fragante y fresco, los jinetes llegaron por el camino del norte a las Puertas de Minas Tirith. A la cabeza cabalgaban Elrohir y Elladan con un estandarte de plata; los seguían Glorfindel y Erestor y la gente de la casa de Rivendel, y detrás de ellos venían la Dama Galadriel y Celeborn, Señor de Lothlórien, montados en corceles blancos, con mantos grises, y gemas blancas en los cabellos; y por último el Señor Elrond, poderoso entre los elfos y los hombres, llevando el cetro de Annúminas, y junto a él, montada en un palafrén gris, cabalgaba la hija de Elrond, Arwen, Estrella de la Tarde de su pueblo.

Y Frodo al verla llegar resplandeciente a la luz del atardecer, con las estrellas en la frente y envuelta en una dulce fragancia, quedó maravillado, y le dijo a Gandalf:

—¡Al fin comprendo por qué hemos esperado! Esto es el fin. Ahora no sólo el día será bienamado, también la noche será bienaventurada y hermosa, y desaparecerán todos los temores. Entonces el Rey les dio la bienvenida, y los huéspedes se apearon de los caballos, y Elrond dejó el cetro, y puso en la mano del Rey la mano de su hija, y así juntos se encaminaron a la Ciudad Alta, mientras en el cielo florecían las estrellas. Y en la Ciudad de los Reyes, en el día del solsticio de verano, Aragorn, Rey Elessar, desposó a Arwen Undómiel, y así culminó la historia de una larga espera y muchos trabajos.

6

NUMEROSAS SEPARACIONES

Cuando al fin terminaron los días de regocijo, los Compañeros pensaron en el regreso. Y Frodo fue a ver al Rey, y lo encontró sentado junto al Manantial con la Reina Arwen; y ella cantaba una canción de Valinor, y mientras tanto el Árbol crecía y florecía. Recibieron de buen grado a Frodo, y se levantaron para saludarlo; y Aragorn dijo:

—Sé lo que has venido a decirme, Frodo: deseas volver a tu casa. Y bien, entrañable amigo, el árbol crece mejor en la tierra de sus antepasados; pero siempre serás bienvenido en todos los países del Oeste. Y aunque en las antiguas gestas de los grandes tu pueblo haya conquistado poca fama, de ahora en adelante tendrá más renombre que muchos vastos reinos hoy desaparecidos.

—Es verdad que deseo volver a la Comarca —dijo Frodo—. Pero antes quiero pasar por Rivendel. Porque si bien nada pudo faltarme en días tan colmados de bendiciones, he echado de menos a Bilbo; y en verdad me quedé triste cuando vi que no llegaba con la comitiva de Elrond.

—¿Acaso te ha sorprendido, Portador del Anillo? —dijo Arwen—. Porque tú conoces el poder del objeto que ha sido destruido; y todo cuanto fue creado por él está desapareciendo ahora. Pero tu pariente tuvo el Anillo más tiempo que tú, y ahora es un anciano para los suyos; y te espera, pues ya nunca más hará un largo viaje, excepto el último.

—En ese caso pido licencia para partir cuanto antes —dijo Frodo.

—Partiremos dentro de siete días —dijo Aragorn—. Porque yo haré con vosotros buena parte del camino, hasta el país de Rohan. Dentro de tres días regresará Eomer y se llevará a Théoden a que repose en la Marca, y nosotros lo acompañaremos para honrar al caído. Pero ahora, antes de tu partida, deseo confirmarte lo que antes te dijo Faramir: eres libre para siempre en el reino de Gondor, al igual que todos tus compañeros. Y si hubiera presentes dignos de vuestras hazañas, os los daré; pero si deseáis alguna cosa, podéis llevarla; y cabalgaréis con los honores y la pompa de los príncipes de este reino.

Pero la Reina Arwen dijo:

145

—Yo te haré un regalo. Porque soy la hija de Elrond. No partiré con él cuando se encamine a los Puertos porque mi elección es la de Lúthien, y como ella he elegido a la vez lo dulce y lo amargo. Pero tú

podrás partir en mi lugar, Portador del Anillo, si cuando llegue la hora ése es tu deseo. Si los daños aún te duelen, y si la carga aún te pesa en la memoria, podrás cruzar al Oeste, hasta que todas tus heridas y pesares hayan cicatrizado. Pero ahora lleva esto en recuerdo de Piedra de Elfo y de Estrella de la Tarde, que ya siempre serán parte de tu vida.

Y quitándose una gema blanca como una estrella que le pendía sobre el pecho engarzada en una cadena de plata, la puso alrededor del cuello de Frodo.

—Cuando los recuerdos del miedo y de la oscuridad te atormenten —dijo—, esto podrá ayudarte.

Tres días después, tal como lo anunciara el Rey, Eomer de Rohan llegó cabalgando a la ciudad, escoltado por un Eored de los más nobles caballeros de la Marca. Fue recibido con grandes agasajos, y cuando todos se sentaron a la mesa en Merethrond, el Gran Salón de los Festines, vio la belleza de las damas y quedó maravillado. Y antes de irse a descansar mandó buscar a Gimli el enano, y le dijo:

—Gimli hijo de Glóin, ¿tienes tu hacha preparada?

—No, señor —dijo Gimli—, pero puedo ir a buscarla en seguida, si es menester.

—Tú mismo lo juzgarás —dijo Eomer—. Porque aún quedan pendientes entre nosotros ciertas palabras irreflexivas a propósito de la Dama del Bosque de Oro. Y ahora la he visto con mis propios ojos.

—Y bien, señor —dijo Gimli—, ¿qué opinas ahora?

— ¡Ay! —dijo Eomer—. No diré que es la dama más hermosa de todas cuantas viven.

—Entonces tendré que ir en busca de mi hacha —dijo Gimli.

—Pero antes he de alegar una disculpa —dijo Eomer—. Si la hubiera visto en otra compañía, habría dicho todo cuanto tú quisieras. Pero ahora pondré en primer lugar a la Reina Anven Estrella de la Tarde, y estoy dispuesto a desafiar a quienquiera que se atreva a contradecirme. ¿Haré traer mi espada? Entonces Gimli saludó a Eomer inclinándose en una reverencia.

—No, por lo que a mí toca, estás disculpado, señor —dijo. Tú has elegido la Tarde; pero yo he entregado mi amor a la Mañana. Y el corazón me dice que pronto desaparecerá para siempre. Llegó por fin el día de la partida, y una comitiva brillante y numerosa se preparó para cabalgar rumbo al norte. Los reyes de Gondor y Rohan fueron entonces a los Recintos Sagrados y llegaron a las tumbas de Rath Dínen, y llevaron al Rey Théoden en un féretro de oro, y en silencio atravesaron la ciudad; y depositaron el féretro en un gran carruaje, flanqueado por los Jinetes de Rohan y precedido por el Estandarte; y Merry, por ser el escudero de Théoden, viajó en el carruaje acompañando las armas del Rey.

A los otros Compañeros les trajeron caballos adecuados a la estatura de cada uno; y Frodo y Samsagaz cabalgaban a los flancos de Aragorn, y Gandalf iba montado en Sombragris, y Pippin con los caballeros de Gondor; y Lególas y Gimli como siempre, cabalgaban juntos en la grupa de Arod. De aquella cabalgata participaban también la Reina Arwen, y Celeborn y Galadriel con su gente, y Elrond y sus hijos; y los príncipes de Dol Amroth y de Ithilien, y numerosos capitanes y caballeros. Jamás un Rey de la Marca había marchado con un séquito como el que acompañó a Théoden hijo de Thengel a la tierra de los antepasados.

Sin prisa y en paz atravesaron Anórien, y llegaron al Bosque Gris al pie del Amon Din; y allí oyeron sobre las colinas un redoble como de tambores, aunque no se veía ninguna criatura viviente.

Entonces Aragorn hizo sonar las trompetas; y los heraldos pregonaron:

— ¡Escuchad! ¡Ha venido el Rey Elessar! ¡A GhanbüriGhan y a los suyos les da para siempre la Floresta de Drúadan; y que en adelante ningún hombre entre ahí si ellos no lo autorizan!

El redoble de tambores creció un momento, y luego calló.

Por fin y al cabo de quince jornadas el carruaje que transportaba al Rey Théoden cruzó los prados verdes de Rohan y llegó a Edoras; y allí todos descansaron. El Palacio de Oro había sido engalanado con hermosas colgaduras y había luces en todas partes, y en aquellos salones se celebró el festín más fastuoso que allí se hubiera conocido. Porque pasados tres días, los Hombres de la Marca

146

prepararon los funerales de Théoden, y lo depositaron en una casa de piedra con las armas y muchos otros objetos hermosos que él había tenido, y sobre la casa levantaron un gran túmulo, y lo cubrieron de arriates de hierba verde y de blancos nomeolvides. Y ahora había ocho túmulos en el ala oriental del Campo Tumulario.

Entonces los Jinetes de la Escolta del Rey cabalaron alrededor del túmulo montados en caballos blancos, y cantaron a coro una canción que la gesta de Théoden hijo de Thengel había inspirado a Gléowine, el hacedor de canciones, y que fue la última que compuso en vida. Las voces lentas de los

jinetes conmovieron aun a aquellos que no comprendían la lengua del país; pero las palabras de la canción encendieron los ojos de la gente de la Marca, pues volvían a oír desde lejos el trueno de los cascos del Norte, y la voz de Eorl elevándose por encima de los gritos y el fragor de la batalla en el Campo de Celebrant; y proseguía la historia de los Reyes, y el Cuerno de Helm resonaba en las montañas, hasta que caía la oscuridad, y el Rey Théoden se erguía y galopaba hacia el fuego a través de la Sombra, y moría con gloria y esplendor mientras el sol, retornando de más allá de la esperanza, resplandecía en la mañana sobre el Mindolluin.

*Salido de la duda, libre de las tinieblas,
cantando al Sol galopó hacia el amanecer, desnudando la espada:
Encendió una nueva esperanza, y murió esperanzado;
fue más allá de la muerte, el miedo y el destino;
dejó atrás la ruina, y la vida, y entró en la larga gloria.*

*Pero Merry lloraba al pie del túmulo verde, y cuando la canción terminó, se incorporó y gritó:
¡Théoden Rey! ¡Théoden Rey! Como un padre fuiste para mí, por poco tiempo. ¡Adiós!*

Terminados los funerales, cuando cesó el llanto de las mujeres y Théoden reposó al fin en paz bajo el túmulo, la gente se reunió en el Palacio de Oro para el gran festín y dejó de lado la tristeza; porque Théoden había vivido largos años y había acabado sus días con tanta gloria como los más insignes de la estirpe. Y cuando llegó la hora de beber en memoria de los reyes, como era costumbre en la Marca, Eowyn Dama de Rohan se acercó a Eomer y le puso en la mano una copa llena.

Entonces un hacedor versado en las tradiciones se levantó y fue enunciando uno a uno y en orden los nombres de todos los Señores de la Marca: Eorl el Joven; y Brego el Constructor del Palacio; y Aldor hermano de Baldor el Infortunado; y Fréa, y Fréawine, y Goldwine, y Déor, y Gram; y Helm, el que permaneció oculto en el Abismo de Helm cuando invadieron la Marca; y así fueron nombrados todos los túmulos del ala occidental, pues en aquella época el linaje se había interrumpido, y luego fueron enumerados los túmulos del ala oriental: Fréalaf, hijo de la hermana de Helm, y Léof a, y Walda, y Polca, y Flocwine, y Fengel y Thengel, y finalmente Théoden. Y cuando Théoden fue nombrado, Eomer vació la copa. Eowyn pidió entonces a los servidores que llenaran las copas, y todos los presentes se pusieron de pie y bebieron y brindaron por el nuevo Rey, exclamando:

¡Salve, Eomer, Rey de la Marca!

Y más tarde, cuando ya la fiesta concluía, Eomer se levantó y dijo:

—Este es el festín funerario de Théoden Rey; pero antes de separarnos quiero anunciaros una noticia feliz, pues sé que a él no le disgustaría que yo así lo hiciera, ya que siempre fue un padre para Eowyn mi hermana. Escuchad, todos mis invitados, noble y hermosa gente de numerosos reinos, como jamás se viera antes congregada en este palacio: ¡Faramir, Senescal de Gondor y Príncipe de Ithilien pide la mano de Eowyn Dama de Rohan, y ella se la concede de buen grado! Y aquí mismo celebrarán la boda ante todos nosotros.

Y Faramir y Eowyn se adelantaron y se tomaron de la mano; y todos los presentes brindaron por ellos y estaban contentos.

—De este modo —dijo Eomer— la amistad entre la Marca y Gondor queda sellada con un nuevo vínculo, y esto me regocija todavía más.

—No eres avaro por cierto, Eomer —dijo Aragorn—, al dar así a Gondor lo más hermoso de tu reino.

Entonces Eowyn miró a Aragorn a los ojos, y dijo:

—¡Deséame ventura, mi Señor y Curador! Y él respondió:

147

—Siempre te deseé ventura desde el día en que te conocí. Y verte ahora feliz cura una herida en mi corazón.

Cuando la fiesta concluyó, los huéspedes que tenían que irse se despidieron del Rey Eomer.

Aragorn y sus caballeros, y la gente de la casa de Lorien y de Rivendel se prepararon para la partida; pero Faramir e Imrahil quedaron en Edoras; y también Arwen Estrella de la Tarde, y despidió a sus hermanos. Nadie presenció el último encuentro de ella y Elrond, pues subieron a las colinas y allí hablaron a solas largamente, y amarga fue aquella separación que duraría hasta más allá del fin del mundo.

Poco antes de la hora de la partida, Eomer y Eowyn se acercaron a Merry y le dijeron:

—Hasta la vista ahora, Meriadoc de la Comarca y Escanciador de la Marca. Cabalga hacia la ventura, y luego cabalga de vuelta, pues aquí siempre serás bienvenido.

Y Eomer dijo:

— Los reyes de antaño te habrían hecho tantos presentes por tus hazañas en los campos de Mundburgo, que un carromato no habría bastado para transportarlos; pero tú dices que sólo quieres llevar las armas que te fueron dadas. Respeto tu voluntad, porque nada puedo ofrecerte que sea digno de ti; pero mi hermana te ruega que aceptes este pequeño regalo, en memoria de Dernhelm y de los cuernos de la Marca al despuntar el día.

Entonces Eowyn le dio a Merry un cuerno antiguo, con un tahalí verde; era pequeño pero estaba hábilmente forjado, todo en hermosa plata; y los artífices habían grabado en él unos jinetes al galope en una línea que descendía en espiral desde la boquilla al pabellón, y runas de altas virtudes.

—Es una reliquia de nuestra casa —dijo Eowyn—. Fue forjado por los Enanos, y formaba parte del botín de Scatha el Gusano. Eorl el Joven lo trajo del Norte. Aquel que lo sople en una hora de necesidad, despertará temor en el corazón de los enemigos y alegría en el de los amigos, y ellos lo oirán y acudirán.

Merry tomó entonces el cuerno, pues no podía rehusarlo, y besó la mano de Eowyn; y ellos lo abrazaron, y así se separaron aquella vez.

Ya los huéspedes estaban prontos para la partida; y luego de beber el vino del estribo, con grandes alabanzas y demostraciones de amistad, emprendieron la marcha, y al cabo de algún tiempo llegaron al Abismo de Helm, y allí descansaron dos días. Lególas cumplió entonces la promesa que le había hecho a Gimli, y fue con él a las Cavernas Centelleantes; y volvió silencioso, y dijo que sólo Gimli era capaz de encontrar palabras apropiadas para describir las cavernas.

—Y nunca hasta ahora un enano había derrotado a un elfo en un torneo de elocuencia —añadió—. ¡ Pero ahora iremos a Fangorn e igualaremos los tantos!

Partiendo del Valle del Bajo cabalgaron hasta Isengard, y allí vieron los asombrosos trabajos que habían llevado a cabo los ents. El círculo de piedras había desaparecido, y las tierras antes cercadas se habían transformado en un jardín de árboles y huertas, y por él corría un arroyo, pero en el centro había un lago de agua clara, y allí se levantaba aún, alta e inexpugnable, la Torre de Orthanc, y la roca negra se reflejaba en el estanque.

Los viajeros se sentaron a descansar en el sitio en que antes se alzaban las antiguas puertas de Isengard; allí se erguían ahora dos árboles altos, como centinelas a la entrada del sendero bordeado de vegetación que conducía a Orthanc; y contemplaron con admiración los trabajos, pero no vieron un alma viviente, ni cerca ni lejos. Pronto sin embargo oyeron una voz que llamaba huumhoom, humhoom, y de improviso Bárbol les salió al encuentro, caminando a grandes trancos; y con él venía Ramaviva.

—¡Bien venidos al Patio del Árbol de Orthanc! —exclamó—. Supe que veníais, pero estaba atareado en lo alto del valle; todavía queda mucho por hacer. Pero por lo que he oído, vosotros tampoco habéis estado ociosos allá en el sur y en el oeste; y todo cuanto ha llegado a mis oídos es bueno, buenísimo.

Y Bárbol ensalzó las hazañas de todos, de las que parecía estar perfectamente enterado; por fin hizo una pausa y miró largamente a Gandalf.

—¡Y bien, veamos! —dijo—. Has demostrado ser el más poderoso, y todas tus empresas han concluido bien. Mas ¿a dónde irás ahora? ¿Ya qué has venido aquí?

—A ver cómo marchan tus trabajos, amigo mío —respondió Gandalf—, y a agradecerte tu ayuda en todo lo que se ha conseguido.

148

—Huum, bien, me parece muy justo —dijo Bárbol—, pues es indiscutible que también los ents desempeñaron un papel en todo esto. Y no sólo dándole su merecido a ese... huum... ese mataárboles maldito que vivía aquí. Porque tuvimos una gran invasión de esos... burárum... esos ojizainos, maninegros, patituertos, lapidíficos, manilargos, carroñosos, sanguinosos, morimaitesincahonda, huum, bueno, puesto que sois gente que vive de prisa, y el nombre completo es largo como años de tormento, esos gusanos de los orcos llegaron remontando el río, y descendiendo del norte, y rodearon el bosque de Laurelindórenan, pero no pudieron entrar gracias a los Grandes aquí presentes. —Se inclinó ante el Señor y la Dama de Lorien.

—Y esas criaturas abominables quedaron más que estupefactas al vernos en la Floresta, pues nunca habían oído hablar de nosotros; aunque lo mismo puede decirse de alguna gente más honorable. Y no habrá muchos que nos recuerden, porque tampoco fueron muchos los que escaparon con vida, y a la mayoría se los llevó el río. Pero fue una suerte para vosotros, porque si no nos hubieras encontrado, el Rey de las praderas no habría llegado muy lejos, y si hubiera podido hacerlo, no habría tenido un hogar a donde regresar.

—Lo sabemos muy bien —dijo Aragorn—, y es algo que ni en Minas Tirith ni en Edoras se olvidará jamás.

—Jamás —dijo Bárbol— es una palabra demasiado larga hasta para mí. Mientras perduren vuestros reinos, querrás decir; y mucho tendrán que perdurar por cierto para que les parezcan largos a los ents.

—La Nueva Edad comienza —dijo Gandalf—, y en ella bien puede ocurrir que los reinos de los hombres te sobrevivan, Fangorn, amigo mío. Mas, dime ahora una cosa: ¿qué fue de la tarea que te encomendé? ¿Cómo está Saruman? ¿No se ha hastiado aún de Orthanc? No creo que piense que has mejorado el panorama que se ve desde la torre.

Bárbol clavó en Gandalf una mirada larga, casi astuta, pensó Merry.

—Ah —dijo Bárbol—. Me imaginé que llegarías a eso. ¿Hastiado de Orthanc? Más que hastiado, al final; pero no tan hastiado de la torre como de mi voz. ¡Huum! Me oyó unos largos sermones, o al menos lo que consideraríais largos en vuestra habla.

—¿Entonces por qué se quedó a escucharlos? ¿Has entrado en Orthanc? —preguntó Gandalf.

—Huum, no, no en Orthanc —dijo Bárbol—. Pero él se asomaba a la ventana y escuchaba, porque sólo así podía enterarse de alguna noticia y detestaba oírme, lo consumía la ansiedad; y te aseguro que las escuchó, todas y bien. Pero agregué muchas cosas, para que reflexionara. Al final estaba muy cansado. Siempre tenía prisa, y esa fue su ruina.

—Observo, mi buen Fangorn —dijo Gandalf—, que pones cuidado en decir vivía, fue, estaba.

¿Por qué no en presente? ¿Acaso ha muerto?

—No, no ha muerto, hasta donde yo sé —dijo Bárbol. Pero se ha marchado. Sí, se fue hace siete días. Lo dejé partir. Poco quedaba de él cuando salió arrastrándose, y en cuanto a esa especie de serpiente que lo acompañaba, era como una sombra pálida. Ahora no vengas a decirme, Gandalf, que te prometí retenerlo encerrado; pues ya lo sé. Pero las cosas han cambiado desde entonces. Y lo mantuve encerrado hasta que yo mismo tuve la certeza de que ya no podía causar nuevos males. Tú no puedes ignorar que lo que más detesto es ver enjaulados a los seres vivos; ni aun a criaturas como ésta tendría yo encerradas, excepto en casos de extrema necesidad. Una serpiente desdentada puede arrastrarse por donde quiera.

—Quizá tengas razón —dijo Gandalf—, pero creo que a esta víbora aún le queda un diente.

Tenía el veneno de la voz, y sospecho que te persuadió, aun a ti, Bárbol, pues conocía tu lado flaco. Y bien, ahora se ha ido, y no hay más que hablar. Pero la Torre de Orthanc vuelve a manos del Rey, a quien pertenece. Aunque quizá no llegue a necesitarla.

—Eso se verá más adelante —dijo Aragorn—. Pero todo este valle lo doy a los ents para que hagan con él lo que deseen, siempre y cuando vigilen la Torre de Orthanc y se aseguren de que nadie penetre en ella sin mi autorización.

—Está cerrada —dijo Bárbol—. Obligué a Saruman a que la cerrara y me entregara las llaves. Ramaviva las tiene.

Ramaviva se inclinó como un árbol combado por el viento y entregó a Aragorn dos grandes llaves negras muy trabajadas, unidas por una argolla de acero.

149

—Ahora os doy nuevamente las gracias —dijo Aragorn—, y os digo adiós. Ojalá vuestro bosque crezca y prospere otra vez en paz. Y cuando hayáis colmado este valle, al oeste de las montañas, donde ya habitasteis en otros tiempos, habrá aún mucho espacio libre.

El rostro de Bárbol se entristeció.

—Las florestas pueden crecer —dijo—, los bosques pueden prosperar, pero no los ents. No tenemos hijos ents.

—Sin embargo, quizás ahora vuestra búsqueda tenga un nuevo sentido —dijo Aragorn—. Se os abrirán tierras en el Este que durante largo tiempo permanecieron cerradas.

Pero Bárbol movió la cabeza y dijo:

—Queda lejos. Y en estos tiempos hay demasiados hombres por allá. ¡Pero estoy olvidando la hospitalidad y la cortesía! ¿Queréis quedaros y descansar un rato? ¿Y acaso a algunos os agradaría atravesar el Bosque de Fangorn y acortar así el camino de regreso? —Y miró a Celeborn y a Galadriel. Pero todos con excepción de Lególas dijeron que había llegado la hora de despedirse y de partir, hacia el Sur o hacia el Oeste.

—¡Ven, Gimli! —dijo Lególas—. Ahora, con el permiso de Fangorn, podré visitar los sitios recónditos del Bosque de Ents, y ver árboles como no crecen en ninguna otra región de la Tierra Media. Tú cumplirás lo prometido, y me acompañarás; y así volveremos juntos a nuestros países en el Bosque

Negro y más allá.

Y Gimli consintió, aunque al parecer no de muy buena gana.

—Aquí se disuelve al fin la Comunidad del Anillo —dijo Aragorn—. Espero sin embargo que pronto volveréis a mi país con la ayuda prometida.

—Volveremos, si nuestros señores nos permiten —dijo Gimli—.

¡Bien, hasta la vista, mis queridos hobbits! Pronto llegaréis sanos y salvos a vuestros hogares, y ya no perderé el sueño temiendo por vuestra suerte. Mandaremos noticias cuando podamos, y acaso algunos de nosotros volvamos a encontrarnos de tanto en tanto; pero temo que ya nunca más estaremos todos juntos o tra vez.

Entonces Bárbol se despidió de todos, uno por uno, y se inclinó lentamente tres veces y con profundas reverencias ante Celeborn y Galadriel.

—Hacía mucho, mucho tiempo que no nos encontrábamos entre los árboles o las piedras. A vanimar, vanimálion nostari! —dijo—. Es triste que sólo ahora, al final, hayamos vuelto a vernos. Porque el mundo está cambiando: lo siento en el agua, lo siento en la tierra, lo huelo en el aire. No creo que nos encontremos de nuevo.

Y Celeborn dijo:

—No lo sé, Venerable. Pero Galadriel dijo:

—No en la Tierra Media, ni antes que las tierras que están bajo las aguas emerjan otra vez.

Entonces quizá volvamos a encontrarnos en los saucedales de Tasarinan en la primavera. ¡Adiós!

Merry y Pippin fueron los últimos en despedirse; y el viejo ent recobró la alegría al mirarlos.

—Bueno, mis alegres amigos —dijo— ¿queréis beber conmigo otro trago antes de partir?

—Por cierto que sí —le respondieron, y el ent los llevó a la sombra de uno de los árboles, y allí vieron un gran cántaro de piedra. Y Bárbol llenó tres tazones, y bebieron; y los hobbits vieron los ojos extraños del ent que miraba por encima del borde del tazón.

— ¡Cuidado, cuidado! dijo Bárbol—. Porque ya habéis crecido desde la última vez que os vi.

Y los hobbits se echaron a reír y vaciaron de un trago los tazones.

—¡Y bien, adiós! —continuó Bárbol—. Y si en vuestra tierra tenéis alguna noticia de las entmujeres, enviadme un mensaje.

Luego saludó a toda la comitiva moviendo las grandes manos y desapareció entre los árboles.

Ahora, camino a la Quebrada de Rohan, los viajeros galopaban más rápidamente, y al fin, muy cerca del lugar en que Pippin había mirado la Piedra de Orthanc, Aragorn se despidió. Esta separación

150

entristeció a los hobbits; porque Aragorn nunca los había defraudado, y los había guiado en muchos peligros.

—Me gustaría tener una Piedra con la que pudiese ver a los amigos —dijo Pippin— y hablar con ellos desde lejos.

—Ya no queda más que una que podría servirte —respondió Aragorn—, pues lo que verías en la piedra de Minas Tirith no te gustaría nada. Pero el Palantir de Orthanc lo conservará el Rey, y así verá lo que pasa en el reino, y qué hacen los servidores. Porque no olvides, Peregrin Tuk, que eres un caballero de Góndor, y no te he liberado de mi servicio. Ahora partes con licencia, pero tal vez vuelva a llamarte. Y recordad, queridos amigos de la Comarca, que mi reino también está en el Norte, y algún día iré a vuestra tierra.

Aragorn se despidió entonces de Celeborn y de Galadriel, y la Dama le dijo:

—Piedra de Elfo, a través de las tinieblas llegaste a tu esperanza, y ahora tienes todo tu deseo.

¡Emplea bien tus días! Pero Celeborn le dijo:

— ¡ Hermano, adiós! ¡ Ojalá tu destino sea distinto del mío, y tu tesoro te acompañe hasta el fin!

Y con estas palabras partieron, y era la hora del crepúsculo, y cuando un momento después volvieron la cabeza, vieron al Rey del Oeste a caballo, rodeado por sus caballeros; y el sol poniente los iluminaba, y los arneses resplandecían como oro rojo, y el manto blanco de Aragorn parecía una llama. Aragorn tomó entonces la piedra verde y la levantó, y una llama verde le brotó de la mano.

Pronto la ahora menguada compañía dobló al oeste siguiendo el curso del Isen, y atravesando la Quebrada se internó en los páramos que se extendían del otro lado; y de allí fue hacia el norte y cruzó los lindes de las Tierras Oscuras. Los dunlendinos huían y se escondían ante ellos, pues temían a los elfos, aunque en verdad no los veían con frecuencia. Pero los viajeros no se turbaron, ya que eran aún una compañía numerosa y bien provista; y avanzaron con serenidad, levantando las tiendas cuando y donde preferían.

En el sexto día de viaje desde que se separaran del Rey, atravesaron un bosque que bajaba de las colinas al pie de las Montañas Nubladas, que ahora se levantaban a la derecha. Cuando al caer el sol salieron una vez más a campo abierto, alcanzaron a un anciano que caminaba encorvado apoyándose en un bastón, vestido con harapos grises o que habían sido blancos; otro mendigo que se arrastraba lloriqueando le pisaba los talones.

¡Si es Saruman! —exclamó Gandalf—. ¿A dónde vas?

¿Qué te importa? —respondió el otro—. ¿Todavía quieres gobernar mis actos, y no estás contento con mi ruina?

Tú conoces las respuestas —dijo Gandalf: no y no. Pero de todos modos el tiempo de mis afanes está concluyendo. El Rey ha tomado ahora la carga. Si hubieras esperado en Orthanc lo habrías visto, y te habría mostrado sabiduría y clemencia.

—Mayor razón entonces para haber partido antes —dijo Saruman—, pues no quiero de él ni una cosa ni la otra. Y si en verdad esperas una respuesta a la primera pregunta, busco cómo salir de su reino.

—Entonces una vez más has equivocado el camino —dijo Gandalf—, y no veo en tu viaje ninguna esperanza. Pero dime, ¿desdeñarás nuestra ayuda? Pues te la ofrecemos.

—¿A mí? —dijo Saruman—. ¡No, por favor, no me sonrías! Te prefiero con el ceño fruncido. Y en cuanto a la Dama aquí presente, no confío en ella: siempre me ha odiado y era tu cómplice. Estoy seguro de que te trajo por este camino para disfrutar con mi miseria. Si hubiese sabido que me seguís, os habría privado de ese placer.

—Saruman dijo Galadriel, tenemos otras tareas y otras preocupaciones que nos parecen mucho más urgentes que la de seguirte los pasos. Di más bien que la suerte se ha apiadado de ti, porque ahora te brinda una última oportunidad.

—Si en verdad es la última, me alegro —dijo Saruman, porque así me ahorrará la molestia de tener que volver a rechazarla. Todas mis esperanzas están en ruinas, mas no deseo compartir las vuestras. Si os queda alguna.

Un fuego le brilló un instante en los ojos.

151

—Dejadme en paz —dijo—. No en vano consagré largos años al estudio de estas cosas.

Vosotros mismos os habéis condenado, y lo sabéis, y en mi vida errante será para mí un gran consuelo pensar que al destruir mi casa también habéis destruido la vuestra. Y ahora ¿qué nave os llevará a la otra orilla a través de un mar tan ancho? se burló—. Será una nave gris, y con una tripulación de fantasmas. Se echó a reír, pero la voz era cascada y desagradable.

—¡Levántate, idiota! —le gritó al otro mendigo, que se había sentado en el suelo, y lo golpeó con el bastón—. ¡Media vuelta! Si esta noble gente va en nuestra misma dirección, nosotros cambiaremos de rumbo. ¡Muévete, o te quedarás sin el pan duro de la cena!

El mendigo dio media vuelta y pasó junto a él encorvado y gimoteando.

—¡Pobre viejo Grima! ¡Pobre viejo Grima! Siempre castigado y maldecido. ¡Cuánto lo odio!

¡Ojalá pudiera abandonarlo!

— ¡Abandónalo entonces! —dijo Gandalf.

Pero Lengua de Serpiente, con los ojos sanguinolentos y aterrorizados, echó una breve mirada a Gandalf, y luego, arrastrando los pies rápidamente fue detrás de Saruman. Y cuando los dos miserables pasaban junto a la compañía, vieron a los hobbits, y Saruman se detuvo y les clavó los ojos, pero ellos lo miraron con piedad.

—¿Así que también vosotros habéis venido a regodearos, mis alfeñiques? No os preocupa lo que le falta a un mendigo, ¿no? Porque tenéis todo cuanto queréis, comida y espléndidos vestidos, y la mejor hierba para vuestras pipas. ¡Oh sí, lo sé! Sé de dónde proviene.

¿No le daríais a un mendigo lo suficiente para llenar una pipa, no lo haríais?

—Lo haría, si tuviese —dijo Frodo.

—Puedes quedarte con toda la que me queda —dijo Merry entonces—, si esperas un momento.

—Se apeó del caballo y buscó en la alforja de la montura. Luego le extendió a Saruman un saquito de cuero.— Quédate con todo lo que hay —dijo—. Te lo cedo gustoso; la encontré entre los despojos de Isengard.

— ¡Mí a, mí a, sí y a buen precio la compré! —gritó Saruman, arrebatándole la tabaquera—.

Esto no es más que una restitución simbólica; porque tomaste mucho más, estoy seguro. De todos modos, un mendigo ha de estar agradecido, cuando un ladrón le devuelve siquiera una migaja de lo que le pertenece. Bien, te servirá de escarmiento si al volver a tu tierra, encuentras que las cosas no marchan tan

bien como a ti te gustaría en la Cuaderna del Sur. ¡ Ojalá por largo tiempo escasee la hierba en tu país! —¡Gracias! —dijo Merry—. En ese caso quiero que me devuelvas mi tabaquera, que no es tuya y ha viajado conmigo mucho y muy lejos. Envuelve la hierba en uno de tus harapos.

—A ladrón, ladrón y medio —dijo Saruman, volviéndole la espalda a Merry; y dándole un puntapié a Lengua de Serpiente, se alejó en dirección al bosque.

—¡Bueno, lo que faltaba! —dijo Pippin—. ¡Ladrón! ¿Y qué indemnización tendríamos que reclamar nosotros por haber sido emboscados, heridos, y llevados a la rastra por los orcos a través de Rohan?

— ¡ Ah! —dijo Sam—. Y dijo la compré. ¿Cómo?, me pregunto. Y no me gustó nada lo que dijo de la Cuaderna del Sur. Es hora de que volvamos.

—Por cierto que sí —dijo Frodo—. Pero no podremos llegar más rápido, si antes vamos a ver a Bilbo. Pase lo que pase, yo iré primero a Rivendel.

—Sí, creo que sería lo mejor —dijo Gandalf—. Pero ¡pobre Saruman! Temo que ya no se pueda hacer nada por él. No es más que una piltrafa. A pesar de todo, sé que Bárbol está en lo cierto: sospecho que aún es capaz de un poco de maldad mezquina y en menor escala.

Al día siguiente se internaron en las Tierras Pardas septentrionales, una región ahora deshabitada aunque verde y apacible. Septiembre llegó con días dorados y noches de plata; y cabalgaron tranquilos hasta llegar al Río de los Cisnes, y encontraron el antiguo vado, al este de las cascadas que se precipitaban en los bajíos. A lo lejos hacia el oeste, se extendían las marismas y los islotes envueltos en niebla, y el río que serpenteaba entre ellos para ir a volcarse en el Agua Gris: allí entre los juncales había muchos cisnes.

152

Así entraron en Eregion, y por fin una mañana hermosa centelleó sobre las brumas; desde el campamento que habían levantado en una colina baja, los viajeros vieron a lo lejos en el este tres picos que se erguían a la luz del sol entre nubes flotantes: Caradhras, Celebdil y Fanuidhol. Estaban llegando a las cercanías de las Puertas de Moría.

Allí se demoraron siete días, porque se acercaba otra separación que era penosa para todos.

Pronto Celeborn y Galadriel y su gente se encaminarían al este, y pasando por la Puerta del Rubicorno descenderían la Escalera de los Arroyos Oscuros hasta llegar al Cauce de Plata y a Lothlórien. Habían hecho aquella larga travesía por los caminos del oeste, porque tenían muchas cosas de que hablar con Elrond y con Gandalf, quienes se quedaron allí con ellos varios días. A menudo, cuando hacía ya un rato que los hobbits dormían profundamente, se sentaban todos juntos a la luz de las estrellas y rememoraban tiempos idos y las alegrías y tristezas que habían conocido en el mundo, o celebraban consejo, cambiando ideas acerca de los tiempos por venir. Si por azar hubiese pasado por allí algún caminante solitario, poco habría visto u oído, y le habría parecido ver sólo figuras grises, esculpidas en piedra, en memoria de cosas de otros tiempos y ahora perdidas en tierras deshabitadas. Porque estaban inmóviles, y no hablaban con los labios, y se comunicaban con la mente; sólo los ojos brillantes se movían y se iluminaban, a medida que los pensamientos iban y venían.

Pero al cabo todo quedó dicho, y de nuevo se separaron por algún tiempo, hasta que llegase la hora de la desaparición de los Tres Anillos. Envuelta en los mantos grises, la gente de Lorien cabalgó hacia las montañas, y se desvaneció rápidamente entre las piedras y las sombras; y los que iban camino a Rivendel continuaron mirando desde la colina, hasta que un relámpago centelleó en la bruma creciente, y ya no vieron nada más. Y Frodo supo que Galadriel había levantado el anillo en señal de despedida. Sam volvió la cabeza y suspiró:

— ¡Cuánto me gustaría volver a Lorien!

Por fin un día atravesaron los altos páramos, y de improviso, como les parecía siempre a los viajeros, llegaron a la orilla del profundo Valle de Rivendel, y abajo, a lo lejos, vieron brillar las lámparas en la casa de Elrond. Y descendieron, y cruzaron el puente, y llegaron a las puertas, y la casa entera resplandecía de luz y había cantos de alborozo por el regreso de Elrond.

Ante todo, antes de comer o de lavarse y hasta de quitarse las capas, los hobbits fueron en busca de Bilbo. Lo encontraron solo en la pequeña alcoba, atiborrada de papeles y plumas y lápices. Pero Bilbo estaba sentado en una silla junto a un fuego pequeño y chisporroteante. Parecía viejísimo, pero tranquilo. Y dormitaba. Abrió los ojos y los miró cuando entraron.

—¡Hola, hola! —exclamó—. ¿Así que estáis de vuelta? Y mañana, además, es mi cumpleaños.

¡Qué oportunos! ¿Sabéis una cosa? ¡Cumpliré ciento veintinueve! Y en un año más, si duro, tendré la edad del Viejo Tuk. Me gustaría ganarle; pero ya veremos.

Después de la celebración del cúmplenos de Bilbo los cuatro hobbits permanecieron unos días

más en Rivendel, casi siempre en compañía del viejo amigo, que ahora se pasaba la mayor parte del tiempo en su cuarto, salvo las horas de las comidas, para las cuales seguía siendo muy puntual, pues rara vez dejaba de despertarse a tiempo. Sentados alrededor del fuego le contaron por turno todo cuanto podían recordar de los viajes y aventuras. Al principio Bilbo simuló tomar unas notas; pero a menudo se quedaba dormido, y cuando despertaba solía decir: «¡Qué espléndido! ¡Qué maravilla! Pero ¿por dónde íbamos?» Entonces retomaban la historia a partir del instante en que Bilbo había empezado a cabecear. La única parte que en verdad pareció mantenerlo despierto y atento fue el relato de la coronación y la boda de Aragorn.

—Estaba invitado a la boda, por supuesto —dijo—. Y tiempo hacía que la esperaba. Pero no sé cómo, cuando llegó el momento, me di cuenta de que tenía tanto que hacer aquí. ¡Y preparar la maleta es tan enfadoso!

Pasaron casi dos semanas y un día Frodo al mirar por la ventana vio que durante la noche había caído escarcha y las telarañas parecían redes blancas. Entonces supo de golpe que había llegado el momento de partir y de decirle adiós a Bilbo. El tiempo continuaba hermoso y sereno, después de uno de los veranos más maravillosos de que la gente tuviese memoria; pero había llegado octubre y el aire pronto cambiaría y una vez más comenzarían las lluvias y los vientos. Y aún les quedaba un largo camino por delante. Sin embargo, no era el temor al mal tiempo lo que preocupaba a Frodo. Tenía una impresión como de apremio, de que era hora de regresar a la Comarca. Sam sentía lo mismo, pues la noche anterior le había dicho:

153

—Bueno, señor Frodo, hemos viajado mucho y lejos, y hemos visto muchas cosas; pero no creo que hayamos conocido un lugar mejor que éste. Hay un poco de todo aquí, si usted me entiende: la Comarca y el Bosque de Oro y Gondor y las casas de los Reyes y las tabernas y las praderas y las montañas todo junto. Y sin embargo, no sé por qué pienso que convendría partir cuanto antes. Estoy preocupado por el Tío, si he de decirle la verdad.

—Sí, un poco de todo, Sam, excepto el Mar —había respondido Frodo; y ahora repetía para sus adentros—: Excepto el Mar.

Ese día Frodo habló con Elrond, y quedó convenido que partirían a la mañana siguiente. Para alegría del hobbit, Gandalf dijo:

—Creo que yo también iré. Hasta Bree al menos. Quiero ver a Mantecona.

Por la noche fueron a despedirse de Bilbo.

—Y bien, si tenéis que marcharos, no hay más que hablar —dijo—. Lo siento. Os echaré de menos. De todos modos es bueno saber que andaréis por las cercanías. Pero me caigo de sueño. Entonces le regaló a Frodo la cota de mithril y Dardo, olvidando que se los había regalado antes, y también tres libros de erudición que había escrito en distintas épocas, garrapateados de su puño y letra, y que llevaban en los lomos rojos el siguiente título: Traducciones del Elfico por B. B.

A Sam le regaló un saquito de oro.

—Casi el último vestigio del botín de Smaug —dijo—. Puede serte útil, si piensas en casarte, Sam. —Sam se sonrojó.

—A vosotros no tengo nada que daros, jóvenes amigos —les dijo a Merry y Pippin—, excepto buenos consejos. —Y cuando les hubo dado una buena dosis, agregó uno final, según la usanza de la Comarca:— No dejéis que vuestras cabezas se vuelvan más grandes que vuestros sombreros. ¡Pero si no paráis pronto de crecer, los sombreros y las ropas os saldrán muy caros!

—Pero si usted quiere ganarle en años al Viejo Tuk —dijo Pippin—, no veo por qué nosotros no podemos tratar de ganarle a Toro Bramador.

Bilbo se echó a reír, y sacó de un bolsillo dos hermosas pipas de boquilla de nácar y guarniciones de plata labrada.

—¡Pensad en mí cuando fuméis en ellas! —dijo—. Los elfos las hicieron para mí, pero ya no fumo. —Y de pronto cabeceó y se adormeció un rato, y cuando despertó dijo:— A ver ¿por dónde íbamos? Sí, claro, entregando los regalos. Lo que me recuerda: ¿qué fue de mi Anillo, Frodo, el que tú te llevaste?

—Lo perdí, Bilbo querido —dijo Frodo—. Me deshice de él, tú sabes.

—¡Qué lástima! —dijo Bilbo—. Me hubiera gustado verlo de nuevo. ¡Pero no, qué tonto soy! Si a eso fuiste, a deshacerte de él ¿no? Pero todo es tan confuso, pues se han sumado tantas otras cosas: los asuntos de Aragorn, y el Concilio Blanco, y Gondor, y los jinetes, y los Hombres del Sur, y los olifantes... ¿de veras viste uno, Sam?; y las cavernas y las torres y los árboles dorados y vaya a saber cuántas otras

cosas.

»Es evidente que yo volví de mi viaje por un camino demasiado recto. Gandalf hubiera podido pasearme un poco más. Pero entonces la subasta habría terminado antes que yo volviera, y entonces habría tenido más contratiempos aún. De todos modos ahora es demasiado tarde; y la verdad es que creo que es mucho más cómodo estar sentado aquí y oír todo lo que pasó. El fuego es muy acogedor aquí, y la comida es muy buena, y hay elfos si quieres verlos. ¿Qué más puedes pedir?

El camino sigue y sigue

desde la puerta.

El camino ha ido muy lejos,

y que otros lo sigan si pueden.

Que ellos emprendan un nuevo viaje,

pero yo al fin con pies fatigados

me volveré a la taberna iluminada,

al encuentro del sueño y el reposo.

154

Y mientras murmuraba las palabras finales, la cabeza le cayó sobre el pecho y se quedó dormido.

La noche se adentró en la habitación, y el fuego chisporroteó más brillante; y al mirar a Bilbo dormido lo vieron sonreír. Permanecieron un rato en silencio; y entonces Sam, mirando alrededor y las sombras que se movían en las paredes, dijo con voz queda:

—No creo, señor Frodo, que hay a escrito mucho mientras estábamos fuera. Ya nunca escribirá nuestra historia.

En eso Bilbo abrió un ojo, casi como si hubiese oído. Y de pronto se despertó.

—Ya lo veis, me he vuelto tan dormilón —dijo—. Y cuando tengo tiempo para escribir, sólo me gusta escribir poesía. Me pregunto, Frodo, querido amigo, si no te importaría poner un poco de orden en mis cosas antes de marcharte. Recoger todas mis notas y papeles, y también mi diario, y llevártelos, si quieres. Te das cuenta, no tengo mucho tiempo para seleccionar y ordenar y todo lo demás. Que Sam te ayude, y cuando hayáis puesto las cosas en su sitio, volved, y les echaré una ojeada. No seré demasiado estricto.

—¡Claro que lo haré! —dijo Frodo—. Y volveré pronto, por supuesto : ya no habrá peligro.

Ahora hay un verdadero rey, y pronto pondrá los caminos en condiciones.

—¡Gracias, mi querido amigo! —dijo Bilbo—. Es en verdad un gran alivio para mi cabeza. —Y dicho esto volvió a quedarse dormido.

Al día siguiente Gandalf y los hobbits se despidieron de Bilbo en su habitación, porque hacía frío al aire libre; y dijeron adiós a Elrond y a todos los de la casa.

Cuando Frodo estaba de pie en el umbral, Elrond le deseó buen viaje y lo bendijo.

—Me parece, Frodo, que no será necesario que vuelvas aquí a menos que lo hagas muy pronto.

Dentro de un año, por esta misma época, cuando las hojas son de oro antes de caer, busca a Bilbo en los bosques de la Comarca. Yo estaré con él.

Nadie más oyó estas palabras, y Frodo las guardó como un secreto.

7

RUMBO A CASA

Por fin los hobbits emprendieron el viaje de vuelta. Ahora estaban ansiosos por volver a ver la Comarca; sin embargo, al principio cabalgaron a paso lento, pues Frodo había estado algo intranquilo. En el Vado de Bruinen se había detenido como si temiera aventurarse a cruzar el agua, y sus compañeros notaron que por momentos parecía no verlos, ni a ellos ni al mundo de alrededor. Todo aquel día había estado silencioso. Era el seis de octubre.

—¿Te duele algo, Frodo? —le preguntó en voz baja Gandalf que cabalgaba junto a él.

—Bueno, sí —dijo Frodo—. Es el hombro. Me duele la herida, y me pesa el recuerdo de la oscuridad. Hoy se cumple un año.

—¡Ay! —dijo Gandalf—. Ciertas heridas nunca curan del todo.

—Temo que la mía sea una de ellas —dijo Frodo—. No hay un verdadero regreso. Aunque vuelva a la Comarca, no me parecerá la misma; porque yo no seré el mismo. Llevo en mí la herida de un puñal, la de un aguijón y la de unos dientes; y la de una larga y pesada carga. ¿Dónde encontraré reposo? Gandalf no respondió.

Al final del día siguiente el dolor y el desasosiego habían desaparecido, y Frodo estaba contento

otra vez, alegre como si no recordase las tinieblas de la víspera. A partir de entonces el viaje prosiguió sin tropiezos, y los días fueron pasando pues cabalgaban sin prisa y a menudo se demoraban en los hermosos bosques, donde las hojas eran rojas y amarillas al sol del otoño. Y llegaron por fin a la Cima del Viento; y se acercaba la hora del ocaso y la sombra de la colina se proyectaba oscura sobre el camino. Frodo les rogó entonces que apresuraran el paso, y sin una sola mirada a la colina, atravesó la sombra con la cabeza

155

gacha y arrebujaado en la capa. Por la noche el tiempo cambió, y un viento cargado de lluvia sopló desde el oeste, frío e inclemente, y las hojas amarillas se arremolinaron como pájaros en el aire. Cuando llegaron al Bosque de Chet ya las ramas estaban casi desnudas, y una espesa cortina de lluvia ocultaba la Colina de Bree.

Así fue como hacia el final de un atardecer lluvioso y borrascoso de los últimos días de octubre, los cinco jinetes remontaron la cuesta sinuosa y llegaron a la puerta meridional de Bree. Estaba cerrada; y la lluvia les azotaba las caras y en el cielo crepuscular las nubes bajas se perseguían. Y los corazones se les encogieron, porque habían esperado una recepción más calurosa.

Cuando hubieron llamado varias veces, apareció por fin el Guardián, y vieron que llevaba un pesado garrote; los observó con temor y desconfianza; pero cuando reconoció a Gandalf, y notó que quienes lo acompañaban eran hobbits, a pesar de los extraños atavíos, se le iluminó el semblante y les dio la bienvenida.

— ¡Entrad! —dijo, quitando los cerrojos—. No nos quedemos charlando aquí, con este frío y esta lluvia; una verdadera noche de rufianes, pero el viejo Cebadilla sin duda os recibirá con gusto en El Poney, y allí oiréis todo cuanto hay para oír, y mucho más.

—Y tú oirás más tarde todo cuanto nosotros tenemos para contar —rió Gandalf—. ¿Cómo está Enrique? El Guardián se enfurruñó.

—Se marchó —dijo—. Pero será mejor que se lo preguntes a Cebadilla. ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches a ti! —dijeron los recién llegados, y entraron; y vieron entonces que detrás del seto que bordeaba el camino habían construido una cabana larga y baja, y que varios hombres habían salido de ella y los observaban por encima del cerco. Al llegar a la casa de Bill Helechal vieron que allí el cerco estaba descuidado, y que las ventanas habían sido tapiadas.

—¿Crees que lo habrás matado con aquella manzana, Sam? —dijo Pippin.

—Sería mucho esperar, señor Pippin dijo Sam—. Pero me gustaría saber qué fue de ese pobre poney. Me he acordado de él más de una vez, y de los lobos que aullaban y todo lo demás.

Llegaron por fin a El Poney Pisador, que visto de fuera al menos no había cambiado mucho; y había luces detrás de las cortinas rojas en las ventanas más bajas. Tocaron la campana, y Nob acudió a la puerta, y abrió un resquicio y espió; y al verlos allí bajo la lámpara dio un grito de sorpresa.

— ¡Señor Mantecona! ¡Patrón! ¡Han regresado!

—Oh ¿de veras? Les voy a dar —se oyó la voz de Mantecona, y salió como una tromba, garrote en mano. Pero cuando vio quiénes eran se detuvo en seco, y el ceño furibundo se le transformó en un gesto de asombro y de alegría.

— ¡Nob, tonto de capirote! gritó—. ¿No sabes llamar por su nombre a los viejos amigos? No tendrías que darme estos sustos, en los tiempos que corren.

¡Bien, bien! ¿Y de dónde vienen ustedes? Nunca esperé volver a ver a ninguno, y es la pura verdad: marcharse así, a las Tierras Salvajes, con ese tal Trancos, y todos esos Hombres Negros siempre yendo y viniendo. Pero estoy muy contento de verlos, y a Gandalf más que a ninguno. ¡Adelante!

¡Adelante! ¿Las mismas habitaciones de siempre? Están desocupadas. En realidad, casi todas están vacías en estos tiempos, cosa que no les ocultaré, ya que no tardarán en descubrirlo. Y veré qué se puede hacer por la cena, lo más pronto posible; pero estoy corto de ayuda en estos momentos. ¡Eh, Nob, camastrón! ¡Avísale a Bob! Ah, me olvidaba, Bob se ha marchado: ahora al anochecer vuelve a la casa de su familia. ¡Bueno, lleva los poneys de los huéspedes a las caballerizas, Nob! Y tú, Gandalf, sin duda querrás llevar tú mismo el caballo al establo. Un animal magnífico, como dije la primera vez que lo vi. ¡Bueno, adelante! ¡Hagan cuenta de que están en casa!

El señor Mantecona en todo caso no había cambiado la manera de hablar, y parecía vivir siempre en la misma agitación sin resuello. Y sin embargo no había casi nadie en la posada, y todo estaba en calma; del salón común llegaba un murmullo apagado de no más de dos o tres voces. Y vista más de cerca, a la luz de las dos velas que había encendido y que llevaba ante ellos, la cara del posadero parecía un tanto ajada y consumida por las preocupaciones.

Los condujo por el corredor hasta la salita en que se habían reunido aquella noche extraña, más

de un año atrás; y ellos lo siguieron, algo desazonados, pues era obvio que el viejo Cebadilla estaba tratando de ponerle al mal tiempo buena cara. Las cosas ya no eran como antes. Pero no dijeron nada, y esperaron.

156

Como era de prever, después de la cena el señor Mantecona fue a la salita para ver si todo había sido del agrado de los huéspedes. Y lo había sido por cierto: en todo caso los cambios no habían afectado ni a la cerveza ni a las vituallas de El Poney.

—No me atreveré a sugerirles que vayan al salón común esta noche —dijo Mantecona. Han de estar fatigados; y de todas maneras hoy no hay mucha gente allí. Pero si quisieran dedicarme una media hora antes de recogerse a descansar, me gustaría mucho charlar un rato con ustedes, tranquilos y a solas.

—Eso es justamente lo que también nos gustaría a nosotros —dijo Gandalf—. No estamos cansados. Nos hemos tomado las cosas con calma últimamente. Está bamos mojados, con frío y hambrientos, pero todo eso tú lo has curado. ¡Ven, siéntate! Y si tienes un poco de hierba para pipa, te daremos nuestra bendición.

—Bueno, me sentiría más feliz si me hubieras pedido cualquier otra cosa —dijo Mantecona—.

Eso es algo justamente de lo que andamos escasos, pues la única hierba que tenemos es la que cultivamos nosotros mismos, y no es bastante. En estos tiempos no llega nada de la Comarca. Pero haré lo que pueda. Cuando volvió traía una provisión suficiente para un par de días: un apretado manojo de hojas sin cortar.

—De las Colinas del Sur —dijo—, y la mejor que tenemos; pero no puede ni compararse con la de la Cuaderna del Sur, como siempre he dicho, aunque en la mayoría de las cosas estoy a favor de Bree, con el perdón de ustedes.

Lo instalaron en un sillón junto al fuego, y Gandalf se sentó del otro lado del hogar, y los hobbits en sillas bajas entre uno y otro; y entonces hablaron durante muchas medias horas, e intercambiaron todas aquellas noticias que el señor Mantecona quiso saber o comunicar. La mayor parte de las cosas que tenían para contarle dejaban simplemente pasmado de asombro al posadero, y superaban todo lo que él podía imaginar, y provocaban escasos comentarios fuera de:

—No me diga —y el señor Mantecona lo repetía una y otra vez como si dudara de sus propios oídos—. No me diga, señor Bolsón ¿o era señor Sotomonte? Estoy tan confundido. ¡No me digas, Gandalf! ¡Increíble! ¡Quién lo hubiera pensado, en nuestros tiempos!

Pero él, por su parte, habló largo y tendido. Las cosas distaban de andar bien, contó. Los negocios no sólo no prosperaban; eran un verdadero desastre.

—Ya ningún forastero se acerca a Bree —dijo—. Y las gentes de por aquí se quedan en casa casi todo el tiempo, y a puertas trancadas. La culpa de todo la tienen esos recién llegados y esos vagabundos que empezaron a aparecer por el Camino Verde el año pasado, como ustedes recordarán; pero más tarde vinieron más. Algunos eran pobres infelices que huían de la desgracia; pero la mayoría eran hombres malvados, ladrones y dañinos. Y aquí mismo, en Bree, hubo disturbios, disturbios graves. Y tuvimos una verdadera refriega, y a alguna gente la mataron, ¡la mataron muerta! Si quieren creerme.

—Te creo —dijo Gandalf—. ¿Cuántos?

pequeña—. Murieron el pobre Mat Dedos Matosos, y Rowlie Manzano, y el pequeño Tom Abrojos, de la otra vertiente de la Colina; y Willie Bancos de allá arriba, y uno de los Sotomonte de Entibo; toda buena gente, se la echa de menos. Y Enrique Madreselva, el que antes estaba en la puerta del oeste, y ese Bill Helechal, se pasaron al bando de los intrusos, y se quedaron con ellos; y fueron ellos quienes los dejaron entrar, me parece a mí. La noche de la batalla, quiero decir. Y eso fue después que les mostramos las puertas y los echamos; pasó antes de fin de año; y la batalla fue a principios del Año Nuevo, después de la gran nevada.

»Y ahora les ha dado por robar y viven afuera, escondidos en los bosques del otro lado de Archet, y en las tierras salvajes allá por el norte. Es un poco como en los malos tiempos de antes de que hablan las leyendas, digo yo. Ya no hay seguridad en los caminos y nadie va muy lejos, y la gente se encierra temprano en las casas. Hemos tenido que poner centinelas todo alrededor de la empalizada y muchos hombres a vigilar las puertas durante la noche.

—Bueno, a nosotros nadie nos molestó —dijo Pippin— y vinimos lentamente, y sin montar guardias. Creíamos haber dejado atrás todos los problemas.

—Ah, eso no, señor, y es lo más triste del caso —dijo Mantecona—. Pero no me extraña que los hayan dejado tranquilos. No se van a atrever a atacar a gente armada, con espadas y yelmos y escudos y todo. Lo pensarían dos veces, sí señor. Y les confieso que yo mismo quedé un poco desconcertado hoy

cuando los vi.

157

Y entonces, de pronto, los hobbits comprendieron que la gente los miraba con estupefacción, no por la sorpresa de verlos de vuelta sino por las ropas insólitas que vestían. Tanto se habían acostumbrado a las guerras y a cabalgar en compañía de atavíos relucientes, que no se les había ocurrido en ningún momento que las cotas de malla que les asomaban por debajo de los mantos, los yelmos de Gondor y de la Marca, las hermosas insignias de los escudos, podían parecer extravagancias en la Comarca. Hasta el propio Gandalf, que ahora cabalgaba en un gran corcel gris, todo vestido de blanco, envuelto en un amplio manto azul y plata, y con la larga espada Glamdrin al cinto. Gandalf se echó a reír.

—Bueno, bueno —dijo—. Si sólo cinco como nosotros bastan para amedrentarlos, con peores enemigos nos hemos topado antes. En todo caso, te dejarán en paz por la noche, mientras estemos aquí. —¿Y cuánto durará eso? —dijo Mantecona—. No negaré que nos encantaría tenerlos con nosotros una temporada. Aquí no estamos acostumbrados a estos problemas, como ustedes saben, y los montaraces se han marchado, por lo que me dice la gente. Creo que hasta ahora no habíamos apreciado bien lo que ellos hacían por nosotros. Porque hubo cosas peores que ladrones por estos lados. El invierno pasado había lobos que aullaban alrededor de la empalizada. Y en los bosques merodeaban formas oscuras, cosas horripilantes que le helaban a uno la sangre en las venas. Todo muy alarmante, si ustedes me entienden.

—Me imagino que sí —dijo Gandalf—. En casi todos los países ha habido disturbios en estos tiempos, graves disturbios. Pero ¡alégrate, Cebadilla! Has estado en un tris de verte envuelto en problemas muy serios, y me hace feliz saber que no te han tocado más de cerca. Pero se aproximan tiempos mejores. Mejores quizá que todos aquéllos de que tienes memoria. Los montaraces han vuelto. Nosotros mismos hemos regresado con ellos. Y hay de nuevo un rey, Cebadilla. Y pronto se ocupará de esta región.

«Entonces se abrirá nuevamente el Camino Verde, y los mensajeros del Rey vendrán al norte, y habrá un tránsito constante y las criaturas malignas serán expulsadas de las regiones desiertas. En verdad, con el paso del tiempo, los eriales dejarán de ser eriales, y donde antes hubo desiertos y tierras incultas habrá gentes y praderas. El señor Mantecona sacudió la cabeza.

—Que haya un poco de gente decente y respetable en los caminos, no hará mal a nadie —dijo. Pero no queremos más chusma ni rufianes. Y no queremos más intrusos en Bree, ni cerca de Bree. Queremos que nos dejen en paz. No quiero ver acampar por aquí e instalarse por allá a toda una multitud de extranjeros que vienen a echar a perder nuestro país.

—Te dejarán en paz, Cebadilla dijo Gandalf. Hay espacio suficiente para varios reinos, entre el Isen y el Agua Gris, o a lo largo de las costas meridionales del Brandivino, sin que nadie venga a habitar a menos de varias jornadas de cabalgata de Bree. Y mucha gente vivía antiguamente en el norte, a un centenar de millas de aquí, o más, en el otro extremo del Camino Verde: en las Lomas del Norte o en las cercanías del Lago del Crepúsculo.

—¿Allá arriba, cerca del Foso del Muerto? dijo Mantecona, con un aire aún más dubitativo.

Dicen que es una región habitada por fantasmas. Sólo ladrones se atreverían a vivir allí.

—Los montaraces van allí dijo Gandalf. El Foso del Muerto, dices. Así lo han llamado durante largos años; pero el verdadero nombre, Cebadilla, es Fornost Erain, Norburgo de los Reyes. Y allí volverá el Rey, algún día, y entonces verás pasar alguna hermosa gente.

—Bueno, eso suena un poco más alentador, lo reconozco —dijo Mantecona—. Y será sin duda bueno para los negocios. Siempre y cuando deje en paz a Bree.

—La dejará en paz —dijo Gandalf—. La conoce y la ama.

—¿De veras? —dijo Mantecona, perplejo—. Aunque no me imagino cómo puede conocerla, sentado en ese alto trono, allá en ese inmenso castillo, a centenares de millas de distancia, y bebiendo el vino de un cáliz de oro, no me extrañaría. ¿Qué es para él El Poney o un jarro de cerveza? ¡No porque mi cerveza no sea buena, Gandalf! Es excepcionalmente buena desde que viniste en el otoño del año pasado y le echaste una buena palabra. Y te diré que en medio de todos estos males, ha sido un consuelo.

— ¡Ah! —dijo Sam—. Pero él dice que tu cerveza siempre es buena.

—¿El dice?

—Claro que sí, Trancos. El jefe de los montaraces. ¿No te ha entrado todavía en la cabeza?

Mantecona entendió al fin, y la cara se le transformó en una máscara de asombro: boquiabierto, los ojos redondos en la cara rechoncha, sin aliento.

158

—¡Trancos! exclamó cuando pudo respirar otra vez—. ¡El con corona y todo, y un cáliz de oro! Bueno ¿dónde vamos a parar?

—A tiempos mejores, al menos para Bree —respondió Gandalf.

—Así lo espero, en verdad —dijo Mantecona—. Bueno, ha sido la charla más agradable que he tenido en un mes de días lunes. Y no negaré que esta noche dormiré más tranquilo y con el corazón aliviado. Ustedes me han traído en verdad muchas cosas en que pensar, pero lo postergaré hasta mañana. Estoy listo para acostarme, y no dudo que también ustedes se irán a dormir de buena gana. ¡Eh, Nob! —llamó, mientras iba hacia la puerta—. ¡Nob, camastrón!

»¡Nob! —se dijo en seguida, palmeándose la frente—. ¿Qué me recuerda esto?

—No otra carta de la que se ha olvidado, espero, señor Mantecona —dijo Merry.

—Por favor, por favor, señor Brandigamo, ¡no venga a recordármelo! Pero ahí tiene, me cortó el pensamiento. ¿Dónde estaba? Nob, caballerizas... Ah, eso era. Tengo aquí algo que les pertenece. Si se acuerdan de Bill Helechal y el robo de los caballos: el poney que ustedes le compraron, está aquí. Volvió solo, sí. Pero por dónde anduvo, ustedes lo sabrán mejor que yo. Parecía un perro viejo, y estaba flaco como una caña, pero vivo. Nob lo ha cuidado.

—¡Qué! ¡Mi Bill! exclamó Sam. Bueno, diga lo que diga el Tío, nací con buena estrella. ¡Otro deseo que se cumple! ¿Dónde está? Y no quiso irse a la cama antes de haber visitado a Bill en el establo. Los viajeros se quedaron en Bree el día siguiente, y el señor Mantecona no tuvo motivos para quejarse de los negocios, al menos aquella noche. La curiosidad venció todos los temores, y la casa estaba de bote en bote. Por cortesía, los hobbits fueron al salón común durante la velada y contestaron a muchas preguntas. Y como la gente de Bree tenía buena memoria, a Frodo le preguntaron muchas veces si había escrito el libro.

—Todavía no —contestaba—. Ahora voy a casa a poner en orden mis notas. —Prometió narrar los extraños sucesos de Bree, y dar así un toque de interés a un libro que al parecer se ocuparía sobre todo de los remotos y menos importantes acontecimientos del «lejano Sur».

De pronto, uno de los más jóvenes pidió una canción. Y entonces hubo un silencio, y todos miraron al joven con enfado, y el pedido no fue repetido. Evidentemente nadie deseaba que algo sobrenatural ocurriera otra vez en el salón.

Sin problemas durante el día, ni ruidos durante la noche, nada turbó la paz de Bree mientras los viajeros estuvieron allí; pero a la mañana siguiente se levantaron temprano, porque como el tiempo continuaba lluvioso deseaban llegar a la Comarca antes de la noche, y los esperaba una larga cabalgata. Todos los habitantes de Bree salieron a despedirlos, y estaban de mejor humor que el que habían tenido en todo un año; y los que aún no habían visto a los viajeros engalanados se quedaron pasmados de asombro: Gandalf con su barba blanca y la luz que parecía irradiar, como si el manto azul fuera sólo una nube que cubriera el sol; y los cuatro hobbits como caballeros andantes salidos de cuentos casi olvidados. Hasta aquellos que se habían reído al oírles hablar del Rey empezaron a pensar que quizás habría algo de verdad en todo aquello.

—Bien, buena suerte en el camino, y buen retorno —dijo el señor Mantecona—. Tendría que haberles advertido antes que tampoco en la Comarca anda todo bien, si lo que he oído es verdad. Pasan cosas raras, dicen. Pero una idea se lleva la otra, y estaba preocupado por mis propios problemas. Si me permiten el atrevimiento, les diré que han vuelto cambiados de todos esos viajes, y ahora parecen gente capaz de afrontar las dificultades con serenidad. No dudo que muy pronto habrán puesto todo en su sitio. ¡Buena suerte! Y cuanto más a menudo vuelvan, más halagado me sentiré.

Le dijeron adiós y se alejaron a caballo, y saliendo por la puerta del oeste se encaminaron a la Comarca. El poney Bill iba con ellos, y como antes cargaba con una buena cantidad de equipaje, pero trotaba junto a Sam y parecía satisfecho.

—Me pregunto qué habrá querido insinuar el viejo Cebadilla —dijo Frodo.

—Algo puedo imaginarme —dijo Sam, con aire sombrío—. Lo que vi en el Espejo: los árboles derribados y todo lo demás, y el viejo Tío echado de Bolsón de Tirada. Tendría que haber vuelto antes.

—Y es evidente que algo anda mal en la Cuaderna del Sur —dijo Merry. Hay una escasez general de hierba para pipa.

—Sea lo que sea —dijo Pippin—, Otho ha de andar detrás de todo eso, puedes estar seguro.

159

—Metido en eso, pero no detrás dijo Gandalf. Te olvidas de Saruman. Empezó a mostrar interés por la Comarca aun antes que Mordor.

—Bueno, te tenemos con nosotros —dijo Merry—, así que las cosas pronto se aclararán.

—Estoy ahora con vosotros —replicó Gandalf—, pero pronto no estaré. Yo no voy a la Comarca. Tendréis que deshacer vosotros mismos los entuertos: para eso habéis sido preparados. ¿No lo comprendéis aún? Mi tiempo ha pasado ya: no me incumbe a mí enderezar las cosas, ni ayudar a la gente a enderezarlas. En cuanto a vosotros, mis queridos amigos, no necesitaréis ayuda. Ahora habéis crecido. Habéis crecido mucho en verdad: estáis entre los grandes, y no temo por la suerte de ninguno de vosotros. »Pero si queréis saberlo, pronto me separaré de vosotros. Tendré una larga charla con Bombadil: una charla como no he tenido en todo mi tiempo. El ha juntado mohos, y yo he sido una piedra condenada a rodar. Pero mis días de rodar están terminando, y ahora tendremos muchas cosas que decirnos. Al poco rato llegaron al punto del Camino del Este en que se habían despedido de Bombadil; y tenían la esperanza y casi la certeza de que lo verían allí de pie, esperándolos para saludarlos al pasar. Pero no lo vieron, y había una bruma gris sobre las Quebradas de los Túmulos en el sur, y un velo espeso que cubría el Bosque Viejo en lontananza. Se detuvieron y Frodo miró al sur con nostalgia.

—Me gustaría tanto volver a ver al viejo amigo. Me pregunto cómo andará.

—Tan bien como siempre, puedes estar seguro dijo Gandalf—. Muy tranquilo; y no muy interesado, sospecho, en nada de cuanto hemos hecho o visto, salvo tal vez nuestras visitas a los ents. Quizás en algún momento, más adelante, puedas ir a verlo. Pero yo en vuestro lugar me apresuraría, o no llegaréis al Puente del Brandivino antes que cierren las puertas.

—Si no hay ninguna puerta —dijo Merry—, no en el camino; lo sabes muy bien. Está la Puerta de los Gamos, por supuesto; pero allí a mí me dejarán entrar a cualquier hora.

—No había ninguna puerta, querrás decir dijo Gandalf—. Creo que ahora encontrarás algunas. Y acaso hasta en la Puerta de los Gamos tropieces con más dificultades de las que supones. Pero sabréis qué hacer. ¡Adiós, mis queridos amigos! No por última vez, todavía no. ¡Adiós!

Hizo salir del camino a Sombragris, y el gran corcel cruzó de un salto la zanja verde que corría al lado, y a una voz de Gandalf desapareció galopando como un viento del norte hacia las Quebradas de los Túmulos.

—Bueno, aquí estamos, nosotros cuatro solos, los que partimos juntos —dijo Merry—. Hemos dejado por el camino a todos los demás, uno después de otro. Parece casi como un sueño que se hubiera desvanecido lentamente.

—No para mí —dijo Frodo—. Para mí es más como volver a dormir.

8

EL SANEAMIENTO DE LA COMARCA

Había caído la noche cuando, empapados y rendidos de cansancio, los viajeros llegaron por fin al puente del Brandivino. Lo encontraron cerrado: en cada una de las cabeceras del puente se levantaba una gran puerta enrejada coronada de púas; y vieron que del otro lado del río habían construido algunas casas nuevas: de dos plantas, con estrechas ventanas rectangulares, desnudas y mal iluminadas, todo muy lúgubre, y para nada en consonancia con el estilo característico de la Comarca.

Golpearon con fuerza la puerta exterior y llamaron a voces, pero al principio no obtuvieron respuesta; de pronto, ante el asombro de los recién llegados, alguien sopló un cuerno, y las luces se apagaron en las ventanas. Una voz gritó en la oscuridad:

—¿Quién llama? ¡Fuera! ¡No pueden entrar! ¿No han leído el letrero: Prohibida la entrada entre la puesta y la salida del sol?

160

—No podemos leer el letrero en la oscuridad —respondió Sam a voz en cuello—. Y si en una noche como ésta, hobbits de la Comarca tienen que quedarse fuera bajo la lluvia, arrancaré tu letrero tan pronto como lo encuentre.

En respuesta, una ventana se cerró con un golpe, y una multitud de hobbits provistos de linternas emergió de la casa de la izquierda. Abrieron la primera puerta y algunos de ellos se acercaron al puente. El aspecto de los viajeros pareció amedrentarlos.

—¡Acércate! —dijo Merry, que había reconocido a uno de los hobbits—. ¿No me reconoces, Hob Guardacercas? Soy yo, Merry Brandigamo, y me gustaría saber qué significa todo esto, y qué hace aquí un Gamuno como tú. Antes estabas en la Puerta del Cerco.

—¡Misericordia! ¡Si es el señor Merry, y en uniforme de combate! —exclamó el viejo Hob—.

¡Pero cómo, si decían que estaba muerto! Desaparecido en el Bosque Viejo, eso decían. ¡Me alegro de verlo vivo, de todos modos!

—¡Entonces acaba de mirarme boquiabierto espiando entre los barrotes, y abre la puerta! —dijo

Merry.

—Lo siento, señor Merry, pero tenemos órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—Del Jefe, allá arriba, en Bolsón Cerrado.

—¿Jefe? ¿Jefe? ¿Te refieres al señor Otho? —preguntó Frodo.

—Supongo que sí, señor Bolsón; pero ahora tenemos que decir «el Jefe», nada más.

—¡De veras! —dijo Frodo—. Bueno, me alegro al menos que haya prescindido de Bolsón. Pero ya es hora de que la familia se encargue de él y lo ponga en el lugar que le corresponde.

Entre los hobbits que estaban del otro lado de la puerta se hizo un silencio.

—No le hará bien a nadie hablando de esa manera —dijo uno—. Llegarán a oídos de él. Y si meten tanta bulla despertarán al Hombre Grande que ayuda al Jefe.

—Lo despertaremos de una forma que lo sorprenderá —dijo Merry—. Si lo que quieres decir es que ese maravilloso Jefe tiene rufianes a sueldo venidos quién sabe de dónde, entonces no hemos regresado demasiado pronto. —Se apeó del poney de un salto, y al ver el letrero a la luz de las linternas, lo arrancó y lo arrojó del otro lado de la puerta. Los hobbits retrocedieron, sin dar señales de decidirse a abrir.— Adelante, Pippin —dijo Merry—. Con nosotros dos bastará.

Merry y Pippin se encaramaron a la puerta, y los hobbits huyeron precipitadamente. Sonó otro cuerno. En la casa más grande, la de la derecha, una figura pesada y corpulenta se recortó bajo la luz del portal.

— ¿Qué significa todo esto? —gruñó, mientras se acercaba—. Conque violando la entrada ¿eh?

¡Largo de aquí o los acogeré a todos! —Se detuvo de golpe, al ver el brillo de las espadas.

—Bill Helechal —dijo Merry—, si dentro de diez segundos no has abierto esa puerta, tendrás que arrepentirte. Conocerás el frío de mi acero, si no obedeces. Y cuando la hayas abierto te irás por ella y no volverás nunca más. Eres un rufián y un bandolero.

Bill Helechal, acobardado, se arrastró hasta la puerta y la abrió.

— ¡Dame la llave! —dijo Merry. El bandido se la arrojó a la cabeza y escapó cozo que lo alcanzó en plena carrera. Con un alarido se perdió en la noche, y nunca más volvió a saberse de él.

—Buen trabajo, Bill —dijo Sam, refiriéndose al poney.

—Allá va el famoso Hombre Grande —dijo Merry—. Más tarde iremos a ver al Jefe. Lo que ahora queremos es alojamiento por esta noche, y como parece que han demolido la Posada del Puente, para levantar este caserío tétrico, ustedes tendrán que acomodarnos.

—Lo siento, señor Merry —dijo Hob—, pero no está permitido.

—¿Qué no está permitido?

—Alojar huéspedes imprevistos, y consumir alimentos de más, y esas cosas —dijo Hob.

161

— ¿Qué diantre pasa? dijo Merry—. ¿Han tenido un año malo, o qué? Creía que el verano había sido espléndido, y la cosecha óptima.

—Bueno, sí, el año fue bastante bueno —dijo Hob—. Cultivamos mucho y de todo, pero no sabemos a dónde va a parar. Son esos «recolectores» y «repartidores», supongo, que andan por aquí contando y midiendo y llevándose todo para almacenarlo. Es más lo que recolectan que lo que reparten, y la mayor parte de las cosas nunca las volvemos a ver.

—¡Oh, ya basta! —dijo Pippin, bostezando—. Todo esto es demasiado fatigoso para mí esta noche. Tenemos víveres en nuestros sacos. Danos sólo un cuarto donde echarnos a descansar. De todos modos, será mejor que muchos de los lugares que hemos conocido.

Los hobbits de la puerta todavía parecían inquietos, pues era evidente que se estaba quebrantando alguna norma; pero era imposible tratar de contradecir a cuatro viajeros tan autoritarios, todos armados por añadidura, y dos de ellos excepcionalmente altos y fornidos. Frodo ordenó que volvieran a cerrar las puertas. De todos modos, parecía justificado montar guardia mientras hubiese bandidos merodeando. Los cuatro compañeros entraron en la casa de los guardianes y se instalaron lo más cómodamente que pudieron. Era desnuda e inhóspita, con un hogar miserable en el que el fuego siempre se apagaba. En los cuartos de la planta alta había pequeñas hileras de camastros duros, y en cada una de las paredes un letrero y una lista de Normas. Pippin los arrancó de un tirón. No tenían cerveza y muy poca comida, pero los viajeros compartieron lo que traían y todos disfrutaron de una cena aceptable; y Pippin quebrantó la Norma 4 poniendo en el hogar la mayor parte de la ración de leña del día siguiente.

—Bueno ¿qué les parece si fumamos un poco mientras nos cuentan las novedades de la Comarca? dijo.

—No hay hierba para pipa ahora —dijo Hob—; y la que hay, se la han guardado los Hombres del Jefe. Todas las reservas parecen haber desaparecido. Lo que hemos oído es que carretones enteros de hierba partieron por el Camino Verde desde la Cuaderna del Sur, a través del Vado de Sarn. Eso fue al final del año pasado, después de la partida de ustedes. Pero ya antes la habían estado sacando en secreto de la Comarca, en pequeñas cantidades. Ese Otho...

—¡Cierra el pico, Hob Guardacercas! —gritaron varios hobbits—. Sabes que no está permitido hablar así. El Jefe se enterará, y todos nos veremos en figurillas.

—No tendría por qué enterarse de nada, si algunos de los presentes no fueran soplones replicó Hob, enfurecido.

—¡Está bien, está bien! —dijo Sam—. Es suficiente. No quiero saber nada más. Ni bienvenida, ni cerveza, ni hierba para pipa, y un montón de normas y de chachara digna de los orcos. Esperaba descansar, pero por lo que veo tenemos afares y problemas por delante. ¡Vamos a dormir y olvidémonos de todo hasta mañana!

Era evidente que el nuevo «Jefe» tenía medios para enterarse de las novedades. Desde el Puente hasta Bolsón Cerrado había unas cuarenta millas largas, pero alguien las había recorrido a gran velocidad. Y Frodo y sus amigos no tardaron en descubrirlo. No tenían aún planes definidos, pero pensaban de algún modo en ir todos juntos a Cricava, y descansar allí un tiempo. Ahora, sin embargo, viendo cómo estaban las cosas, decidieron ir directamente a Hobbiton. Así pues, al día siguiente tomaron el camino, y marcharon a un trote lento pero constante. Aunque el viento había amainado, el cielo seguía gris, y el país tenía un aspecto triste y desolado; pero al fin y al cabo era primero de noviembre, en las postrimerías del otoño. No obstante, les sorprendió ver tantos incendios, y humaredas que brotaban desde muchos sitios en los alrededores. Una gran nube trepaba a lo lejos hacia el Bosque Cerrado.

Al caer de la tarde llegaron a las cercanías de Los Ranales, una aldea situada sobre el camino, a unas veintidós millas del Puente. Allí tenían la intención de pasar la noche: El Leño Flotante de Los Ranales era una buena posada. Pero cuando llegaron al extremo este de la aldea encontraron una barrera con un gran letrero que decía Camino Cerrado; y detrás de la barrera un nutrido pelotón de Oficiales de la Comarca provistos de garrotes y con plumas en los sombreros. Tenían una actitud arrogante y al mismo tiempo temerosa.

—¿Qué es todo esto? dijo Frodo, casi tentado de soltar la carcajada.

—Es lo que es, señor Bolsón dijo el Jefe de los Oficiales, un hobbit con tres plumas—. Están ustedes arrestados por Violación de Puerta, y por Destrucción de Normas, y por Ataque a Guardianes, y por Transgresiones Reiteradas, y por Haber Pernoctado en los Edificios de la Comarca sin Autorización, y por Sobornar a los Guardias con Comida.

162

—¿Y qué más? —dijo Frodo.

—Con esto basta para empezar dijo el Jefe de los Oficiales de la Comarca.

—Si usted quiere, yo podría agregar algunos motivos más dijo Sam. Por Insultar al Jefe, por Tener Ganas de Estamparle un Puñetazo en la Facha Granujenta, y por Pensar que los Oficiales de la Comarca parecen una tropilla de Fantoques.

—Oiga, don, ya basta. Por orden del Jefe tienen que acompañarnos sin chistar. Ahora los llevaremos a Delagua y los entregaremos a los Hombres del Jefe; y cuando él se haya ocupado del caso, podrán decir lo que tengan que decir. Pero si no quieren quedarse en las Celdas demasiado tiempo, yo si fuera ustedes pondría punto en boca.

Ante la decepción de los Oficiales de la Comarca, Frodo y sus compañeros estallaron en carcajadas.

— ¡No sea ridículo! —dijo Frodo—. Yo voy a donde me place, y cuando se me da la gana. Y da la casualidad que ahora iba a Bolsón Cerrado por negocios, pero si insisten en acompañarnos, bueno, es asunto de ustedes.

—Muy bien, señor Bolsón —dijo el jefe, empujando hacia un lado la barrera—. Pero no olvide que está bajo arresto.

—No lo olvidaré —dijo Frodo—. Jamás. Pero quizá pueda perdonarlo. Y ahora, porque no pienso ir más lejos por hoy, si tiene la amabilidad de escoltarme hasta El Leño Flotante, le quedaré muy agradecido.

—No puedo hacerlo, señor Bolsón. La posada está clausurada. Hay una casa de Oficiales de la Comarca en el otro extremo de la aldea. Los llevaré allí.

—Está bien —dijo Frodo—. Vayan ustedes delante, y nosotros los seguiremos.

Sam había estado observando a todos los oficiales, y descubrió a un conocido.

— ¡Eh, ven aquí, Robin Madriguera! —llamó—. Quiero hablarte un momento.

Tras una mirada tímida al jefe, que aunque parecía enfurecido no se atrevió a intervenir, el oficial Madriguera se separó de la fila y se acercó a Sam, que se había apeado del poney.

—¡Escúchame, botarate! —dijo Sam—. Tú, que eres de Hobbiton, bien podrías tener un poco más de sentido común. ¿Qué es eso de venir a detener al señor Frodo y todo lo demás? ¿Y qué historia es ésta de que la posada está clausurada?

—Están todas clausuradas —dijo Robin—. El Jefe no tolera la cerveza. O por lo menos así empezó la cosa. Pero los Hombres del Jefe se la guardan para ellos. Y tampoco tolera que la gente ande de aquí para allá; de modo que si eso se proponen, tendrán que ir a la Casa de los Oficiales y explicar los motivos.

—Tendría que darte vergüenza andar mezclado en tamaña estupidez —dijo Sam—. En otros tiempos una taberna te gustaba más por dentro que por fuera. Siempre andabas metiendo en ellas las narices, en las horas de servicio o en las de licencia.

—Y aún lo haría, Sam, si pudiera. Pero no seas duro conmigo. ¿Qué puedo hacer? Tú sabes por qué me metí de Oficial de la Comarca hace siete años, antes que empezara todo esto. Me daba la oportunidad de recorrer el país, y de ver gente, y de enterarme de las novedades, y de saber dónde tiraban la mejor cerveza. Pero ahora es diferente.

—Pero igual puedes renunciar, abandonar el puesto, si ya no es más un trabajo respetable —dijo Sam.

—No está permitido —dijo Robin.

—Si oigo decir varias veces más no está permitido —dijo Sam—, estallaré de furia.

—No lamentaría verlo, te lo aseguro —dijo Robin bajando la voz—. Si todos juntos estalláramos de furia alguna vez, algo se podría hacer. Pero son esos hombres, Sam, los Hombres del Jefe. Están en todas partes, y si alguno de nosotros, la gente pequeña, trata de reclamar sus derechos, se lo llevan a las Celdas a la rastra. Primero apresaron al viejo Pastelón, y al viejo Will Pieblanco, el alcalde, y luego a muchos más. Y en los últimos tiempos las cosas han empeorado. Ahora les pegan a menudo.

163

—Entonces ¿por qué haces lo que ellos te ordenan? —le dijo Sam, indignado—. ¿Quién te mandó a Los Ranales?

—Nadie. Vivimos aquí, en la Casa Grande de los Oficiales. Ahora somos el Primer Pelotón de la Cuaderna del Este. Hay centenares de Oficiales de la Comarca contándolos a todos, y todavía necesitan más, con las nuevas normas. La mayor parte está en esto contra su voluntad, pero no todos. Hasta en la Comarca hay gente a quien le gusta meterse en los asuntos ajenos y darse importancia. Y todavía los hay peores: hay unos cuantos que hacen de espías, para el Jefe y para sus Hombres.

—¡Ah! Fue así como se enteraron de nuestra llegada ¿no?

—Justamente. Nosotros ya no tenemos el derecho de utilizarlo, pero ellos emplean el viejo Servicio Postal Rápido, y mantienen postas especiales en varios lugares. Uno de ellos llegó anoche de Surcos Blancos con un «mensaje secreto», y otro lo llevó desde aquí. Y esta tarde se recibió un mensaje diciendo que ustedes tenían que ser arrestados y conducidos a Delagua, no a las Celdas directamente. Por lo que parece, el Jefe quiere verlos cuanto antes.

—No estará tan ansioso cuando el señor Frodo haya acabado con él —dijo Sam.

La Casa de los Oficiales de la Comarca en Los Ranales les pareció tan sórdida como la del Puente. Era de ladrillos toscos y descoloridos, mal ensamblados, y tenía una sola planta, pero las mismas ventanas estrechas. Por dentro era húmeda e inhóspita, y la cena fue servida en una mesa larga y desnuda que no había sido fregada en varias semanas. Y la comida no merecía un marco mejor. Los viajeros se sintieron felices cuando llegó la hora de abandonar aquel lugar. Estaban a unas dieciocho millas de Delagua, y a las diez de la mañana se pusieron en camino. Y habrían partido bastante más temprano si la tardanza no hubiese irritado tan visiblemente al jefe de los oficiales. El viento del oeste había cambiado y ahora soplaba del norte, y aunque el frío había recrudecido, ya no llovía.

Fue una comitiva bastante cómica la que partió de la villa, si bien los contados habitantes que salieron a admirar el «atuendo» de los viajeros no parecían estar muy seguros de si les estaba permitido reírse. Una docena de Oficiales de la Comarca habían sido designados para escoltar a los «prisioneros»; pero Merry los obligó a caminar delante, y Frodo y sus amigos los siguieron cabalgando. Merry, Pippin y Sam, sentados a sus anchas, iban riéndose y charlando y cantando, mientras los oficiales avanzaban solemnes, tratando de parecer severos e importantes. Frodo en cambio iba en silencio, y tenía un aire

triste y pensativo.

La última persona con quien se cruzaron al pasar fue un viejo campesino robusto que estaba podando un cerco.

—¡Hola, hola! —gritó con sorna—. ¿Ahora quién ha arrestado a quién?

Dos de los oficiales se separaron inmediatamente del grupo y fueron hacia el anciano.

—¡Jefe! —dijo Merry—. ¡Ordéneles a esos dos que vuelvan a la fila, si no quiere que yo me encargue de ellos!

A una orden cortante del cabecilla los dos hobbits volvieron malhumorados.

—Y ahora ¡adelante! —dijo Merry, y a partir de ese momento los jinetes marcharon a un trote bastante acelerado, como para obligar a los oficiales a seguirlos a todo correr. Salió el sol, y a pesar del viento frío pronto estaban sudando y resollando.

En la Piedra de las Tres Cuadernas se dieron por vencidos. Habían caminado casi catorce millas con un solo descanso al mediodía. Ahora eran las tres de la tarde. Estaban hambrientos, tenían los pies hinchados y doloridos y no podían seguir a ese paso.

— ¡Y bien, tómense todo el tiempo que necesiten! —dijo Merry—. Nosotros continuamos.

— ¡Adiós, Robin! —dijo Sam—. Te esperaré en la puerta de El Dragón Verde, si no has olvidado dónde está. ¡No te distraigas por el camino!

—Esto es una infracción, una infracción al arresto —dijo el Jefe con desconsuelo—, y no respondo por las consecuencias.

—Todavía pensamos cometer muchas otras infracciones, y no le pediremos que responda —dijo Pippin—. ¡Buena suerte!

Los viajeros continuaron al trote, y cuando el sol empezó a descender hacia las Lomas Blancas, lejano sobre la línea del horizonte, llegaron a Delagua y al gran lago de la villa; y allí recibieron el primer

golpe verdaderamente doloroso. Eran las tierras de Frodo y de Sam, y ahora sabían que no había en el mundo un lugar más querido para ellos. Muchas de las casas que habían conocido ya no existían. Algunas parecían haber sido incendiadas. La encantadora hilera de negras cuevas hobbits en la margen norte del lago parecía abandonada, y los jardines que antaño descendían hasta el borde del agua habían sido invadidos por las malezas. Peor aún, había toda una hilera de lóbregas casas nuevas a la orilla del lago, a la altura en que el camino de Hobbiton corría junto al agua. Allí antes había habido un sendero con árboles. Ahora todos los árboles habían desaparecido. Y cuando miraron consternados el camino que subía a Bolsón Cerrado, vieron a la distancia una alta chimenea de ladrillos. Vomitaba un humo negro en el aire del atardecer.

Sam estaba fuera de sí.

—¡Yo marchó adelante, señor Frodo! —gritó—. Voy a ver qué está pasando. Quiero encontrar al Tío.

—Antes nos convendría saber qué nos espera, Sam —dijo Merry—. Sospecho que el «Jefe» ha de tener una pandilla de rufianes al alcance de la mano. Necesitaríamos encontrar a alguien que nos diga cómo andan las cosas por estos parajes.

Pero en la aldea de Delagua todas las casas y las cavernas estaban cerradas y nadie salió a saludarlos. Esto les sorprendió, pero no tardaron en descubrir el motivo. Cuando llegaron a El Dragón Verde, el último edificio del camino a Hobbiton, ahora desierto y con los vidrios rotos, les alarmó ver una media docena de hombres corpulentos y malcarados que holgazaneaban, recostados contra la pared de la taberna; tenían la piel cetrina y la mirada torcida y taimada.

—Como aquel amigo de Bill Helechal en Bree —dijo Sam.

—Como muchos de los que vi en Isengard —murmuró Merry.

Los bandidos empuñaban garrotes y llevaban cuernos colgados del cinturón, pero por lo visto no tenían otras armas. Al ver a los viajeros se apartaron del muro, y atravesándose en el camino, les cerraron el paso.

— ¿A dónde creéis que vais? —dijo uno, el más corpulento y de aspecto más maligno—. Para vosotros, el camino se interrumpe aquí. ¿Y dónde están esos bravos oficiales?

—Vienen caminando despacio —dijo Merry—. Con los pies un poco doloridos, quizá. Les prometimos esperarlos aquí.

—Garn ¿qué os dije? —dijo el bandido volviéndose a sus compañeros—. Le dije a Zarquino que no se podía confiar en esos pequeños imbéciles. Tenían que haber enviado a algunos de los nuestros.

—¿Y eso en qué habría cambiado las cosas? —dijo Merry—. En este país no estamos

acostumbrados a los bandoleros, pero sabemos cómo tratarlos.

—Bandoleros ¿eh? —dijo el hombre—. No me gusta nada ese tono. O lo cambias, o te lo cambiaremos. A vosotros, la gente pequeña, se os han subido los humos a la cabeza. No confiéis demasiado en el buen corazón del Jefe. Ahora ha venido Zarquino, y él hará lo que Zarquino diga.

—¿Y qué puede ser eso? —preguntó Frodo con calma.

—Este país necesita que alguien lo despierte y lo haga marchar como es debido —dijo el otro—, y eso es lo que Zarquino hará; y con mano dura, si lo obligan. Necesitáis un Jefe más grande. Y lo tendréis antes que acabe el año, si hay nuevos disturbios. Entonces aprenderéis un par de cosas, ratitas miserables.

—Me alegra de veras conocer vuestros planes —dijo Frodo—. Ahora mismo iba a hacerle una visita al señor Otho, y es muy posible que también a él le interese conocerlos.

El bandido se echó a reír.

— ¡Otho! Los conoce muy bien. No te preocupes. El hará lo que Zarquino diga. Porque si un Jefe crea problemas, nosotros nos encargamos de cambiarlo. ¿Entiendes? Y si la gente pequeña trata de meterse donde no la llaman, sabemos cómo sacarlos del medio. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo —dijo Frodo—. Para empezar, entiendo que estáis atrasados, atrasados de noticias. Han sucedido muchas cosas desde que abandonasteis el Sur. Tu tiempo ya ha pasado, y el de todos los demás rufianes. La Torre Oscura ha sucumbido, y en Góndor hay un Rey. E Isengard ha sido destruida y vuestropreciado amo es ahora un mendigo errante en las tierras salvajes. Me crucé con él por

165
el camino. Ahora serán los mensajeros del Rey los que remontarán el Camino Verde, no los matones de Isengard.

El hombre le clavó la mirada y sonrió.

— ¡Un mendigo errante de las tierras salvajes! —dijo con sarcasmo—. ¿De veras? Pavonéate si quieres, renacuajo presumido. De todas maneras no pensamos movernos de este amable país donde ya habéis holgazaneado de sobra. ¡Mensajeros del Rey! —Chasqueó los dedos en las narices de Frodo.— ¡Mira lo que me importa! Cuando vea uno, tal vez me fije en él.

Aquello colmó la medida para Pippin. Pensó en el Campo de Cormallen, y aquí había un rufián de mirada oblicua que se atrevía a tildar de «renacuajo presumido» al Portador del Anillo. Echó atrás la capa, desenvainó la espada reluciente, y la plata y el sable de Góndor centellearon cuando avanzó montado en el caballo.

—Yo soy un mensajero del Rey —dijo—. Le estás hablando al amigo del Rey, y a uno de los más renombrados en todos los países del Oeste. Eres un rufián y un imbécil. Ponte de rodillas en el camino y pide perdón, o te traspasaré con este acero, perdición de los trolls.

La espada relumbró a la luz del poniente. También Merry y Sam desenvainaron las espadas, y se adelantaron, prontos a respaldar el desafío de Pippin; pero Frodo no se movió. Los bandidos retrocedieron. Hasta entonces, se habían limitado a amedrentar e intimidar a los campesinos de Bree, y a maltratar a los azorados hobbits. Hobbits temerarios de espadas brillantes y miradas torvas eran una sorpresa inesperada. Y las voces de estos recién llegados tenían un tono que ellos nunca habían escuchado. Los helaba de terror.

— ¡Largaos! —dijo Merry—. Si volvéis a turbar la paz de esta aldea, lo lamentaréis.

Los tres hobbits avanzaron, y los bandidos dieron media vuelta y huyeron despavoridos por el Camino de Hobbiton; pero mientras corrían hicieron sonar los cuernos.

—Bueno, es evidente que no hemos regresado demasiado pronto —dijo Merry.

—Ni un día. Tal vez demasiado tarde, al menos para salvar a Otho —dijo Frodo—. Es un pobre imbécil, pero le tengo lástima.

—¿Salvar a Otho? ¿Pero qué demonios quieres decir? —preguntó Pippin—. Destruirlo, diría yo.

—Me parece que tú no comprendes bien lo que sucede, Pippin dijo Frodo—. Otho nunca tuvo la intención de que las cosas llegaran a este extremo. Ha sido un tonto y un malvado, y ahora está en una trampa. Los bandidos han tomado las riendas, recolectando, robando y abusando, y manejando o destruyendo las cosas a gusto de ellos, y en nombre de él. Y ni siquiera en nombre de él por mucho tiempo más. Ahora es un prisionero en Bolsón Cerrado, y ha de estar muy atemorizado, me imagino. Tendríamos que intentar rescatarlo.

—¡Esto sí que es inaudito! —exclamó Pippin—. Como broche de oro de nuestros viajes, nunca me lo habría imaginado: venir a combatir con bandidos y con semiorcos en la Comarca misma... ¡para salvar a Otho Granujo!

—¿Combatir? —dijo Frodo—. Bueno, supongo que podría llegarse a eso. Pero recordad: no ha de haber matanza de hobbits, por más que se hayan pasado al otro bando. Que se hayan pasado de verdad, quiero decir: no que obedezcan por temor a las órdenes de los bandidos. Jamás en la Comarca un hobbit mató a otro hobbit con intención, y no vamos a empezar ahora. Y en la medida en que pueda evitarse, no se matará a nadie. Así que conservad la calma hasta el final.

—Pero si hay muchos de estos bandidos —dijo Merry—, tendrá que haber lucha. Con sentirte horrorizado y triste, no rescatarás a Otho, ni salvarás a la Comarca, mi querido Frodo.

—No —dijo Pippin—. No será tan fácil amedrentarlos de nuevo. Esta vez los tomamos por sorpresa. ¿Oíste sonar los cuernos? Es indudable que andan otros por las cercanías. Y cuando sean más numerosos, se sentirán mucho más audaces. Tendríamos que buscar algún sitio donde refugiarnos esta noche. Al fin y al cabo no somos más que cuatro, aunque estemos armados.

—Se me ocurre una idea —dijo Sam—. ¡Vayamos a casa del viejo Tom Coto, allá abajo, en el Sendero del Sur! Siempre fue de agallas. Y tiene un montón de hijos que toda la vida fueron amigos míos.

166

— ¡No! —dijo Merry—. No tiene sentido «refugiarse». Eso es lo que la gente ha estado haciendo, y lo que a los bandidos les gusta. Caerán sobre nosotros en pandilla, nos acorralarán, y nos obligarán a salir por la fuerza; o nos quemarán vivos. No, tenemos que hacer algo, y pronto.

— ¿Hacer qué? —dijo Pippin.

—¡Sublevar a toda la Comarca! —dijo Merry—. ¡Ahora! ¡Despertar a todo el mundo! ¡Oodian todo esto, es evidente!; todos, excepto tal vez uno o dos bribones, y unos pocos imbéciles que quieren sentirse importantes, pero que en realidad no entienden nada de lo que está pasando. Pero la gente de la Comarca ha vivido tan cómoda y tranquila durante tanto tiempo que no sabe qué hacer. Sin embargo, una chispa bastará para encender todos los ánimos. Los Hombres del Jefe tienen que saberlo. Tratarán de aplastarnos y eliminarnos rápidamente. Nos queda muy poco tiempo.

»Sam, ve tú de una corrida a la Granja de Coto, si quieres. Es el personaje más importante de por aquí, y el más decidido. ¡Vamos! Voy a tocar el cuerno de Rohan, y les haré escuchar una música como nunca en la vida habían oído.

Cabalaron de regreso al centro de la aldea. Allí Sam dobló y partió al galope por el sendero que conducía al sur, a casa de los Coto. No se había alejado mucho cuando oyó de pronto la clara llamada de un cuerno que se elevaba vibrando. Resonó a lo lejos más allá de las colinas y de los campos; y era tan imperiosa aquella llamada que el propio Sam estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a la carrera. El poney se encabritó y relinchó.

—¡Adelante, muchacho! ¡Adelante! —le gritó Sam—. Pronto regresaremos.

Un instante después notó que Merry cambiaba de tono, y el Toque de Alarma de Los Gamos se elevó, estremeciendo el aire.

¡DESPERTAD! ¡DESPERTAD! ¡PELIGRO! ¡FUEGO! ¡ENEMIGOS!

¡DESPERTAD!

¡FUEGO! ¡ENEMIGOS! ¡DESPERTAD!

Sam oyó a sus espaldas una batahola de voces y el estrépito de puertas que se cerraban de golpe.

Delante de él se encendían luces en el anochecer; los perros ladraban; había rumor de pasos precipitados.

No había llegado aún al fondo del sendero, cuando vio al granjero Coto que corría a encontrarlo acompañado por tres de sus hijos, el joven Tom, Alegre y Nic. Llevaban hachas, y le cerraron el paso.

— ¡No! No es uno de esos bandidos —dijo la voz grave del granjero—.

Por la estatura parece un hobbit, pero está vestido de una manera estrafalaria. ¡Eh! —gritó—.

¿Quién eres, y a qué viene todo este alboroto?

—Soy Sam, Sam Gamyi. Estoy de vuelta.

El granjero Coto se le acercó y lo observó un rato en la penumbra.

— ¡Bien! — exclamó —. La voz es la misma, y tu cara no se ve peor de lo que era, Sam. Pero no te habría reconocido en la calle, con esa vestimenta. Has estado por el extranjero, dicen. Te dábamos por muerto.

—¡Eso sí que no! —dijo Sam—. Ni tampoco el señor Frodo. Está aquí con sus amigos. Y esto mismo es la causa de todo el alboroto. Están sublevando a la población de la Comarca. Vamos a echar dé aquí a todos esos rufianes, y también al Jefe que tienen. Ya estamos empezando.

—¡Bien, bien! —exclamó el granjero Coto—. ¡Así que la cosa ha empezado, por fin! De un año a esta parte, me ardía la sangre, pero la gente no quería ayudar. Y yo tenía que pensar en mi mujer y en Rosita. Estos rufianes no se arredran ante nada. ¡Pero vamos ya, muchachos! ¡Delagua se ha rebelado!

¡Tenemos que estar allí!

—Pero... ¿y la señora Coto, y Rosita? —dijo Sam—. No es prudente dejarlas solas.

—Mi Nibs está con ellas. Pero puedes ir y ayudarlo, si tienes ganas —dijo el granjero Coto con una sonrisa. Y él y sus hijos partieron a todo correr hacia la aldea.

167

Sam se apresuró a entrar en la casa. En el escalón más alto del fondo del patio, la señora Coto y Rosita estaban de pie junto a la gran puerta redonda, y Nibs aguardaba frente a ellas, blandiendo una horquilla para el heno.

—¡Soy yo! —anunció Sam, todavía trotando—. ¡Sam Gamgi! Así que no trates de ensartarme, Nibs. De todos modos llevo puesta una cota de malla. —Se apeó del poney de un salto y trepó los escalones. Los Coto lo observaron en silencio.— ¡Buenas noches, señora Coto! —dijo Sam—. ¡Hola, Rosita!

—¡Hola, Sam! —dijo Rosita—. ¿Por dónde has andado? Decían que habías muerto; pero yo te he estado esperando desde la primavera. Tú no tenías mucha prisa ¿no es cierto?

—Tal vez no —respondió Sam, sonrojándose—. Pero ahora sí la tengo. Nos estamos ocupando de los bandidos y tengo que volver con el señor Frodo. Pero quise venir a echar un vistazo, a ver cómo andaba la señora Coto; y tú, Rosita.

—Andamos bien, gracias —dijo la señora Coto—. O al menos andaríamos bien si no fuese por esos rufianes ladrones.

—¡Bueno, vete! —dijo Rosita—. Si has estado cuidando al señor Frodo todo este tiempo ¿cómo se te ocurre dejarlo solo ahora, justo cuando las cosas se ponen más difíciles?

Aquello fue demasiado para Sam. O necesitaba una semana para contestarle, o no le decía nada. Bajó los escalones y volvió a montar el poney. Pero en el momento en que se disponía a partir, Rosita llegó, corriendo.

—¡Luces muy bien, —dijo—. ¡Vete, ahora!

Sam regresó y encontró en pie a toda la villa. Además de numerosos muchachos más jóvenes, ya se habían reunido más de un centenar de hobbits fornidos provistos de hachas, martillos pesados, cuchillos largos y gruesos bastones; y algunos llevaban arcos de caza. Y continuaban llegando otros de las granjas vecinas.

Algunos de los aldeanos habían encendido una gran hoguera, sólo para animar la velada, y porque era además una de las cosas prohibidas por el Jefe. Las llamas trepaban cada vez más brillantes a medida que avanzaba la noche. Otros, a las órdenes de Merry, estaban levantando barricadas a través del camino, a la entrada y a la salida de la aldea. Cuando los Oficiales de la Comarca se toparon con la primera barricada, quedaron estupefactos; pero tan pronto como vieron que las cosas pintaban mal, la mayoría se quitó las plumas y se plegó a la revuelta. Los otros huyeron furtivamente.

Sam encontró a Frodo y sus amigos junto al fuego discurriendo con el viejo Tom Coto, y rodeados de una multitud de gente de Delagua que los miraba con admiración.

—Y bien, ¿cuál es el próximo movimiento? —dijo el granjero Coto.

—No sé decirlo —respondió Frodo—, hasta tanto no tenga más información. ¿Cuántos son los bandidos?

—Es difícil saberlo —dijo Coto—. Andan siempre aquí y allá, yendo y viniendo. A veces hay cincuenta en las barracas, allá en lo alto del camino a Hobbiton; pero salen de correrías, a robar y a «recolectar», como ellos dicen. De todos modos, rara vez hay menos de una veintena alrededor del Jefe, como lo llaman. Y él está en Bolsón Cerrado, o estaba, pero ya no sale. En realidad, nadie lo ha visto desde hace unas dos semanas: pero los hombres no dejan que nadie se acerque.

—Pero Hobbiton no es el único lugar en que están acuartelados ¿no? —dijo Pippin.

—No, para colmo de males —dijo Coto—. Hay un buen puñado allá abajo, en el sur, en Valle Largo, y cerca del Vado de Sarn, dicen; y algunos más escondidos en Bosque Cerrado; y han construido barracas en El Cruce. Y están las Celdas Agujeros, como ellos las llaman: los viejos almacenes subterráneos en Cavada Grande, que han transformado en prisiones para los que se atreven a enfrentarlos. Sin embargo estimo que no hay más de trescientos en toda la Comarca, y tal vez menos. Podemos dominarlos, si nos mantenemos unidos.

—¿Tienen armas? —preguntó Merry.

—Látigos, cuchillos y garrotes, suficiente para el sucio trabajo que hacen; al menos eso es lo que han mostrado hasta ahora —dijo Coto—. Pero sospecho que sacarán a relucir otras, en caso de lucha. De todos modos, algunos tienen arcos. Han matado a uno o dos de los nuestros.

—¡Ya ves, Frodo! —dijo Merry—. Sabía que tendríamos que combatir. Bueno, ellos empezaron la matanza.

—No exactamente —dijo Coto—. O en todo caso no fueron ellos los que empezaron con las flechas. Los Tuk empezaron. Se da cuenta, señor Peregrin, el padre de usted nunca lo pudo tragar al tal Otho, desde el principio; decía que si alguien tenía derecho a darse aires de jefe a esta hora del día era el propio Thain de la Comarca y no ningún advenedizo. Y cuando Otho le mandó a los hombres, no hubo modo de convencerlo. Los Tuk son afortunados, ellos tienen esas cavernas profundas allá en las Colinas Verdes, los Grandes Smials y todo eso, y los bandidos no pueden llegar hasta allí; y los Tuk no los dejan entrar en sus tierras. Si se atreven a hacerlo, los persiguen. Los Tuk mataron a tres que andaban robando y merodeando. Desde entonces los bandidos se volvieron más feroces. Y ahora vigilan de cerca las tierras de los Tuk. Ya nadie entra ni sale allí.

—¡Un hurra por los Tuk! —gritó Pippin. Pero ahora alguien tendrá que entrar. Me voy a los Smials. ¿Alguien desea acompañarme a Alforzaburgo?

Pippin partió con una media docena de muchachos, todos montados en poneys.

—¡Hasta pronto! —gritó—. A campo traviesa hay sólo unas catorce millas. Por la mañana estaré de vuelta con todo un ejército de Tuks.

Desaparecieron en la oscuridad, mientras la gente los aclamaba y Merry los despedía con un toque de cuerno.

—Como quiera que sea —dijo Frodo a todos los que se encontraban alrededor—, no quiero que haya matanza; ni aun de los bandidos, a menos que sea necesario para impedir que dañen a los hobbits.

—¡De acuerdo! —dijo Merry—. Pero creo que de un momento a otro tendremos la visita de la pandilla de Hobbiton. Y no van a venir precisamente a platicar. Procuraremos tratarlos con ecuanimidad, pero tenemos que estar preparados para lo peor. Tengo un plan.

—Muy bien —dijo Frodo—. Tú te encargarás de los preparativos. En aquel momento, algunos hobbits que habían sido enviados a Hobbiton, regresaron a todo correr.

— ¡Ya llegan! —dijeron—. Una veintena o más, pero dos han tomado hacia el oeste a campo traviesa.

—A El Cruce, me imagino dijo Coto—, en busca de refuerzos. Quince millas de ida y quince de vuelta. No vale la pena preocuparse por el momento.

Merry se apresuró a dar las órdenes. El granjero Coto se encargó de despejar las calles, enviando a todo el mundo a casa, excepto a los hobbits de más edad que contaban con algún tipo de arma. No tuvieron que esperar mucho. Pronto oyeron voces ásperas y pasos pesados; y en seguida vieron aparecer todo un pelotón de bandidos. Al ver la barricada se echaron a reír. No les cabía en la imaginación que en aquel pequeño país hubiese alguien capaz de enfrentar a veinte como ellos. Los hobbits abrieron la barrera y se hicieron a un lado.

— ¡Gracias! —dijeron los hombres con sorna—. Y ahora, pronto a casa, y a dormir, antes que empecemos con los látigos. —Y avanzaron por la calle vociferando.— ¡Apagad esas luces! ¡Entrad en las casas y quedaos en ellas! De lo contrario nos llevaremos a cincuenta y los encerraremos en las Celdas durante un año. ¡Adentro! ¡El Jefe está perdiendo la paciencia!

Nadie hizo ningún caso a aquellas órdenes, pero a medida que los bandidos avanzaban, iban cerrando filas detrás de ellos y los seguían. Cuando los hombres llegaron a la hoguera, allí estaba el viejo Coto, solo, calentándose las manos.

—¿Quién eres y qué estás haciendo aquí? —lo interpeló el cabecilla. El granjero Coto lo observó con una mirada lenta.

—Justamente iba a preguntarte lo mismo —respondió—. Este no es tu país y aquí no te queremos.

—Pues bien, nosotros te queremos a ti, en todo caso —dijo el cabecilla—. ¡Prendedlo, muchachos! ¡A las Celdas y dadle algo que lo tranquilice un rato!

Los hombres avanzaron un paso y se detuvieron. Alrededor de ellos se había alzado un clamor de voces, y advirtieron en ese momento que el granjero Coto no estaba solo. En la oscuridad, al filo de la hoguera, se cerraba un círculo de hobbits que habían salido en silencio de entre las sombras. Eran unos doscientos, y todos armados.

Merry dio un paso adelante.

—Ya nos hemos conocido —le dijo al cabecilla—, y te advertí que no volvieras a aparecer por

aquí. Ahora te vuelvo a advertir: estás a plena luz y rodeado de arqueros. Si te atreves a poner un solo dedo en este hobbit, o en cualquier otro de los presentes, serás hombre muerto. ¡Dejad en el suelo todas las armas!

El cabecilla echó una mirada en torno. Estaba atrapado. Pero con veinte secuaces para respaldarlo, no tenía miedo. Conocía poco y mal a los hobbits para darse cuenta del peligro en que se encontraba. Envalentonado, decidió luchar. No le iba a ser difícil abrirse paso.

—¡A la carga, muchachos! —gritó—. ¡Duro con ellos!

Esgrimiendo un largo puñal en la mano izquierda y un garrote en la derecha, se abalanzó contra el círculo de hobbits, procurando escapar hacia Hobbiton. Intentó atacar con violencia a Merry, que le cerraba el paso. Cayó muerto, traspasado por cuatro flechas.

A los restantes les bastó con eso. Se rindieron. Despojados de las armas y sujetos con cuerdas unos a otros, fueron conducidos a una cabaña vacía que ellos mismos habían construido, y allí, atados de pies y manos, los dejaron encerrados con una fuerte custodia. Al cabecilla muerto lo llevaron a la rastras un poco más lejos y lo enterraron.

—Parece casi demasiado fácil, después de todo ¿verdad? —dijo Coto—. Yo decía que éramos capaces de dominarlos. Lo que nos faltaba era una señal. Han vuelto en el momento justo, señor Merry.

—Todavía queda mucho por hacer —dijo Merry—. Si tus estimaciones son acertadas, aún no hemos dado cuenta ni de la décima parte de estos rufianes.

Pero está oscureciendo. Creo que para el próximo golpe tendremos que esperar la mañana.

Entonces le haremos una visita al Jefe.

—¿Por qué no ahora mismo? —dijo Sam—. No son mucho más de las seis. Y yo quiero ver al Tío. ¿Sabe qué ha sido de él, señor Coto?

—No está ni demasiado bien ni demasiado mal, Sam dijo el granjero. En Bolsón de Tirada derribaron todos los árboles, y ése fue un golpe duro para el viejo. Ahora está en una de esas casas nuevas que construyeron los hombres cuando todavía hacían algo más que quemar y robar: a apenas una milla del linde de Delagua. Pero me viene a ver cada tanto, cuando puede, y yo cuido de que esté mejor alimentado que algunos de esos pobres infelices. Todo contra las Normas, por supuesto. Lo habría alojado en mi casa, pero eso no estaba permitido.

—Se lo agradezco de todo corazón señor Coto, y nunca lo olvidaré —dijo Sam. Pero quiero verlo. El Jefe, y ese tal Zarquino, por lo que decían, podrían hacer algún desaguizado allá arriba, antes de la mañana.

—Está bien, Sam —dijo Coto—. Llévate a un par de mozalbetes, y ve a buscarlo y tráelo a mi casa. No necesitarás acercarte a la vieja aldea de Hobbiton en Delagua. Mi Alegre te indicará el camino. Sam partió. Merry puso unos centinelas alrededor de la aldea y junto a las barreras durante la noche. Luego fue con Frodo a casa del granjero Coto. Se sentaron con la familia en la caldeada cocina, y los Coto, por pura cortesía, les hicieron unas pocas preguntas sobre los viajes que habían hecho, pero en verdad casi no escuchaban las respuestas: les interesaba mucho más lo que estaba aconteciendo en la Comarca.

—Todo empezó con Granujo, como nosotros lo llamamos —dijo el viejo Coto—, y empezó apenas se fueron ustedes, señor Frodo. Tenía ideas raras, el Granujo. Quería ser el dueño de todo, y mandar a todo el mundo. Pronto se descubrió que ya tenía más de lo que era bueno para él; y continuaba acumulando más y más, aunque de dónde sacaba el dinero era un misterio: molinos y campos de cebada, y tabernas y granjas, y plantaciones de hierba para pipa. Ya antes de venir a vivir a Bolsón Cerrado había comprado el Molino de Arenas, según parece.

»Naturalmente, comenzó con las propiedades que le había dejado el padre en la Cuaderna del Sur; y parece que desde hacía un par de años estaba vendiendo grandes partidas que sacaba en secreto de la Comarca. Pero a fines del año pasado se atrevió a mandar carretones enteros, y no sólo de hierba. Los víveres comenzaron a escasear y el invierno se acercaba. La gente estaba furiosa, pero él sabía cómo responder. Y empezaron a llegar hombres y más hombres, bandidos casi todos y algunos se llevaban las cosas en grandes carretas, y otros se quedaban. Y seguían llegando y llegando, y antes que nos diéramos cuenta de lo que pasaba, los teníamos instalados aquí y allá, y por toda la Comarca, y talaban los árboles y

170
hacían excavaciones y construían cobertizos y casas donde y como se les antojaba. Al principio, Granujo pagaba las mercancías y los daños; pero al poco tiempo los hombres empezaron a darse aires y a apropiarse de todo lo que querían.

»En ese entonces hubo algún descontento, pero no suficiente. El viejo Will, el alcalde, marchó a

Bolsón Cerrado, a protestar, pero nunca llegó a destino. Los bandidos le echaron mano y se lo llevaron y lo encerraron en una covacha en Cavada Grande, y allí está todavía. Desde entonces, poco después del Año Nuevo, no hemos tenido más alcalde, y el Granujo se hizo llamar Jefe de los Oficiales de la Comarca, o Jefe a secas, y hacía lo que le daba la gana; y si a alguien «se le subían los humos», como ellos decían, corría la misma suerte de Will. Y así las cosas iban de mal en peor. No había hierba de pipa para nadie, excepto para los hombres del Jefe; y como el Jefe no soportaba la cerveza, a menos que la bebieran sus hombres, cerró todas las tabernas; y todo, menos las Normas, escaseaba a más y mejor; a menos que uno consiguiera esconder algo, cuando los rufianes iban de granja en granja recolectando «para un reparto equitativo»; lo cual significaba que ellos se quedaban con todo y nosotros con nada, salvo las sobras que acaso te dieran en las Casas de los Oficiales, si las podías tragar. Todo lo peor. Pero desde que llegó Zarquino, ha sido una verdadera calamidad.

—¿Quién es ese Zarquino? —preguntó Merry—. Se lo oí nombrar a uno de los rufianes.

—El rufián más rufián de toda la pandilla, no le quepa la menor duda —respondió Coto—. Fue en la época de la última cosecha, hacia fines de septiembre, cuando oímos hablar de él por primera vez. No lo hemos visto nunca, pero está allá arriba, en Bolsón Cerrado; y ahora él es el verdadero Jefe, supongo. Todos los bandidos hacen lo que él dice; y lo que él dice es mayormente: hachar, quemar, destruir; y ahora han empezado a matar. Y ya ni siquiera con algún propósito, por malo que sea. Voltean los árboles y los dejan tirados allí, y queman las casas y no construyen otras.

»La historia del Molino de Arenas, por ejemplo. Granujo lo hizo demoler no bien se instaló en Bolsón Cerrado. Luego trajo una pandilla de hombres sucios y malcarados para que construyesen uno más grande; y lo llenaron de bote en bote de ruedas y otros adminículos estrafalarios. El único que estaba contento con todo esto era el imbécil de Ted, y allí trabaja ahora, limpiando las ruedas para complacer a los hombres, se da cuenta, allí donde el padre de él era el molinero y el dueño y señor. La idea de Granujo era moler más y más rápido, o eso decía. Tiene otros molinos semejantes. Pero para moler se necesita grano; y para el molino nuevo no había más grano que para el viejo. Pero desde que llegó Zarquino ya ni siquiera muelen. No hacen más que martillar y martillar, y echan un humo y un olor... Ya no hay más tranquilidad en Hobbiton, ni siquiera de noche. Y tiran inmundicias adrede; han infestado todo el curso inferior del Elagua, y ya empiezan a bajar al Brandivino. Si lo que se proponen es convertir la Comarca en un desierto, no podían haber buscado un camino mejor. Yo no creo que el tonto del Granujo esté detrás de todo. Para mí, que es Zarquino.

—¡Claro que sí! —interrumpió Tom el joven—. Si hasta a la propia madre del Granujo se la llevaron, a esa vieja Lobelia, y aunque nadie la podía ver ni en pintura, él al menos la quería. Alguna gente de Hobbiton estaba allí y vio lo que pasó. Ella viene bajando por el camino con su viejo paraguas. Unos cuantos bandidos van en sentido contrario con un carro.

»"¿Se puede saber a dónde van?", ella dice.

»"A Bolsón Cerrado", ellos dicen.

»"¿A hacer qué?", ella dice.

»"A construir barracones para Zarquino", ellos dicen.

»"¿Con el permiso de quién?", ella dice.

»"De Zarquino", ellos dicen. "¡Así que quítate del medio, vieja bruja!"

»"¡Zarquino les voy a dar yo, ladrones sucios, rufianes!", ella dice, y arriba con el paraguas contra el Jefe, casi el doble de altura. Y se la llevaron. A la rastra hasta las celdas, y a su edad. Se han llevado a otros a quienes en verdad echamos de menos, claro, pero no es posible negarlo: ella mostró más coraje que muchos.

En medio de esta conversación entró Sam como una tromba acompañado por el Tío. El viejo Gamyi no parecía muy envejecido, pero estaba un poco más sordo.

— ¡Buenas noches, señor Bolsón! —dijo—. Me alegro de veras de verlo de vuelta sano y salvo. Pero tenemos una cuentita pendiente, como quien dice, usted y yo, si me permite el atrevimiento. No tenía que haber vendido Bolsón Cerrado, siempre lo he dicho. Ahí empezaron todas las calamidades. Y

171

mientras usted andaba medoreando por ahí en países extraños, a la caza de Hombres Negros allá arriba en las montañas por lo que me dice mi Sam, si bien no aclara para qué, vinieron y socavaron Bolsón de Tirada, y estropearon todas mis patatas.

—Lo siento mucho, señor Gamyi —dijo Frodo—. Pero ahora estoy de vuelta y haré cuanto pueda por reparar los errores.

—Bien, eso sí que es decir las cosas bien —dijo el Tío—. El señor Frodo Bolsón es un

verdadero gentilhobbit, siempre lo he dicho, piense lo que piense de otros que llevan el mismo nombre, con el perdón de usted. Y espero que mi Sam se haya comportado bien y satisfactoriamente.

—Más que satisfactoriamente, señor Gamyi —dijo Frodo—. En verdad, si usted puede creerlo, es ahora una de las personas más famosas en todas las tierras, y se están componiendo canciones que narran sus hazañas desde aquí hasta el Mar y más allá del Río Grande. —Sam se ruborizó, pero le echó a Frodo una mirada de gratitud, porque a Rosita le brillaban los ojos y le sonreía.

—Cuesta un poco creerlo —dijo el Tío— aunque puedo ver que ha frecuentado extrañas compañías. ¿Qué pasó con la ropa de antes? Porque toda esa ferretería, por muy durable que sea, no me gusta nada.

A la mañana siguiente la familia Coto y todos sus huéspedes estuvieron en pie a primera hora.

Durante la noche no hubo novedades, pero era evidente que no tardarían en presentarse otros problemas.

—Al parecer, allá arriba, en Bolsón Cerrado, no queda un solo rufián —dijo Coto—; pero la pandilla de El Cruce aparecerá de un momento a otro.

Después del desayuno llegó un mensajero, que había venido cabalgando desde Alforzada. Estaba de muy buen humor.

—El Thain ha sublevado toda la campiña —dijo—, y la noticia corre como fuego en todas direcciones. Los bandidos que vigilaban nuestras tierras, los que escaparon con vida, han huido hacia el sur. Y el Thain ha salido a perseguirlos, manteniendo a raya al grueso de la banda; pero ha enviado de regreso al señor Peregrin con toda la gente de que pudo prescindir.

La noticia siguiente fue menos favorable. Merry, que había pasado la noche afuera, llegó al galope a eso de las diez.

—Hay una banda numerosa a unas cuatro millas de distancia —dijo—. Vienen desde El Cruce, pero muchos de los fugitivos se han unido a ellos. Son casi un centenar, e incendian todo lo que encuentran. ¡Malditos sean!

—¡Ah! Estos no se van a detener a conversar, matarán, si pueden —dijo el granjero Coto—. Si los Tuk no llegan antes, lo mejor será que nos pongamos a cubierto y ataquemos sin discutir. Habrá un poco de lucha antes que se arregle todo esto, señor Frodo, es inevitable.

Pero los Tuk llegaron antes. Aparecieron al poco rato, un centenar, y venían en formación, desde Alforzaburgo y las Colinas Verdes con Pippin a la cabeza. Merry contaba ya con una hobbitería fornida y lo bastante numerosa como para enfrentar a los bandidos. Los batidores informaron que la pandilla se mantenía unida. Sabían que la población rural en pleno se había sublevado, y no cabía duda de que venían decididos a sofocar sin miramientos el foco mismo de la rebelión, en Delagua. Pero por crueles y despiadados que fueran, no había entre ellos un jefe experto en las artes de la guerra, y avanzaban sin tomar precauciones. Merry elaboró rápidamente sus planes.

Los bandidos llegaron pisoteando ruidosamente por el Camino del Este, y sin detenerse tomaron el Camino de Delagua, que por un trecho trepaba entre barrancas altas coronadas de setos bajos. Al doblar un recodo, a unas doscientas yardas del camino principal, se toparon con una poderosa barricada levantada con viejos carretones puestos boca abajo. Tuvieron que detenerse. En el mismo momento se dieron cuenta de que los setos que flanqueaban el camino por ambos lados estaban atestados de hobbits. Y detrás de ellos, varios hobbits empujaban otros carretones que habían mantenido ocultos en un campo, cerrándoles de este modo la salida. Una voz habló desde lo alto:

—Y bien, han caído en una trampa —dijo Merry—. Lo mismo les sucedió a Depongan las armas! Luego retrocederán veinte pasos y se sentarán en el suelo. Cualquiera que intente escapar será hombre muerto.

Pero los rufianes no iban a dejarse amilanar con tanta facilidad. Unos pocos obedecieron, aunque azuzados por los insultos de sus compañeros, reaccionaron inmediatamente. Una veintena, o más, intentó escapar abalanzándose contra las carretas. Seis cayeron muertos, pero los restantes lograron huir, matando

172

a dos hobbits, y luego se dispersaron campo traviesa en dirección al Bosque Cerrado. Otros dos cayeron mientras corrían. Merry lanzó un potente toque de cuerno y otros le respondieron a la distancia.

—No irán muy lejos —dijo Pippin—. Todos estos campos están llenos de cazadores hobbits.

Atrás, los hombres atrapados en el sendero trataban de escalar la barricada y las barrancas, y los hobbits tuvieron que matar a unos cuantos, con las flechas o con las hachas. Pero algunos de los más vigorosos y más encarnizados consiguieron salir por el oeste, y más decididos ahora a matar que a escapar, atacaron ferozmente. Varios hobbits cayeron, y los restantes empezaban a flaquear, cuando Merry y Pippin, que se encontraban en el flanco este, irrumpieron de improviso y se lanzaron contra los

rufianes. Merry mató con sus propias manos al cabecilla, un bruto corpulento de mirada torcida que parecía un orco gigantesco. Luego replegó sus fuerzas, encerrando a los últimos remanentes de la pandilla en un amplio círculo de arqueros.

Al fin la batalla terminó. Casi setenta bandidos yacían sin vida en el campo y doce habían sido tomados prisioneros. Entre los hobbits hubo diecinueve muertos y unos treinta heridos. A los rufianes muertos los cargaron en carretones, los transportaron hasta un antiguo arrenal de las cercanías, y los enterraron: el Arenal de la Batalla, lo llamaron desde entonces. Los hobbits caídos fueron sepultados todos juntos en una tumba en la ladera de la colina, donde más tarde levantarían una gran lápida rodeada de jardines. Así concluyó la Batalla de Delagua, 1419, la última librada en la Comarca, y la única desde la Batalla de los Campos Verdes, 1147, en la lejana Cuaderna del Norte. Por consiguiente, aunque por fortuna costó pocas vidas, hay un capítulo dedicado a ella en el Libro Rojo, y los nombres de todos los participantes fueron inscritos en una Lista y aprendidos de memoria por los historiadores de la Comarca. De esa época viene el considerable incremento de la fama y la fortuna de los Coto; pero a la cabeza de la Lista figuran en todas las versiones los nombres de los Capitanes Meriadoc y Peregrin.

Frodo había estado presente en la batalla, pero no había desenvainado la espada, preocupado sobre todo en impedir que los hobbits, exacerbados por las pérdidas, matasen a aquellos adversarios que ya habían depuesto las armas. Una vez la batalla concluida, y encomendadas las tareas que seguirían, Merry y Sam se reunieron con él, y cabalgaron de regreso en compañía de los Coto. Comieron un almuerzo tardío, y entonces Frodo dijo con un suspiro:

—Bueno, supongo que es hora de que nos ocupemos del «Jefe».

—Sí, y cuanto antes mejor —dijo Merry—. ¡Y no seas demasiado blando! El es el responsable de haber traído a la Comarca a esos rufianes, y de todos los males que han causado.

El granjero Coto reunió una escolta de unas dos docenas de hobbits fornidos.

—Porque eso de que no quedan más rufianes en Bolsón Cerrado es una mera suposición —dijo—. No sabemos.

Se pusieron en camino, a pie. Frodo, Sam, Merry y Pippin encabezaban la marcha.

Fue una de las horas más tristes en la vida de los hobbits. Allí, delante de ellos, se erguía la gran chimenea; y a medida que se acercaban a la vieja aldea en la margen opuesta del Delagua, entre la doble hilera de sórdidas casas nuevas que flanqueaban el camino, veían el nuevo molino en toda su hostil y sucia fealdad: una gran construcción de ladrillos a horcajadas sobre las dos orillas del río, cuyas aguas emponzoñaba con efluvios humeantes y pestilentes. Y a lo largo del camino, todos los árboles habían sido talados.

Un nudo se les cerró en la garganta cuando atravesaron el puente y miraron hacia la colina. Ni aun la visión de Sam en el Espejo los había preparado para ese momento. La vieja alquería de la orilla occidental había sido demolida y reemplazada por hileras de cobertizos alquitranados. Todos los castaños habían desaparecido. Las barrancas y los setos estaban destrozados. Grandes carretones inundaban en desorden un campo castigado y arrasado. Bolsón de Tirada era una bostezante cantera de arena y piedra triturada. Más arriba, Bolsón Cerrado se ocultaba detrás de unas barracas.

— ¡Lo han derribado! —gritó Sam—. ¡Han derribado el Árbol de la Fiesta! —Señaló el lugar donde se había alzado el árbol a cuya sombra Bilbo había pronunciado el Discurso de Despedida. Yacía seco en medio del campo. Como si aquello fuera la gota que colmaba el cáliz, Sam se echó a llorar.

Una risa acabó con las lágrimas. Un hobbit de expresión hosca holgazaneaba recostado contra el muro del patio del molino.

173

—¿No te gusta, Sam? —dijo, burlón—. Pero tú siempre fuiste un corazón tierno. Creía que te habías ido en uno de esos barcos de los que tanto hablabas, a navegar, a navegar. ¿A qué has vuelto? Ahora tenemos mucho que hacer en la Comarca.

—Ya lo veo —dijo Sam—. No hay tiempo para lavarse, pero sí para sostener paredes. Escuche, señor Arenas, yo tengo una cuenta que ajustar en esta aldea, y no venga a alargarla con burlas, o le resultará demasiado salada para su bolsillo.

Ted Arenas escupió por encima del muro.

—¡Garn! —dijo—. No puedes tocarme. Soy amigo del Jefe. Pero él te tocará a ti, te lo aseguro, si te atreves a abrir la boca otra vez.

— ¡No pierdas más tiempo con ese tonto, Sam! —dijo Frodo—. Espero que no sean muchos los hobbits que se han convertido en esto. Sería una desgracia mucho mayor que todos los males que han causado los hombres.

—Eres un sucio y un insolente, Arenas —dijo Merry—. Y tus cálculos te han fallado. Justamente subíamos a la colina a desalojar a tu adorado Jefe. De sus hombres, ya hemos dado cuenta. Ted abrió la boca para responder, y quedó boquiabierto, porque acababa de ver la escolta que a una señal de Merry avanzaba por el puente. Entró como una flecha en el molino, y volvió a salir; traía un cuerno y lo sopló con fuerza.

— ¡Ahórrate el aliento! —dijo Merry riendo. Yo tengo uno mejor. —Y levantando el cuerno de plata lanzó una llamada clara que resonó más allá de la colina; y de las cavernas y las cabañas y las deterioradas casas de Hobbiton, los hobbits respondieron y se volcaron por los caminos, y entre vivas y aclamaciones alcanzaron a la comitiva y siguieron detrás de ella rumbo a Bolsón Cerrado. En lo alto del sendero todos se detuvieron, y Frodo y sus amigos siguieron solos: por fin llegaban a aquel lugar en un tiempo tan querido. En el jardín se apretaban las cabañas y cobertizos, algunos tan cercanos a las antiguas ventanas del lado oeste que no dejaban pasar un solo rayo de luz. Por todas partes había pilas de inmundicias. La puerta estaba cubierta de grietas y de cicatrices; la cadena de la campanilla se bamboleaba, suelta, y la campanilla no sonaba. Golpearon, pero no hubo respuesta. Por último empujaron, y la puerta cedió. Entraron. La casa apestaba, había suciedad y desorden por doquier, como si hiciera algún tiempo que nadie vivía en ella.

—¿Dónde se habrá escondido ese miserable de Otho? —dijo Merry. Habían buscado en todas las habitaciones, sin encontrar a ninguna criatura viviente, excepto ratas y ratones.— ¿Les pedimos a los otros que registren las barracas?

— ¡Esto es peor que Mordor! dijo Sam—. Mucho peor, en un sentido. Duele en carne viva, como quien dice; pues es parte de nosotros y la recordamos como era antes.

—Sí, esto es Mordor —dijo Frodo—. Una de sus obras. Saruman creía estar trabajando para él mismo, pero en realidad no hacía más que servir a Mordor. Y lo mismo hacían aquellos a quienes Saruman engañó, como Otho.

Merry echó en torno una mirada de consternación y repugnancia.

—¡Salgamos de aquí! dijo—. De haber sabido todo el mal que ha causado, le habría cerrado el gaznate con mi tabaquera.

—¡No lo dudo, no lo dudo! Pero no lo hiciste, de modo que ahora puedo darte la bienvenida. — De pie, en la puerta, estaba Saruman en persona, bien alimentado y satisfecho de sí mismo. Los ojos le chisporroteaban, divertidos y maliciosos.

La luz se hizo de súbito en la mente de Frodo.

— ¡Zarquino! —exclamó. Saruman se echó a reír.

—De modo que ya has oído mi nombre ¿eh? Así, creo, me llamaban en Isengard todos mis subditos. Una prueba de afecto, sin duda. Pero parece que no esperabas verme aquí.

—No por cierto dijo Frodo. Pero podía haberlo imaginado. Un poco de maldad mezquina. Gandalf me advirtió que aún eras capaz de eso.

—Muy capaz dijo Saruman—, y más que de un poco. Me hacéis gracia vosotros, señoritos hobbits, cabalgando por ahí con todos esos grandes personajes, tan seguros y tan pagados de vuestras

pequeñas personitas. Creíais haber salido muy airosos de todo esto, y que ahora podíais volver tranquilos a casa, a disfrutar de la paz del campo. La casa de Saruman podía ser destruida, y él expulsado, pero nadie podía tocar la vuestra. ¡Oh, no! Gandalf iba a cuidar de vuestros asuntos. Saruman volvió a reír.

¡El, justamente! Cuando sus instrumentos dejan de servirle, los deja a un lado. Pero vosotros teníais que seguir pendientes de él, fanfarroneando y perdiendo el tiempo, y volviendo por un camino dos veces más largo que el necesario. Bien, pensé, si son tan estúpidos, llegaré antes y les daré una lección.

Una mano lava la otra. La lección habría sido más dura si me hubierais dado un poco más de tiempo y más hombres. De todos modos, pude hacer muchas cosas que os será difícil reparar o deshacer en vuestra vida. Y será un placer para mí pensarlo, y resarcirme así de las injurias que he recibido.

Bueno, si eso te da placer dijo Frodo—, te compadezco. Temo que sólo será un placer en el recuerdo. ¡Márchate de aquí inmediatamente y no vuelvas nunca más!

Los hobbits de la aldea, al ver salir a Saruman de una de las cabañas, se habían amontonado junto a la puerta de Bolsón Cerrado. Cuando oyeron la orden de Frodo, murmuraron con furia:

¡No lo deje ir! ¡Mátelo! Es un malvado y un asesino. ¡Mátelo! Saruman miró el círculo de caras hostiles y sonrió.

¡Mátelo! repitió, burlón—. ¡Matadlo vosotros, si creéis ser bastante numerosos, mis valientes hobbits! Se irguió, y los ojos negros se clavaron en ellos con una mirada sombría. ¡Mas no penséis que al

perder todos mis bienes perdí también todo mi poder! Aquel que se atreva a golpearme será maldecido. Y si mi sangre mancha la Comarca, la tierra se marchitará, y nadie jamás podrá curarla.

Los hobbits retrocedieron. Pero Frodo dijo:

¡No lo creáis! Ha perdido todo su poder, menos la voz que aún puede intimidaros y engañaros, si le prestáis atención. Pero no quiero que lo matéis. Es inútil pagar venganza con venganza. ¡Márchate de aquí, Saruman y por el camino más corto!

¡Serpiente! ¡Serpiente! —gritó Saruman; y de una de las cabañas vecinas, arrastrándose como un perro, salió Lengua de Serpiente—. ¡De nuevo a los caminos, Serpiente! dijo Saruman—. Estos delicados amigos y señoritos nos echan otra vez a los caminos. ¡Sígueme!

Saruman se volvió como si fuera a partir, y Lengua de Serpiente lo siguió, arrastrándose. Pero en el momento en que Saruman pasaba junto a Frodo un puñal le centelleó en la mano, y lanzó una rápida estocada. La hoja rebotó contra la oculta cota de malla, y se quebró, con un golpe seco. Una docena de hobbits, con Sam a la cabeza, se abalanzaron con un grito y derribaron al villano.

— ¡No, Sam! dijo Frodo—. No lo mates, ni aun ahora. No me ha herido. En todo caso, no deseo verlo morir de esta manera inicua. En un tiempo fue grande, de una noble raza, contra la que nunca nos hubiéramos atrevido a levantar las manos. Ha caído, y devolverle la paz y la salud no está a nuestro alcance; mas yo le perdonaría la vida, con la esperanza de que algún día pueda recobrarlas.

Saruman se levantó y clavó los ojos en Frodo. Tenía una mirada extraña, mezcla de admiración, de respeto y de odio.

—Has crecido, mediano —dijo—. Sí, has crecido mucho. Eres sabio y cruel. Me has privado de la dulzura de mi venganza, y en adelante mi vida será un camino de amargura, sabiendo que la debo a tu clemencia. ¡ La odio tanto como te odio a ti! Bien, me voy, y no te atormentaré más. Mas no esperes de mí que te desee salud y una vida larga. No tendrás ni una ni otra. Pero eso no es obra mía. Yo sólo te lo auguro.

Se alejó, mientras los hobbits se apartaban para que pasase; pero los nudillos les palidecían al apretarlos sobre las armas. Lengua de Serpiente titubeó y luego siguió a su amo.

— ¡Lengua de Serpiente! —llamó Frodo—. No es preciso que lo sigas. Que yo sepa, tú no me has hecho ningún mal. Podrás tener reposo y alimento aquí, por algún tiempo, hasta que estés más fuerte y puedas seguir tu verdadero camino.

Lengua de Serpiente se detuvo y se volvió a mirarlo, casi decidido a quedarse. Saruman dio media vuelta.

—¿Ningún mal? —graznó—. ¡Qué esperanza! Cuando sale de noche furtivamente, es sólo para contemplar las estrellas. Pero ¿no oí preguntar a alguien dónde estaba escondido el pobre Otho? Tú lo sabes ¿no es verdad, Serpiente? ¿Se lo vas a decir?

Lengua de Serpiente se encogió y gimió:

175

— ¡No, no!

—Entonces, yo se lo diré —dijo Saruman—. Serpiente mató a vuestro Jefe, mis pobres amiguitos, a vuestro buen pequeño patrón. ¿No es verdad, Serpiente? Lo apuñaló mientras dormía, creo. Lo enterró, espero; aunque últimamente Serpiente ha pasado mucha hambre. No, Serpiente no es bueno en realidad. Mejor será que lo dejéis en mis manos.

En los ojos rojos de Lengua de Serpiente apareció una mirada de odio salvaje.

—Tú me dijiste que lo hiciera —siseó. Saruman lanzó una carcajada.

—Y tú haces lo que Zarquino te dice, siempre, ¿verdad, Serpiente? Pues bien, ahora te dice:

¡sígueme! —Y mientras el otro se arrastraba, le lanzó un puntapié a la cara y echó a andar. Pero algo se quebró en ese instante. Lengua de Serpiente se irguió de pronto y sacó un puñal que llevaba escondido; gruñendo como un perro saltó sobre la espalda de Saruman, y tirándole la cabeza hacia atrás, le hundió la hoja en la garganta; luego, con un aullido, echó a correr sendero abajo. Antes que Frodo pudiera recobrarse ni pronunciar una sola palabra, tres arcos hobbits silbaron en el aire, y Lengua de Serpiente se desplomó sin vida.

Ante el espanto de todos, alrededor del cadáver de Saruman se formó una niebla gris, que subió lentamente a gran altura como el humo de una hoguera, mientras una figura pálida y amortajada asomaba sobre la colina. Vaciló un instante, de cara al poniente; pero una ráfaga de viento sopló desde el oeste, y la figura se dobló, y con un suspiro se deshizo en nada.

Frodo miró el cadáver con horror y piedad, y de pronto le pareció ver en él largos años de muerte; y el rostro marchito se contrajo, y se transformó en jirones de piel sobre una calavera horrenda.

Levantando los faldones del manto sucio que se extendía junto al cadáver, Frodo lo cubrió, y se alejó.

Y he aquí el final dijo Sam. Un final horrible, y no desearía haberlo visto; pero es una liberación.

—Y el final definitivo de la guerra, espero —dijo Merry.

—También yo lo espero dijo Frodo suspirando. El golpe definitivo, pero pensar que ha caído aquí, a las puertas mismas de Bolsón Cerrado. En medio de todas mis esperanzas y todos mis temores, jamás imaginé nada semejante.

—Yo no diré que es el fin, hasta que hayamos arreglado este desbarajuste —dijo Sam con aire sombrío. Y eso nos llevará mucho tiempo y trabajo.

9

LOS PUERTOS GRISES

Poner orden en el desbarajuste les costó mucho trabajo, pero llevó menos tiempo del que Sam había temido. Al día siguiente de la batalla Frodo fue a Cavada Grande y liberó a los presos de las Celdas. Uno de los primeros que encontraron fue el pobre Fredegar Bolger, ya no más el Gordo Bolger. Lo habían tomado prisionero en los Tejones, cerca de las colinas de Scary, cuando los bandidos habían fumigado el refugio de un grupo de rebeldes que él encabezaba.

— ¡ A fin de cuentas te hubiera convenido venir con nosotros, pobre viejo Fredegar! dijo Pippin, mientras lo llevaban, pues estaba demasiado débil para caminar.

Fredegar abrió un ojo y valientemente trató de sonreír.

— ¿Quién es este joven gigante de voz potente? musitó—. ¡No será el pequeño Pippin! ¿Qué número de sombrero calzas ahora?

Luego encontraron a Lobelia. Estaba muy envejecida la pobre, cuando la sacaron de un calabozo oscuro y estrecho. Pero ella se empeñó en salir con sus propias piernas, cojeando y tambaleándose; y cuando apareció apoyada en el brazo de Frodo, con el paraguas siempre apretado en la mano, fue tan calurosa la acogida, y hubo tantas ovaciones y tantos aplausos que se deshizo en lágrimas. Nunca en su vida había sido tan popular. Pero la noticia del asesinato de Otho la trastornó a tal punto que no quiso volver nunca más a Bolsón Cerrado. Se lo devolvió a Frodo y se fue a vivir con su familia, los Cñatiesa de Casadura.

176

Y cuando murió la pobre criatura en la primavera siguiente —al fin y al cabo ya tenía más de cien años—, Frodo se enteró, sorprendido y profundamente conmovido, de que le había dejado todo su dinero y el de Otho para que ayudase a los hobbits a quienes las calamidades de la Comarca habían dejado sin hogar. Y así terminó aquella larga enemistad.

El viejo Will Pieblanco había estado encerrado en las Celdas más tiempo que todos, y aunque tal vez lo maltrataran menos, necesitaba comer mucho antes de volver a la alcaldía, y Frodo aceptó el cargo de suplente hasta que el señor Pieblanco estuviese de nuevo en condiciones. Lo único que hizo durante su mandato fue reducir el número de los Oficiales de la Comarca, y limitarles las funciones a lo que era adecuado y normal. El cometido de echar del país a los últimos rufianes fue confiado a Merry y a Pippin, y cumplido rápidamente. Las pandillas que se habían refugiado en el sur, al tener noticias de la Batalla de Delagua, huyeron ofreciendo poca resistencia al Thain. Antes de Fin de Año los contados sobrevivientes quedaron cercados en los bosques, y aquellos que se rindieron fueron puestos en las fronteras.

Mientras tanto, los trabajos de restauración avanzaban con rapidez y Sam estaba siempre ocupado. Los hobbits son laboriosos como las abejas, cuando la situación lo requiere y si se sienten bien dispuestos. Ahora había millares de manos voluntarias de todas las edades, desde las pequeñas pero ágiles de los jóvenes y las muchachas hasta las arrugadas y callosas de los viejos y aun de las abuelas. Para el Año Nuevo no quedaba en pie ni un solo ladrillo de las Casas de los Oficiales, ni de ningún edificio construido por los «Hombres de Zarquino»; pero los ladrillos fueron todos empleados en reparar numerosas cavernas antiguas, a fin de hacerlas más secas y confortables. Se encontraron grandes cantidades de provisiones, y víveres, y cerveza que los rufianes habían escondido en cobertizos y graneros y en cavernas abandonadas, especialmente en los túneles de Cavada Grande y en las viejas canteras de Scary. Y así, en las fiestas de aquel Fin de Año hubo una alegría que nadie había esperado.

Una de las primeras tareas que se llevaron a cabo en Hobbiton, antes aún de la demolición del molino nuevo, fue la limpieza de la colina y de Bolsón Cerrado, y la restauración de Bolsón de Tirada. El frente del nuevo arenal fue nivelado y transformado en un gran jardín cubierto, y en la parte meridional de la colina excavaron nuevas cavernas y las revistieron de ladrillos. La Número Tres le fue restituida al Tío, quien solía decir, sin preocuparse de quiénes pudieran oírlo:

—Es viento malo aquel que no trae bien a nadie, como siempre he dicho, y es bueno lo que termina mejor.

Hubo algunas discusiones a propósito del nombre que le pondrían a la nueva calle. Algunos propusieron Jardines de la Batalla, otros Smials Mejores. Pero al cabo, con el buen sentido propio de los hobbits, le pusieron simplemente Tirada Nueva. Y no era más que una broma al gusto de Delagua el referirse a ella con el nombre de Terminal de Zarquino.

La pérdida más grave y dolorosa eran los árboles, pues por orden de Zarquino todos habían sido talados sin piedad a lo largo y a lo ancho de la Comarca; y eso era lo que más afligía a Sam. Sobre todo porque llevaría largo tiempo curar las heridas, y sólo sus bisnietos verían alguna vez la Comarca como había sido en los buenos tiempos.

De pronto un día (porque había estado demasiado ocupado durante semanas enteras para dedicar algún pensamiento a sus aventuras), se acordó del don de Galadriel. Sacó la cajita y la mostró a los otros Viajeros (porque así los llamaban ahora a todos) y les pidió consejo.

—Me preguntaba cuándo lo recordarías —dijo Frodo. ¡Ábrela! Estaba llena de un polvo gris, suave y fino, y en el medio había una semilla, como una almendra pequeña de cápsula plateada.

—¿Qué puedo hacer con esto? —dijo Sam.

—¡Echa el polvo al aire en un día de viento y deja que él haga el trabajo! —dijo Pippin.

—¿Dónde? —dijo Sam.

—Escoge un sitio como vivero y observa qué les sucede a las plantas que están en él —dijo Merry.

—Pero estoy seguro de que a la Dama no le gustaría que me lo quedara yo solo, para mi propio jardín, habiendo tanta gente que ha sufrido y lo necesita —dijo Sam.

—Recurre a tu sagacidad y tus conocimientos, Sam —dijo Frodo, y luego usa el regalo para ayudarte en tu trabajo y mejorarlo. Y úsalo con parsimonia. No hay mucho y me imagino que todas las partículas tienen valor.

177

Entonces Sam plantó retoños en todos aquellos lugares en donde antes había árboles especialmente hermosos o queridos, y puso un grano del precioso polvo en la tierra, junto a la raíz.

Recorrió la Comarca, a lo largo y a lo ancho, haciendo este trabajo, y si prestaba mayor cuidado a Delagua y a Hobbiton nadie se lo reprochaba. Y al terminar, descubrió que aún le quedaba un poco del polvo, y fue a la Piedra de las Tres Cuadernas, que es por así decir el centro de la Comarca, y lo arrojó al aire con su bendición. Y la pequeña almendra de plata, la plantó en el Campo de la Fiesta, allí donde antes se erguía el árbol; y se preguntó qué planta crecería. Durante todo el invierno esperó tan pacientemente como pudo, tratando de contenerse para no ir a ver a cada rato si algo ocurría.

La primavera colmó con creces las más locas esperanzas de Sam. En su propio jardín los árboles comenzaron a brotar y a crecer como si el tiempo mismo tuviese prisa y quisiera vivir veinte años en uno. En el Campo de la Fiesta despuntó un hermoso retoño: tenía la corteza plateada y hojas largas y se cubrió de flores doradas en abril. Era en verdad un mallorn, y la admiración de todos los vecinos. En años sucesivos, a medida que crecía en gracia y belleza, la fama del árbol se extendió por todos los confines de la Comarca y la gente hacía largos viajes para ir a verlo; el único mallorn al oeste de las Montañas y al este del Mar, y uno de los más hermosos del mundo.

Desde todo punto de vista, 1420 fue en la Comarca un año maravilloso. No sólo hubo un sol esplendente y lluvias deliciosas, en los momentos oportunos y en proporciones perfectas; una atmósfera de riqueza y de prosperidad, una belleza radiante, superior a la de esos veranos mortales que en esta Tierra Media centellean un instante y se desvanecen. Todos los niños nacidos o concebidos en aquel año, y fueron muchos, eran hermosos y fuertes, y casi todos tenían abundantes cabellos dorados, hasta entonces raros entre los hobbits. Hubo tal cosecha de frutos que los hobbits jóvenes nadaban por así decir en fresas con crema; e iban luego a sentarse en los prados a la sombra de los ciruelos y comían hasta que los huesos de las frutas se apilaban en pequeñas pirámides, o como cráneos amontonados por un conquistador, y así continuaban. Y ninguno se enfermaba, y todos estaban contentos, excepto aquellos que tenían que segar los pastos.

En las viñas de la Cuaderna del Sur pesaban los racimos, y la cosecha de «hoja» fue asombrosa; y hubo tanto trigo que para la siega todos los graneros estaban abarrotados. La cebada de la Cuaderna del Norte fue tan excelente que la cerveza de 1420 quedó grabada en la memoria de todos durante largos años, y llegó a ser un dicho proverbial. Y así una generación más tarde no era raro que un viejo campesino al dejar el pichel sobre la mesa de una taberna, luego de beber una pinta de cerveza bien

ganada, exclamara con un suspiro:

— ¡Ah, ésta sí que era una auténtica 1420!

Al principio Sam se quedó con Frodo en casa de los Coto. Pero cuando Tirada Nueva estuvo terminada, fue a vivir con el Tío. Además de todas sus otras ocupaciones, conducía las obras de limpieza y restauración de Bolsón Cerrado; pero más a menudo recorría la Comarca para ver cómo progresaban los trabajos de forestación. Y por estar lejos de Hobbiton a comienzos de marzo, no supo que Frodo había estado enfermo. El trece de ese mes el granjero Coto encontró a Frodo tendido en la cama; aferraba una piedra blanca que llevaba al cuello suspendida de una cadena y hablaba como en sueños.

—Ha desaparecido para siempre —decía—, y ahora todo ha quedado oscuro y desierto.

Pero la crisis pasó, y al regreso de Sam el veinticinco, Frodo se había recuperado, y no le dijo nada de él mismo. Entretanto los trabajos de limpieza de Bolsón Cerrado quedaron concluidos, y Merry y Pippin llegaron desde Cricava trayendo de vuelta el antiguo mobiliario y todos los enseres de la casa, y la vieja cueva volvió a ser la misma de antes.

Al fin todo estuvo pronto, y Frodo dijo:

—¿Cuándo piensas venir a vivir conmigo, Sam? Sam pareció un poco turbado.

—No es necesario que vengas en seguida, si no quieres —dijo Frodo. Pero sabes que el Tío siempre estará a un paso, y estoy seguro de que la Viuda Rumble cuidará bien de él.

—No es eso, señor Frodo —dijo Sam, y se puso muy rojo.

—Y bien ¿qué es entonces?

—Es Rosita, Rosita Coto —dijo Sam—. Parece que no le gustó nada que yo me hiera de viaje, a la pobrecita; pero como yo no había hablado, no podía decir nada. Y no le hablaba, porque tenía algo que hacer, antes. Pero ahora he hablado, y me dice: "¡Y bueno, ya has perdido un año! ¿Para qué esperar más?" "¿Perdido?", le digo. "Yo no lo llamaría así." Pero entiendo lo que ella quiere decir. Me siento como quien dice partido en dos.

178

—Comprendo —dijo Frodo—: ¿Quieres casarte, pero también quieres vivir conmigo en Bolsón Cerrado? Mi querido Sam, ¡nada más sencillo! Cásate lo más pronto posible, y ven a instalarte aquí con Rosita. Hay espacio suficiente en Bolsón Cerrado para la familia más numerosa que puedas desear. Y así todo quedó arreglado. Sam Gamgi se casó con Rosa Coto en la primavera de 1420 (año famoso también por el gran número de matrimonios), y fueron a vivir a Bolsón Cerrado. Y si Sam se creía favorecido por la suerte, Frodo sabía que él lo era todavía más: no había en la Comarca un hobbit que fuera cuidado con tanto celo y amor como él. Cuando todos los trabajos de reparación estuvieron preparados y en ejecución, se entregó a una vida tranquila, escribiendo mucho y releendo todas sus notas. Renunció al cargo de Alcalde Suplente en la Feria Libre de mediados de aquel verano, y el viejo y entrañable Will Pieblanco pudo volver a presidir los Banquetes durante otros siete años. Merry y Pippin vivieron juntos por un tiempo en Cricava, y hubo un incesante ir y venir entre Los Gamos y Bolsón Cerrado. Las canciones, las historias y los modales de los jóvenes Viajeros, junto con las fiestas que daban a menudo eran muy populares en la Comarca. Los «Señoriles», los llamaba la gente con la mejor intención, pues encendía los corazones verlos cabalgar ataviados con brillantes cotas de malla, y escudos resplandecientes, riendo y cantando canciones de países lejanos; y si ahora eran grandes y magníficos, en otros aspectos no habían cambiado nada, aunque eran sin duda más corteses, más joviales y más alegres que antes.

Frodo y Sam, en cambio, adoptaron de nuevo la vestimenta ordinaria, y sólo cuando era necesario lucían los largos mantos grises, finamente tejidos, y sujetos al cuello con hermosos broches; y el señor Frodo llevaba siempre una joya blanca que pendía de una cadena, y con la que jugueteaba a menudo.

Ahora las cosas marchaban bien, con la constante esperanza de que mejorarían más aún, y Sam vivía atareado y tan colmado de dicha como hasta un hobbit pudiera desear. Nada turbó para él la paz de aquel año, excepto una cierta preocupación por Frodo, que se había retirado poco a poco de todas las actividades de la Comarca. A Sam le apenaba que lo trataran con tan escasos honores en su propio país. Pocos eran los que conocían o deseaban conocer sus hazañas y aventuras; la admiración y el respeto de todos recaían casi exclusivamente en el señor Meriadoc y en el señor Peregrin y (aunque esto Sam lo ignoraba) también en él. Y en el otoño apareció una sombra de los antiguos tormentos.

Una noche Sam entró en el estudio y encontró a su amo muy extraño. Estaba palidísimo, con la mirada como perdida en cosas muy lejanas.

—¿Qué le pasa, señor Frodo? —dijo Sam.

—Estoy herido —respondió él—, herido; nunca curaré del todo.

Pero luego se levantó y pareció que el malestar había desaparecido, y al otro día era de nuevo el Frodo de siempre. Sólo más tarde Sam reparó en la fecha: seis de octubre. Dos años antes, ese mismo día, se había hecho la oscuridad en la hondonada de la Cima del Viento.

Pasó el tiempo y llegó el año 1421. Frodo volvió a caer enfermo en marzo, pero con un gran esfuerzo consiguió ocultarlo, porque Sam tenía otras cosas en qué pensar. El primer hijo de Sam y Rosita nació el veinticinco de marzo, una fecha que Sam anotó.

Y bien, señor Frodo dijo—. Estoy en un aprieto. Rosa y yo habíamos decidido llamarlo Frodo, con el permiso de usted; pero no es él, es ella. Aunque es la niña más bonita que hayamos podido desear, porque afortunadamente se parece más a Rosa que a mí. De modo que no sabemos qué hacer.

Bueno, Sam —dijo Frodo ¿qué tienen de malo las antiguas tradiciones? Elige un nombre de flor, como Rosa. La mitad de las niñas de la Comarca tienen nombres semejantes ¿y qué puede ser mejor?

Supongo que tiene usted razón, señor Frodo —dijo Sam—. He escuchado algunos nombres hermosos en mis viajes, pero se me ocurre que son demasiado sonoros para usarlos de entrecasa, por así decir. El Tío dice: "Escoge uno corto, así no tendrás que acortarlo luego." Pero si ha de ser el nombre de una flor, entonces no me importa que sea largo: tiene que ser una flor hermosa, porque vea usted, señor Frodo, yo creo que es muy hermosa, y que va a ser mucho más hermosa todavía.

Frodo pensó un momento.

Y bien, Sam, ¿qué te parece elanor, la estrellasol? ¿Recuerdas, la pequeña flor de oro que crecía en los prados de Lothlórien?

¡También ahora tiene razón, señor Frodo! dijo Sam, maravillado—. Eso es lo que yo quería.

179

La pequeña Elanor tenía casi seis meses, y 1421 había entrado ya en el otoño, cuando Frodo llamó a Sam al estudio.

—El jueves será el cumpleaños de Bilbo, Sam —dijo—, y sobrepasará al Viejo Tuk. ¡Cumplirá ciento treinta y un años!

— ¡Es verdad! —dijo Sam—. ¡Qué maravilla!

—Pues bien, Sam, me gustaría que hablaras con Rosa y vieras si puede arreglarse demasiado ni por mucho tiempo —dijo con cierta tristeza.

—No, no en verdad, señor Frodo.

—Claro que no. Pero no importa; podrías acompañarme un trecho. Dile a Rosa que no estarás ausente mucho tiempo, no más de dos semanas, y que regresarás sano y salvo.

—Me gustaría tanto ir con usted a Rivendel, señor Frodo, y ver al señor Bilbo —dijo Sam—. Y sin embargo el único lugar en que realmente quiero estar es aquí. Estoy partido en dos.

— ¡Pobre Sam! ¡Así habrás de sentirte, me temo! —dijo Frodo—. Pero curarás pronto. Naciste para ser un hobbit sano e íntegro, y lo serás.

Durante los dos o tres días siguientes Frodo, con la ayuda de Sam, revisó todos los papeles y manuscritos, y le dio las llaves. Había un libro voluminoso encuadernado en cuero rojo: las páginas altas estaban ahora casi llenas. Al principio, había muchas hojas escritas por la mano débil y errabunda de Bilbo, pero la escritura apretada y fluida de Frodo cubría casi todo el resto. El libro había sido dividido en capítulos; el capítulo 80 estaba inconcluso y seguido de varios folios en blanco. En la página correspondiente a la portada, había numerosos títulos, tachados uno tras otro:

Mi Diario. Mi Viaje Inesperado. Historia de una Ida y de una Vuelta. Y Qué Sucedió Después.

Aventuras de Cinco Hobbits. La Historia del Gran Anillo, compilada por Bilbo Bolsón, según las observaciones personales del autor y los relatos de sus amigos. Nosotros y la Guerra del Anillo.

Aquí terminaba la letra de Bilbo y luego Frodo había escrito:

LA CAÍDA DEL SEÑOR DE LOS ANILLOS Y EL RETORNO DEL REY

Tal como los vio la Gente Pequeña; siendo éstas las memorias de Bilbo y de Frodo de la Comarca, completadas con las narraciones de sus amigos y la erudición del Sabio.

Junto con extractos de los Libros de la Tradición, traducidos por Bilbo en Rivendel

—¡Pero lo ha terminado casi, señor Frodo! —exclamó Sam—. Bueno, ha trabajado en serio.

—Yo he terminado con lo mío, Sam —dijo Frodo—. Las últimas páginas son para ti.

El veintiuno de septiembre partieron juntos, Frodo montado en el poney en que había recorrido todo el camino desde Minas Tirith, y que ahora se llamaba Trancos; y Sam en su querido Bill. Era una

mañana dorada y hermosa, y Sam no preguntó a dónde iban. Creía haberlo adivinado. Tomaron por el Camino de Cepeda hasta más allá de las colinas, dejando que los poneyes avanzaran sin prisa rumbo al Bosque Cerrado. Acamparon en las Colinas Verdes y el veintidós de septiembre, cuando caía la tarde, descendieron apaciblemente entre los primeros árboles. — ¡ Fue detrás de ese árbol donde usted se escondió la primera vez que apareció el Jinete Negro, señor Frodo! —dijo Sam, señalando a la izquierda—. Ahora parece un sueño. Había llegado la noche y las estrellas centelleaban en el cielo del este, cuando los compañeros pasaron delante de la encina seca y descendieron la colina entre la espesura de los avellanos. Sam estaba silencioso y pensativo. De pronto advirtió que Frodo iba cantando en voz queda, cantando la misma vieja canción de caminantes, pero las palabras no eran del todo las mismas: Aún detrás del recodo quizá todavía esperen un camino nuevo o una puerta secreta; y aunque a menudo pasé sin detenerme, al fin llegará un día en que iré caminando por esos senderos escondidos que corren al oeste de la Luna, al este del Sol.

180

Y como en respuesta, subiendo por el camino desde el fondo del valle, llegaron voces que cantaban:

*A! Elbereth Gilthoniel
silivren penna míriel
o menel aglar elenath,
Gilthoniel, A! Elbereth!
Aún recordamos, nosotros que vivimos
bajo los árboles en esta tierra lejana,
la luz de las estrellas
sobre los Mares de Occidente.*

Frodo y Sam se detuvieron y aguardaron en silencio entre las dulces sombras, hasta que un resplandor anunció la llegada de los viajeros.

Y vieron a Gildor y una gran comitiva de hermosa gente élfica, y luego, ante los ojos maravillados de Sam, llegaron cabalgando Elrond y Galadriel. Elrond vestía un manto gris y lucía una estrella en la frente, y en la mano llevaba un arpa de plata, y en el dedo un anillo de oro con una gran pieza azul: Vilya, el más poderoso de los tres. Pero Galadriel montaba en un palafrén blanco, envuelta en una blancura resplandeciente, como nubes alrededor de la Luna; y ella misma parecía irradiar una luz suave. Y tenía en el dedo el anillo forjado de mithril, con una sola piedra que centelleaba como una estrella de escarcha. Y cabalgando lentamente en un pequeño poney gris, cabeceando de sueño y como adormecido, llegó Bilbo en persona.

Elrond los saludó con un aire grave y gentil, y Galadriel los miró, con una sonrisa.

—Y bien, señor Samsagaz —dijo. Me han dicho, y veo, que has utilizado bien mi regalo. De ahora en adelante la Comarca será más que nunca amada y bienaventurada. —Sam se inclinó en una profunda reverencia, pero no supo qué decir. Había olvidado qué hermosa era la Dama Galadriel. Entonces Bilbo despertó y abrió los ojos.

—¡Hola, Frodo! —dijo—. ¡Bueno, hoy le he ganado al Viejo Tuk! Así que eso está arreglado. Y ahora creo estar pronto para emprender otro viaje. ¿Tú también vienes?

—Sí, yo también voy —dijo Frodo. Los Portadores del Anillo han de partir juntos.

— ¿A dónde va usted, mi amo? —gritó Sam, aunque por fin había comprendido lo que estaba sucediendo.

—A los Puertos, Sam —dijo Frodo.

—Y yo no puedo ir.

—No, Sam. No todavía, en todo caso; no más allá de los Puertos. Aunque también llegará la hora, quizá. No te entristezcas demasiado, Sam. No siempre podrás estar partido en dos. Necesitarás sentirte sano y entero, por muchos años. Tienes tantas cosas de que disfrutar, tanto que vivir y tanto que hacer.

—Pero —dijo Sam, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, yo creía que también usted iba a disfrutar en la Comarca, años y años, después de todo lo que ha hecho.

—También yo lo creía, en un tiempo. Pero he sufrido heridas demasiado profundas, Sam. Intenté salvar la Comarca y la he salvado; pero no para mí. Así suele ocurrir, Sam, cuando las cosas están en peligro: alguien tiene que renunciar a ellas, perderlas, para que otros las conserven. Pero tú eres mi heredero: todo cuanto tengo y podría haber tenido te lo dejo a ti. Y además tienes a Rosa y a Elanor; y

vendrán también el pequeño Frodo y la pequeña Rosa, y Merry, y Rizos de Oro, y Pippin; y acaso otros que no alcanzo a ver. Tus manos y tu cabeza serán necesarios en todas partes. Serás el alcalde, naturalmente, por tanto tiempo como quieras serlo, y el jardinero más famoso de la historia; y leerás las páginas del Libro Rojo, y perpetuarás la memoria de una edad ahora desaparecida, para que la gente recuerde siempre el Gran Peligro, y ame aún más entrañablemente el país bienamado. Y eso te mantendrá tan ocupado y tan feliz como es posible serlo, mientras continúe tu parte de la Historia.

»¡Y ahora ven, cabalga conmigo!

181

Entonces Elrond y Galadriel prosiguieron la marcha; la Tercera Edad había terminado y los Días de los Anillos habían pasado para siempre, y así llegaba el fin de la historia y los cantos de aquellos tiempos. Y con ellos partían numerosos elfos de la Alta Estirpe que ya no querían habitar en la Tierra Media; y entre ellos, colmado de una tristeza que era a la vez venturosa y sin amargura, cabalgaban Sam, y Frodo, y Bilbo; y los elfos los honraban complacidos.

Aunque cabalaron a través de la Comarca durante toda la tarde y toda la noche, nadie los vio pasar, excepto las criaturas salvajes de los bosques; o aquí y allá algún caminante solitario que vio de pronto entre los árboles un resplandor fugitivo, o una luz y una sombra que se deslizaba sobre las hierbas, mientras la luna declinaba en el poniente. Y cuando la Comarca quedó atrás y bordeando las faldas meridionales de las Lomas Blancas llegaron a las Lomas Lejanas y a las Torres, vieron en lontananza el Mar; y así descendieron por fin hacia Mithlond, hacia los Puertos Grises en el largo estuario de Lun. Cuando llegaron a las Puertas, Cirdan el Guardián de las Naves se adelantó a darles la bienvenida. Era muy alto, de barba larga, y todo gris y muy anciano, salvo los ojos que eran vivos y luminosos como estrellas; y los miró, y se inclinó en una reverencia, y dijo:

—Todo está pronto.

Entonces Cirdan los condujo a los Puertos y un navio blanco se mecía en las aguas, y en el muelle, junto a un gran caballo gris, se erguía una figura toda vestida de blanco que los esperaba. Y cuando se volvió y se acercó a ellos, Frodo advirtió que Gandalf llevaba en la mano, ahora abiertamente, el Tercer Anillo, Narya el Grande, y la piedra engarzada en él era roja como el fuego. Entonces aquellos que se disponían a hacerse a la Mar se regocijaron, porque supieron que Gandalf partiría también. Pero Sam tenía el corazón acongojado y le parecía que si la separación iba a ser amarga, más triste aún sería el solitario camino de regreso. Pero mientras aún seguían allí de pie, y los elfos ya subían a bordo, y la nave estaba casi pronta para zarpar, Pippin y Merry llegaron, a galope tendido. Y Pippin reía en medio de las lágrimas.

—Ya una vez intentaste tendernos un lazo y te falló, Frodo. Esta vez estuviste a punto de conseguirlo, pero te ha fallado de nuevo. Sin embargo, no ha sido Sam quien te traicionó esta vez, ¡sino el propio Gandalf!

—Sí —dijo Gandalf— porque es mejor que sean tres los que regresen y no uno solo. Bien, aquí, queridos amigos, a la orilla del Mar, termina por fin nuestra comunidad en la Tierra Media. ¡Id en paz! No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas son malas.

Frodo besó entonces a Merry y a Pippin, y por último a Sam, y subió a bordo; y fueron izadas las velas, y el viento sopló, y la nave se deslizó lentamente a lo largo del estuario gris; y la luz del frasco de Galadriel que Frodo llevaba en alto centelleó y se apagó. Y la nave se internó en la Alta Mar rumbo al Oeste, hasta que por fin en una noche de lluvia Frodo sintió en el aire una fragancia y oyó cantos que llegaban sobre las aguas; y le pareció que, como en el sueño que había tenido en la casa de Tom Bombadil, la cortina de lluvia gris se transformaba en plata y cristal, y que el velo se abría y ante él aparecían unas playas blancas, y más allá un país lejano y verde a la luz de un rápido amanecer. Pero para Sam la penumbra del atardecer se transformó en oscuridad, mientras seguía allí en el Puerto; y al mirar el agua gris vio sólo una sombra que pronto desapareció en el oeste. Hasta entrada la noche se quedó allí, de pie, sin oír nada más que el suspiro y el murmullo de las olas sobre las playas de la Tierra Media, y aquel sonido le traspasó el corazón. Junto a él, estaban Merry y Pippin, y no hablaban. Por fin los tres compañeros dieron media vuelta y se alejaron, sin volver la cabeza, y cabalaron lentamente rumbo a la Comarca; y no pronunciaron una sola palabra durante todo el viaje de regreso; pero en el largo camino gris, cada uno de ellos se sentía reconfortado por los demás.

Y finalmente cruzaron las lomas y tomaron el Camino del Este; y Pippin y Merry cabalaron hacia Los Gamos; y ya empezaban a cantar de nuevo mientras se alejaban. Pero Sam tomó el camino de Delagua, y así volvió a casa por la colina, cuando una vez más caía la tarde. Y llegó y adentro ardía una luz amarilla; y la cena estaba pronta, y lo esperaban. Y Rosa lo recibió, y lo instaló en su sillón, y le sentó

a la pequeña Elanor en las rodillas.

Sam respiró profundamente.

—Bueno, estoy de vuelta —dijo.

182

APÉNDICE

UN FRAGMENTO DE LA HISTORIA DE ARAGORN Y ARWEN EXTRAÍDO DE LOS ANALES DE LOS REYES Y GOBERNADORES

Arador era el abuelo del Rey. Su hijo Arathorn pidió por esposa a Gilraen la Bella, hija de Dírhael, que era a su vez descendiente de Aranarth. A esa unión se oponía Dírhael: porque Gilraen era joven y no había alcanzado aún la edad en la que las mujeres de los Dúnedain solían desposarse.

«"Además" decía, "Arathorn es un hombre severo y en la fuerza de la edad, y llegará a capitán antes de lo que se espera; sin embargo, me dice el corazón que tendrá una vida breve".

»Pero Ivorwen, su esposa, que también era vidente, respondió: "¡Mayor razón entonces para darse prisa! Los días se oscurecen antes de la tempestad, y se avecinan grandes acontecimientos. Si estos dos se desposan ahora, aún pueden nacer esperanzas para nuestro pueblo; pero si la boda se posterga, la esperanza se desvanecerá para siempre hasta el fin de esta Edad."

»Y aconteció que cuando hacía apenas un año que Arathorn y Gilraen se habían casado, Arador fue tomado prisionero por los trolls de las Montañas en los Páramos Fríos al norte de Rivendel, y asesinado; y Arathorn se convirtió en el Capitán de los Dúnedain. Al año siguiente Gilraen le dio un hijo, y lo llamaron Aragorn. Pero Aragorn tenía apenas dos años cuando Arathorn partió a comb atir contra los orcos con los hijos de Elrond, y pereció con un ojo atravesado por una flecha oreá; y así tuvo en verdad una vida breve para alguien de su raza, pues apenas contaba sesenta años cuando cayó.

»Aragorn, que era ahora el heredero de Isildur, fue llevado entonces a vivir con su madre en la casa de Elrond, y Elrond hizo las veces de padre para él, y llegó a amarlo como a un hijo. Pero lo llamaban Estel, que quiere decir "Esperanza", y su nombre verdadero y su linaje fueron mantenidos en secreto por orden de Elrond, porque los Sabios sabían entonces que el Enemigo trataba de descubrir al heredero de Isildur, si quedaba alguno sobre la faz de la tierra.

»Pero cuando Estel tenía apenas veinte años de edad, aconteció que retornó a Rivendel después de llevar a cabo grandes hazañas en compañía de los hijos de Elrond; y Elrond lo miró y se sintió feliz, porque vio que era noble y hermoso, y había alcanzado a una edad temprana la madurez, si bien llegaría a ser más grande aún, de cuerpo y de espíritu. Aquel día pues, Elrond lo llamó por su nombre, y le dijo quién era y de quién era hijo; y le entregó los bienes hereditarios.

»"He aquí el Anillo de Barahir" dijo, "símbolo de nuestro remoto parentesco; y he aquí también los fragmentos de Narsil. Con ellos, aún podrás cumplir grandes hazañas; pues preveo que tendrás una vida más larga que la común entre los hombres, a menos que sucumbas víctima del Mal, o que llegues a fracasar en la prueba. Pero la prueba será dura y larga. El Cetro de Annúminas lo retengo, pues aún tienes que ganarlo".

»Al día siguiente, a la hora del crepúsculo, Aragorn paseaba solitario por los bosques, con el corazón alegre; y cantaba, porque tenía muchas esperanzas, y porque el mundo era bello. Y de pronto, mientras aún cantaba vio una doncella que caminaba por un prado entre los troncos blancos de los abedules; y se detuvo maravillado, creyendo haberse extraviado en un sueño, o que le había sido concedido el don de los músicos élficos, que hacen aparecer ante los ojos de quienes escuchan las cosas que cantan.

»Porque Aragorn iba cantando un fragmento del Lay de Lúthien, el que narra el encuentro de Lúthien y Beren en la Floresta de Neldoreth. Y he aquí que Lúthien caminaba ante sus propios ojos en Rivendel, envuelta en un manto de plata y azur, hermosa como el crepúsculo en el Hogar de los Elfos; los cabellos oscuros le flotaban movidos por una brisa súbita, y una diadema de gemas que parecían estrellas le ceñía la frente.

»Por un momento Aragorn la contempló en silencio, pero temiendo que se desvaneciera para siempre, la llamó gritando: "Tinúviel, Tinúviel!", tal como Beren en los Días Antiguos.

»La doncella entonces se volvió, y sonrió, y dijo: "¿Quién eres? ¿Y por qué me llamas con ese nombre?"

»Y él respondió: "Porque creí que eras en verdad Lúthien Tinúviel, cuyo Lay venía cantando. Pero si no eres ella, caminas como ella."

»"Muchos lo han dicho", respondió ella en tono grave. "Sin embargo no me llamo como ella, aunque acaso nuestros destinos sean semejantes. ¿Pero tú, quién eres?"

»"Es tal me llamaban" respondió él, "pero soy Aragorn, hijo de Arathorn, heredero de Isildur, Señor de los Dúnedain". Sin embargo, mientras lo decía, sentía que ese alto linaje, que tanto le había regocijado el corazón, poco valor tenía ahora, y no era nada comparado con la dignidad y la belleza de la joven.

»Pero ella rompió a reír alegremente, y dijo: "Entonces somos parientes lejanos. Porque yo soy Arwen hija de Elrond, y también me llamo Undómíel."

»"Suele ocurrir" dijo Aragorn, "que en tiempos de peligro los hombres oculten el tesoro máspreciado. Pero Elrond y tus hermanos me asombran; porque aunque he vivido en esta casa desde mi niñez, nunca había oído hablar de ti. ¿Cómo es posible que no nos hayamos encontrado antes? ¡Tu padre no te habrá guardado bajo llave junto con sus tesoros!"

»"No" dijo ella, y alzó los ojos hacia las montañas que se erguían al este. "He vivido largo tiempo en la tierra de mi madre, en la lejana Lothlórien. Y he venido hace poco, a visitar nuevamente a mi padre. Hacía muchos años que no paseaba en Imladris."

»Aragorn se sorprendió, porque no parecía tener más edad que él, que sólo había vivido una veintena de años en la Tierra Media. Pero Arwen lo miró a los ojos y dijo: "¡No te asombres! Los hijos de Elrond tenemos la vida de los Eldar."

»Aragorn se turbó, porque vio en los ojos de Arwen la luz élfica y la sabiduría de años incontables; pero desde aquel momento amó a Arwen Undómíel hija de Elrond.

—En los días que siguieron Aragorn se volvió silencioso y su madre adivinó que algo extraño le había ocurrido; y por fin cedió a las preguntas de ella, y le contó el encuentro entre los árboles en el crepúsculo.

»"Hijo mío" dijo Gilraen, "tu ambición es alta, hasta para el descendiente de numerosos Reyes. Porque esta dama es la más noble y la más hermosa que hoy pisa la tierra. Y no es propio de un mortal unirse en matrimonio a la raza de los elfos."

»"Sin embargo, también nosotros pertenecemos en parte a esa raza" replicó Aragorn, "si es cierto lo que he aprendido en la historia de mis antepasados".

»"Es verdad" dijo Gilraen, "pero eso fue hace largo tiempo, y en otra edad de este mundo, antes que nuestra raza declinara. Por esto temo: porque sin la buena voluntad del Señor Elrond los herederos de Isildur no tardarán en extinguirse. Pero no creo que en este asunto puedas contar con la benevolencia de Elrond".

»"Amargos serán entonces mis días" dijo Aragorn, "y a solas caminaré por las tierras salvajes".

»"Tal será en verdad tu destino" dijo Gilraen; y si bien tenía en cierta medida el don de adivinación propio de su gente, nada más dijo acerca del futuro, ni habló con nadie de lo que su hijo le había confiado.

»Pero Elrond veía muchas cosas y leía en muchos corazones. Un día pues, antes de fin de año, llamó a Aragorn a su cámara y le dijo: "¡Aragorn, hijo de Arathorn, Señor de los Dúnedain, escúchame! Un gran destino te espera, sea el de elevarte más alto que todos tus antepasados desde los días de Elendil, o caer en la oscuridad con todos los sobrevivientes de tu estirpe. Pasarás por largos años de prueba. No tomarás esposa, ni te ligarás a mujer alguna con promesa de matrimonio, hasta que llegue tu hora, y hayas demostrado ser digno."

»Entonces Aragorn se turbó y dijo: "¿Acaso mi madre os ha hablado?"

»"No por cierto" dijo Elrond. "Tus propios ojos te han traicionado. Pero no hablo solamente de mi hija. Por ahora no te comprometerás con la hija de ningún otro. Pero en cuanto a Arwen la Bella, Señora de Imladris y de Lorien, Estrella de la Tarde de su pueblo, es de un linaje más alto que el tuyo, y ya ha vivido en el mundo tanto tiempo que para ella no eres más que un retoño del año, frente a un joven abedul de numerosos estíos. Está muy por encima de ti. Y así, creo, ha de parecerle a ella. Pero aun cuando no fuera así y el corazón de ella se inclinara hacia ti, de todas maneras me entristecería a causa del destino que pesa sobre nosotros."

»"¿Qué destino es ése?"

»"Mientras yo habite aquí, ella vivirá con la juventud de los Eldar" respondió Elrond, "pero cuando me llegue la hora de partir, ella me acompañará, si tal es su elección."

»"Veo" dijo Aragorn, "que he puesto los ojos en un tesoro no menos precioso que el de Thingol, que en un tiempo deseó Beren. Este es mi destino". Pero de pronto despertó en él el don de adivinación de los de su estirpe, y dijo: "¡Pero ved, Señor Elrond! Los años de vuestra morada en el mundo están

concluyendo y a vuestros hijos pronto les tocará elegir entre separarse de vos y abandonar la Tierra Media."

»"Es verdad", dijo Elrond. "Pronto, según nuestras cuentas, aunque aún habrán de transcurrir muchos años de los hombres. Mas no habrá para Anven, mi bienamada, otra elección posible, a menos que tú, Aragorn hijo de Arathorn, te interpongas entre nosotros y obligues a uno de los dos, a ti o a mí, a una separación amarga más allá del fin del mundo. Tú no sabes aún lo que deseas de mí." Suspiró, y luego de un silencio, miró al joven con ojos graves y añadió: "Los años traerán lo que habrán de traer. No volveremos a hablar de esto hasta que hayan transcurrido muchos. Los días se ensombrecen y muchos males se avecinan.

—Entonces Aragorn se despidió afectuosamente de Elrond; y al día siguiente dijo adiós a su madre, y a toda la casa de Elrond, y a Arwen, y partió a las tierras salvajes. Durante casi treinta años se consagró a la causa contra Sauron; y se convirtió en amigo de Gandalf el Sabio, y aprendió de él mucha sabiduría. Hizo con él numerosos viajes peligrosos, pero con el correr de los años a menudo partía solo. Las empresas que acometía eran largas y duras, y adquirió un aspecto un tanto hosco y severo, salvo las raras veces que sonreía; y aun así los hombres lo consideraban digno de honores, como un rey en el exilio, cuando no ocultaba su verdadero semblante. Porque viajaba adoptando las apariencias más diversas, y conquistó gloria y fama con nombres diferentes. Cabalgó con el ejército de los Rohirrim y combatió en mar y tierra por el Señor de Góndor; y entonces, a la hora de la victoria, se alejó de los Hombres de Góndor; y partió solo al este, y llegó a lo más profundo de las tierras del sur, explorando los corazones de los hombres, tanto malos como buenos, y desenmascarando las confabulaciones y estrategias de los siervos de Sauron.

»Así se convirtió en el más intrépido de los hombres vivientes, hábil en las artes y versado en las tradiciones, de ellos y más que todos ellos; porque tenía una sabiduría élfica, y en los ojos llevaba una luz que cuando se encendía pocos eran capaces de soportar. El rostro era triste y severo a causa del destino que pesaba sobre él, pero siempre conservaba viva una esperanza en el fondo del corazón, del que la alegría brotaba a veces como un manantial de una roca.

—Y aconteció que cuando Aragorn tenía cuarenta y nueve años de edad, retornó de los peligros en los oscuros confines de Mordor, donde ahora Sauron moraba otra vez consagrado al mal. Estaba muy fatigado y anhelaba volver a ses lejanos; y en camino llegó a las fronteras de Lorien, y fue admitido por la Dama Galadriel en la tierra escondida.

»El lo ignoraba, pero también Arwen Undómiel se encontraba allí, pasando otra vez una temporada con los parientes de su madre. Había cambiado muy poco, porque los años mortales no la habían tocado; pero tenía el semblante más grave, y rara vez se la oía reír. Pero Aragorn había alcanzado la plena madurez de cuerpo y de mente, y Galadriel le rogó que se despojara de las raídas ropas de caminante, y lo vistió de plata y de blanco, con un manto gris élfico, y una gema brillante en la frente. Entonces, superior a los hombres de todas las especies, parecía más semejante a un Señor de los Elfos de las Islas del Oeste. Y así fue como lo volvió a ver por primera vez Arwen después de la larga separación; y mientras avanzaba hacia ella bajo los árboles de Caras Galadon cargados de flores de oro, Arwen hizo su elección y su destino quedó sellado.

»Entonces, durante toda una estación, pasearon juntos por los claros de Lothlórien, hasta que llegó para él la hora de volver a partir. Y en la Noche de Pleno Verano, Aragorn hijo de Arathorn, y Arwen hija de Elrond fueron a la hermosa colina de Cerin Amroth, en el corazón del país, y caminaron descalzos sobre la hierba inmortal entre las elanor y las niphredil que florecían en torno. Y desde allí, desde lo alto de la colina miraron al este hacia la Sombra y al oeste hacia el Crepúsculo; y se juraron eterna fidelidad y fueron felices.

»Y Arwen dijo: "Oscura es la Sombra y sin embargo mi corazón se regocija; porque tú, Estel, estarás entre los grandes cuyo valor habrá de destruirla".

»Pero Aragorn respondió: "¡Ay!, no puedo preverlo, y cómo eso podría ocurrir es un misterio para mí. Pero con tu esperanza, esperaré. Y rechazo la Sombra para siempre. Pero tampoco, Dama, es para mí el Crepúsculo; porque soy mortal, y si tú, Estrella de la Tarde, te unes a mí, también tendrás que renunciar al Crepúsculo".

185

»Y ella quedó entonces inmóvil y silenciosa como un árbol blanco, con la mirada perdida en el oeste, y dijo al fin: "A ti me uniré, Dúnedan y me alejaré del Crepúsculo. Aunque aquella es la tierra de mi gente y la morada secular de todos los de mi raza." Arwen amaba entrañablemente a su padre.

— Cuando Elrond se enteró de la elección de su hija, guardó silencio, aunque tenía una congoja

en el corazón, y el destino largamente temido no era fácil de soportar. Pero cuando Aragorn retornó a Rivendel lo llamó a su lado, y le dijo: «Hijo mío, vendrán años en los que toda esperanza se desvanecerá, y más allá nada es claro para mí. Y ahora una sombra ha asomado entre nosotros. Quizás así está escrito, que merced a mi pérdida pueda ser restaurado el reino de los hombres. Por lo tanto, aunque te amo, te digo a ti: Arwen Undómíel no desmedrará la gracia de su vida por una causa menor. No será la esposa de ningún hombre, a menos que éste sea al mismo tiempo el Rey de Góndor y de Arnor. A mí, aun la victoria no podrá traerme más que tristeza y separación... pero para ti, será una esperanza de felicidad por algún tiempo. ¡Ay, hijo mío! Temo que a Arwen el Destino de los Hombres pueda parecerle duro, al final.»

»Así quedaron las cosas entre Elrond y Aragorn, y no volvieron a hablar del tema; pero Aragorn partió una vez más a afrontar el peligro y la fatiga. Y mientras el mundo se ensombrecía, y el miedo se cernía sobre la Tierra Media, a medida que el poder de Sauron se acrecentaba, y que Baraddûr se erguía, más alta cada día y más poderosa, Arwen permaneció en Rivendel, y en ausencia de Aragorn velaba por él de lejos con el pensamiento; y en la larga pero esperanzada espera hizo para él un estandarte, un estandarte real, que nadie podría desplegar sino aquel que reivindicase el señorío de los Númenóreanos y la corona de Elendil.

»Al cabo de algunos años, Gilraen se despidió de Elrond y volvió a Eriador, con su propia gente; y allí vivía sola; y a su hijo, que pasaba largos años en países lejanos, rara vez lo veía. Pero una vez, cuando Aragorn regresó al norte y fue a verla, ella le dijo antes de despedirlo:

"Esta es nuestra última separación, Estel, hijo mío. Como a uno de los hombres comunes, también a mí me han envejecido las preocupaciones; y ahora que la veo acercarse, sé que no podré soportar la oscuridad de nuestro tiempo que se agolpa en la Tierra Media. Pronto habré de partir."

»Aragorn trató de confortarla, diciendo: "Todavía puede haber una luz más allá de las tinieblas; y si la hay, quisiera que la vieras y fueras feliz."

»Pero ella le respondió con este linnod:

"Onen iEstel Edain, üchehin estel anim", y Aragorn partió con el corazón oprimido. Gilraen murió antes de la primavera siguiente.

»Así fueron llegando los Años de la Guerra del Anillo, cuyos hechos se narran en otra parte: de cómo fueron revelados los medios imprevisibles para derrotar a Sauron, y de cómo se cumplió una esperanza más allá de toda esperanza. Y aconteció que en la hora de la derrota Aragorn llegó desde el mar y desplegó el estandarte de Arwen en la batalla de los Campos del Pelennor, y ese día fue por primera vez aclamado como Rey. Y por fin, cuando todo hubo terminado, entró en posesión de la herencia de los antepasados y recibió la corona de Góndor y el cetro de Arnor; y en el Día del Solsticio de Verano del año de la Caída de Sauron tomó la mano de Arwen Undómíel, y fueron desposados en la Ciudad de los Reyes.

»La Tercera Edad terminó así con victoria y esperanza; pero uno de los más tristes en medio de todos los dolores de aquella Edad fue la separación de Elrond y Arwen, porque era el Mar el que los separaba, y un destino más allá del fin del mundo. Cuando el Gran Anillo fue destruido, y los Tres quedaron despojados de todo poder, Elrond, cansado al fin, abandonó la Tierra Media para nunca más regresar. Pero Arwen había elegido ser una mujer mortal, y su destino no quiso sin embargo que muriese antes de haber perdido todo lo que había ganado.

»Como Reina de los Elfos y de los Hombres, vivió con Aragorn durante ciento veinte años de gloria y de ventura; pero al fin Aragorn sintió que se acercaba a la vejez, y supo que los días de aquella larga vida estaban terminando. Entonces le dijo a Arwen: "Al fin, Dama Estrella de la Tarde, la más hermosa de este mundo y la más amada, mi mundo empieza a desvanecerse. Y bien: hemos recogido y hemos gastado, y ahora se aproxima el momento de pagar."

»Arwen sabía muy bien lo que él pensaba hacer, pues lo había sentido hacía largo tiempo; y a pesar de todo, el dolor la abrumó:

1. Di Esperanza a los Dúnedain, y no he conservado ninguna para mí.

"¿Querías, entonces, mi señor, abandonar antes de tiempo a los tuyos que viven de tu palabra?", dijo.

186

»"No antes de mi tiempo", respondió él. "Si no parto ahora, pronto tendré que hacerlo por la fuerza. Y Eldarion nuestro hijo es un hombre ya maduro."

»Entonces, fue a la Casa de los Reyes en la Calle del Silencio, y se tendió en el largo lecho que le habían preparado. Allí le dijo adiós a Eldarion y le puso en las manos la corona alada de Góndor y el cetro de Arnor; y entonces todos se retiraron excepto Arwen, y allí se quedó junto al lecho de Aragorn. Y

no obstante la gran sabiduría de su linaje, no pudo dejar de suplicarle que se quedara todavía por algún tiempo. Aún no estaba cansada de los días y ahora sentía el sabor amargo de la mortalidad que ella misma había elegido.

»"Dama Undómiel" dijo Aragorn, "dura es la hora sin duda, pero ya estaba señalada el día en que nos encontramos bajo los abedules blancos en el jardín de Elrond, donde ya nadie pasea. Y en la Colina de Cerin Amroth cuando tú y yo rechazamos la Sombra y renunciamos al Crepúsculo, aceptamos este destino. Reflexiona un momento, mi bienamada y pregúntate si en verdad preferirías que esperara a la muerte, y verme caer del trono achacoso y decrepito. Oh Dama, soy el último de los Númenóreanos y el último Rey de los Días Antiguos; y a mí me ha sido concedida no sólo una vida tres veces más larga que la de los hombres de la Tierra Media, sino también la gracia de abandonarla voluntariamente, y de restituir el don. Ahora, por lo tanto, me voy a dormir.

»"No te diré palabras de consuelo, porque para semejante dolor no hay consuelo dentro de los confines de este mundo; a ti te toca una última elección: arrepentirte y partir hacia los Puertos llevándote contigo hacia el oeste el recuerdo de los días que hemos vivido juntos, un recuerdo que allí será siempre verde, pero sólo un recuerdo; o de lo contrario esperar el Destino de los Hombres."

»"No, amado señor" dijo ella, "esa elección ya no existe desde hace largo tiempo. No hay más navios que puedan conducirme hasta allí, y tendré en verdad que esperar el Destino de los Hombres, lo quiera o no lo quiera. Pero una cosa he de decirte, Rey de los Númenóreanos: hasta ahora no había comprendido la historia de tu pueblo y la de su caída. Me burlaba de ellos, considerándolos tontos y malvados, mas ahora los compadezco al fin. Porque si en verdad éste es, como dicen los Eldar, el don que el Uno concede a los hombres, es en verdad un don amargo."

»"Así parece" dijo él. "Pero no nos dejemos abatir en la prueba final, nosotros que otrora renunciamos a la Sombra y al Anillo. Con tristeza hemos de separarnos, mas no con desesperación. ¡Mira! No estamos sujetos para siempre a los confines del mundo, y del otro lado hay algo más que recuerdos. ¡Adiós!"

»"¡Estel, Estel!" —exclamó Arwen, y mientras le tomaba la mano y se la besaba, Aragorn se quedó dormido. Y de pronto, se reveló en él una gran belleza, una belleza que todos los que más tarde fueron a verlo contemplaron maravillados, porque en él veían unidas la gracia de la juventud y el valor de la madurez, y la sabiduría y la majestad de la vejez. Y allí yació largo tiempo, una imagen del esplendor de los Reyes de los Hombres en la gloria radiante anterior al desgarramiento del mundo.

»Pero Arwen salió de la Casa y la luz se le había extinguido en los ojos, y a los suyos les pareció que se había vuelto fría y gris como un anochecer de invierno que llega sin una estrella. Entonces dijo adiós a Eldarion, y a sus hijas, y a todos aquellos a quienes había amado; y abandonó la Ciudad de Minas Tirith y se encaminó al país de Lorien, y allí vivió sola bajo los árboles que amarilleaban hasta que llegó el invierno. Galadriel había desaparecido y también Celeborn había partido, y el país estaba silencioso.

»Y allí por fin, cuando caían las hojas de mallorn pero no había llegado aún la primavera, se acostó a descansar en lo alto de Cerin Amroth; y allí estará la tumba verde, hasta que el mundo cambie, y los días de la vida de Arwen se hayan borrado para siempre de la memoria de los hombres que vendrán luego, y la elanor y la niphredil no florezcan más al este del Mar.

»Aquí termina esta historia, tal como ha llegado a nosotros desde el sur; y después de la desaparición de Estrella de la Tarde nada más se dice en este libro acerca de los días antiguos.

FIN

J. R. R. TOLKIEN, UN AUTOR CONSAGRADO A LA MITOLOGÍA

"En un agujero en la tierra vive un hobbit". Dicen que así fue como empezó todo. J. R. R. Tolkien, por aquel entonces -principios de los años 30- profesor de lengua inglesa en Oxford, encontró un folio en blanco entre los exámenes que estaba corrigiendo y le dio por escribir esa frase. Fue el punto de partida de una historia que vería la luz en 1937 bajo el nombre de "El Hobbit", y cuya secuela, "El Señor de los Anillos", se ha convertido en un verdadero fenómeno social.

J. R. R. Tolkien nació en Sudáfrica pero de muy pequeño se trasladó a Birmingham, por lo que se consideraba un auténtico inglés. De hecho, fue ese amor por su país lo que le llevó a escribir las historias de la Tierra Media. A Tolkien le dolía que Inglaterra no contara con una mitología propia similar a la de las culturas griega o escandinava, así que optó por crear él mismo un mundo legendario que pudiera dejar como herencia a su gente. Como buen lingüista, no sólo se ocupó de imaginar esas leyendas, sino también el idioma de sus protagonistas. El resultado fue tan bueno que décadas después mucha gente desconoce que toda esa mitología plagada de elfos y hobbits fue una invención suya y no un legado de la tradición inglesa.

La influencia de las obras de Tolkien es increíble. Convertida desde un principio en libro de culto para los estudiantes universitarios, "El Señor de los Anillos" se ha erigido durante estos casi cincuenta años -fue publicada entre 1954 y 1955- en punto de referencia para varias generaciones. Tiene legiones de seguidores, como lo demuestran sus 100 millones de ejemplares vendidos y sus traducciones a más de 20 lenguas. A sus pies han caído rendidos hippies, yuppies o internautas. Sus últimos "fichajes" son, por un lado, los seguidores de Harry Potter, que acceden al universo de Tolkien tras leer las aventuras del niño mago, y por otro los cinéfilos que aguardan con expectación la película. Un dato significativo: dicen que desde que se conoció la noticia del rodaje las ventas de la trilogía en Inglaterra se han cuadruplicado.

"El Señor de los Anillos" ha llegado a ser definido como el mejor libro del siglo XX a raíz de una encuesta realizada en 1997 por la BBC entre los lectores ingleses. Los fans de Tolkien aprecian su defensa de valores como la lealtad, la esperanza, el amor, la lucha contra la corrupción o el respeto a la ecología.

Su influencia ha llegado también al mundo del arte. De hecho, ésa era la intención del propio Tolkien: crear un universo abierto para que otros autores se implicaran en él con sus ilustraciones, su música o sus escritos. Y lo consiguió, puesto que existen en la actualidad auténticas colecciones artísticas relacionadas con "El Señor de los Anillos", por no hablar de los juegos de rol y, ahora, el cine.

Por supuesto, Tolkien ha influido también en otros escritores: no en vano es el creador de la fantasía épica, género que nació con la publicación de "El Hobbit". Por decir sólo dos nombres, ahí están J. K. Rowling, la creadora de las aventuras de Harry Potter, o Terry Pratchett, el autor de la saga fantástica de humor Mundo Disco. Ya en el mundo del cine,

hay quien advierte influencias de Tolkien en obras como "La guerra de las galaxias" o "Matrix".